Gregorio Echeverría

PREMIOS CON HISTORIA / 1


EXLIBRIS
GRIMALDO EZCURRA

Premios con historia / 1

A todos los que se reconozcan
al asomarse a estas páginas
de una modesta y apresurada bitácora
donde he procurado asentar
algunas coordenadas
corrientes, puertos, bancos, faros
accidentes que poco significan
cada uno en particular
pero convergen en el tejido
de la trama que aspiro y me respira.

Plan de la Obra

Premios con Historia / 1: Narrativa I
Premios con Historia / 2: Narrativa II
Premios con Historia / 3: Poesía
Premios con Historia / 4: Ensayo



La obra literaria del autor ha sido declarada de interés municipal
por la intendencia de Tigre. Decreto 1593/12 del 28 de noviembre de 2012

Gregorio Echeverría

Premios con historia / 1

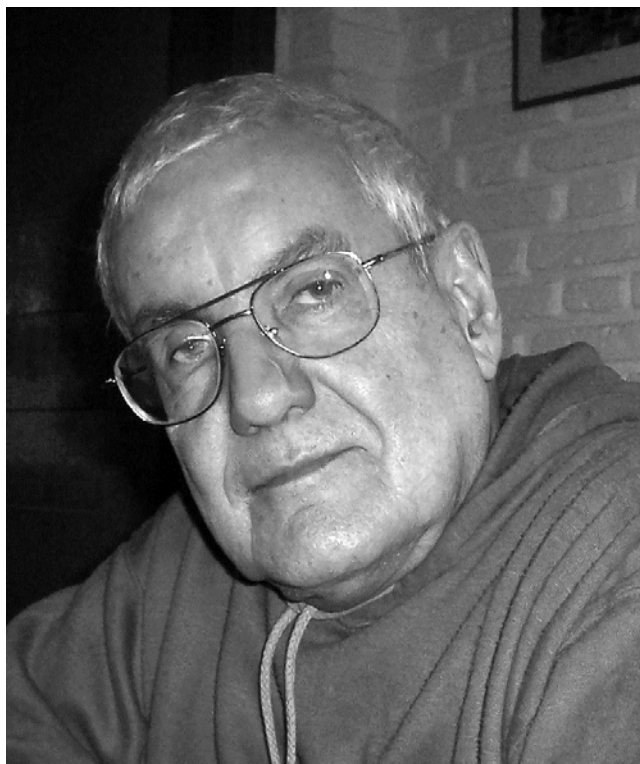


Gregorio Echeverría

Narrativa I

"Cuando se acerca el fin —escribió Cartaphilus—
ya no quedan imágenes del recuerdo,
solo quedan palabras.
Palabras, palabras desplazadas y mutiladas,
palabras de otros fue la pobre limosna
que le dejaron las horas y los siglos."

J.L.Borges*; El inmortal*



A vos que abordás estas páginas
que sos —que soy— yo mismo
ayer, un poco antes o después
y tal vez nunca.

Índice

La cuestión publicar/no publicar debe haber surgido en el mundo antes de la génesis de los escritores. Y por supuesto muchísimo antes de la desgraciada aparición de editores, libreros y agentes literarios. Dilema existencial para unos, bizantino para otros. Nunca me urgió el asunto, hasta tomar consciencia de que uno no desea irse de este mundo con los deberes sin hacer. Y también atendiendo al temor de encontrarme con el viejo querido Whitman y no poder darle cuenta del aprovechamiento de los copiosos minutos de mi existencia (que podrán ser copiosos pero nunca excesivos para nuestras bulímicas pretensiones).

Me decido entonces. Y puesto a elegir, entre unos cuarenta libros —casi todos inéditos— entre novela, cuento, poesía y ensayo, opto por no elegir. Prefiero ofrecer a la lectura pública solamente los textos premiados en diversos certámenes y convocatorias, no porque los suponga superiores al resto de mi material, sino porque respeto el criterio de los jurados que los encontraron meritorios. Cada uno de ellos lleva adjunto algún comentario que refleja —creo— aquello de que uno es uno y su circunstancia.[1]

GE / Ricardo Rojas, junio de 2010

---

[1] Por razones de peso (y de pesos) este proyecto se pospuso durante seis años, para posibilitar la publicación de *Mala estrella*, *Noche en el Sabalos*, *Arboladura del otoño*, *El sexo de la serpiente* y *Narcolepsia*. Y tal vez deba reconsiderar el volumen 3, puesto que *Arboladura del otoño* recopila la obra poética completa, entre 1954 y 2014.

Prólogo

Estuve viviendo en la cuña boscosa del norte santafesino, no importa ahora haciendo qué. Vivía en el rancho de un paraguayo, cocinar se cocinaba cuando había conque, el primer día noté que pasaba la hora y allí no se vislumbraba sino mate amargo. Bullía a toda hora una lata que se adivinaba había sido de aceite en un fogón a ras del suelo —leña no faltaba— y para avivar el fuego se soplaba un caño tipo clarinete. Mandé al mayorcito, todo un hombre, serio con esa seriedad de la privación, a comprar arroz hasta un boliche distante; y a las horas comíamos sosteniendo una tablita de madera o un plato de lata en la falda y ni qué hablar de cubiertos, solo que yo portaba una navaja comprada en Bahía Blanca y que en ciertos momentos me salvó de rasgar algún mondongo prepotente con los dedos. Como escribiría Gregorio en uno de sus textos, otra hubiera sido la historia *de no haberme salvado mi noble daga en más de una refriega.*

Dije alimento, no carne, salvo cuando el paraguayo cazaba algún guazuncho u otro ignorado bicho o pescaba en Los Amores. El hombre hablaba poco y lo hacía en un guaraní castellanizado con algún vocablo toba. De vez en cuando un monosí-

labo con su mujer de la que nunca supe el tono ni oí llorar tampoco, ni a los seis o siete niños, niños que no conocían la leche, salvo la materna y sí conocían el hambre trepada como una de aquellas enredaderas que iban asfixiando a los árboles salvados de La Forestal, dejando solo un monte chaparro y las leñosas invasoras. No había muebles. Se dormía en el piso de tierra sobre unas jergas, era verano y hacía mucho calor. De noche debíamos dejar encendido un quinqué o pabilo por aquello de las vinchucas y el consabido Chagas, que las muy jodidas bajaban en la oscuridad y te lo inyectaban. Los mosquitos, jejenes, arañas y otras sabandijas no importaban porque esta gente era inmune y tampoco preocupaban mucho las yararás y reptiles varios que a veces anidaban por los rincones y eran uno más de la familia. En las noches, a través de las picadas y machete en mano, aparecían pobladores criollos, tobas, mocovíes, guara-níes, se mateaba, se hablaba de política y se contaban cuentos del pombero, del lobizón, el pyragüé y hasta los árboles contaban y era como un himno el chamamé *Cacique Catán*. Yo no sé si a ustedes les habrá pasado pero en mi caso ciertos sucesos, episodios de hace muchos años pudieron luego eslabonarse a la luz de acontecimientos muy posteriores, como si la naturaleza, con antelación fuese preparando las concausas y sus efectos en una borrosa hoja de ruta.

Un poblado importante era Villa Ocampo y allí íbamos a comprar la provista aunque también viajaba a Reconquista, a Santa Fe y, embarcando en la balsa, a Goya, en Corrientes. En cierta ocasión envolvieron alguna vitualla en hojas literarias que probablemente un estudiante de Santa Fe trajera —lamentable destino de mucha poesía— y allí había un cuento de un tal Gregorio Echeverría, poeta, a la sazón estudiando química en la

Universidad del Litoral. Un día vino a visitarme un amigo, Raúl Burgués Flores, alguien, uno de esos locos que viven en poesía aunque nunca publicaron, y me habló de varios poetas, entre ellos, de este. El litoral ha sido desde mucho un productor de pintores, músicos y literatos de primera. Por entonces bullía la efervescencia de los sesenta y Juan José Saer, Velmiro Ayala Gauna, Gastón Gori, Luis Gudiño Crámer, Juan Laurentino Ortiz, José Pedroni, por solo nombrar algunos escritores y poetas, trasitaban calles y cafés de Santa Fe o de Paraná (ahí enfrente) y en ese ambiente paseaba nuestro poeta su estudiantina y hacía, seguramente, sus experiencias vitales.

Tiempo después —ya agotada aquella dictadura militar — fue nombrado Director de Cultura de la provincia el poeta José Pedroni y subdirector el actor Héctor Tealdi. Así fue como un día, visitando a mi querido amigo e injustamente olvidado escritor Gastón Gori, debajo de aquella prodigiosa bignonia que rememora el autor de este libro, me habló de varios escritores jóvenes entre los cuales estaba Gregorio Echeverría. En ese entonces Efraín Bischoff —todavía vive con sus hispánicos cien años a cuestas— dirigía *Los Principios* de Córdoba y algunos escritores de Santa Fe hallábamos refugio en sus páginas; allí Gregorio había publicado un cuento y por lo que atisbo ahora en sus originales, se lo pagaron y todo, con un equivalente a diez pesos, pero quizá más de un poeta habrá desayunado con esos diez pesitos, porque el hambre a los verdaderos poetas les es tan ínsita como su incapacidad para hacer valer lo suyo y en alguna de esas andan regalando poesías o textos que alguien luego registra y usufructúa.

Bien. Como escribiría Borges, quién sabe por qué razón me andaba siguiendo el nombre; porque el de Gregorio Echeve-

rría, que en aquel entonces se me pasaría por alto, solo años después lo hallaría —como quien dice— dentro del traje, con el que me topé en un tren suburbano y que me llamó la atención porque en medio del quilombo de pasajeros leía poesía. Gregorio recuerda aquel episodio y el desarrollo posterior de los acontecimientos en este mismo libro. El tren venía desde Tigre hasta Retiro, allá por 1987 si mal no recuerdo; tenía él un estudio de diseño gráfico en San Isidro y surgió entre nosotros una amistad entrañable, pude conocerlo mejor, apreciar su cultura y sensibilidad y conocer su magnífica obra poética y literaria —inédita, desde ya—. En un gesto inolvidable publicó dos libros míos, postergando la publicación de los suyos.

Luego la vida me empujó por otros rumbos y perdimos contacto. Digamos, el contacto personal; pasados otros tantos años yo vivía en Lima, en el Jirón Lampa, y compraba yerba en un almacén de abarrotes de un chino que traía productos argentinos y allí vi un envase de arroz diseñado por Gregorio y busqué sus manuscritos que me acompañaron pese a las volteretas con las que me ha condecorado la vida (fui dejando lavarropas, heladeras y casas en varias latitudes). Muchísimos años después, con la retrospectiva de los viejos pude memorar aquel episodio de la Cuña Boscosa y enhebrar —recién ahí— acontecimientos sucesivos que me ligaban con aquel hombre en una lógica, porque es en su desarrollo como uno descubre la esencia —que es nexo— de las cosas o sucesos.

Un día, ya viviendo en La Carlota, escuché en una radio de Rosario que regalaban un libro de Gregorio Echeverría, quien había sido galardonado con el primer premio en un concurso literario de la municipalidad de esa ciudad. Comencé a buscar, pregunté, encargué a mi hija Andrea —que es periodista en los

medios rosarinos— y nada. Nadie me sabía dar explicaciones ni facilitarme algún contacto hasta que hallé por Internet una dirección que podía ser la de él y por ese medio, finalmente, nos comunicamos. Fue como regresar a otros compases, escuadras y tempos; como descifrar cierto eslabonamiento, confirmaciones y asertos desde aquel episodio liminal pasando por el del tren y hasta ahora; habían trascurrido cincuenta años.

Perdónenme si este introito ha sido largo, pero debía explicar cómo la naturaleza entrama con la vida y puede cangrejear, y más, cómo resulta admirable el caso de Gregorio, su capacidad de no solo retroceder unos cuantos, sino quinientos años y hablar con el lenguaje de los conquistadores o de los aborígenes con tal propiedad y fluidez que parecieran estar escritos por algún cómitre del siglo de oro, como lo hizo en su libro, premiado en Rosario, *Tercera fundación*. Y regresar, con un decíamos ayer y así hablar de música —en el cuento *Juro que amaba a Estela*, que compone parte del presente libro— o de una ardua metafísica tal el caso de su relato *Muerte de Orfeo*. Hay en este cuento un párrafo digno de antologizarse y es donde narra que *de repente una verticalidad sin atenuantes se apodera de las coordenadas del templo. Los círculos que hasta este penúltimo latido se abrían sin rupturas hacia el horizonte se alzan de golpe en busca del cenit. Girando a la vez con tal vehemencia que es al mismo tiempo un nadir insondable el que establece los códigos del vuelo. Todo se acelera y todo se detiene y todo ocurre junta y aunadamente en un ahora y en un todo. Adelante —arriba— tu otro pie. Atrás —o abajo— eso otro otro que soy yo mismo pero al instante un extraño otro o mi gemelo o la sombra de mi sombra o la simetría del ego desde el otro lado del espejo*. Pero a medida que uno va ascendiendo en el volu-

men al que en definitiva me estoy remitiendo ahora, comprueba cómo el autor pule su decir y complejiza la urdimbre con la misma puntería de una flecha del tiempo que nunca da en el blanco, pero que sí yendo y viniendo desde los arcos, patea el córner y cabecea y ataja y se desmarca. Porque de eso se trata en *Rosa descalza*, una vertiginosa letra a taco y punta acerca de la dolorosa historia reciente.

O en *Grito al alba* que integró el libro *Tercera fundación* al que nos referíamos más arriba, bajando quinientos y pico de años en el lenguaje de aquellos pillos descubridores de América salidos de la picaresca española, con sus escaldamientos y sus ensoñaciones piojosas. Aquel discurso y su interrogante, *¿Qué pan podrías amasar con el aliento de tus ángeles y el sudor destos asesinos? Necesario sería, lo sé, que el sol abandonara su diario rodar y las estrellas se desbarrancaran de sus apostaderos, para que uno solo de estos desahuciados mereciera Tu mirada*. En este y otros relatos similares, Gregorio deslíe el pastiche de siglos que conforma nuestra genética.

En *Noches de Montiel* también hay un ir y venir témporoespacial, una distancia/cercanía, todos los tiempos y todas las distancias y ninguna, de aquel viajante de comercio que recuerda a su bisabuelo, *…ocho húsares de Murcia quedan apuntando a un espectro aquella madrugada de Huaqui en que su bisabuelo, el sargento Rudecindo Robledo, herido de bala en un hombro y con cinco sablazos en la espalda, se permite abofetear al coronel español*.

Y después el autor hace desfilar personajes que redimensionan el mismo sufrimiento, la vida, pasión y muerte del hombre argentino. Como escribía el poeta Guillermo Orce Remis, es porque se va heredando el tiempo. Y aquí nos muestra *Bramido*

al filo de la noche donde el autor escribe que *todo lo que llegó a Buenos Aires vino flotando* y la difumina crepuscular desde lo alto es esa estampa que resulta *una especie de espiral nebulosa girando con extremada lentitud en el sentido horario.* Un acquaforte que rezuma lo porteño y nacional desde el colorido de las barriadas y el gris de la represión militar hasta el centro en borrascoso marco. En ese *Bramido al filo de la noche* aparece una especie de *casbah* criolla o mejor, ese universal certificado de indigencia material y espiritual que es el baño no en el Ganges, sino en el arroyo Maldonado y que nos dota de una identidad, *revolcaos en un merengue y en un mismo lodo todos manoseaos.*

En el relato *Preview y epílogo* nuestro autor remonta siglos y retrocede hasta aquella Venecia donde Joseph Brodski hubiese deseado vivir para siempre y donde escribió a Tiberio, delante de su antiguo espejo, diciéndole que a pesar de los siglos y de las distancias ambos no solamente se miraron en un mismo cristal sino que tuvieron algo mucho más importante en común: fueron maridos de una puta. Un coleccionista, Jacquerius, compra espejo y leyenda por la suma de seiscientos escudos, y el epílogo resulta ser que en una Nochebuena el azogue refleja los dos últimos actos del nuevo adquirente, la compra del espejo y su muerte estrellado en la calzada veneciana. Como si conocer su futuro en acto implicara trazar una línea final a su propia existencia. En este caso, comprador y vendedor no se hallaban unidos por una puta, sino por ese vidrio hechizado que anuncia el porvenir a cambio de no tenerlo.

Lo anular es un relato que caratulado de extraño sería lugar común, con esa víbora espiando al personaje desde las ramazones del Tigre hasta su delirio con una ¿prostituta? o quizá la vida, que es una hermosa turra y que le ofrece allí, junto con

su sexo, la manzana bíblica y luego y siempre ese algo que nos acompaña, las botas militares zapándonos el cerebro y el muro de una ciudad extraña y luego su despertar al pie del aguaribay, con la serpiente como centinela.

El cuento *Dos lanzas para Indalecio Velázquez* —cuento que, como algunos otros, yo conocía de antaño— trascurre acerca del zaparrastroso mosquetero que era él pero sin saber manejar un mosquete, *salió a tomar el fresco de la noche del brazo de Juan de Osorio y volvió solo.* Uno de esos perdularios al que tan bien hace hablar nuestro autor, mandados ellos por famélicos hijosdalgo en busca de repintar sus blasones. Y es el mismo personaje siniestro y como inocente en su crueldad quien muere dos veces, primero como soldado español y luego como milico criollo, tendido en esta luz de barro, esmeralda y sangre que ha sido la patria. Es un relato, diríamos, fuera de serie y que marca una elevación en la prosa del autor, que desgrana una saga de personajes múltiplos de tiempo y el espacio con aquello que la historia vuelve a repetirse, pero en espiral ascendente.

Él mismo lo dice, en su relato *Estados de la materia*, que gira alrededor de un limonero y que me da cierta envidia, porque en mi caso, he plantado muchísimos árboles pero no pude gozar de la sombra de ninguno y abrigo la esperanza de que ahora sí, en mi casa de La Carlota, ocurra el milagro aunque sean mis gusanos los que suban a las ramas. Bien digo, el autor lee debajo del susodicho limonero *y termina mezclando un verso de Jayyam con otro verso de Verlaine o uno de Prèvert con otro de Juarroz. Sabemos ya que nadie inventa nada. Uno no hace sino caminar por la playa y meter las manos en el agua. Durante el día no ocurre. Pero al anochecer empiezan a llegar cosas. Pe-*

dazos de madera, las tapas de un libro mordisqueado por los cangrejos…

En *Bajo la noche indiana* retoma el hilo de relatos que retroceden en lenguaje y geografía a los tiempos de la Conquista y es admirable el cómo logra reconstruir aquellos acontecimientos, tal se lo han dicho en el concurso de Casa de las Américas y en otras tantas críticas.

Es el mismo autor quien viene con todos sus antepasados a la sombra del mar, sondando con su quilla los refugios de monstruos marinos o viendo aquellos inmensos pajonales provocados por las flechas incendiarias. El personaje del cuento piensa: *Está ahí. Colgado. Casi vivo. Presentimiento antes que visión, visión antes que idea. Gira de izquierda a derecha, retorciendo la cuerda de donde cuelga y de inmediato, en sentido inverso de derecha a izquierda, acompañando el giro y contragiro con un movimiento pendular y simultáneo, según cambiantes meridianos. Sigo con atención las cicloides y catenarias que va trazando en el aire, con tanta eficacia como si plumines y punzones construyeran sobre infinitos planos cortes, alzadas, vistas y rebatimientos de un paraboloide continuamente mudable, permanentemente idéntico a sí mismo. O a nada. Descubro que mientras gira a la derecha, el tiempo avanza, y retrocede mientras gira a la izquierda.* Pero no hay izquierda ni derecha, ni antes ni después: su única coordenada es el hambre que le cierra las entendederas y le hace ver suculentos bocados donde solo baila un muerto, su hermano.

Y le sigue *Puerto de Palos* en donde esa especie de Buscón se guía por los acertijos de una gitana y embarca para América. Hay humor, hondura y tragedia en aquella piel de judas que tostaron los soles.

Y siguen los relatos y cuentos, no puedo con todos aunque los he leído y saboreado, pero sin duda este prólogo se extendería más allá del texto original, me detengo, pues, en *Marionetas*, el drama de todos los mineros del mundo. Hace muchos años bajé dos kilómetros en la galería de una mina en la cuenca del Donetz; en esas catacumbas, continuamente controlaban el gas grisú y los posibles derrumbes que sin embargo ocurrieron tiempo después y lo mismo pasó en Río Turbio y en tantos lugares. Hay un fatalismo que acompaña siempre, ese de morir y ser enterrado por la virgen de la montaña a cientos de metros de profundidad.

El autor, en una especie de preámbulo que acompaña a casi todos sus relatos y cuentos narra sabrosas anécdotas que yo, naturalmente, no he comentado porque se pueden leer en su libro. Es del caso, sin embargo, recordar una, donde se habla de una dama que leía en público el cuento premiado, *En la orilla*, dama que obvió cuatro veces la palabra *carajo*, y entonces recordé un poema de Eduardo D'ana. En ese poema este narra que tenía una novia que escribía poesía y a la que en cierta oportunidad Eduardo dio a leer uno de sus poemas y ella, melindrosamente, le dijo que todo estaba bien pero que quitara la palabra mierda. Bien. El cuento *En la orilla* traza un paralelo entre un paisaje del Tigre —donde Gregorio vivió un tiempo y en cierta forma sigue ahí— y otras islas allá en el sur que más nos duele, Malvinas. El mismo personaje siente la igual sed en ambos paisajes, el mismo cansancio, la misma hambruna, solo que en el arroyo natal puede saciarla.

Otro de los cuentos se llama *Mala estrella* y el personaje central es un tal Mardonio Leiva, suboficial del Batallón Penitenciario de Rosario, originalmente proveniente del Tostado,

hombre de a caballo que se arrima a los pagos de San Nicolás y allí se aquerencia de *unos ojos oscuros y profundos que prometían calladamente una ternura sin impaciencias*. Y luego la vieja historia de la mayoría de nuestros gauchos, la leva o el enganche "voluntario" para servicio de fronteras, las penurias sin fin. *De esta tenebrosa sociedad* —relata Echeverría— *había surgido la idea de castigar a Leiva, so pretexto de una presunta (o verídica, vaya a saber) negativa a asistir a reuniones políticas "de interés comunal" convocadas por el alcalde. Verdad o mentira, de un día para el otro Mardonio Leiva va a parar al calabozo y a la semana siguiente un pelotón de guardiacárceles lo lleva para el Rosario, procesado y encabestrado, a prestar servicio como castigo, servicio que —finalmente— terminará en Puan, adonde parte de la guarnición habrá de ir prontamente a parar como refuerzo de los Regimientos 1 y 11 de caballería de línea.* Había sido feliz hasta ese momento. Como decía Martín Fierro, lo pasaba lindamente el gauchaje, vivir tan libres como el pájaro en el cielo, tener un buen flete y de posible, una tropilla de un pelo. En la pampa nadie se moría de hambre sabiendo manejar caballo y boleadoras o lazo, galopar y galopar detrás de la huella de un charabón, un venado o ternero, regresar al rancho con la apetecida presa previo paso por la pulpería, a cambiar plumas o cueros por ginebra y vituallas, costumbres inocentes y bárbaras si se quiere. Pero casi siempre les cortaban el galope aquellos jueces de paz o comisarios, subordinados a los barones pampa que se perfilaban como oligarquía cerril, de aquella que en lugar de izar la bandera de Belgrano izó la bandera de remate. Recuerdo que una de las representantes de esa clase social, Pusheta Videla Dorna, supo decir, contemplando el paso de aquellos contingentes de *enganchados*, "cabalgan Sancho, señal que la-

dramos". Y este mismo sargento Mardonio Leiva es quien, tratando de desertar, se ve fusilado en el fuerte de Puan y luego en los basurales de José León Suárez, su pecho destrozado por los milicos de "La Libertadora".

Una y otra vez, nuestro escritor plantea la dualidad de estas situaciones y no es para menos, porque, como ya dijimos, la historia se repite y los mismos fusilados vuelven a ser fusilados en un eterno retornógrafo; es una especie de galería de espejos.

En el relato *Doble réquiem para Macrina* ocurren cosas que no sé si el autor previó: quienes escriben son fantasmas pero el tintero es la sangre de él. Una abuela dominante recuerda aquella madre de *La casa de Bernarda Alba* con esas cuestiones que los españoles traían en su espíritu feudal, místico ¿espartano? trágico. O quizá la rudeza de aquella dura geografía de pedrajas y estepas. Quienes somos hijos de españoles —Gregorio de gallegos y vascos, yo de aragoneses y de Castilla la Vieja— sabemos de eso pero también podemos escribir como escribimos porque mamamos su idioma que es como una catedral ¿vacía? No. Llena de estantiguas de viejas santurronas y de viejos blasfemadores, trabajadores y brutos. De abuelas con una plegaria o una maldición en los labios y en el bolsillo del delantal una sarta de ajíes putasparió. Les mataban sus hijos y no lloraban; juraban, o en algún trance les alcanzaban la navaja para saldar una deuda de honor. Y nosotros, como dice Jorge Torres Roggero, hemos salido mestizos vergonzantes, y es que no podemos olvidar la misma laya de quienes hollaron este suelo, pisotearon la cultura ancestral de los pueblos originarios e hicieron mil perrerías con los nativos. En este relato, más largo que los habituales, hay un baile de máscaras pero son máscaras de la tragedia, Melpómene o Ifigenia, o más bien esas de las procesiones y maiti-

nes, de esas máscaras que nunca se quitan, salvo en la muerte. El tipo no termina de enterrar a su abuela y a sus antepasados, no ha elaborado el duelo. *Adelante, abuela. Macrina sale ahora a escena. Tienes en los labios restos de la torta de chocolate, abuelita. Y estás andando hacia atrás. Para escapar de tu hacia adelante,* supongo. Y el chocolate esta vez, no pudo ser mezclado con aquel símil de acqueta di Perugia que nuestro autor insinúa pudo haber corrido por Bélgica o por Flandes. Ni tampoco con las ricinas que —según Echeverría — preparó Aristóteles para Alejandro Magno. Quien no puede escapar es él, que viaja ahora a los airiños da miña terra, y es el padre y la madre de su abuela; vienen a recibirlo, como cuenta Macrina: *Papá todo el día encerrado en su taller. Cuando no viajaba para alguna reparación hasta los astilleros de Vigo. Mamá sin levantar la vista de su costura o su tejido. Maltratarnos jamás. No nos dirigía la palabra. Nos bañaba, nos lavaba, nos vestía, nos peinaba. En el mayor silencio. La mirada ausente, perdida sabe Dios en qué mundos, en qué historias.* Y entonces nuestro autor, subrepticiamente o casi, entra en el cuerpo de su bisabuela y de su abuela, se asoma desde allí y habla con ellas a calzón quitado, desde los tuétanos. Siempre es fulero hablar mano a mano con los muertos de uno o corporizarse en ellos, nadie sabe el chiflido que escapa de sus fémures, siempre te están reprochando algo, *nadie sabe cuánto puede durar ese último minuto (…) no me imagino cómo es trasitar con elegancia de una a otra muerte. Sin comprender cabalmente la primera.* Y hay como un rugido aterrador cuando destrabamos ese lazo diabólico que nos amarra a ellos, que trata de reencarnarnos de prepo.

De todos modos, pedimos piedad para esas cosas de humo que nos rondan y se disfrazan de nosotros en este carrusel

de figuras de madera con tracción a sangre. Y es nuevamente Gregorio, vestido de marinerito, con su cordón dorado y su pito en el bolsillo izquierdo quien navega en esa barca que es *más oscura que la negrura del agua. No sé si me sigues hablando a los gritos desde la playa. O si vas a bordo y yo soy el que se quedó allá sentado en la arena. Contemplando pensativo el botón dorado que brilla en mi mano.* El autor es también esa otredad que se queda sentada en la playa mojando sus pies de arena y es, también, quien maneja el vapor hacia la Isla de los Muertos. O quizá hacia la isla del Charigüé en una alegre juvenilia, con la vida que se empeña en noviar pese a todo.

En *Como una penitencia* Gregorio narra, nuevamente, una doble historia pero esta vez bajo el antifaz de un torero mexicano. Dos que se descubren hermanos, el uno, apocado y castrado es el torero valiente y el otro, cobarde pero ardiente en la cama de las damiselas del pueblo y así uno se trastoca en el otro y finalmente ambos yacen, el uno por enfermedad venérea y el otro por una cornada. Y nuevamente la madre, incrédula cuando cae la máscara del torero y descubre la verdadera que solo devela la muerte. Es, nuevamente, un juego de máscaras en el que baila dos veces con la misma, la innombrable, esa tan festejada en las calaveras de azúcar que se paladean en Jalisco los días de difuntos.

Pasamos ahora a *Los charcos* que de verdad no es un cuento ni un relato, sino un mano a mano consigo. El poeta observa unas baldosas de la galería y de ahí puede imaginar cosas, como la certeza de una perspectiva o un punto de fuga que dependen del observador. Aquella fila de pequeños objetos que se mueven en la ladera puede ser, vista desde mil pies de altura, de cucarachas u hombres *y que es necesario planear por debajo de*

los mil pies para apreciar algún detalle. El hombre, en esa perspectiva, *hasta dónde quiere ser lo que debiera y hasta dónde puede ser lo que quisiera.* Un monje budista decía que dios es un misterio poco profundo, porque es una creación del hombre, pero que el misterio profundo es el hombre. Aquel que comenzó a interrogarse acerca de sí mismo no hace más de seis mil años —una bicoca para el universo— y que aún no halla respuesta, no es dueño de la perspectiva ni del punto de fuga: no le pertenece el libreto, ha hecho cosas maravillosas pero no pudo volar más arriba porque perdería la perspectiva, se halla atado aquí abajo. Para lograrlo debería desencadenarse, esto es, nada menos que dejar de ser hombre.

Y precisamente, en ese curioso relato que es *Tus cenizas ya empiezan a enfriarse* nuestro poeta toma la corporeidad de Aristóteles y en cierto momento la de Quinto Curcio Rufo para hablar de y con Alejandro Magno, reprocharle algunas cosas y aprovechar para presentarlo como un hombre destruido por su buena estrella; resulta ser el *pathos*, astutamente empleado por el historiador romano. Gregorio le hace decir a Aristóteles: *Diste a la espada de tus falanges el cuerpo indefenso de tu compañero Philotas bajo la vaga acusación de intentar envenenarte, habiendo tomado antes la vida de sus dos hermanos y después la de su padre, tu viejo soldado.* El bien común y el poder, en una sociedad dividida en clases, son dos términos antagónicos, irreconciliables, pese a lo que pensaba Platón. En el caso de Alejandro Magno y de tantos, ese poder los aleja del bien común y cometen los más aberrantes crímenes haciendo recaer en otros la responsabilidad de lo propio. Mas el poder y la gloria son codiciados, y más difíciles de mantener que de obtener, en particular por todas esas recetas de beleños y pócimas que desde tiempos

inmemoriales sazonan la mesa de los poderosos y Alejandro, como bien lo recuerda su maestro, pudo escapar a las espadas enemigas pero no a la cantarella u otro licor. Como decía Paracelso, no existen venenos sino dosis. En *Ángel gris del último andén* el poeta regresa a Buenos Aires, a Constitución para más datos y ahí escudriña entre vagones, locomotoras a vapor, galpones abandonados, pájaros y seres ídem y marginales, en una tarde *que es el momento de arrebato para las golondrinas y los ángeles.* Habla con ternura de esos niños, de esos seres grises pillos/inocentes que recuerdan aquel Pixote de la película y su hambre. *Los gorriones comen poco. Será que se alimentan de sueños... o de esperanzas...* Y el gorrión-niño quiere volar lejos, llevándose a María, levantar vuelo hacia ese cielo, *un cielo medio sucio de humos y hollines pero es igual el cielo*, como escribe Echeverría. Y hay un personaje, el siniestro cafishio, entrevistado por un suboficial de la policía: *Manda a decir el comisario que te refresque la memoria cuántos años te tocan por corrupción de menores, Tuerto*. Y está María, la piba, en busca de la libertad junto al chico, *… para preguntarse con cierta alarma por qué el Polaco no le ha salido al encuentro. Para correr ahora con desmesura al ver el bulto grotesco pendiente de la reja.*

Este y otros relatos contienen eso tremendo de la vida en su descarne y es, sin embargo, la hechuría de Gregorio Echeverría en la que podemos rastrear a un Quiroga, a un Arlt, a un Dabove, a un Borges en ese *telling of the tale*, a un Juan Rulfo, a un Homero Manzi ¿a un Abel Posse? a un Fernando Pessoa, a un Ambrose Bierce, a un Joseph Conrad, a una Musaraki Shikibu —al fin y al cabo el arte, la cultura y la vida no son sino un infinito toma y daca entre el universo y el hombre sucesivo—

pero ello porque las muchas lecturas, la cultura y el oficio del autor amasijan todo en un caldero multitudinario y vemos así, con el correr del tiempo y de sus relatos, una sublimación hasta llegar —y a veces sobrepasar— el nivel de sus maestros o a conseguir que sean ellos quienes adquieran el estilo inconfundible de Gregorio que es carne de asfalto y de nefilim.

Y así el autor cabalga siglos y pasiones, Shakespeare y Borges y su cuento *Everything and nothing* contrapunteado por su *Forever and never*, primer premio de un concurso donde ganó en prosa y en poesía y luego otros premios nacionales e internacionales. Uno cree que mueve hechos y retornos, o te lo hace creer la naturaleza, que aparte de ser sabia es astuta y tramposa; es aquella que le hace decir al personaje *hombre soy yo contra quien otros pecan / más de lo que él pecó*. Y nos pregunta Gregorio, *quién podría pretender ser Shakespeare sin ser Shakespeare. Quién no se conturbó al ver en Miranda o en Porcia recatados destellos de alguna imprudente memoria.*

¿Existieron Homero y Shakespeare? ¿Qué puede importarnos? Si en un hombre están todos los hombres y en un huevo de ladilla está el universo entero, si lo que perdura no es la persona sino el personaje. Como escribía Rodrigo Caro en su inmortal poema: *casas, jardines, césares murieron / y aún las piedras que dellos se escribieron*. Pero lo que no morirá mientras el hombre exista es lo más intangible de él. Itálica murió pero su poema vuela más alto que nunca de una a otra memoria, de una a otra voz. Y estos escritos perdurarán, con seguridad; la naturaleza no demuestra sino que presenta, revela la esencia a través de lo típico que es eso que los poetas como Gregorio Echeverría desculan.

Ustedes bien saben que Protágoras dijo que el hombre es la medida de todas las cosas y siglos después, Terencio afirmó: soy hombre y nada de lo humano me es ajeno. Y entre esas dos aseveraciones trascurre la vitalidad de esta naturaleza humanizada, su belleza y su fealdad, su verdad incierta, esa abstracción en la que descansa el mundo.

San Esteban

Ricardo San Esteban

La Carlota (Córdoba) 2008

Marcado

- *Octógono* Nº 2 / UNL Santa Fe marzo 1961.
- Mención en Cuento Premio Nacional de Literatura Tres de Febrero 2006.
- Integra el volumen *Premio Nacional de Cuento y Poesía 2006* / Oficina Municipal de Letras de Tres de Febrero (BA), marzo 2007, 208 págs. ISBN: 978-987-21366-6-6.

Por los 60 la Facultad de Ingeniería Química era un hervidero de inquietudes académicas, culturales y políticas. Lo mismo nos daba dedicar unas horas gratuitas al control de ácido cloroacético a despecho de la picardía de algunos bodegueros, como nos había dado un par de años atrás por ocupar la facultad a contrapelo de gendarmes y escuadrones de la montada, contra la privatización de la enseñanza. Y viajar a dedo los fines de semana para visitar a las novias en Paraná, en Rafaela, en Esperanza o en Rosario. O codearnos en el Club Universitario de calle San Martín con Nicolás Guillén, Leónidas Gambartes, Astor Piazzolla o Cipriano Reyes. Y fundar una revista que no se llamaría *Octógono* en homenaje a Cortázar (quien por otra parte aún no lo había publicado) sino porque el hall central —testigo de bailes y asambleas memorables— estaba delimitado por ocho columnas que sostenían las dos balconadas superiores. Fueron los años de oro de la cogestión y el gobierno tripartito de verdad. El Consejo estaba integrado a partes iguales por representantes de profesores, alumnos y egresados y presidido por el decano. *Octógono* fue posible sobre todo por la garra y el amor que puso en este proyecto el negro Oscar Villalba, quien además de timonear el Colegio Menor —cuya historia merece capítulo aparte— peleó por la participación estudiantil, por la democracia, por la revolución cubana y por la cultura, hasta que el corazón le dijo basta. Él me animó a publicar este cuento. En el comité de redacción se armó una batahola, porque la gente del Ateneo lo calificaba de obsceno. El asunto fue al Consejo y allí el propio Decano —el ingeniero Alberto Guillermo Davie, quien fue después presidente de EUDEBA— impugnó la censura y sostuvo mi texto, advirtiendo que se trataba de una publicación académica y no de una revista infantil.



Ilustración de Juan Pablo Renzi (aguada en tinta) / *Octógono* Nº 2, Santa Fe, marzo 1961.

Marcado

¡Tu madre es una puta…! Un mocoso —el más atrevido— lanza el insulto. Ocho o nueve compañeros forman círculo, esperando la pelea. Pero no hay pelea. Santiago, pálido y con la muerte en el alma, huye. Corre por las calles con el peso de sus catorce años colgado de los pies. Cada vez más pálido.

Puta… resuenan las baldosas… puta… corre… Hacia cualquier parte. Hacia algún lugar donde el suelo se abra en un abismo espantoso como en las pesadillas y se lo trague. Pasa al lado de la gente. Muñecos. Lo miran extrañados. Siempre miran. Porque saben. Por eso lo miran. Más ligero, sin volver la cabeza. Siente clavados en la nuca docenas de ojos fijos —acusadores— que lo siguen. Desesperado, cruza la calle sin mirar. Un coche frena, lo insultan. ¡Hijo de puta! El conductor también sabe. Está en su cara escrito y todos lo leen.

Al pasar por una mercería se detiene para mirarse en la vidriera. Pero no se anima. Tiene miedo de ver en el cristal eso que ve la gente. Sigue la carrera mezclando árboles y personas con paredes, calles y bicicletas. Un viejo carrillón da las seis. Campanadas destempladas y acusadoras sobre su cabeza. El reloj le grita ¡puta! y se ríe. Cruza a la otra vereda. Huir. Huir. Se tapa las orejas para no escuchar la risa del carrillón. Seis carcajadas largas —interminables— después del insulto. Tropieza con un ladrillo y cae. Se levanta con la rodilla sangrante, en los ojos un brillo de bestia acorralada. Alza el ladrillo y retrocede hasta el reloj. La cara del carrillón explota como una bomba y las agujas quedan colgando en una mueca grotesca.

Otra vez la huida. Ahora algo más tranquilo. No siente ya el calor del ladrillo en la mano. Vuelve a estar solo. Alguien grita. El hombre del reloj. Un vecino. Un policía. Todos gritan y gesticulan y nadie entiende. Él sabe lo que dicen. Hablan de eso. Lo señalan. Lo van a matar. Están detrás de él. Dobla esquinas, cruzando calles y más calles. Una vieja que sale de un negocio le echa una maldición y un pibe la ayuda a recoger los paquetes. Sus perseguidores se detienen a escuchar las explicaciones de la vieja. Un diablo de cara sangrienta la quiso matar. La policía debía hacer algo. Pero Santiago ya está lejos. El corazón le duele y llora en silencio. La cacería no ha terminado. Adonde se esconda lo van a buscar para acusarlo y matarlo.

Su casa. En el hogar está la seguridad. Endurece la cara y envejece. Santiago niño quiere volar hacia el regazo de la madre y llorar. Desahogarse, contar. ¿Contar qué? Se sienta en un umbral. Hay demasiada luz para volver a casa. En el barrio lo conocen. Saben. Y quiere que nadie lo mire. Se siente sucio horrible. Un pequeño monstruo que produce inquietud y repugnancia. Un policía dobla la esquina. De un salto abandona el refugio.

A las dos cuadras se da vuelta. Miedo y náuseas. Le corren hormigas heladas por la espalda y los riñones le queman. El policía ha entrado en un café. Se apoya contra un árbol.

La casa. La seguridad. Llega al barrio cuando ya el crepúsculo ha borrado los cuadritos de las veredas. Se desliza como una sombra. Ante él se abre una puerta y un rectángulo de luz le cierra el paso. Retrocede espantado. Varias personas salen de la casa riendo, se despiden y se alejan.

Por fin el jardincito, la puerta blanca. Espía por sobre el ligustro. Hay luz en la cocina. Entra y se dirige a su cuarto. Contando los movimientos, sin respirar.

Se echa en la cama y llora. Se le escapan la infancia y la adolescencia en ese llanto. Se siente desnudo de la inocencia que dejó a jirones en la fuga. Su cabeza —sin imágenes nuevas — reproduce una y otra vez, como un microcine sin control, los detalles de la última hora. Hunde la cabeza en la almohada y de allí surge una cara airada. ¡Hijo de puta!

Pero ¿por qué se lo dicen a él? Es ella… ella… ella… ¿Por qué entonces lo maltratan y lo persiguen y lo quieren matar? Es ella. Por lo que ella hace lo culpan. Porque engaña a su padre. Porque es una… ¡No! otra vez la cara del policía, la vieja, el conductor y los compañeros acusándolo. Y el reloj. Ahora se ríe lejos de sus ladrillos. Diez… veinte… cien campanadas…

Puta, eso es ella. ¿Por qué lo hará? Cuando su padre vuelve de viaje ella lo atiende cariñosa. Lo besa y sale con él. Y el padre los alza y los besa y los lleva al cine. Claro que a veces vuelve tarde a casa y discuten. Pero ella… ella… ¿por qué?

Silvia, su hermanita de doce años, entra en la pieza. Lo contempla en silencio, medio asustada. ¿Qué te pasa? No hay respuesta. Silvia, la mimosa de la familia. Con sus ojos iguales a los de ella. Vuelve a preguntar. ¿Estás enfermo?

¡Sí… y me voy a morir! aúlla Santiago y se vuelve en la cama dándole la espalda. La niña abre mucho los ojos y se arroja sobre el hermano. El abrazo lo sofoca. Como si fuera ella.

El mismo cabello. Los mismos ojos. Siente deseos de hacer daño, de herirla. A ella… a la… a ella… el calor del cuerpo de la niña abrazada a él lo ahoga. Hacer daño, lastimarla para que sufra lo que sufre él. Necesita quitarse la culpa que no tuvo. Y ahí está Silvia, su piel cálida, su cuerpecito de niña que empieza a ser mujer apretado a él, mirándolo.

Con la vista la traspasa. Algo que a ella le duela. El castigo. Él la puede castigar. Vengar al padre. ¿Sabrá papá? En los últimos días vuelve a casa malhumorado y discuten. ¿Será por eso? Un día en lugar del padre entrará el policía a buscarlo. Está condenado.

Vuelve la cabeza con brusquedad. El cordero está sobre el altar. De un tirón le rasga el vestido desde el cuello hasta la cintura. Asombro como de contemplar la muerte de un pájaro. Y un grito. ¡Dejame! Le crecen las manos vengadoras, apocalípticas. Ahora el horror, la certidumbre. Su hermano se ha vuelto loco. ¡No… no… mamá…!

Se le quiebra la boca con el tañido de muchas campanas. Las caras acusadoras lo miran, pero ahora con gestos de aprobación. ¡Mamá…! Se rompe el grito en un sollozo. Santiago viejo, triunfante, se aparta de la muchacha. Y como pidiendo perdón le grita. Es una puta ¿sabés?… ¡una puta…!

Te comprendemos, pues, perfectamente y estamos seguros de que, ahora, más tranquilo, resueltos los problemas de alojamiento y beca, enfocarás con la mente mas serena, el estudio y, con mas ahinco que nunca, salvarás con éxito feliz las barreras de los exámenes para conquistar el ansiado titulo profesional. Son nuestros fervientes votos y deseos.

Respecto a tus colaboraciones en la revista OCTOGONO las he leido con sumo interés. El cuento me ha agradado sobremanera, A pesar de su realismo desacostumbrado (en cuanto al crudo insulto) no es esto censurable. y, lo que realmente está perfectamente logrado, es el relato del drama íntimo de un alma inocente que recibe latigazos por una falta agena y el desencanto con que vé enlodada la limpida pureza de la palabra: madre. El cuento me ha emocionado. Y cuando el escritor consigue emocionar con la pluma y el escultor con el cincel el músico con su melodia, o el pintor con el color, es que han interpretado la verdadera función del arte: producir emoción y belleza en su mas excelsa expresión, por mediode la frase, la forma. el sonido o el color. Te felicito por este trabajo que evidencia tus dotes de cuentista.

Te acompaño un recorte de Clarin con un trabajo del conocido autor francés Maurois, con el que estoy de acuerdo. Creo que cuando lo leas lo juzgarás tambien juicioso e interesante.

Solo me resta referirme a la querida Nené, tu angel tutelar tu musa adorada, que, como tu bien dices "vale mas que el halago de una posición comoda o de cualquier clase de exitos pasajeros". Sabemos que es una alhaja cuyas virtudes, como piedras preciosas, están engarzadas en el oro de ley de un alma exquisita. Para ella el recuerdo cariñoso de todos. Para tu inolvidable y querida madre nuestro afecto de siempre.

Un fuerte abrazo de Margot y mio para los dos, con los fervientes votos para que pronto puedas terminar tus estudios y formar el dulce hogar con que sueñan, en donde reinen: el amor, el estudio, el trabajo y la paz. Asi sea.

Tu tio que no te olvida

Ángel R. Chenlo

¿Necesitas las revistas para tu archivo? Te las remitiré si lo deseas.

Parte final de una carta de Ángel Ramón Chenlo, fechada el 22 de agosto de 1961, acusando recibo y comentando el envío de un ejemplar de *Octógono*, donde fuera publicado *Marcado*. Sorprende la amplitud de criterio de este hombre —de educación conservadora y ya septuagenario— comparada con mis compañeros del Ateneo, ninguno de los cuales pasaba de los treinta.

Fueron entregados los premios Mateo Booz y José Cibils

En el Centro Español se realizó la entrega de premios y menciones correspondientes al certamen literario para autores noveles (sin libros publicados) organizado por la Asociación Santafesina de Escritores.

Inició el acto, en nombre de la entidad que nuclea a los hombres de letras, el señor Jorge Alberto Hernández, quien puso de manifiesto los propósitos de estimulo a la actividad literaria de estos concursos, que honran la memoria de dos destacados escritores del pasado santafesino: el poeta José Cibils y el cuentista Mateo Booz. Celebró la circunstancia de que este último premio y la mayoría de las menciones recayeran en gente del interior de la provincia, que de tal forma veía distinguida su labor vocacional.

A continuación, el Sr. José C. Corte habló en nombre del jurado, refiriéndose a la cantidad de trabajos recibidos y a las diversas orientaciones y tendencias literarias formales que había sido dable apreciar. Por último leyó el acta del jurado interviniente que integró junto con las señoritas Sonia Leonhardt y Nelly Borroni Mac Donald.

Seguidamente se procedió a hacer entrega de los premios y las menciones. María de los Milagros Torres Spreáfico recibió la plaqueta José Cibils, premio al mejor poema, y Juan Pedro Antón, distinguido en el género cuento, la plaqueta que lleva el nombre del autor de "Santa Fe, mi país".

Margarita Beceyro de Oliva, Julio César Pagano y Alcides Pila, recibieron, por su parte, las constancias de las menciones merecidas del jurado en el género poesía, y Gregorio Andrés Echeverría y nuevamente Julio César Pagano, sus menciones en cuento.

Como parte final del acto fueron leídos todos los trabajos distinguidos en el certamen, que alcanza con la presente su segunda edición, poniéndose en evidencia, por su buen éxito, la necesidad de este tipo de estímulos a la actividad literaria, tarea en que la Asociación Santafesina de Escritores está empeñada desde su creación.

Juro que amaba a Estela

- Título original: *Valeria* / Mención especial / Premio “Mateo Booz” / ASDE Santa Fe 1966.

El Jurado estuvo formado por Sonia Leonhardt, Nelly Borroni Mc Donald y José C. Corte.

Mi primer texto premiado en un certamen literario. Estamos viviendo nuestras últimas semanas en Santa Fe. DKW se tambalea a causa de una gestión inhábil y corrupta. El panorama laboral a futuro es sombrío. Tres meses más tarde estamos instalados en una casa de Ricardo Rojas, un barrio del partido de Tigre, en la provincia de Buenos Aires. A escasas diez cuadras del lugar donde —tras otras siete mudanzas y azarosos vaivenes— residimos en la actualidad.

La trama gira alrededor de experiencias vividas junto con algunos amigos en el entorno de la Escuela Científica Basilio. De las cuales me ocuparé algún día in extenso en otro espacio. Quede aquí apenas un cálido recuerdo para José Luis (Rubito) Víttori; Luis, Enrique y Juan Chiesa. Y el recuerdo a secas de Estela y Dante, médiums de la ECB; del hermano Atilio, su director y de Santo Lorenzetti, imbatible en tenis de mesa y calvo irredento, proclive a cuanto producto o tratamiento le prometiera una ínfima pelusa. También el de Rodolfo Borzzone, famoso por un padre —el dr. Andrés Borzzone— quien aparte de su trayectoria como leprólogo y subrepticio visitante nocturno del convento de San Francisco en el Parque Sur, ostentaba una menos plausible, como tenedor olvidadizo de bienes ajenos, en especial piezas de arte. En ocasión de una visita de Ariel Ramírez a Santa Fe, el desmemoriado doctor solicitó prestado a Casa Romano —tal vez Breyer— un piano de concierto, porque Ariel se iba a hospedar en su casa y el maestro no podía pasar una sola jornada sin ejercitar. Al cabo de unos días, Ariel Ramírez siguió con su gira, pero el costoso instrumento no retornó a la casa de música. Ni su importe, of course. Famoso asimismo por un hermano a la sazón (1960) condenado por homicidio simple y preso en la cárcel de Las Flores, tras haber despachado de una puñalada al mozo de un restaurante que lo había manchado con una cucharada de salsa. Famoso en fin por habernos alquilado la cochera de su casa de calle 1º de Mayo, donde con Juan, Estela, Dante y el espíritu de un médico húngaro que solía visitarnos, intentamos hacer realidad el sueño de todos los pelados.

Juro que amaba a Estela

Posiblemente no haya juez que se juegue por mi inocencia. La simple y espléndida realidad es que la amaba. Fue la primera y única mujer que amé. Una estrella, un sol en el oscuro techo de mi vida. Un cometa diría, por la manera en que aparecía y desaparecía. Para retornar al cabo de una semana o seis meses o tres años. De su última ausencia regresó con Dante.

Quienes piensen que sentí celos, se equivocan. Estela era luz, esencia. Nada en ella podía caber en un código o en la letra menuda de un contrato conyugal. Amarla era posible únicamente bajo la aceptación de su absoluta falta de inhibiciones y el goce *ad libitum* de su mayestático albedrío. Era una diosa. Volvió pues al cabo de dos años. Junto con Dante y la mediumnidad.

Nunca habíamos abordado el tema del espíritu. Pero cuando el discípulo está preparado, siempre aparece el gurú.

Y conste que no pretendo atribuirme una condición que sería por sí misma gloriosa. Al menos para mí, que en la vida he soñado con destacarme en la más insignificante actividad, aparte de la música. Debo aclarar que no soy melómano. Provengo de una familia poco interesada en cualquier tópico que no sea el ejercicio del comercio. El piano era en casa una especie de certificado vetusto, como esos árboles genealógicos o los desabridos escudos que se tienen para lucirlos. Lo adquirió estando radicado en Bruselas, mi abuelo materno. Según el taraceado en oro en el interior de la tapa, procedía de Hamburgo. Mi madre lo heredó por mayorazgo. Bien o mal lo aprovechó la pobre para alcanzar su módico profesorado. Para ella la música era un uni-

verso limitado al piano, la banqueta y unos álbumes de partituras. No recuerdo haberla oído hablar de escuelas ni estilos ni épocas ni autores. Es entonces natural que yo heredara el dichoso piano y su contexto. Por qué la cuestión empezó a crecer en el poco abultado mundo de mis inclinaciones, sería tal vez motivo de una investigación que jamás pensé en abordar.

Lo real es que me atreví a asomarme a un modo diferente de escuchar, apreciar y valorar. Lo cual no diría que haya sido un avance en el menor sentido. Teniendo en cuenta que aquellas incursiones adolescentes me llevaron a Beethoven y a la desgraciada muerte de Estela. Me di de narices contra las teorías de Williams y de don Hilarión Eslava y contra el solfeo de los solfeos de Lemoine. Y contra las escalas del Hanon y los estudios del Czerny. Por entonces aún bajo la batuta de mi madre. A posteriori contra la armonía y la audioperceptiva. Entretanto y por el camino, contra las síncopas y los tresillos. Contra los calderones y los silencios. Contra las escalas diatónicas y los compases de compasillo y de zorzico. Decir que me sentía como un nauta procurando avanzar a través de un medio cada día más espeso y rechazante podría quizá dar una idea de mi frustración. Aunque vislumbraba allá lejos delante de mi frágil embarcación, un objetivo luminoso. Un faro que no me dejaba lugar a dudas respecto de la derrota. Aun reconociendo mi congénita ineptitud y mi escasa voluntad. A pesar de que el lema de oro de la familia era *Querer es poder*. Y es que a despecho de las muchas lágrimas y no mínimos sinsabores, tuve desde siempre la ilusión de llegar un día a las marquesinas de las principales salas de concierto del mundo. En letras enormes. A la par —o por encima— de Rubinstein, Arrau, Gulda, Horowicz o Malcuzinsky.

Para cuando Estela reapareció, el piano había acumulado polvo, desinterés y telarañas. Pasaba los días durmiendo o mirando en la tele programas anodinos y vulgares. Pero fue volver Estela y el erial se hizo oasis y la noche se volvió día para mí.

Y con el esplendor de su mediumnidad, la presencia de Dante —fastidiosa al principio, no lo niego— pasó a un segundo plano. Me enteré de la magnífica trayectoria de Estela en la Escuela. Quien esté al tanto de la cuestión, sabrá a cuál me refiero. Los otros deberán crecer y ascender hasta que les llegue su gurú.

Estela ingresó a la Escuela. Cursó, desarrolló la mediumnidad y en pocos meses era ya directora. Dante también es vidente. Se conocieron en los cursos. Y de inmediato surgió —como inexcusable— la necesidad de que yo empezara a asistir. Así fui testigo de las dotes de Estela en todo su esplendor. Aunque no hubiera en ello el menor mérito de mi parte, verla tomar con entereza aquellos espíritus descarriados y cerriles que acudían sumisos al pie de la Cruz a su sola convocatoria, me insuflaba un ardor y un orgullo que dudo pueda traducir en palabras. Pues aquellas almas no eran por cierto espíritus de Luz. Eran la hez de los abismos, la escoria de las tinieblas. Ladrones, asesinos, verdugos, violadores, proxenetas, usureros. Todo el abencerraje que Dante —el otro— tan genial distribuyera entre sus círculos, en el infernal paseo barranca abajo. Para aplaudir de pie, lo juro. Pero no fue la Escuela el ámbito de mi encuentro con Beethoven. Mi fatídico encuentro, agrego. Estela, ángel de bondad en cuyo espíritu no cabía sino la desmesura de darse y regalar felicidad, me dijo una tarde: te tengo una sorpresa.

Para entonces hacía ya un par de semanas que nos reuníamos en la fábrica. Como la Escuela prohibía sesiones privadas, dispuse de un saloncito de archivos pegado a mi despacho.

Dos sillas, un par de butacas y una lamparilla de luz roja, para favorecer la videncia. Conque esa misma noche pasé a buscarlos. El garita nos franqueó la entrada. Ya en nuestro privado y bajo la penumbra rojiza, Estela empezó a liberar para apurar el trance. Dante de pie frente a ella, a un par de metros. Yo a un lado. Los golpes rítmicos de los dedos de Estela sobre sus muslos empezaron a acelerarse. Los ojos muy abiertos, fijos en un punto lejano detrás de Dante. De pronto quedó inmóvil con la vista perdida en el cielorraso. Su respiración se hizo pesada. Un ronquido que por momentos parecía como un estertor.

— Es un Espíritu de Luz. La aureola no me deja verle la cara.
— Buenas noches, hijos míos. Mírame bien, Dante. ¿Sabes quién soy?
— Veo tu luz pero no alcanzo a distinguir tu cara. Una cabellera despeinada. La cabeza ladeada.
— Y tú Grimaldo, hijo mío ¿me reconoces? ¿Alcanzas a leer mi nombre junto al tuyo, coronando las marquesinas, en letras grandes y luminosas?
— ¿Maestro?
— Antes de desencarnar fui Beethoven, en efecto. Ludwig van Beethoven. El Bien ha querido que ahora sea un Espíritu de Luz.
— ¡Maestro!
— Sé que ansías ejecutar mi música, Grimaldo.
— No hay otra cosa que desee más en la vida, Maestro.
— Harás mucho más que eso. Serás el más grande de mis intérpretes.
— Gracias… gracias, Maestro… gracias…

— Es apenas una compensación por enormes pruebas que te serán demandadas, hijo mío. Estela estará día y noche junto a ti. Junto al piano. Cada vez que ella incorpore, yo tomaré su cuerpo para guiarte y dirigirte. Será un duro aprendizaje. Para mí, porque me cuesta horrores volver a cuestiones que dejé con mi envoltura al desencarnar. Y para ti porque nada te será regalado. Llegarás adonde llegues al precio de tu sangre. Tu propia vida ha de ser el precio de ese sueño.

Tuve en ese instante un atisbo del horror implícito en aquella promesa. Pero el brillo del vellocino que Beethoven me ponía por delante hizo que desestimara la clarísima advertencia de mi ángel. Pensé —fugazmente— en el infausto devenir de Fausto. Me dije no soy él. Y el Maestro tampoco ha de ser Mefisto.

Comenzamos a estudiar. Imposible expresar en palabras el grado de exigencia —rayano en la brutalidad— de este ser que pareció de inmediato más dispuesto a tomar mi vida en prenda que a pulir mi técnica y mi expresividad.

Convinimos en que Estela y Dante se instalaran en casa. Obviamente para mamá resultaba tan irritante esto, como el hecho de que echara llave a la sala de música cuando nos poníamos a trabajar. Pero la presencia de Dante aventaba cualquier suspicacia.

A la semana mis nervios estallaban. Beethoven —Estela— se instalaba a mi izquierda, sentado al costado del piano. Dante un par de metros detrás de mí, por la derecha. Dormitando o al menos con los ojos entrecerrados.

Comprendo que para quienes no han frecuentado el ambiente, resulte chocante escuchar que nombro a Beethoven cuan-

do en realidad era Estela quien estaba allí sentada. Pero les agradezco que guarden consideración a mis puntos de vista acerca del tema. Me resulta delicado llamarlo Estela cuando sé y me consta que era en realidad el Maestro quien me contemplaba desde el fondo de aquellos ojos oscuros.

— Los codos a la misma altura de la muñeca, no lo olvides.
— Sí Maestro.
— Son corcheas, no semifusas, Grimaldo. Pareces una locomotora.
— Sí Maestro.
— Quita el pie del pedal, Grimaldo. Ese *piano* debes darlo con la yema de los dedos.
— Sí Maestro.

Por momentos parecía que sus ojos se iban hundiendo en aquellas cuencas descarnadas. La impaciencia (o la ira) hacían temblar las bolsas debajo de sus párpados. Sin mirarlo adivinaba el endurecimiento de su quijada.

Y el cabeceo. Aquel cabeceo, Dios. Un descomunal péndulo invertido latiendo al compás. Un metrónomo monstruoso. Una cabellera revuelta, hirsuta. Chispeante como una maraña de cables atrayéndose y rechazándose al paso de la corriente eléctrica.

— Esa *appoggiature* es breve, no lunga, Grimaldo.
— Sí Maestro.
— Esos cuatro compases son lentos pero con *espressione*, muchacho.
— Sí Maestro.

— Vuelve atrás. Has dejado de lado el *ritornello*, Grimaldo.
— Sí Maestro.

El *andante cantabile* de la opus 13 fue atroz. En el primer compás empezaron los cabeceos.

— No es ahí, Grimaldo. Tres compases antes de terminar el *allegro* cambia la clave. Tienes que bajar una octava. Cabeceo.
— Sí Maestro.
— *Piano e crescendo*. Compás a compás. Cabeceo. Como una respiración. Cabeceo. Los compases impares crecen. Cabeceo. Los pares decrecen. Cabeceo.
— Sí Maestro.
— Está atento al *staccato* del octavo. Cabeceo. Antes del tresillo vuelve a sol. Cabeceo. Cabeceo. Cabeceo. Cabeceo. Cabeceo…

Cómo acallarlo. Apagar esas brasas. Aquietar esa cabeza condenatoria. Silenciar ese borboteo que demanda, descalifica, apresura, exige, insulta, ordena, frena y me destroza. Mis manos se alzan estevadas en un ademán de furia, para descargar sobre el teclado despavorido el acorde más disonante, más oprobiosamente dispar, más justicieramente inaceptable. Pisando a fondo a la vez sobre el pedal derecho. De tal modo que la discorde explosión es devuelta por el cielorraso contra el parquet y por los muros unos en contra de los otros y entre sí.

Al punto mis garras se cierran sobre su cuello. Apretando. Vade retro. Más. Invalidando el odioso cabeceo. Más aún. Impugnando de una vez y para toda la eternidad el rictus

despectivo. Más, Grimaldo, ya lo tienes. La patibularia melena. Más, aprieta hasta que estalle. Esos ojos horribles que aun bajo el apremio te maldicen. Duro con él. Terminar de una vez y para siempre con el aleteo de esas fosas. No te detengas. No sufras ya. No pienses sino en esta fresca y arrolladora libertad. Libre, Grimaldo. Por hoy y siempre y como nunca libre…

Adivino un hálito de infierno a mi alrededor. Pero solo tengo consciencia de dos óvalos morados creciendo en morbidez sobre esa garganta mil veces recorrida por mis labios. Dos notas musicales, dos figuras absurdas, dos estigmas incomprensibles acentuando por contraste la palidez esplendorosa.

Él ha muerto. Pero sé que Estela volverá. ▮

Asociación Santafesina
de Escritores

[illegible] · SANTA FE

CONSTANCIA de que Gregorio Andrés ECHEVERRIA, como participa en nuestro concurso literario para autores noveles correspondiente al año 1966, obtuvo mención especial con el cuento titulado "Valeria" que presentara para optar al premio "MATEO BOOZ".

Emitida para ser entregada el día 19 de noviembre de 1966, en coincidencia con la semana aniversario de la fundación de esta ciudad de Santa Fe. -

José C. Corte
Secretario

ASOCIACION SANTAFESINA DE ESCRITORES

Dr. Rafael Virasoro
Presidente

Se discernieron los premios Mateo Booz y José Cibils 1966

Se expidió el jurado interviniente en el certámen literario anual para autores noveles organizado por la Asociación Santafesina de Escritores. El jurado estuvo formado por Sonia Leonhardt, Nelly Borroni Mc Donald y José C. Corte.

El premio "Mateo Booz" para el mejor cuento fue adjudicado a Juan Pedro Antón de Reconquista y merecieron menciones Gregorio Andrés Echeverría de Santa Fe y Julio César Pagano, de Vera. El premio de poesía "José Cibils" le fue otorgado a María de los Milagros Torres Spreáfico de Santa Fe. Las menciones correspondieron a Margarita Beceiro de Oliva, de Rafaela; Julio César Pagano de Vera y Alcides Pila de Reconquista.

Los premios consisten en plaquetas que se otorgarán por segundo año consecutivo y se entregarán junto con las menciones en un acto a realizarse en el Centro Español el sábado 19 a llas 19 y 30.

Fueron entregados los premios Mateo Booz y José Cibils

En el Centro Español se realizó la entrega de premios y menciones correspondientes al certamen literario para autores noveles (sin libros publicados) organizado por la Asociación Santafesina de Escritores.

Inició el acto, en nombre de la entidad que nuclea a los hombres de letras, el señor Jorge Alberto Hernández, quien puso de manifiesto los propósitos de estimulo a la actividad literaria de estos concursos, que honran la memoria de dos destacados escritores del pasado santafesino: el poeta José Cibils y el cuentista Mateo Booz. Celebró la circunstancia de que este último premio y la mayoría de las menciones recayeran en gente del interior de la provincia, que de tal forma veía distinguida su labor vocacional.

A continuación, el Sr. José C. Corte habló en nombre del jurado, refiriéndose a la cantidad de trabajos recibidos y a las diversas orientaciones y tendencias literarias formales que había sido dable apreciar. Por último leyó el acta del jurado interviniente que integró junto con las señoritas Sonia Leonhardt y Nelly Borroni Mac Donald.

Seguidamente se procedió a hacer entrega de los premios y las menciones. María de los Milagros Torres Spreáfico recibió la plaqueta José Cibils, premio al mejor poema, y Juan Pedro Antón, distinguido en el género cuento, la plaqueta que lleva el nombre del autor de "Santa Fe, mi país".

Margarita Beceyro de Oliva, Julio César Pagano y Alcides Pila, recibieron, por su parte, las constancias de las menciones merecidas del jurado en el género poesía, y Gregorio Andrés Echeverría y nuevamente Julio César Pagano, sus menciones en cuento.

Como parte final del acto fueron leídos todos los trabajos distinguidos en el certamen, que alcanza con la presente su segunda edición, poniéndose en evidencia, por su buen éxito, la necesidad de este tipo de estímulos a la actividad literaria, tarea en que la Asociación Santafesina de Escritores está empeñada desde su creación.

Carta de la Asociación Santafesina de Escritores (ASDE) y recortes del diario *El Litoral*, dando cuenta de la distinción otorgada (la primera que recibo) y del acto de premiación del Mateo Booz (Cuento) y el José Cibils (Poesía), noviembre 1966.

Muerte de Orfeo

- Segundo Premio “V Fiesta de las Letras de Almirante Brown” / Círculo de Periodistas y Municipio de Almirante Brown (BA) 1975.
- Primer Premio / I Certamen Literario “Esteban Echeverría” 1978 / Municipalidad de Esteban Echeverría (BA).
- Mención Certamen provincial “Roberto J. Payró” / Ministerio de Educación, La Plata (BA) 1978.
- Mención Especial en Cuento / SARCU Sociedad Argentina de Relaciones Culturales con la Unión Soviética / Buenos Aires 1978.
- Distinción al Mérito Literario “Dr. Néstor Hugo Brizuela” 2005 / APEA Asociación de Poetas y Escritores de Aimogasta, prov. de La Rioja, Argentina.

Formaban el Jurado de la V Fiesta de las Letras: María Elena Dubecq, Federico Peltzer y Alfonso Fernandes Leys. Como parte del premio, la comisión organizadora tenía previsto —en homenaje a los ganadores— un paseo que llamaron “Almirante Brown insólito”, por los alrededores del distrito y arrancó el sábado 15 de noviembre a las 16:00 de casa de Tito Narosky. Visitamos lugares de Adrogué que de veras valió la pena conocer. Sobre todo la magnífica reserva urbana de aves y pájaros del ornitólogo Guerrero, quien albergaba en una hectárea ejemplares vivos pertenecientes a unas 200 familias, a escasas cuadras del centro. Primera (y única) vez que tuve colibríes libando hidromiel casi encima del hombro. Conversando durante el recorrido con Amalia Jamilis [2], quien había viajado desde Bahía Blanca para recibir el Primer Premio, me dijo algo doloroso que el tiempo habría de confirmarme. Ser escritor no significa necesariamente ser buena persona.

A las 19:00 se realizó la entrega de premios, en el Salón del Centro Comercial, donde los miembros del Círculo de Periodistas ofrecieron más tarde un vino de honor. En medio de la conversación —mezclada como suele ocurrir — Juan Cánepa me preguntó si era médico. Y la pregunta tironeó de un episodio de mi vida de estudiante. En ocasión de un paro de trasporte interurbano, de jeans y remera, portafolios por todo equipaje y barba de tres días, abordé en el control policial de la Boca del Tigre, en Santa Fe, un camión que viajaba hacia el sur. Uno de los gendarmes (aleccionado por mí) le solicitó al chofer que tuviera la amabilidad de “llevar al doctor, que necesita llegar con urgencia a Rosario”. Viajamos en silencio, el hombre observándome de reojo

---

[2] Amalia Jamilis nació en La Plata el 30 de agosto de 1936. Falleció en Bahía Blanca tras una larga enfermedad el 30 de octubre de 1999.

sin decir palabra. Pero al rato de pasar Sauce Viejo, me mira de lleno con una sonrisita cachadora y suelta: “si vos sos médico, mi culo canta por radio”.
Por otra parte, este premio fue motivo de que un tiempo después María Elena Dubecq me invitara a una de sus célebres tertulias literarias en su casona de Palermo, donde recuerdo la presencia, entre otros, de su hija Alejandrina, Adolfo Pérez Zelaschi, Lisandro Gayoso, Federico Peltzer y Matilde Zimerman. Una dama esta, que se jactaba de viajar a cuanto congreso o encuentro literario se realizara en cualquier lugar del mundo, amparada por la chequera de su esposo farmacéutico. Un mes más tarde, el Jurado de SARCU, integrado por Hilda Guerra, Marcela Righini y Duilio Ferraro (por SADE) y José Marial y José Armagno Cosentino (por SARCU) otorgaba también una Mención Especial a este cuento. El texto original fue reescrito después del 29 de julio de 2000, bajo la emoción del suicidio del dr. René Favaloro y dedicado a su memoria. Esta es la versión incluida aquí.

Como sutil referencia a la represión durante aquellos años negros, la institución —por cierto en la mira del gobierno militar y sus servicios de inteligencia— me pregunta claramente si deseo figurar en las comunicaciones que se emitan acerca del certamen.

PAGINA 8 — LA UNION — Martes 28 de Octubre de 1975

ALMIRANTE BROWN

Fueron Otorgadas Distinciones de la Quinta Fiesta de las Letras

Luego de una prolongada reunión, un jurado integrado por los escritores María Elena Dubecq, Federico Peltzer y Alberto Fernández Leys, otorgó las distinciones de la 5ª Fiesta de las Letras de Almirante Brown, certamen que organiza anualmente el Círculo de Periodistas del distrito y que cuenta con los auspicios de la Municipalidad local. Como informáramos oportunamente, el certamen de este año estuvo dedicado al genero cuento.

EL VEREDICTO

El veredicto del Jurado fue el siguiente:

Categoría A. para autor nacido o residente en la provincia de Buenos Aires: primer premio al cuento 'Madan', por Amalia Jamilis, de Bahía Blanca; 2º premio: 'La muerte de Orfeo', por Gregorio Andrés Echeverría, de La Lucila.

Primera mención: 'Miriam', por Carlos J. P. Pizzorno, de Martínez; 2ª, 'Por siempre Parkhai', por Dora Delia Battiston, de Ituzaingó; 3ª 'La profecía', por Andrés López Frean, de Banfield.

Asimismo, dada la calidad de los trabajos, el jurado acordó también dos distinciones especiales a 'Baigorrita', por María Eugenia Burgos, de Mar del Plata y a 'Una memoria ancestral', por José Luis Costanzo, de Tres de Febrero.

Al primer y segundo premio les corresponde 350.000 y 150.000 pesos moneda nacional, respectivamente; a las menciones, medalla y diploma, y a las distinciones especiales, diploma.

LA CATEGORIA PARA AUTORES LOCALES

Las distinciones de la Categoría B, para autores nacidos o residentes en Almirante Brown, el premio de 100 000 moneda nacional correspondió al cuento 'Ubicuo', por Adriana Martínez Dalke, de Adrogué: primera mención a 'El viajero', por José Miguel Heredia, de la misma ciudad, y segunda mención a 'El grado de perfección', por Héctor Stocco, de Longchamps.

Destaquemos que Amalia Jamilis ya fue consagrada en un certamen anterior y es una figura joven de gran prestigio en la literatura nacional, en tanto que José Miguel Heredia es el autor de la popular historieta "Perro Mundo", que publica el diario "La Nación", de Buenos Aires.

Los premios serán entregados en una reunión especial el próximo 15 de noviembre, a las 19, en la sede del Centro Comercial, Esteban Adrogué 1173, Adrogué, luego de lo cual jurado y ganadores del certamen serán agasajados con un vino de honor por los integrantes del Círculo de Periodistas de Almirante Brown.

En su edición del martes 28 de octubre de 1975, el periódico *La Unión* de Almirante Brown da a conocer el veredicto del Jurado encargado de discernir los textos premiados en la V Fiesta de las Letras.

Muerte de Orfeo

Al amado doctor René Favaloro, in memoriam.

El parloteo desciende y se derrama desde la Acrópolis ganando los mercados y las plazas. Bavardeo, describirá no sin gracia un edil actualmente dedicado a recopilar perlitas —piedritas— para el mausoleo familiar. Porque las altas actividades de los ediles ya nada tienen que ver con las pedestres preocupaciones de los ciudadanos. Y quien en ese momento lo escucha desde uno de los escaños más alejados del pabellón de invierno, entrecierra los ojos conservando atentas las orejas. El querido Daimosthenak solía recurrir a estos inocentes golpes de efecto cuando su clientela, fingiendo un apego mentiroso a valores que en el fondo despreciaba, empezaba a bostezar, harta de escuchar extensos parlamentos que resaltaban por sobre toda otra consideración mezquina las excelencias de su maestro de oratoria. Pues del venerable recomendaba dos grageas que valían por un completo tratado. La necesidad de suscitar el interés del auditorio con algunos granos de pimienta. Y la conveniencia de estudiar con calma las expectativas del foro antes que la prolijidad de los propios argumentos. Tal aprendizaje no habría caído en predio baldío. Desde el momento en que, a fuerza de pimienta y alguna pizca de betún u otros ungüentos específicos, el recuento de votos solía terminar habitualmente a su favor.

El edil (exedil) ya no participa de la discusión pero vienen a su memoria el escándalo de la servilleta y las coimas del senado. Y el oyente memorioso sonríe para sí. Porque el viejo Daimos ha sido por encima de cualquier otra imputación un vie-

jo zorro. Capaz de cautivar al mismo tiempo a su audiencia y con similares argumentos convencerlos exactamente de lo contrario cada vez. Logrando que además de votar nuevamente a su favor lo aclamaran a gritos.

Si por razones de pudor y de una estricta discreción no me estuviera vedado el auscultar otros senderos temporales, seguramente estarían desfilando ante mis ojos y por entre los recovecos de la memoria rostros más significativos que los del anciano filibustero. Algunos amurallados en sus mastabas y urnas funerarias, en los rincones donde yacen al cabo los hacedores de mentiras y los ambiciosos de vanagloria. Otros disimulando su fragilidad con ovaciones subvencionadas y empinados sobre precarios andamios de consenso. Los golosos de aplauso. Los bulímicos de popularidad. Mi propio maestro —uno de los muchos, en realidad— el venerado Iposkrathos, no perdía ocasión de hacerme notar que menos sencillo que restaurar la salud de unas coronarias o la flexibilidad de los pericardios era cultivar y avivar la vitalidad de esa rara vocación de excelencia que él denominaba con fruición *areté*.

Toda mi vida, ciertamente extensa y rica en episodios del más variado cariz, ha girado alrededor de pivotes sencillos pero sólidos. De cada uno de aquellos trances guardo un resumen, una moraleja. No han sido pocos los reyes y generales confiados a mis cuidados. Menos —sin duda— los que hubieran pensado con franqueza que podían adeudarme algo más que la bolsa de monedas que dejan en mis manos apenas borrados de sus rostros los vestigios del terror y los estragos que sutilmente imprime en la frente y debajo de los párpados la visión demasiado próxima de los últimos capítulos. Nadie puede predecir los pormenores de su propia estela. Tal vez por eso mismo, los poderosos tengan

por costumbre convocar a sus palacios algún rapsoda avezado en el oficio adulador de la retórica y en el ejercicio halagüeño de la pluma. No vale la pena correr riesgos. Nadie se atreve a dudar de la ecuanimidad de Anubis, pero todos sospechan llegado el caso de las influencias nefastas que pudieran opacar la imparcialidad del juez o la confiabilidad de su balanza. Y todos soplan con esmero para que la pluma no se pose sobre ellos mientras proclaman a gritos su decisión de dar la vida por el emperador o por la patria o por el dux. Escribas bien comidos o aedos agradecidos del vino generoso o del mullido lecho son una solución laudatoria y genial. *Βαρβαροι*. Extranjeros atenidos antes a la desprolijidad de los cuarteles y las armas que a la soledad de las bibliotecas y los claustros y las finuras del espíritu.

Recorro ahora con la mirada el vacío interior del templo. Un temblor subterráneo repercute en los talones desnudos y trepa hacia la clave de los arcos. Detrás de mí el peristilo extiende hasta el mar la sombra alargada de las columnas. Un mar irreconocible acerca hasta la playa la espuma salobre que llega galopando desde los confines del tiempo. También mis recuerdos fluyen a caballo de esa espuma que rompiendo en fulgores diminutos atraviesa de un salto el pavimento gastado del atrio y se adentra en la oscuridad del santuario. Oscuridad que se espesa al repique de unos parches retumbantes y gemido de flautas.

Tres acólitos cargan en un hornillo medidas exactas de benjuí, canela y mejorana. Acercan un tizón y las especias comienzan a quemar su alma. Volutas plomizas se enroscan sobre otras livianas azuladas. El conjunto va trepando por la piedra perezosa de las paredes. *Βαρβαροι*, murmuro una y otra vez para mí. Voz apenas de una voz, sombra apenas de una sombra.

Por mi mente en la cual una fiebre turbulenta avanza junto con el repique de flautas, desfilan imágenes. Gritan algunas luces y una sombra afilada de dientes me amenaza y ríe. Procuro identificar las entidades que me rodean, en la seguridad de que nombrarlas habrá de alcanzar para volverlas a la nada desde la cual se proyectan. Pero al enfocar sus rostros solo manchas grises con los estigmas de la descomposición y del tedio.

Confusamente reflexiono acerca de la improbable humanidad de los esperpentos. Me acosan ahora adheridos al pavimento desgastado por generaciones de sandalias. Maxilares hiperbólicos, gargantas con la impronta del verdugo, fauces libidinosas babeando una bilis nauseabunda que se escurre por los desniveles en busca del osario general. Trasgos de alas membranosas exponen a la luz de los cirios olores que conjugan la acidez de las coles fermentadas y el tufo de los estercoleros de camello. Sigo con la mirada la evolución de las nubecillas de incienso. Las espirales azuladas ya se desperezan por encima de las claves de la arcada principal. Las plomizas, en cambio, merced a la superior densidad, remolonean a media altura avanzando en senderos paralelos al piso y a cuatro o cinco codos por encima de las lajas. Mis recuerdos derivan lejos de las volutas y el perfume. Iposkrathos en persona ha vigilado la severidad de mis primeros retiros, antes de que me fuera permitida el alba de lino blanco. Las tareas más pedestres me han sido encomendadas, para expulsar del espíritu el mínimo resabio de vanidad. La mortificación y el ayuno fueron mis únicos condiscípulos. Pasadas las celebraciones del nuevo año lunar, el elegido se despide de sus maestros y de sus compañeros y emprende solo el tramo final del largo aprendizaje. No hay entereza capaz de sobreponerse a la mordedura impiadosa de la soledad. Cada uno de mis

mentores me advierte el estribillo. El hombre nace, vive y muere solo. Se acercarán a ti —me explican— tras la simpatía de tu conversación o por el tintineo de tu bolsa. Comprobarás (hazlo cuanto antes) que te adulan pero no te aman, te sonríen pero no te respetan en su corazón, te requieren pero no te soportan. Y cualquiera de ellos estará dispuesto llegado el momento para la puñalada o el golpe de una lanza por la espalda.

Mis pies algo hinchados se detienen al borde mismo del círculo. Veo —intuyo— la traza tenue que tal vez solo exista para mi percepción (mi confusión). Y sonrío. Para adentro, como es mi costumbre. Por pudor nomás, por esa picazón que me produce el presentirme en el proscenio de la curiosidad ajena, de la desvergüenza pública. Las recomendaciones del viejo zorro son terminantes. La mejor reputación de un ciudadano es la de aquel de quien nadie habla. Ni a favor ni en contra. Sonrío porque desde las sombras los ojos entrecerrados de un Ionesco de nieblas me envia su guiño cómplice. Si pensabas en el círculo de tiza no lo nombres. Pisa y entra sin temor. Apenas traspuesto el límite, el círculo frontera se convierte en el círculo cerrojo, un círculo candado. Todo el cuerpo es una masa retorcida de músculos y corazonadas. Siempre el corazón de por medio. Medio corazón. Un corazón y medio. Y en el justo medio, en el centro de todos los centros, está —debería estar a la espera— la reina, la mía. La de corazones, claro.

Penetro en el laberinto. Detrás de mí las ramas de laurel y los ladrillos ásperos se entremezclan a la perfección, cicatrizando la herida antes de que logre volver la vista para precisar la importancia de la estocada. *Vivir… morir… tal vez soñar…*

Sé que en cualquier instante, luego del siguiente paso acaso, cambiarán las secuencias. El primer círculo ya no ha de

ser el primero sino el séptimo. La piedra ya no será la piedra. El agua habrá dejado de ser agua. Y un agujero negro ominoso será instalado en el lugar que ocupaba hasta entonces el mismo sol. ¿Cuánta es la distancia de ese primer círculo —o séptimo— hacia el siguiente (o el anterior)? ¿Cuántos estadios alcanzará a recorrer Aquiles antes que la flecha fulminante lo descorazone. ¿Otra vez, doctor? En esta no iba la flecha sino una tortuga. Que tampoco va delante ni hacia Aquiles porque alguien ha seccionado limpiamente sus gemelos. Y no mordisco de tortuguita insospechable de perversas intenciones. Sino impacto de flecha desgarrando la epidermis primero y las levedades adiposas y las estrías pasmadas por el tétanos.

El pie se adelanta ya hacia hacia los arcos próximos. De repente una verticalidad sin atenuantes se apodera de las coordenadas del templo. Los círculos que hasta este penúltimo latido se abrían sin rupturas hacia el horizonte se alzan de golpe en busca del zenit. Gritando a la vez con tal vehemencia que es al mismo tiempo un nadir insondable el que establece los códigos del vuelo. Todo se acelera y todo se detiene y todo ocurre junta y aunadamente en un ahora y en un todo. Adelante —arriba— tu otro pie. Atrás —o abajo— eso otro que soy yo mismo pero al instante un extraño otro o mi gemelo o la sombra de mi sombra o la simetría del ego desde el otro lado del espejo.

Las volutas están ya enroscadas como una lampalagua bulímica alrededor de la giralda. Desde mucho más abajo de las losas deslustradas por generaciones de sandalias y arrepentimientos, un bajo retumbante me convoca. Daré aún un paso y otro más. El ascenso cada vez más duro. La pendiente abrupta que se me echa encima. He caído de espaldas. Y siento —adivino, maravillas— que el cuerpo no pesa ya. Ni los recuerdos

pesan. Ni las angustias ni las humillaciones pesan. Ni los sí ni los no pesan. Es la levedad que siempre imaginé asociada a la inocencia y a la gracia.

Nada cuenta sino la enorme luz de la infinita lámpara escialítica que desde lo alto con misericordia me sonríe. ▮

330 Form. 3

TELEGRAMA

TELEGRAFO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

CATEGORIA Colacionado
DESTINATARIO TC Gregorio Andres Echeverria.-
DOMICILIO Ing. Marconi 3102.-
DESTINO Beccar.

PROCEDENCIA	Nº	P	Hora origen	Indicaciones
E.Echeverria	130	45	14/14.30	

Por	T	AP	Hora recepción	Fecha
Mieres.-	HD	B fono	19.30	14.9.1978

Invitamos a concurrir el viernes 15 de setiembre a las 10 horas casa de la Cultura de Esteban Echeverria a efectos de serle entregado el premio a que ha sido acreedor. Colacionese.-

Zaida Saouaa Director de Cultura

TELEGRAFO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

No vale la pena insistir en las miserias de la burocracia. Acaso nada las refleje con mayor ahínco que estos tristes telegramas. Agobiados de portar malas noticias, excluyen en su construcción el arte de la novedad que debiera suponerse biendada y bienvenida. Lo lacónico encubre desprolijidades diversas. Incluidos los remiendos.

Rosa descalza

[Volumen de cuentos, inédito]

- Primer Premio Provincial de Literatura “Alcides Greca” / Santa Fe 1978.

“ --------------------- Seguidamente el jurado pasa a considerar los envíos en la categoría Inéditos, dentro de lo cual selecciona para el Primer Premio [Provincial de Literatura Alcides Greca 1978] el volumen titulado *Rosa descalza*, firmado por Gregorio Echeverría, teniendo en cuenta el poder imaginativo que revelan sus páginas, avalado por una amplia cultura humanística y la solidez de un pensamiento unificador. […] Firmado Lermo Rafael Balbi, Luján Carranza y Fortunato Esteban Nari. -------------------------”

Un premio de enorme contenido afectivo, al margen de los apuros y desprolijidades que se viven alrededor de los eventos culturales oficiales, tanto en Buenos Aires como en el resto del país. Al finalizar el acto en el Museo Rosa Galisteo, nos invitaron para hacer una nota en vivo en Canal 13 y esta salida al aire me permitió reencontrar aå Silvia Braun, después de trece años.

Ni trofeo ni diploma ni dinero. El único testimonio —aparte de alguna noticia en *El Litoral*— es una copia carbónico del acta del jurado. Tampoco la publicación anunciada en un maltrecho Fondo Editorial. Aunque dio pie para un mezquino debate acerca de si en el futuro el Alcides Greca debía aceptar la participación de los santafesinos residentes fuera de la provincia. Para finalmente desembocar en una Ley 12.496 de 2005 —tan brillante como chauvinista— que me excluye de sus beneficios por ese mismo motivo.

Hoy no me atrevería a publicar (por razones de calidad) muchos de estos textos, pero incluyo el que le dio título al volumen premiado, como un hecho de nostalgia. Nostalgia hoy. Un grito de bronca en aquellos años. Y una prueba de que los censores no saben manejar a la vez el ojo y la tijera.

1390
encotel
ARGENTINA
MINISTERIO DE ECONOMIA
CORPORACION DE EMPRESAS NACIONALES
EMPRESA NACIONAL DE CORREOS Y TELEGRAFOS
TELEGRAMA
Form. 3009

PROCEDENCIA ≡≡ SANTA FE 57 40/37 16/2130 ORIGEN MENCIONES DE SERVICIO
RECIBIDO POR HORA RECEPCION 0633 FECHA 17 3 79

<≡≡GREGORIO ECHEVERRIA<≡ING MARCONI 3102 <≡≡ BECCAR B
DOMICILIO DESTINO

<≡≡MARTES 27 MARZO HORA 19.30 SE PREVE ACTO ENTREGA PREMIOS<≡CONCURSO
ALCIDES GRECA RUEGO INFORMAR <≡TELEGRAFICAMENTE POSIBILIDADES<
ASISTENCIA CASO CONTRARIO SUGERIR FECHAS SALUDOS<
≡PROF JOSE MARIA UNGES <≡SECRETARIO DIRECC PCIAL CULTURA<≡≡≡

Telegrama del 17 de marzo de 1979 comunicando la fecha de entrega de premios del Certamen Provincial Alcides Greca 1978.

fecha fijada en el respectivo cultural. R. A.

Circularán nuevos sellos postales

El centro Filátelico de Santa Fe informa a los filatelistas que está anunciada para los primeros días de abril próximo la aparición de cuatro sellos postales denominados Temas Nacionales, de 100, 200, 300, y 400 pesos casa uno.

Asimismo hace saber que los interesados podrán reservarlos hasta el 1° de abril, en el local del Centro, San Martín 2219.

Asamblea de periodistas jubilados

El Círculo de Jubilados y Pensionados Periodistas y Administrativos informó que el viernes 30 del corrientes, a las 18, en la Sala de la Bolsa de Comercio de Santa Fe, llevará a cabo su asamblea general ordinaria.

En tal oportunidad, luego de la aprobación del acta anterior, se procederá a la lectura del ejercicio y balance, y finalmente se elegirá la nueva comisión directiva.

Entregáronse los premios de narrativa Alcides Greca

En la sala Didáctica del Museo Provincial de Artes Visuales Rosa Galisteo de Rodríguez se efectuó el acto de la entrega de premios del certamen de narrativa Alcides Greca de 1978, al que asistieron escritores locales y gente de Rosario que viajó especialmente.



El subsecretario de Cultura, Dr. Héctor Ruiz de Galarreta, entrega el primer premio en obras publicadas a Amalia Grande por "Joaquín".

Para referirse al acontecimiento habló en primer término el jefe de Promoción Cultural de la Subsecretaría de Cultura de la provincia, que instituyó los galardones, Sr. César Actis Bru. Este puntualizó la vigencia de tales premios que, dijo, mantienen su frescura a través de casi una década y que se han constituido en un activo instrumento para estimular el trabajo de nuestros escritores. Quizás el problema más agudo de esto —añadió— radique en la edición y la distribución de sus obras, que unidos al necesario reconocimiento de su labor configuran los rasgos de la situación de aislamiento casi permanente del hombre de letras.

Señaló, además, que con la creación del Fondo Editorial, sus tomos ya publicados y los tres que serán publicados este año y su distribución a todas las bibliotecas populares del interior de la provincia, direcciones de Cultura de todo el país y medios de difusión la provincia trata de atenuar los dos primeros aspectos del problema. Con los premios trienales de literatura en sus géneros poesía, narrativa y ensayo trata de brindar estímulo y reconocimiento a los méritos y valores de los escritores hijos de su suelo. Tal el caso, aclaró, de los premiados en esta oportunidad: una entrerriana residente en Rosario, un rosarino residente en Béccar (Buenos Aires) y un rosarino y un santafesino residentes ambos en sus respectivas ciudades.

La entrega de las recompensas

A continuación el subsecretario de Cultura, Dr. Héctor Ruiz de Galarreta, tras la lectura del acta del jurado por una empleada del organismo oficial, entregó el primer galardón en obras publicadas a Amalia Grande por "Joaquín". Lo propio hizo el titular de la Asociación Santafesina de Escritores, señor Jorge Alberto Hernández, con Gregorio Echeverría, que obtuvo el primer lauro en obras inéditas por "Rosa descalza". Después el contador Adrián Néstor Escudero, galardonado con la segunda distinción en obras publicadas por "Los últimos días" recibió la recompensa de manos de la señora Silvia de Pegassano, representante de la filial Santa Fe de la Sociedad Argentina de Escritores, y, finalmente, el vicepresidente del Nucleamiento de Escritores Argentinos —NEA—, señor José Ramón Pallavidini entregó el segundo premio en la categoría inéditos a Marco de Aguilar por su obra "Cuaderno de bitácora".

Finalizando el acto, los autores Amalia Grande y Gregorio Echeverría leyeron trozos de las obras premiadas, tras lo cual los galardonados y asistentes fueron agasajados.



Vista parcial del público asistente al acto realizado en el museo Rosa Galisteo.

Recorte del diario *El Litoral*, del 28 de marzo del mismo año, al día siguiente del acto en el Museo Provincial Rosa Galisteo de Rodríguez. Los dos últimos a la derecha Gregorio y su esposa Amanda.

Santa Fe 22 noviembre 1978

PREMIO DE NARRATIVA "ALCIDES GRECA" 1978

A C T A

En la ciudad de Santa Fe, a los veintidos días del mes de noviembre de mil novecientos setenta y ocho, siendo las dieciséis, se reúnen los firmantes de la presente, Luján Carranza, Lermo Rafael Balbi y Fortunato Esteban Nari, designados por la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santa Fe, para integrar el jurado que debe discernir el Premio de Narrativa "Alcides Greca" 1978.

En cumplimiento de las disposiciones reglamentarias el jurado pasa a considerar cada una de las obras previamente leídas por cada uno de los miembros antes citados, oportunidad en que éstos informan respecto de las conclusiones a que arribaron individualmente, luego de lo cual, tras una evaluación de las coincidencias resultantes, se determina adjudicar en la categoría ÉDITOS: El Primer Premio al libro *Joaquín*, de Amalia Grande, por rescatar con sencillez y belleza, un tema de vigencia universal y que resulta, en armoniosa coordinación de fondo y forma, una genuina obra literaria dentro de la actual narrativa argentina. Asimismo decide otorgar el Segundo Premio al libro *Los últimos días* de Adrián Néstor Escudero, el que, a través de su sentido temático de indudables proyecciones, mantiene una idea rectora sustentada por recursos estilísticos de buen nivel.

Seguidamente el jurado pasa a considerar los envíos en la categoría INÉDITOS, dentro de la cual selecciona para el Primer Premio el volumen titulado *Rosa descalza*, firmado por Gregorio Echeverría, teniendo en cuenta el poder imaginativo que revelan sus páginas, avalado por una amplia cultura humanística y la solidez de un pensamiento unificador. Para esta categoría se decide adjudicar el Segundo Premio, al original titulado *Cuaderno de bitácora*, que firma Marco de Aguilar, en el que se señalan méritos de orden estilístico y el nivel de su concepción imaginativa.

El jurado deja constancia de haber recibido y analizado el total de ocho obras éditas y quince inéditas, y que los premios fueron acordados por unanimidad. Por último hace constar su complacencia por el hecho de que, aparte de los trabajos premiados, le ha sido dado evaluar varias obras de indudables méritos.

Siendo las dieciocho del día citado, en la Biblioteca de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santa Fe, se dan por finalizadas la actuaciones del jurado con la elaboración de la presente acta que firman sus integrantes.

LERMO RAFAEL BALBI LUJÁN CARRANZA FORTUNATO ESTEBAN NARI

Rosa descalza [3]

Mejor olvidarlo. Mejor instalarse de este lado, en la seguridad conveniente del no-te-metás o del arrimate-al-sol-que-más-calienta o… renunciar así de golpe (porque si no renunciás de golpe te empieza a caminar la duda como una cucaracha octópata) o las interminables variantes donde todo final es el otro cielo, pobre bichito que te sobrepasa sin alharacas ni gestos espectaculares apenas ojos y entonces patas y vos firme cogitando —algunas veces no tanto— y otras escurriendo el bulto cartesianamente porque ojo cucaracha y entonces qué. Más vale quedarse. Siempre parte algún tren hacia alguna parte y si la cucaracha jode demasiado, cualquier jueves o lunes y si madrugás algún feriado te tomás un lechero hasta Villegas o Vallejos o Villa 25 de Mayo, aunque podés optar por la otra punta del abecedario y ahí Balcarce o Brandsen o Belville. Pero para qué estafar posibilidades, cuántos calendarios podés apilar encima de la cucarachita aunque o no obstante o a pesar de. Cosas. De otro. De lo-otro. De lo no-vos. De lo no-cierto, de lo no-seguro. Puede llegar con atraso. O quedarse sin agua. O sin carbón. O irse por la vía muerta. Pescás bastante de vías muertas (y de estar en la vía también). No sos Juancito Caminador precisamente. Quedate de este lado. Allá perdés. Hay tantos del otro lado… casi todos acorralados. Cuestionados. Reventados sin escapatoria. Si apenas pueden caminar, aunque no les falta una patita. Aunque ni mule-

[3] Integra el volumen del mismo nombre (inédito), Premio Provincial de Literatura “Alcides Greca” / Santa Fe 1978.

ta ni bastón se opongan a la imagen del octópato primordial. Quedarse que es dar al traste con las boludeces y aceptar que un buen maestro está ya gratificado así, con saberse bueno y punto. Que no tiene objeto arriesgarse con las pintadas y el comité de huelga y las ollas y el trabajo en la villa. Que podés ir borrando varias palabritas de tu mataburros porque al cabo ni sospecharás que un día existieron. Y sin ponerte demasiado colorado gritar a tu platea que el triángulo famoso es más trascendente que el presupuesto. Que tu exclusiva noble misión es enseñar. Que la Asamblea del año XIII abolió la esclavitud y la tortura. Que la política es al fin y al cabo una porquería. Que la paz y el orden tienen su inevitable precio. Que etcétera, hasta que pensarte ya no te dé asco y si a pesar de todo te da, paciencia, que para eso elegiste y las opciones hay que respetarlas, qué joder. Aunque te caliente mucho menos tu asco que el asco que le vas a dar a Juan, que vos siempre decís que es una mosca blanca y se las amaña no sabés cómo para demostrarte que Marx y Jesucristo no están en irremediable desacuerdo. Por qué precisamente Juan y ahora, si lo que vos querés es ponerle distancia a tu miedo, que antes se llamaba oscuridad y más tarde ascensores, después prácticas, exámenes, al fin y siempre miedo, miedo asqueroso que te paraliza y la cucaracha que no atina a defenderse, ya ves, no hacía falta meterlo en esto a Juan, pobre Juan que va a caer en una comisaría de provincia, que en el charco de sangre de una muerte indigna y sucia va a epilogar una vida digna y limpia y vos dirás sí pero qué importa, si está muerto. Tendrá que ser así para que puedas saber que importa, que después de vivir de cara al sol, a pesar de eso o tal vez a causa de eso, los pulmones reventados a patadas no cuentan demasiado. Para que contabilices todo tu miedo en el verdadero orden, acá la posibilidad de un

balazo o de la picana o una buena garroteada, de ese lado la necesidad de metabolizar el asco, de mirar al sol sin sobresaltos, de robustecer esa cosa tierna que te está creciendo en la sangre y que todavía no entendés mucho. O para que de pronto aquello de Serás-lo-que-debes-ser te empiece a mirar desde adentro de una manera más pudiente y premonitoria. El mismo olor aquel. Tufo retorcido de relojes y alacranes. Apenas una punzante cabeza de pescado aplastada contra el caracol morado aplastado contra mí. Contra yo. Yo envoltura o soplo bastante insuficiente aunque para qué. Sin aplausos ni. Sin centuriones ni. Con solamente yo recuerdo, yo objeto, yo estampa de primera comunión. *Quitolis pecata mundi*. Al cabo la certeza de regresar esquilado sin siquiera haber intentado la partida. Cosas que se asoman por ahí porque a lo mejor Beckett te cayó pesado y todo eso, porque del hígado no te podés fiar. Nadie te fía, Juan. Ni la hora te dan. Yo me enojo, mejor se enoja usted. Moja. Coja. No consigo decirlo sin que parezca boludo. Es. Para qué estilo. Para qué semántica. En nombre de quién. Del Padre y del Hijo, Juan. *Facundo, hombre macho, bien te la dieron en Barranca Yaco. Hijo de puta el que mata a un hombre*. El otro Quiroga (que no era Facundo) también le pegaba lindo al trago. *Trago de sombra* se llamaba aquella zamba. Vendría bien un trago ahora. Aquella sombra. Aquella. Primero le sacás los circunstanciales. Después los indirectos. Y los directos. Después el verbo y a la mierda la oración. *In principio erat. In principio fiat*. Sempre avanti los tanos. Si Colón no hubiera nacido genovés, ya se la hubieran rebuscado para fundar Stratford a orillas del Tiber, total una fábrica de cosméticos más o menos. Por qué más o menos, Juan. Por qué no multiplicado por o dividido por. El truco es antiguo. Si me mandaba esa joda ahora me colgaban los panaderos.

Dame la mano Juan. Quedate conmigo. No pudieron los fachos, no dejés que me revienten los tordos. De qué te reís. Hasta Sarmiento te la hubiera batido en lunfa con unos cuantos cadenazos encima. Hijos de puta. Tenía razón la hermana de Ordóñez. ¡¡¡Ahhhhh!!! sí ya sé, pentotal. No te metás me decía, ya pusieron un caño en el dispensario. Si te agarran en la villa te la van a dar. Justo abajo del cuadro de Evita lo dejaron. No se preocupe por esa gotita enfermera. Dejé casi dos litros por el camino. Mirala Juan si no parece la maestra de segundo de la tarde con ese delantal. Ni Sarmiento se hubiera salvado. La letra con sangre entra. La letra A. Dale a ese. Otra A. Hay que reventarlos a todos. Otra A. Radraga. Quedate Juan. Quedate a escuchar al ministro. Estás seguro de que son médicos. Mirá qué bocado si me cazan así arriba de esta camilla. Cómo jode el sol. Brilla pero no calienta. Yo sé que no me escuchás pero me imagino que me escuchás Juan. Como el sol de las estepas. Iván el Terrible. Qué escenografía para Bertold Brecht. Oigan todos. El ruido de rotas cadenas. Ruedan cadenas con cabezas puestas. Tiene razón Ivanisevich, Juan. Los bolcheviques ya están a las puertas de Moscú. Tenemos que trancar bien todas las puertas. Pará un poco esa música. Es Tchaikowsky. La banda de sonido de *Sombras en la nieve*. Blanca. Nieve. Blanca. Blanca. Hacelas salir a todas las mujeres por atrás. Bajá el ruido. Todos ruidos blancos. Casablanca. Humprey Casablanca campeón del mundo. Torrijos por caballo jaque. Van a cruzar el canal a caballo. Ya se abrieron las aguas del Mar Rojo. Los rojos están entrando en Moscú. No cantes hermano. Ese sol. No los puedo cerrar. Están bien atrancadas. Con cadenas y tablas. Capablanca y Alekhine hicieron tablas en la cuarta. En la séptima lo mataron. Dejen hablar al ministro. Arturo Silvio. Intentaban fugarse. Enterrados

en la nieve. It is snowing. Moscú está cubierta de nieve. Una Bols con nieve bien helada. Tenga smowing. Please no smoking. El de smoking blanco es Iván. El correo del zar. Tiene que llegar el 22. O de cualquier calibre. El zar está aislado en medio de la estepa. Base por altura sobre 22. Al sol. *Una giornata al sole*. Después dormir. Van a aprender lo que es la marina. Sin ir a Nápoles. El jefe tiene un apellido italiano largo que ahora no recuerdo. Il capo maffioso. Oh sole mio. Sole di Napoli. Sol acá jodiendo. Blanco oso maravilloso. Ovvero. Rosso. Nuevo y parejito. *Si tous les gars du monde / voulait être marins*… 22-de-agos-to. A-gos-to. Eu gos-to. Eu gos-to de vo-cé. Lift the anchor. Pick chains up. Oíd el ruido. Calibre 22. Tac… tac… itac … itac… tac… tac… tac… tac… Silencio por orden de la marina al final el ministro el sol blanco y delantales un fuego dando luz pero no lámpara o foco fuoco giuoco con la marina no juégase cúmplase muéranse sosa se te fue la mano tano tu viejo que era apunten con sarmiento ojo tiren a matar firmado el ministro dijo la orden mañana están listos para sacar al sol sol sol sol de oído y con un dedo solo bartolo dedo mano puño taco punta taco dedo mano puño que no escapado preparen ninguno el almirante me ciega no quiere este sol de mierda testigos delantales los libres de las blancas del mundo palomitas responden hasta los hijos de puta victoria pablo siempre rodolfo tiren mirta adelante antonia verdugos silvio perón o muerte anamaría hijos de puta atilio cinco por uno vayamos todos no tiene juntos casi pulso que juntos cuánto somos más de presión mierda apenas juan coramina la espalda la carpa con la cadena de oxígeno ya no operar juan hemorragia hasta en el pulmón victoria… izquierdo siempre… Morir por morir mejor morir al sol. Dale Diógenes. Morir dividido por. Morir más morir. Puoi. Some of these days. Luzco

itálico rima con fálico. Guten abend Herr Sigmund. No es una idea fija Juan. Nada que ver con saberse las poses del Ananga Ranga de corrido sin repetir y sin soplar. Te vienen al mate. Por ahí sacás un soneto por ahí un cuento verde. O una puteada en arameo y al vesre. Cuando te viene a la boca la última bocanada de sangre no pensás en la forma. Sobre todo si es un balazo. Un golpe un relámpago y listo. Como en Praga. Cuando me llegó el tanque ruso encima ya estaba listo. Malena me decía que estar conmigo era lo mismo que tener un tigre en el tanque. Pero mejor. Está bien Juan es una metáfora, perdoname la pedantería. Ya sé que estás pensando en Yamila y en Abigail. Te da asco que me lo tome en joda. Y no me perdonás lo de Varsovia. Es cierto Juan, pero en algunas fuiste vos el ausente. Te eché tanto de menos junto a las murallas de Rongbuk entre la atropellada de caballos y cimitarras. La rosa que llevaba en el pecho se me aplastó contra el casco de una mula muerta. Creo que me apretaron la cabeza con un torniquete de alambre de púa. O eso fue en Valparaíso viste Juan se te empiezan a mezclar las cosas sin darte cuenta. Los golpes en la cabeza siempre traen consecuencias. Acaso se me fueron las ganas de hablar boludeces Juan. Cosas ¿viste? alcanzame el ungüento que me está doliendo la herida de la mano. Ahí donde me pisaba Sosa cuando el otro marinero te tiró por la espalda. *Hijo de puta el que mata a un hombre*.

Hacete el dormido que ahí vuelve el gordo con el matasanos. Tratá de aguantarte las primeras patadas para que no te la den de entrada en la cabeza Juan no mirés para acá que ya no vale la pena. Se me están abriendo otra vez las heridas del costado.

Ya casi no me quedan rosas. Eloí… Eloí… ¿lama sabactaní…? ▮

PREMIO DE NARRATIVA "ALCIDES GRECA" 1978

ACTA

-------- En la ciudad de Santa Fe, a los veintidós días del mes de noviembre de mil novecientos setenta y ocho, siendo las dieciséis, se reúnen los firmantes de la presente, Luján Carranza, Lermo Rafael Balbi y Fortunado Esteban Nari, designados por la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santa Fe, para integrar el jurado que debe discernir el Premio de Narrativa "Alcides Greca" 1978.--------

-------- En cumplimiento de las disposiciones reglamentarias el jurado pasa a considerar cada una de las obras previamente leídas por cada uno de los miembros antes citados, oportunidad en que éstos informan respecto de las conclusiones a que arribaron individualmente, luego de lo cual, tras una evaluación de las coincidencias resultantes, se determina adjudicar en la categoría EDITOS: el Primer Premio al libro "JOAQUIN", de Amalia Grande, por rescatar con sencillez y belleza, un tema de vigencia universal y que resulta , en armoniosa condinación de fondo y forma, una genuina obra literaria dentro de la actual narrativa argentina. Asimismo decide otorgar el Segundo Premio al libro "LOS ULTIMOS DIAS" de Adrián Néstor Escudero, el que, a través de su contenido temático de indudables proyecciones, mantiene una idea rectora sustentada por recursos estilísticos de buen nivel.----------

-------- Seguidamente, el jurado pasa a considerar los envíos en la categoría INEDITOS, dentro de la cual selecciona para el Primer Premio el volumen titulado "ROSA DESCALZA", firmado por Gregorio Echeverría, teniendo en cuenta el poder imaginativo que revelan sus páginas, avalado por una amplia cultura humanística y la solidez de un pensamiento unificador. Para esta categoría se decide adjudicar el Segundo Premio, al original titulado "CUADERNO DE BITACORA", que firma Marco de Aguilar, en el que se señalan méritos de orden estilístico y el nivel de su concepción imaginativa.--

-------- El Jurado deja constancia de haber recibido y analizado el total de ocho obras éditas y quince inéditas, y que los premios fueron acordados por unanimidad. Por último, hace constar su complacencia por el hecho de que, aparte de los trabajos premiados, le ha sido dado evaluar varias obras de indudables méritos.------

-------- Siendo las dieciocho del día citado, en la Biblioteca de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santa Fe, se dan por finalizadas las actuaciones del jurado con la elaboración de la presente acta que firman los integrantes.----

LERMO RAFAEL BABLI — LUJAN CARRANZA — FORTUNADO ESTEBAN NARI



ES COPIA

Dirección Provincial de Cultura

encotel ARGENTINA
MINISTERIO DE ECONOMIA
CORPORACION DE EMPRESAS NACIONALES
EMPRESA NACIONAL DE CORREOS Y TELEGRAFOS
TELEGRAMA

Form. 3009

286 56/92<≡LA PLATA 51/49 13 2100<≡≡≡URGENTE<

≡GREGORIO ANDRES ECHEVERRIA<≡ING MARCONI 3102<≡BECCAR/SAN/ISIDRO<≡≡

NVITAR USTED RECIBIR RECOMPENSA CERTAMEN LITERARIO<≡ROBERTO J PAYRO 1978 DIA
27 DEL CORRIENTE 19 HS<≡SEDE MINISTERIO EDUCACION CALLE 13 E 56 Y 57<
LA PLATA PRESENCIARA SENOR MINISTRO VA NOTA<≡
PROF JUAN CARLOS PASSARO DIRECTOR DE ASISTENCIA<≡Y PROMOCION CULTURAL<

Este telegrama fue el primero de varios similares, modificando fechas y posponiendo un acto al que al final desistí de concurrir, renunciando a la emoción de conocer al Señor Ministro.

Grito al alba

- Integra el volumen (inédito) *Rosa descalza*, Premio Provincial de Literatura "Alcides Greca" / Santa Fe 1978.
- Mención Certamen Provincial "Roberto J. Payró" / Secretaría de Cultura prov. BA 1978.
- Distinción al Mérito Literario "Dr. Néstor Hugo Brizuela" 2005 / APEA Asociación de Poetas y Escritores de Aimogasta, prov. de La Rioja, Argentina.
- Integra el volumen *Tercera fundación*, Premio de Narrativa "Ciudad de Rosario" 2006, Editorial Municipal, ISBN: 987-9267-31-1, 324 pág.

El texto fue modificado dos veces, desde esa primera fecha. La última versión está incluida en el volumen *Tercera fundación* (Premio Municipal de Narrativa de Ficción "Ciudad de Rosario" 2006). Lo leí por primera vez en el taller literario de Nicolás Bratosevich, en la Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia, de Martínez (BA), en 1974. Cuando terminé, Selva Ojeda exclamó "¡ay, tenía tanto miedo de que hubieras puesto 'tierra a la vista'!"

Grito al alba

Un día más, Señor. No creo que sea Tu voluntad retirarnos la mano en estas soledades. Los hombres desvarían, y juran como condenados. No los culpo, Señor, la desesperación y el hambre son malos consejeros. Qué digo hambre, una bulimia tan cruel que, de no inspirarles yo un dejo de respeto, ya hubiéranse raído entre ellos los malolientes pellejos. ¿Será Tu designio que derivemos a los caprichos de un loco hasta que el desgajar de maderos y el relente del infierno —perdóname— lave nuestros cuerpos pecadores con todo el salobre que te dignaste dispersar debajo de los cielos?

Bien decía yo que un paria de la diáspora no podía depararnos nada bueno. El judío —lo tengo muy presente— vino traído de los cabellos por un malagueño infame que a veinte pasos apestaba a ron. Tal parece que tenían de por medio una cuenta de juego y por lo visto este perro llevaba las de perder.

Él está encerrado en su cubículo hace dos días con sus noches. Empecinado y en sus trece y creo que se han de escindir los cielos antes de que la fiebre se disipe de su cabeza calenturienta. Solo Tu mano puede guiarnos, aunque no es seguro que pienses que lo merecemos. ¿Qué sincretismo se puede formular entre la virtud y el vicio? ¿Qué pan podrías amasar con el aliento de tus ángeles y el sudor destos asesinos? Necesario sería, lo sé, que el sol abandonara su diario rodar y las estrellas se desbarrancaran de sus apostaderos, para que uno solo destos desahuciados mereciera Tu mirada.

Ya cantaron el primer cuarto pasada la medianoche. Pero en lugar de dormir, pienso. Qué digo pienso, me preocupo, me desespero, te ofendo y a veces —bien me doy cuenta— te soy díscolo e infiel. Mas sabes que soy un pobre monje ignorante y cobarde; mis pies están deshollados de peregrinar a la tumba del Apóstol; mis manos soban con más habilidad las asperezas del cáñamo que la frescura de los linos, y mi cara se refleja con menos vergüenza en el légamo sucio que en el cristal de las artesas.

Seis días hace se desesperaban, y él inmutable. Se olía a sangre en el aire y yo sudaba acariciando el crucifijo y previendo el golpe aleve que lo dejara clavado contra un palo. Pero bien dicen que los locos tienen aparte su propio ángel. No condenes mi herejía, pero ¿qué otra cosa sino Tu divina mano podía protegerlo de la canalla que lo tenía acorralado entre un rollo de cuerdas y una docena de buenas hojas toledanas? Les habló, al comienzo furioso, y después con calma; mostró pergaminos, hizo cálculos y por fin juró, con la vista alzada hacia la cruz del papahigo, turgente y desplegado como si Tú le estuvieras dando la razón. Gruñendo como perros, fueron bajando la cerviz y desapareciendo. Pero, ¿cuánto más podemos mantenernos, Señor? ¿Nos aguarda acaso la canción fatal de las sirenas? ¿La mordedura mortífera de Escila? ¿Pereceremos, en fin, en la isla ignara de los lestrigones, o en el país de los lotófagos? Dame, te lo imploro, un atisbo en Tu infinita misericordia; hazme entrever lo que nos tienes reservado. Va el segundo cuarto; debe estar ya cerca el amanecer. Los cuartos de Pedro de Salcedo asaz recortan la extensión de las guardias, que si no creyera de buena fe que las ampolletas no mudan de tamaño, pensaría que los granos de arena difunden a capricho a su través. Él ha jurado colgar a quien sorprenda en negligencia o dolo en el cuarteo de la rosa,

pero el sueño y el deseo de amenguar la vigilia pesan más que la amenaza de unas varas de cáñamo. ¡Quién pudiera Señor, regocijar el cuerpo y el espíritu con las nuevas que él aguarda! Las sueña, las invoca, las predice; profetiza con los ojos abiertos y las entendederas cerradas. Los hombres están como locos, por señales que él dice ver y descifrar. Faltaría nomás que su locura lo tornara arúspice y se volcara a despellejar a estos tenebrosos camaradas, para fisgonear en sus hígados lo que no le deja ver el horizonte. Diez mil maravedíes pregonó como renta de ojos y por hacerse dellos seguro es que echarán mano a sus puñales, para jugar el turno de las cofas, al primer cuarto del alba.

¡Cuánto desespero, cuántos sueños, cuánta vanidad! No sé qué mezcla de codicia y de inconsciencia, pero si su locura no fuera total, si Tú te dignaras iluminar un ápice su atormentado entendimiento, ¡qué capítulo, qué proclama, qué bula! ¿Quién resistiría tamaña demostración de que solo Tú eres capaz de volver enhiesto lo torcido y lo plano curvo? Tiemblo —puesto que a mí me concerniría recapitularlo— no acertar con las precisas palabras. Sueño y me anticipo al anticipo de Tu designio, y siento que mi sueño es asimismo devaneo de loco. Habranos contagiado acaso la suya, tan fuerte es en la insidia lo funesto cuanto es débil en permanecerse lo virtuoso.

¿Qué gritos oigo? Mi sentido se turba Señor y el cuenco de mazamorra fermentada de Pedro de Salcedo tan mal habrá caído en mi estómago, que los gritos de mis tripas se confunden con los de algún maldito borracho colgado de una cofa. Abandono este jergón y me incorporo y tropiezo, Virgen Santa, pero si el hambre y el miedo no ofuscaron mi lucidez, ese vozarrón amasado de pecados y aguardiente, es el de Rodrigo. ¿Qué vociferas ahí arriba, miserable, carne de cadalso… desgraciado…?

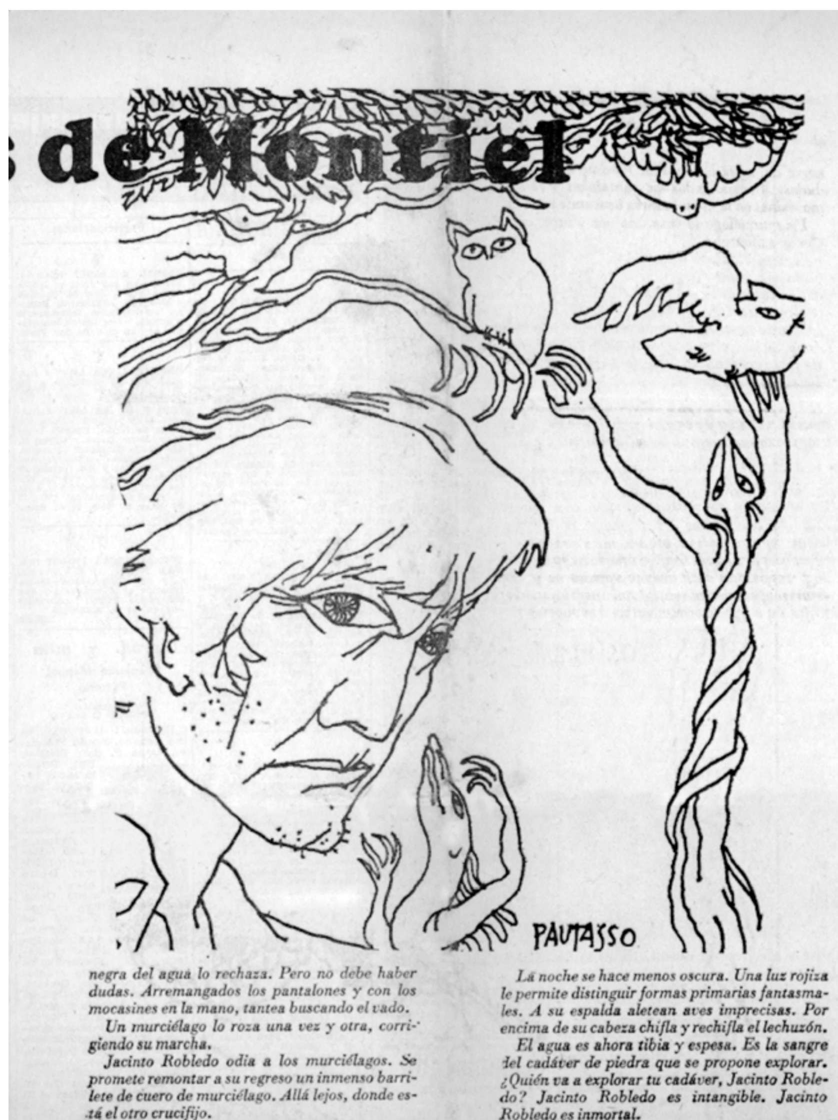
Noches de Montiel

- Primer Premio I Certamen Literario “Esteban Echeverria” 1978 Municipalidad de Esteban Echeverría (BA).
- Primer Premio “Ciudad de Santa Fe 1978” / Asociación Amigos de la Biblioteca Municipal Bernardino Rivadavia.
- Segunda mención Certamen Literario “Alfonsina Storni” / Biblioteca Popular Cornelio Saavedra / Buenos Aires 1978.
- Mención Certamen Provincial “Roberto J. Payró” / Secretaría de Cultura prov. BA 1978.
- Publicado en el diario *El Litoral*, Santa Fe, sábado 22 de setiembre de 1979.
- Seleccionado Concurso Nacional *Tribuna Cultural* de Almirante Brown / Publicado en el Nº 106 noviembre 1981.
- Integra el volumen *Tercera fundación*, Premio de Narrativa “Ciudad de Rosario” 2006, Editorial Municipal de Rosario, ISBN: 987-9267-31-1, 324 pág. / pág. 223.
- Integra el volumen *Mala estrella*, Auditgraf Ediciones 2013 / ISBN 978-987-33-4088-8, pág. 147.

En Esteban Echeverría, después de las palabras de la sra. María del Carmen de Aguer y la conferencia de Arturo Cuadrado, Gustavo —el menor de nuestros tres hijos— no podía ya mantener los ojos abiertos, pero se sostuvo firme en la brecha.

De la entrega de premios en ocasión de la V Fiesta de las Letras en Adrogué, en 1975, me quedó una relación de aquellas que Borges definía como “esa clase de amistades típicamente inglesas, que comienzan por excluir las confidencias y terminan excluyendo el diálogo”, con el crítico Roy Bartholomew, miembro del Círculo de Periodistas de Almirante Brown, a quien debo seguramente la publicación de este cuento en su diario, del que era director.

Lo de Santa Fe fue terrible. Obtuve el Primer Premio en ambos géneros: Cuento y Poesía. Y a pesar de lo inusual de esta circunstancia, no pude viajar por falta de dinero. Fui representado en la ceremonia por César Actis Bru, viejo compañero de DKW. Además de recibir una ingrata sanción de la Biblioteca donde funcionaba el taller literario. Un compañero, enterado de que había hecho una llamada desde el teléfono de la institución para comunicar mi ausencia a la premiación, me denunció ante el CD, por “uso abusivo de las instalaciones”. Nunca pude perdonarme esa falla (el no asistir), porque en un acto de tal naturaleza, hay ausencias imperdonables. Me hice el firme propósito de nunca más participar de una convocatoria, sin estar seguro de poder cumplir con los compromisos emergentes.



de Montiel

PAUTASSO

negra del agua lo rechaza. Pero no debe haber dudas. Arremangados los pantalones y con los mocasines en la mano, tantea buscando el vado.

Un murciélago lo roza una vez y otra, corrigiendo su marcha.

Jacinto Robledo odia a los murciélagos. Se promete remontar a su regreso un inmenso barrilete de cuero de murciélago. Allá lejos, donde está el otro crucifijo.

La noche se hace menos oscura. Una luz rojiza le permite distinguir formas primarias fantasmales. A su espalda aletean aves imprecisas. Por encima de su cabeza chifla y rechifla el lechuzón.

El agua es ahora tibia y espesa. Es la sangre del cadáver de piedra que se propone explorar. ¿Quién va a explorar tu cadáver, Jacinto Robledo? Jacinto Robledo es intangible. Jacinto Robledo es inmortal.

Diario *El Litoral* / Santa Fe, sábado 22 de setiembre 1979. Ilustración de Richard Pautasso. Con un delicado tijeretazo en el pasaje “su rutina de viajante gris. Insatisfecho y cornudo”. Y claro, ¿no será mucho, almirante? En cambio el amigo Roy Bartholomew salió airoso de la prueba, cuando lo publicó en su suplemento de Adrogué.



Zaida Souza, Directora de Cultura de la Municipalidad de Esteban Echeverría, entregando el diploma. A Gustavo lo doblega el sueño.

Noches de Montiel

“Veredes de Septentrión las negras fechizerías;
caballeros que a dragones en guerra campal vencían.”

Agustín Durán; *Leyenda de las Tres Toronjas*

El puma me ventea mientras resbalo por el terraplén. Agazapado en la horqueta má s baja del lapacho, me contempla sin parpadear desde unos veinte o treinta pasos. Trastabillo inventando huellas. La piel atigrada se estira como el parche de un tamboril al empezar a templarlo el fuego. Late solamente el terciopelo del belfo acusando la vigilia. Un hombrecito insignificante de traje y portafolios. Pienso.

Tené cuidado con los pumas, Jacinto Robledo. Recuerdo el estúpido consejo del paisano de caballo negro al abandonar la estación. Viejo de mierda. Sabía de sobra que los tigres no eran el peor peligro. Yo también lo sé. Pero lo tengo ahí en medio del camino. Ni soñar con retroceder. Procuro orientarme por las estrellas. Las nubes son insobornables. La primera vez que pensé en la salamanca me encomendé al arcángel. Hace meses. Un arcángel sin nombre. Para un viajante gris sin religión. De escasa fe. Bautizado y gracias. Un casamiento por iglesia poco convencido. Y el crucifijo a la cabecera de la cama. Lo que se estila. Que ni siquiera me salvó de los cuernos. Para qué me serviría ahora. Sonrío. Imagino que sonrío. De qué te reís, Jacinto Robledo. Tanteo el 38 largo en la cintura. Los compadritos se acabaron desde que se inventó el revólver. Lo amartillo sin quitarle los ojos de encima. Sin movimientos bruscos. El bicho me tiene seguro. Dos brasas ardientes a ocho pies de altura. Me adelanto

despacio. A diez metros me animaría. Me encomiendo al arcángel. Uno nunca sabe. La noche recoge todos sus ruidos. El violín de los grillos. La serenata de los sapos y las ranas. El chillido de los murciélagos y los lechuzones. Diez pasos. Me quedo parado mirándolo. No te voy a pasar por abajo. Jacinto no está para dar ventajas. Las brasas son como una guía laser en la oscuridad. Ya diste demasiadas ventajas en la vida. Si al menos fuera una dieciseis. Largá el portafolios. Las piernas separadas Jacinto. Fuerte la culata con las dos manos. Aguantá la respiración cuando vas a disparar. Como en un relámpago. Las instrucciones del maestro de armas en el Tiro Federal.

Le doy junto entre medio. Las brasas se apagan a la par del silencio. Se derrumba sobre los raigones anudados. Una bolsa de papas pienso. La noche sale de su estupor. Resucita. Toda su música se me echa encima. Secándome el sudor.

No era mi muerte. Pienso. Tal vez allá adelante en algún claro de la espesura. En la salamanca que abre sus fauces al infierno. Qué pretendés vender, Jacinto Robledo. Bien lejos la curiosidad del jefe de estación de Sauce de Luna. Más lejos todavía, el telegrama anunciando a la ferretería que me aparto del itinerario para visitar un cliente en Bovril. Por entre esas cuchillas. La salamanca con todas sus amenazas. Y todas sus promesas. Poder. El poder. El poder absoluto. De hacer y deshacer. De olvidar o ejercer la implacable venganza. Ahí adelante en medio de la oscuridad. Excavada por legiones de condenados. En el vientre de un cerro. Entre basalto y los pórfidos terciarios de Montiel. Indios y gauchos casi hermanos. Aunados al menos en la circunstancia de sus vidas desgraciadas y las muertes violentas. Por las atormentadas galerías aúllan. En noches de luna llena. Las sombras irredentas de miles de charrúas despenados por

los tercios de Yapeyú. Los degollados por Andonaegui. Aquel Bernardillo ascendido por los brasileros a alférez de caballería. Después de haber capitaneado fieras bandas de gauchos nómadas. Muerto —a su vez— por uno de los laderos de Perdiz. Un sobreviviente de la encerrona de Cerro de la Silla.

Sombras. Sombras sin consuelo y sin arrepentimiento. Sombras ardorosas de coraje y de venganza. Avaras de muerte y sangre. Sombras al fin. Qué te pueden comprar, Jacinto. Qué cosa necesitan que no hayas vendido ya. Esta noche vos vas a comprar y vas a pagar, Jacinto Robledo. Aprontá el cuero. Acá nadie da fiado.

El terreno es áspero. Sin luna y sin experiencia me cuesta mantener el rumbo. La tierra respira con pesadez. Nubarrones de carbón se desperezan entre las pasionarias. Los cocuyos suben y bajan en procesión entre duraznillos y ñandubayes. El palo borracho apoya sus arbotantes contra el fuste de la palma. Un cimborrio de urunday y jacarandá se proyecta más arriba del campanil de la araucaria. Bejucos y lianas trenzan y destrenzan sus astrágalos sobre el cuello de los abacás. Aprieto en mi puño la crucecita de nogal. Sonriendo con amargura al recordar el otro crucifijo. El que preside nuestras rencillas de alcoba desde la cabecera de la cama.

Un arroyo viborea a mis pies. El aire oscuro convoca chamarritas. Un bajo profundo contrapuntea con su risa. Risa patibularia. Fría y negra el agua me rechaza. Ya no caben dudas ni vacilaciones. Arremangate los pantalones Jacinto.

Con los mocasines en la mano tanteo buscando el vado. Un murciélago me roza una vez y otra. Corrigiendo mi marcha. Odio a los murciélagos. Me prometo remontar —si es que regreso— un inmenso barrilete de cuero de murciélago.

Allá lejos, donde el otro crucifijo. El tam-tam de un parche ceremonial marca el punto. Ordena la armonía. Sostenido por un piano de maracas. Con chasquido de guijarros y drupa seca. Un cilindro fétido —ondulante y viscoso— me acaricia sin ruido. La cabeza de la lampalagua real se desliza contra mi pecho, por debajo del brazo derecho. Jacinto ni respires.

El monstruo navega ahora recto como una jabalina. Burlón. Indiferente. Bastaría un quejido. Apenas un gesto. Para que los anillos musculosos cierren el fatídico cepo.

Paciencia Jacinto. Hay paciencias temerarias. También hay apuros fatales. Hermes acordate. Kybalion. Abajo es como arriba. Como es afuera es adentro. Todo termina y todo volverá a empezar.

La noche se hace menos noche. Una penumbra rojiza devela formas imprecisas. Aves agoreras aleteando a mis espaldas. Por encima de mi cabeza chifla y rechifla el lechuzón. El agua es ahora tibia. Tibia y espesa. Como la sangre del cadáver de piedra que me atreveré a acariciar. ¿Te vas a atrever?

¿Quién va a acariciar tu cadáver, Jacinto Robledo? Jacinto Robledo es intangible. Sos inmortal Jacinto. Mi sangre se desborda en el torrente de otra sangre. Esta noche más que nunca. Lo percibo bajo el laberinto de músculos y arterias. Un cosquilleo que me crece hacia el repique. Y —de pronto— hacia la explosión del galope. Otra sangre más vieja y experta hirviendo bajo el remanso de la mía.

Otra sombra no menos consistente. Pisando sobre su misma huella. Trasmitiendo emociones. Cuyo código escapa a la rutina. A sus listas de precios y muestrarios de herrajes y catálogos de pintura. Sombra que apretando exige. Trepada sobre sus corvas. Calzándolo como un guante. Sobre su insignificancia de

pasajero de segunda de una época insignificante. Sombra vigorosa de otra sangre vigorosa. Aliento de otro hálito superior.

Ocho húsares de Murcia quedan apuntando a un espectro aquella madrugada de Huaqui en que su bisabuelo, el sargento Rudecindo Robledo, herido de bala en un hombro y con cinco sablazos en la espalda, se permite abofetear al coronel español. El coronel le corta la mano de un solo tajo. Sin saber —o tal vez presintiéndolo— que ese gesto convoca la reiterada ceremonia que un siglo y medio más tarde arruinará la digestión de cómitres y menestrales devotos y de botas. El pelotón de fusilamiento queda allí. Ocho fusiles cargados y apuntados. El sable de un coronel enarbolado y ridículo. Y el cuerpo herido y amarrado del sargento Rudecindo Robledo. Disipado de repente. Con apenas un tajante “¡maturrangos hijos de puta!” Evaporado, desaparecido en el aire. En las mismas narices de sus enemigos.

Jacinto avanza por la playa. Ya no soy yo. Pesan las ropas empapadas. Y la certidumbre de marchar sin remisión. Al encuentro de un destino ajeno. Ajeno asimismo a su rutina de viajante gris. Insatisfecho y cornudo. Al frente destacándose la boca del socavón. En medio de una lumbre sulfurosa. Contra el terciopelo oscuro del chaparral aparece la cueva. Repercute en la dureza de las invisibles constelaciones la risa cavernaria. La advertencia de las falanges estigias. Advertencia y desafío.

¿Te vas a atrever Jacinto? La falda del monte ondula su repugnancia. El cerro bravo vomita sobre Jacinto el rechazo de sus inviolables precintos. Prismas de malaquita entrechocan sus aristas contra romboedros de feldespato. El eco acolchado del basalto regurgita mefíticas amenazas. Adelanta unos pasos.

Un terror uránico desgarra la musculatura del monte. Fuegos fríos le azotan la cara. Se asfixia. Tropieza y cae de rodi-

llas. Arrastrado por un viento espeso. Que empuja dentro de la caverna ramas, animales y piedras. El tam-tam se exaspera.

Una presión de abismos le retuerce los oídos. Bejucos azotando el aire. Los sortilegios de la salamanca estallan alrededor. Imprecisos pero palpables. La oscuridad clavando en sus ojos puntas aguzadas. Vidrios rotos. Fibras húmedas heladas se cierran en torno de su garganta. Estrangulando. Un dolor interminable anuda el grito.

Es el fin. Le crece una punta de fuego en el cerebro. De repente todo ese dolor es luz. Tremenda insostenible luz que lo arroja por tierra. Rodando sobre una arena ensangrentada. Un gladiador lo golpea en la ingle. Mientras le injuria la cara un escudo de la VII Legión. Abrumado por el rugido de tribunas infames se adormece.

Lo despabila un tableteo de ametralladoras. Aferra empavorecido la baranda del puente de Szechényi. Las orugas del tanque ruso le aplastan las piernas. Toda su mente y su dolor son luz. Luz enceguecedora. Acallando las quincenas mezquinas. La grisura. Y sus desesperaciones conyugales. Cascos y botas le patean la cara. Destrozan su guitarra ya sin sangre y sin cuerdas. Contra el pavimento alfombrado de tibias y espinazos de pescado del estadio nacional de Santiago. Un crucifijo de nogal yace pisoteado. La luz caliente lo acaricia. Cae de bruces sobre un tapiz de espejos negros. La metralla derrumba el cielo encima de él. Al pie de las murallas martirizadas de Curupaytí.

Afuera arrecia la tormenta. Por encima de las cúpulas vegetales. Dominando el grito augural del lechuzón. Recién entonces comprendo. Todo es importante. Todo es necesario.

Para que se consumen los tiempos. Para que se resuelvan las ecuaciones y las órbitas. Para que se cumpla mi destino de

pequeño empleado. De pequeño marido. De pequeño poeta. Para que atravesando el infinito umbral de los universos de azogue puedan enlazar mis brazos en cruz la cabeza y la cola de la serpiente.

Para redimensionar pasado, presente y futuro. Con la mansedumbre iluminante de los santos. O de los esquizofrénicos. Con la acerada crueldad del clavo que me aprisiona ambas manos contra la fibra reseca de un madero sacrificial.

Para alcanzar esa desgarradora unidad que se me está escapando a través de la herida abierta por una lanza romana en mi costado.

Para que Añanga triunfante acabe desarticulando a golpes de su poderosa cola, en reclamos de amorosa maldad, el carapacho de todos los cronómetros. La envoltura de todos los calendarios. La frágil armadura de cristal de todas las clepsidras.

Para abrir los ojos a la secuencia final. Y encontrarme en otra noche bajo otro cielo. Frente a ocho fusiles maturrangos que disparan al unísono. A la orden impaciente y enérgica de un coronel español. ▮

Rescate

- Primer Premio / I Certamen Literario “Esteban Echeverria” 1978 / Municipalidad de Esteban Echeverría (BA).
- Integra el volumen (inédito) *Rosa descalza*, Premio Provincial de Literatura “Alcides Greca” / Santa Fe 1978.
- Segunda mención / Certamen Literario “Alfonsina Storni” / Biblioteca Popular Cornelio Saavedra / Buenos Aires 1978.
- Mención / Certamen Provincial “Roberto J. Payró” / Secretaría de Cultura prov. BA 1978.
- Seleccionado / Concurso Nacional de Tribuna / *Tribuna Cultural* de Almirante Brown / Publicado en el Nº 106 de noviembre 1981.
- Integra el volumen *La cara del tigre*, Premio Municipal de Narrativa Luis de Tejeda 2010, Editorial Municipal de Córdoba 2011, ISBN: 978-987-9129-50-0; 316 pág. / pag. 173.
- Integra el volumen *Mala estrella*, Auditgraf Ediciones 2013 / ISBN 978-987-33-4088-8, pág. 261.

El texto que figura en *La cara del tigre* y en *Mala estrella* es una versión corregida, que data de 2009, bajo el nuevo título de *Bramido al filo de la noche*, que se incluye aquí.

Bramido al filo de la noche

> “Allá por el Maldonado que hoy corre escondido y ciego,
> allá por el barrio gris que cantó el pobre Carriego.”
>
> Borges; *Un cuchillo en el norte*

Muchos habrán de jurar que lo vieron al bicho. Alguno incluso se sentiría capaz de reconocer a la mujer de rostro desencajado. O acaso todo quede flotando en medio de estas aguas mitológicas, no menos turbias que las del resto de nuestra historia patria. Nada estaba preparado, de eso sí estoy seguro. Ninguna premeditación. A lo sumo un designio ambiguo, sutil vaticinio de feria, de cotorrita de la suerte. El críptico augurio de alguna sibila cisplatina o de aquellas míticas pomeleras que aún andan arrastrando sus cadenas y sus exorcismos por entre los subsuelos de Montserrat. Andá a saber, pusiste los níqueles para que un nieto de Rinaldi le dé a la manivela. Y de pronto, en lugar de *El aeroplano*, te sale Lito Nebbia con un eructo electrónico. O una marchita militar (y no las de Schubert).

Se dio así, porque sí. Como esas cuestiones que están en la cabeza de todo el mundo pero hace falta que alguien haga punta. Inconsciente colectivo que le dicen. Es que parecía estar ahí flotando (mirá qué justo se me tenía que ocurrir esto de flotar). En el aire, te quería explicar. Porque todo lo que llegó a Buenos Aires vino flotando o por el aire, sobre el agua o en el viento. Las proas que nos fundaron la patria, el Graaf Zeppelin, la Kontiky, el Plus Ultra y el cometa Halley, sin contar aquel acorazado de bolsillo, la manga de langostas del cuarenta, las invasiones inglesas, la infanta Isabel y la primera nevada (esa que dio lugar a su vez a la primera venta improvisada de sorbetes,

aquellos tazones de copos condimentados con canela y azúcar morena).

Si un observador pudiera contemplar en este momento desde una altura suficiente la parte de la ciudad comprendida entre Santa Fe, Federico Lacroze, Donato Álvarez y Canning, percibiría tal vez una especie de espiral nebulosa girando con extremada lentitud en el sentido horario. Algo como esos mapas de clima que suelen mostrar por la tele los del servicio meteorológico para ilustrar sus pronósticos. Una suerte de torbellino formado por miles de puntitos de color. Millones de puntitos, zumbando como una colmena cuando las abejas están inquietas.

No hay convocatoria ni preparativos, pero algo está sucediendo. La gente empieza a juntarse temprano. Ante la mirada desconfiada de las patrullas policiales y las otras. Como aquel diecisiete de octubre ¿te acordás? A eso de las diez, en la pizzería Nápoles de Pacífico ya no cabe un alma. Un tipo flaquito paliducho pide un cortado. A su lado un pájaro de anteojos oscuros —posta que de los servicios— se hace el dormido. En otra mesa un electricista de Segba mastica su fugazza sin apuro. Un mozo corre. Dos milicos de casco y metralleta pasan por la vereda, fichando hacia adentro con caras de perro. Alguien exige con prepotencia que lo atiendan. El cajero discute con otro mozo. Un Falcon verde pega la vuelta en la esquina patinando sobre dos ruedas. Un viejo levanta la vista del Clarín y putea. Sin previo tanteo, el cortado le confía a Segba "hoy hace cincuenta y dos años que murió Paquita". Segba alza una ceja, muerde la fugazza y sin apuro —displicente— apunta "también podría hacer cuarenta y siete años que lo encanaron al Maldonado…" Al fin de cuentas, esto siempre estuvo lleno de charcos y de milicos —comenta sin darle importancia, desde la mesa vecina, un viejo

enredado en una partida de dominó— antes de que taparan el arroyo nadie cruzaba por acá de noche sin toparse con los rondines armados de aquellos sables machazos de caballería y las carabinas terciadas a la espalda. Buena ocasión para que su compañero de juego traiga a colación los ponchos oscuros de forro colorado de los gendarmes. Y sí, siempre ligamos el pedazo más podrido —metaforiza un fletero a su izquierda— entre sorbo y sorbo de café chirle medio frío. Dando pie a un apodíctico "ps… siempre nos toca bailar con la más fea" por parte de un productor de seguros que revisa su agenda del día, apoyado en un especial de queso y mortadela.

En otros boliches —más hacia Plaza Italia— también andan los mozos a las corridas. Ante la mirada vigilante de los cascos, los fusiles y las gorras. Mucho antes del mediodía todo es un entrevero de pepsicola con empanadas, tinto con hamburguesas y café con torta de ricota. Sobre la ochava noreste se perfila la silueta agorera de un camión hidrante. Apoltronada en una mesa junto a la vidriera, aprovechando el solcito, una mujer corpulenta pontifica entre bocado y bocado, masticando con calma una empanada santiagueña de carne suave. La radio propala un comunicado del estado mayor conjunto. El resultado es algo confuso, porque de la mala calidad del relleno, la gorda salta a contar de la vez que el gallego Domínguez había contratado a Pacho en La Paloma, acá nomás sobre Santa Fe. En la calle frente a la vidriera seis o siete soldados con ropa de fajina acaban de rodear un 15 cargado de pasajeros. Había que verlo al pazzo —apologiza un parroquiano canoso de pañuelo blanco al cuello, sentado en la barra— con los caminantes encima del taburete, el felpudito de terciopelo bordado sobre las rodillas para colocar el cusifay y las manos afirmadas a los botones de los bajos del

fueye. Los pasajeros del colectivo van bajando a la calle sin chistar. Un hombre también mayor, con rastros de una hemiplejia insumisa, se levanta de otra mesa y alzando el bastón a manera de batuta, la interrumpe para acotar que a los parroquianos del gallego los habían corrido las ratas. Media docena de camperas verdipardas apuntan sus itacas a la gente que permanece parada contra el colectivo, con las manos en la nuca. Una nena de pocos años grita mamá donde están las palomas. Un teniente ladra órdenes. Despacio, inducidos por una tácita consigna, medio como empujados a su pesar, todos se van levantando de las mesas, rodeando a la matrona de la empanada. Los pasajeros vuelven a subir —temblando— al colectivo. El cajero salta el mostrador. En la calle quedan los uniformes y un muchachito de pelo largo, con una mochila escolar y cara de terror. Dos pibas del secundario en zapatillas y ropa de gimnasia se sientan en el piso, atentas a todo. Se murió hace casi cuarenta y tres años el pazzo —suena como un réquiem— se murió. La radio sigue con sus marchitas y los comunicados.

En el Torino de Canning y Córdoba está ocurriendo algo parecido. Se discute con parsimonia entre bocados y tragos. Los civiles; los otros atentos en silencio. A medida que el salón se va llenando, se cruzan vasos de Gancia con anécdotas y sandwiches de jamón y queso con nombres antológicos. El tránsito se mueve despacio a lo largo de las dos avenidas; ya hay una mano cortada. Igualito al Cristo de la Mano Rota —se anota un fan de Marechal— el de la iglesia de Gurruchaga. A media luz algún espectador de civil, de anteojos negros y motorola. A mediodía se agarran mano a mano un chapista de Malabia y El Salvador con un vendedor de Galecor. Una que otra sirena a toda velocidad. El pibe, pinta de cajetilla (pantalones oxford de buen precio

y camisita bordada) porfía que en esta misma esquina estaba el Café de La Chancha. El motorola para la oreja, como si se tratara de una alusión personal. El chapista, canchero y halagado por el interés de la platea, lo deja venir al cajetilla. Los anteojos negros arrancan una charla con otro motorola. "¿Vos decís La Chancha, donde Pugliese empezó como pianista?… ¡No, pebete! esto en aquellos años era el ABC y acá tocó Paquita y también estuvo alguna vez el Nono, sí. Pero La Chancha, donde arrancó el Maestro, estaba unas cuadras más allá, en la esquina de Godoy Cruz". Un motorola habla y el otro escucha desde la oscuridad. Y sí, el Nono tenía quince años entonces tenía; eso fue antes de empezar a tocar con la Paquita. Hasta la mugre de La Chancha parece revivir alrededor de los anteojos negros y el zumbido de los escucha de dos vías.

Por Triunvirato también es visible una movida extraña. Frente a los fantasmas del *Mitre* y el *American* se van reuniendo contingentes de parroquianos, en las veredas primero y después en la calle, obligando a desviar el tránsito por Guevara y por Donato Álvarez. Aúllan las sirenas y entre los peatones que los ignoran circulan anteojos oscuros de bigote y auricular. Despacio, sin propuesta previa pero al mismo tiempo como si todos supieran de qué se trata, van marchando hacia el centro. En cada bocacalle, los gendarmes campanean con desconfiada curiosidad. Al llegar a Jorge Newbery se encuentran con una asamblea improvisada entre los canteros del parque. Tres o cuatro patrulleros y un Falcon verde dan vueltas despacito alrededor de la zona arbolada. Otras caras, un aire diferente acaso, otros matices, pero todos andan en la misma. Más de uno entre la multitud, pensando seguramente que van para tres años que por esta misma zona las tropas de coordinación intentaron varias veces rom-

per el cortejo fúnebre de Ortega Peña. Las motos de Villar se subían por las escalinatas de Chacarita, rememora una de las floristas del cementerio. Justo cuando la cabeza de la columna de Triunvirato va cruzando Dorrego, en medio de la plaza alguien recuerda en voz alta, disimulando una lágrima, haberlo escuchado al Negro Cele en el Salón Peracca —casi llegando a Armenia, allá por el veinte— recitar los versos de *Por la pinta* que le habían publicado por cinco mangos en *Última Hora* y que después fueran cantados por el mismísimo Gardel bajo el título *Margot*. Todos escuchan en respetuoso silencio, con un nudo en la garganta.

En la esquina de Muñecas y Juan B. Justo, rodeado por una rueda bien apretada de unas doscientas personas, un lustrabotas trepado al cajoncito canta con voz afinada y profunda “Montmartre, te jugás mano a mano / con el Villa Crespo / y aquel Maldonado abandonado”, entre aplausos y gritos de dale pibe y Riverito viejo. Y el lustra relata que su padre iba todos los domingos con unos cuantos pataduras de la Paternal a desafiar a los de Villa Mitre. Y ahora yo soy bicho colorado, mirá vos. Un helicóptero policial —o militar— sobrevuela la zona. Allá por debajo de la avenida, el agua atormentada del arroyo sigue corriendo hacia el río. Oscuro territorio de los zumbos de la marina. Negra caverna por donde fluyen recuerdos nauseabundos y aniversarios innombrables. Casi tres años de Silvio piensa uno de los oyentes, entusiasta de la memoria triste. Goteando minuto a minuto, referencias funerarias de íconos que navegan a la deriva, esquivando los enganches del fondo y los pilares de antiguos puentes sumergidos.

Siniestros abejorros zumban por los cables y entre las antenas, requiriendo instrucciones. Va para un año lo de Haroldo,

repasa con angustia otro de los circunstantes. El agua subterránea es una queja dolorosa pugnando por brotar hacia la superficie. Lo mismo que nuestra Historia. Todavía no hizo un mes de Rodolfo, suspira una cara arrugada menos por el fresco de la jornada que por el escozor de la tragedia.

La nebulosa, densa de puntitos multicolores y recuerdos, sigue girando despacio como las agujas del reloj, mientras el agua del Maldonado, encajonada bajo setenta cuadras de asfalto, empieza a borbotear con un hervor de locro fermentado. Las burbujas del agua prisionera se presienten más espesas y abundantes en las inmediaciones de Warnes.

A media tarde el tránsito ya no puede avanzar más por Juan B. Justo. La gente ocupa calles y veredas, unos sentados en el cordón, otros sobre cajones, bolsos y mil asientos improvisados. También se prestan para la ocasión tapiales y balcones. Bayonetas en ropa de fajina van y vienen con dientes suspicaces. Algún marchante pasa vendiendo café y jugo. Dos o tres negocios de discos, como de común acuerdo sacan baffles a la vereda, y por la tarde picada de nostalgia remolonean viejas grabaciones de Vicente Greco, Alfredo Gobi y Roberto Firpo.

Una que otra sirena policial fracasa en el intento de acallar el quejido de los violines. La pecosita pelirroja de tricota multicolor recita —sentada sobre la baranda oeste del puente que cruza Córdoba— aquel poema que Baldomero le escribiera en el dieciseis al Maldonado. Un motorola anota apurado el nombre Baldomero para pedir antecedentes. La asamblea improvisada acompaña, aprueba, late y espera nadie sabe qué.

Pero es obvio que se respira un clima de acontecimiento importante. Las abejas están inquietas. Los animales huelen de lejos el fuego y las tormentas.

Nadie imagina qué va a ocurrir, pero todos sienten que está a punto de suceder algo grande. El odio chisporrotea en los trasmisores.

El primer empujón lo da un viejito medio jorobado, que no ha abierto la boca en todo el día. Se viene andando despacio por Muñecas, con una piqueta de demolición al hombro. Al llegar a la avenida cruza, se para en mitad de la calzada y apoyada la piqueta en el suelo, explica con orgullo a los que le han ido abriendo paso "de muchacho me venía a esta hora caminando por el adoquinado de Triunvirato hasta el empedrado de Canning, para ver pasar a la gente que salía de su conchabo; mi viejo era aparador en la fábrica de calzado y mis dos tíos laburaban en la curtiembre". Tira el saco de lanilla, alza la piqueta con rabia y la descarga contra el pavimento.

Como si esta fuera la consigna —el santo y seña— se acallan las discusiones, los poemas y los cantos. El silencio eriza las sospechas de los borceguíes. Roberto Arlt espía la escena desde quién sabe qué recoveco. Una maestra —cuarentona decidida— se mete en una ferretería y regresa con picos y palas que reparte al azar. Desde centrales alejadas van y vienen por el éter los ladridos. Una cuadrilla municipal que estaba bacheando cerca de Warnes, empieza a darle a la bocacalle. Bigotes, rastreadores y bastones enmudecen. Un poco más allá varios muchachones ya están levantando pedazos de asfalto ayudados con barras de hierro, a medida que trabajan las piquetas.

Otro helicóptero sobrevuela bajito, apuntando a desparramar a la multitud con el ventarrón de sus aspas. De algún pañol cercano llegan taladros neumáticos, de los pesados.

Las bayonetas solicitan instrucciones. Un camión suministra mazas y cortafierros.

Dos cabezas rasuradas putean por no contar con el apoyo necesario. Alaridos y aplausos con bombos saludan una excavadora y una topadora de Vialidad que desembocan por avenida San Martín a paso de desfile. Una tanqueta y una bazuka es todo lo que haría falta, subraya rasurado uno. Por todas partes golpes y chispas, hierro y cemento entreverados en armonía con los tangos y milongas que muchos parlantes difunden ahora a todo volumen. Rasurado dos manifiesta su decidida preferencia por los lanzallamas. La sombra de Arlt se aleja riendo bajito.

Anochece casi cuando en algunos lugares se llega a la bóveda del arroyo. Es el acorde de triunfo de las piquetas y las palas. Un *allegro con tutti*. Los agujeros del asfalto se trasforman en pozos. Los pozos se agrandan a cráteres desafiantes, los prolijos armazones de hierro se desarman y miles de brazos suben y bajan sin cansancio excavando, rompiendo, ensanchando. Es el turno de barretas y rastrillos. Insectos hambrientos picoteando el pavimento en miles de orificios irreprimibles.

Una bronca voluntariosa y convergente muele, desarticula y tritura sin el menor asomo de miedo ni cansancio. Los más chicos acarreando baldes y las personas de más edad tirando los escombros hacia las veredas. Al rato la orgullosa avenida es una larga grieta irregular, de bordes desparejos, bajando hasta el canal que huye a pocos metros, aguas abajo.

La consigna que vuela de boca en boca es bajar a bautizarse en el arroyo resucitado. Como se pueda, con sogas, resbalando por largas tiras de caño de hierro y cada tanto alguna escalera de madera o de metal, apoyadas contra las columnas de cemento. Los primeros en tocarla, sumergen los brazos y con la cara vuelta hacia el cielo, muchos de rodillas, se persignan entre risas y lágrimas con el agua lustral del Maldonado.

En la sacramentada noche de abril flotan, arropados entre fueyes y nostalgia, poemas de Evaristo.

Mientras se acallan las excavadoras y enmudecen los picos, de las entrañas del arroyo encadenado brota el rugido inconfundible y la figura —magnificada por la hora y las circunstancias— de un gigantesco puma bravo cuyos ojos destellan relámpagos de pavura fosforescente.

Cuando el filoso bramido retrocede entre la maraña de escombro y acero retorcido, algunos juran haber visto cabalgar sobre la pelambre hirsuta, el perfil de una mujer semidesnuda con un bultito apretujado contra su pecho.

Multiplicada en mil ecos que galopan rebotando contra los restos de su prisión, retumba desde los barros fundacionales la carcajada tortuosa y vengativa de la Maldonado. ▮

Tribuna cultural

A CARGO DE ROY BARTHOLOMEW - AÑO VI Nº 106 - ADROGUE, NOVIEMBRE DE 1981

Dos cuentos de Gregorio Andrés Echeverría seleccionados en el Concurso Nacional de Tribuna

RESCATE

Allá por el Maldonado,
que hoy corre escondido y ciego,
allá por el barrio gris
que cantó el pobre Carriego.
J. L. Borges: Un cuchillo en el norte.

Nada fue preparado. Tal vez, un escamoteado designio, o uno de esos vaticinios de feria. O de cotorrita de la suerte. Andá a saber, pusiste los mangos para que algún nieto de Rinaldi le dé a la manivela. Y de pronto, en lugar de El Aeroplano, te sale Lito Nebbia con un eructo electrónico.

Se dio porque sí. Porque estaba ahí flotando. (Mirá qué justo se me tenía que venir lo de flotando.) En el aire, te quería explicar.

La gente empezó a juntarse temprano. A eso de las 10, en la pizzería Nápoles no cabía un alma. Un tipo delgado y pálido pidió un cortado. En la otra mesa, un muchacho de Segba masticaba una fugazza sin apuro. Un mozo corría. Alguien exigió con prepotencia que lo atendieran. El cajero discutía con otro mozo. Un viejo leía el Clarín y puteaba. Sin previo acuerdo, el cortado le soltó a Segba: "Hoy hace 52 años que murió Paquita." Segba alzó una ceja, mordió la fugazza y sin apuro siempre, respondió: "¿Y?"

En algunos boliches del lado de Santa Fe y Godoy Cruz también andaban los mozos a las corridas. Mucho antes del

El espejo

- Primer Premio I Certamen Literario “Esteban Echeverria” 1978 / Municipalidad de Esteban Echeverría (BA).
- Integra el volumen (inédito) *Rosa descalza*, Premio Provincial de Literatura “Alcides Greca” / Santa Fe 1978.
- Mención de Honor IV Certamen Nacional “Desde San Rafael al País” / Mendoza 1980.

Este texto fue mi examen de ingreso en 1973 al taller literario que Nicolás Bratosevich coordinaba en la Biblioteca Bernardino Rivadavia, de Martínez. Fue reescrito y modificado alrededor de 2002 bajo el título *Preview y epílogo*. Opto por citarlo con su nombre original por una razón afectiva y porque así figuran otorgados los premios y la mención.



Cubierta de la primera edición del libro *Ejercicios con Brato*, editado en marzo de 1974 por la Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia, de Martínez, con material del año anterior de su taller literario. El modesto diseño es de Gregorio, quien daba sus primeros pasos en las letras y en la gráfica.

La primera edición de este libro —existe una segunda de 1988— está ligada en mi memoria a sabrosas charlas con Sepúlveda, un anarquista español que capitaneaba una imprenta medio destartalada, calle Méjico 844, cerca del antiguo local de la Biblioteca Nacional. Eran tiempos de composición en caliente —las líneas de texto fundidas en plomo— y las antiguas mesas tipográficas (burros). Aún estaban en ciernes la composición en frío, la fotocomposición y la impresión offset. Ni hablar de la digital.

Preview y epílogo

Mefistófeles: — Estos idiotas nunca entenderán
cómo van encadenados méritos y suerte.
Si tuvieran la piedra filosofal,
a la piedra le faltaría el filósofo.

W. Goethe; *Fausto*

La imagen obstinada contempla a Sebastián Jacquerius —semientornados los párpados en una mueca entre incitante e irónica— desde la pulimentada profundidad de su luna veneciana. Tantas veces ha deseado Sebastián introducirse en esa dimensión alucinada, de la cual lo separa apenas una hoja de cristal azogado y la filigranada paciencia del marco labrado por la inspiración de Baudracco della Chiesa, orfebre florentino refugiado en la corte de Venecia desde 1627, a raíz de un duelo infortunado.

Luna y marco permanecen en el palacio del dux, hasta que sucesivos acontecimientos los ponen en manos de un Magister Ludii, un comerciante chipriota y un magistrado británico de las Antillas, para caer al fin en una galería del Quai des Orfèvres, donde Jacquerius adquiere espejo y leyenda a cambio de la no despreciable suma de seiscientos escudos. Porque tiene —qué duda cabe— su leyenda. Claro que al respecto nadie puede asegurar o negar algo con certeza, dado que el primer manuscrito que se dice hace referencia a las milagrosas propiedades del espejo, ha desaparecido durante el incendio del palazzo en 1701, después que la soldadesca lombarda, al mando de un condotiero de origen dudoso y una más que dudosa cultura, tomara la ciu-

dad a saco. Una crónica de 1735 retoma la historia, incluyendo en el inventario de las reliquias y documentos perdidos en aquella oportunidad "un espejo de unos cinco pies de talla, con su marco de plata labrado, que lleva la firma della Chiesa, Orefice Maggiore MDCXXXII y del que se cuenta que debidamente interrogado desde la distancia exacta de tres codos al canto del gallo de la Nochebuena, mostrará a su poseedor los secretos que sobre su futuro desee conocer".

Una conversación casual a la salida de una subasta pone a Jacquerius sobre la pista de esta crónica, copia de la cual llega a sus manos a los pocos meses, proveniente de la biblioteca de un convento de Brabante. Sea que Sebastián es por temperamento y por educación escéptico o porque (según se inclinan a suponer sus allegados) no se atreve a confrontar la leyenda, trascurren ocho nochebuenas sin que se vea turbado el silencio del oráculo.

Entre los concurrentes asiduos a las tertulias de Jacquerius, llama la atención un individuo enjuto, pálido y de mirada penetrante, que algún amigo le presentara como exiliado eslavo. Lo llaman Radziwill y su único interés parece fijado en el della Chiesa. El primer jueves de cada mes, aparece Radziwill en el salón embozado en su costosa capa negra que le da un aire oscuramente demoníaco y se instala frente al espejo, sumido en muda contemplación.

En dos o tres oportunidades, ante comentarios hirientes de otros invitados, el eslavo balbucea un ofrecimiento ininteligible para adquirir el espejo. La ansiedad de Radziwill se estrella siempre contra la negativa de Jacquerius, quien no ha pensado en deshacerse de él ni discutir el asunto.

Si la invitación de Sebastián Jacquerius para celebrar en su residencia la Nochebuena sorprende a los amigos, a nadie llama la atención encontrar a Radziwill entre el grupo de convocados. Lo que sí los hubiera dejado atónitos es la decisión de Jacquerius de ceder al asedio del eslavo. Pero el anfitrión, con la prolijidad de un artesano en la técnica de las sorpresas, espera dar el anuncio durante el almuerzo de Navidad, a la mañana siguiente.

La cena es alegre y abundante; pocos advierten que Radziwill, taciturno por naturaleza, parece sumergido en un mar de laberínticas meditaciones, de las que aflora solo para vaciar y llenar la copa, circunstancia que repite sin reservas durante el curso de la velada.

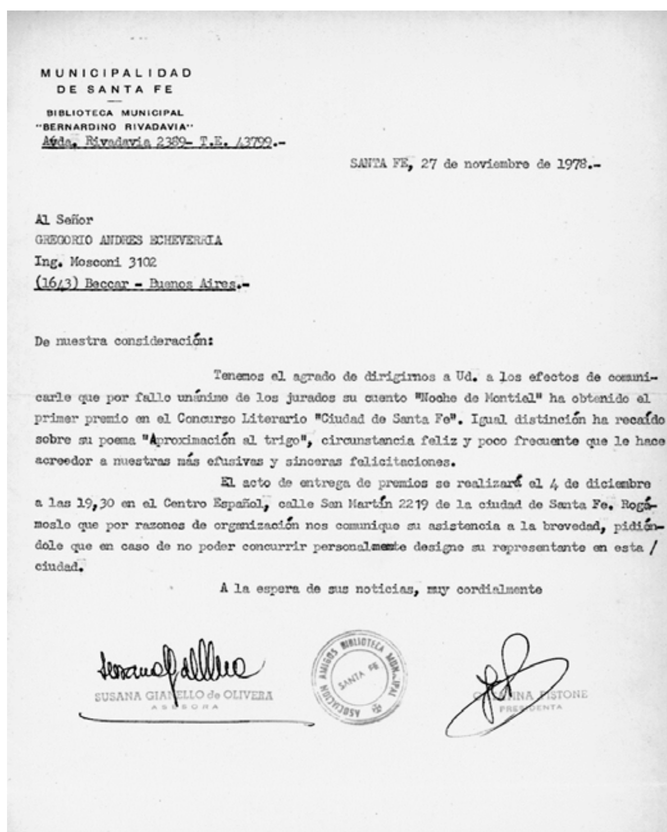
Cerca del amanecer, quedan solos en el salón Sebastián Jacquerius y el eslavo. Jacquerius, de pie frente al espejo, se despide en silencio de una pieza que, sin ningún motivo particular, ha sido durante nueve años su mayor orgullo de coleccionista. Y de la cual, también sin mediar un motivo consciente, ha dispuesto deshacerse.

Estos pensamientos lo abstraen de tal modo que olvida la presencia de su último invitado. Apenas se entera cuando Radziwill, acercándose en silencio, hunde el estilete en su espalda. El cuerpo de Jacquerius se desploma despacio sobre un sillón.

Radziwill, inmutable, mide con precisión tres codos desde la luna del espejo y al cantar el gallo se planta enfrente con los músculos envarados y la mirada perdida en su fondo.

A los pocos minutos, un velo lechoso opaca la superficie de cristal, sobre la que se forman nítidamente —una a continuación de la otra— dos escenas.

Frente a la primera Radziwill palidece. Ante la otra, brota de su garganta un rugido de jabalí moribundo y echa a correr con los ojos extraviados. Lo primero que ve impreso en el espejo es a Sebastián Jacquerius en el momento de vendérselo. Lo segundo, es su propia imagen destrozada contra el pavimento de la calle. Cuando el cuerpo llega abajo, aún siguen cayendo sobre el piso del salón los trozos de cristal del ventanal. ▮



MUNICIPALIDAD
DE SANTA FE
BIBLIOTECA MUNICIPAL
"BERNARDINO RIVADAVIA"
Avda. Rivadavia 2389- T.E. 43799.-

SANTA FE, 27 de noviembre de 1978.-

Al Señor
GREGORIO ANDRES ECHEVERRIA
Ing. Mosconi 3102
(1643) Beccar - Buenos Aires.-

De nuestra consideración:

Tenemos el agrado de dirigirnos a Ud. a los efectos de comunicarle que por fallo unánime de los jurados su cuento "Noche de Montiel" ha obtenido el primer premio en el Concurso Literario "Ciudad de Santa Fe". Igual distinción ha recaído sobre su poema "Aproximación al trigo", circunstancia feliz y poco frecuente que le hace acreedor a nuestras más efusivas y sinceras felicitaciones.

El acto de entrega de premios se realizará el 4 de diciembre a las 19,30 en el Centro Español, calle San Martín 2219 de la ciudad de Santa Fe. Rogámoslo que por razones de organización nos comunique su asistencia a la brevedad, pidiéndole que en caso de no poder concurrir personalmente designe su representante en esta / ciudad.

A la espera de sus noticias, muy cordialmente

SUSANA GIANELLO de OLIVERA
ASESORA

ASOCIACION AMIGOS BIBLIOTECA MUNICIPAL SANTA FE

CATALINA PISTONE
PRESIDENTA

Carta informando del fallo del Certamen "Ciudad de Santa Fe", con el doble premio en Cuento y en Poesía. Integraron el Jurado Adrián Néstor Escudero, Arturo Lomello y Catalina Pistone.

Lo anular

- Primer Premio I Certamen Literario “Esteban Echeverria” 1978 / Municipalidad de Esteban Echeverría (BA).
- Integra el volumen (inédito) *Rosa descalza*, Premio Provincial de Literatura “Alcides Greca” / Santa Fe 1978.
- Publicado en el diario *Los Principios* / Córdoba 13 de enero 1980.
- Integra el volumen *Tercera fundación*, Premio de Narrativa “Ciudad de Rosario” 2006, Editorial Municipal, ISBN: 987-9267-31-1, pág. 283.
- Integra el volumen *Mala estrella*, Auditgraf Ediciones 2013 / ISBN 978-987-33-4088-8, pág. 289.

Gracias a una gestión de Jorge Reynoso Aldao y a los buenos oficios de Efraín Bischoff recibí desde Córdoba un giro por valor de 10.000 pesos. Algo así como 10 pesos de hoy. El propio Efraín comenta afligido en su carta del 14 de enero de 1980: “Comprendo que el monto de pago de la colaboración no alcanza ni para fósforos, pero lamentablemente en provincias, las administraciones de los diarios… son lo que decía Perogrullo.”

Y sí, Efraín, ni para fósforos. Preferí no cobrar el giro y conservarlo como recuerdo de mi primer texto pago.

Córdoba, 14 de enero de 1980.

Señor
GREGORIO ECHEVERRIA.
Buenos Aires.

Mi estimado señor Echeverría:

Yo imagino lo que pensará de mi. Paciencia. La mala suerte y el endiablado cúmulo de tareas que me abruma todos los días, conspiró paranque yo quedara pésimamente con usted y con Reinoso Aldao.

Primero, sus colaboraciones anduvieron en una serie de papeles que no llegué a desatar por meses. Ahora cuando logré publicar una de sus trabajos, no encontraba su dirección. (Sin duda que algún genecillo artero anda metido en ésto)

Al fin, encuentro su carta del 21 de abril de 1979! Y su dirección. Y ahora trato de salvar el pellejo después de tantos arañazos.

Va el sobre con el giro y dos ejemplares dela colaboración que publiqué.

Alguna de las que vino con ella no me parece oportuna. Tiene alguna otra para meter en carpeta y que no sufra esta terrible espera?

Pérdónememe, y hasta siempre.

Efraín U. Bischoff
Isabel La Católica 379. Dt.A.
(5000). CORDOBA.

Vale: Comprendo que el monto de pago de la colaboración, no alcanza ni para fósforos, pero lamentablemente en provincias, las administraciones de los diarios... son lo que decía Perogrullo.

Lo anular

Despierta al pie del aguaribay. Enroscada en una de las ramas bajas, la curiyú lo espía. Huele el green grass y se admira. Y admira el llaullau y la madreselva. Y ve su admiración reflejada en el espejo del arroyo. El tronco crece y echa nudos y ramas y su copa se agiganta y su corteza apenas puede con los veinte codos de su circunferencia. Las ramas altas se entretejen con las nubes en la casa del agua. La copa se expande hasta Eta Carinæ, obstruyendo la visión de Venus y Alfacrucis. Todo lo cual lo llena de estupor.

La curiyú —entretanto— cuelga de las ramas inferiores peras Williams y manzanas Granny Smith y Double Red y lo espía con fingida apatía desde sus ojillos libidinosos y nictálopes. Él toma la más grande y roja y come de ella dejando que el jugo resbale barba abajo y pecho abajo, humedeciéndole el ombligo y el sexo. Riendo se zambulle en la frescura del arroyo, escandalizando la siesta de las nutrias y los castores. Corre por la arena dejando que el sol le caliente la piel, al tiempo que juega a perseguir mariposas, retozando como un cachorro entre los conejos y las ardillas. El ejercicio despierta su hambre y torna al árbol que le regalara las peras y las manzanas. Pero lo halla cercado por una alambrada de púas y guardado por un soldado con casco y ametralladora y un cartel declara que cuanto se divisa en derredor es propiedad del ministerio de marina.

Afectando indiferencia, se encoge de hombros y echa a andar. Pero él ha dormido bajo ese árbol y comido de sus frutos. El árbol y sus frutos le pertenecen. Desea comer y trepar y re-

frescarse a su sombra. Y matar al guardia, tal vez sorprendiéndolo durante la noche. Merodea hasta que comienzan a alargarse las sombras. Una mujer de talle cimbreante y larga cabellera renegrida le pide un cigarrillo. Fuman en silencio y con la primera estrella se abrazan sobre los edredones de trébol. Su nombre es Egeria y su misión alertar a los desprevenidos viandantes que se acercan a la ciudad. Se duermen con los ojos llenos de luna y románticas melodías tintineando en la memoria. *Green moon… Moonlight serenade… Luna lunera…*

Durante el sueño, topadoras y excavadoras mueven, suben, bajan y nivelan incontables varas de terreno del otro lado del arroyo. Y construyen una fábrica de soda solvay. Regresa al árbol decidido a sorprender al soldado. Pero un foso alambrado rodea al árbol y dentro del recinto circulan guardias llenos de dientes y de perros. Oblicuos reflectores tartamudean veloces víboras de luz y negras ametralladoras anidadas entre las ramas miran a un mismo tiempo hacia todas partes. Retrocede siguiendo el borde de la carretera, con la esperanza de que algún automóvil lo acerque a la ciudad. Pero el bullicio de conejos triscando y retozando entre los arbustos le recuerda que lleva largas horas de ayuno. Se arroja sobre unas matas de curimamuel en procura de un enorme conejo blanco. A salvo más allá de los abrojos y las espinas, el conejo inquiere con rencor: “¿dónde está tu hermano?” Cierto que sin fuego y sin una cazuela con algo de aceite poco rinde un conejo. Se quita de encima como mejor puede chuzas y espinas y escupiendo sobre la zarza retoma el camino.

Siete días con sus noches le lleva el viaje. Al amanecer del octavo, se encuentra frente a las murallas de la ciudad.

Ante la puerta del norte lo detiene un serafín con una espada llameante. Al no recibir la contraseña, el ángel cruza su espada delante de la puerta, sin pronunciar palabra.

Frente a la puerta de levante, un mercader sentado sobre cojín de seda le demanda cincuenta estáteros de plata. A su afligida negativa, el custodio escamotea entre sus ropas las llaves del portal.

La puerta del sur está guardada por un anciano eremita, con cuerpo de hombre y cabeza de león. "¿Cuál es el lugar del universo en que una ciudad es todas las ciudades y un hombre es todos los hombres?" le interroga con calma. Nada atina a responder, por lo que el ermitaño le señala en silencio la puerta del poniente.

Aquí, en ruidosa asamblea, acampan gitanos, prostitutas, ladrones, asesinos y abogados. Nomás verlo llegar agitan címbalos y salterios, vibran cornos y panderos, estallan las flautas y las cítaras. Una familia de volatineros se pasea a su alrededor, dos hijos sobre los hombros de padre, la madre a upa de los hijos y encima de ella un rapaz sosteniendo con sus brazos al más pequeño en vertical cabeza abajo. Un derviche —no hallando modo de expresar su contento— embadurna su cara y su cuerpo desnudo con boñiga de camello y orines de búfalo. Una flor azteca, víctima de la curiosidad, se desborda de su florero y rueda por tierra entre jipíos y aplausos. Falsos ciegos, ulcerosos de comedia, jibosos de utilería, rengos y mancos de imitación —en fin— la completa comparsa de fascinerosos se abre a su paso y traspone la entrada, pisando sobre un pavimento de espejos negros y esqueletos de pescado. Lo alzan en andas y en jubilosa procesión de bonetes, charangas y cartabones aderezados con mugidos, cacareos, chiflidos y sonsonetes, lo conducen hacia

una vasta plaza dominada por un obelisco de vértebras humanas. Al final de la larga avenida, los torreones y barbacanas de un palacio de granito y obsidiana lo aguardan en silencio. En medio del peristilo, bajo columnas cuyos capiteles no se parecen sino a esos mismos proxenetas, saltimbanquis y rocamboles que lo vitorean entre chuscadas y pedorreos, a la sombra de marquesinas, entoldados, balcones, letreros y pasacalles con colores y heráldica de tabernas, reñideros y prostíbulos, dieciseis bonzos sostienen un palio púrpura sobre el trono de quijadas de cocodrilo y colmillos de yaguareté.

Un general forrado de whisky y charreteras, se adelanta entre eructos y risotadas de borracho. Manteniendo a duras penas el equilibrio, le coloca al pecho una banda de seda con borlones de oro. Los asistentes saludan con una rodilla en tierra. Dos chambelanes lo alzan en vilo y lo encanijan en el trono. Ahora intentará dormir.

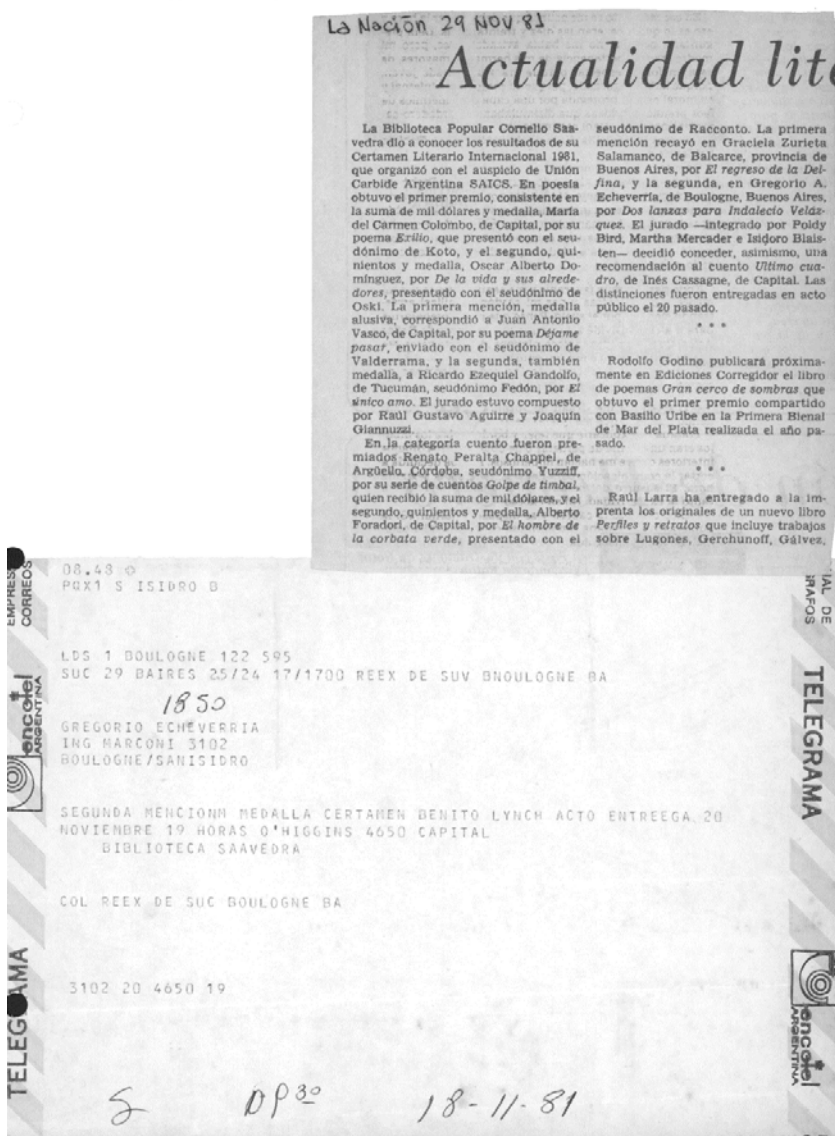
Despierta al pie del aguaribay. Enroscada en una rama baja, lo espía la curiyú. ■

Dos lanzas para Indalecio Velázquez

- Segunda Mención / Certamen Literario Internacional “Benito Lynch” / Biblioteca Popular Cornelio Saavedra / Buenos Aires 1981.
- Integra el volumen *Tercera fundación*, Premio de Narrativa “Ciudad de Rosario” 2006, Editorial Municipal, ISBN: 987-9267-31-1, pág. 177.
- Integra el volumen *Mala estrella*, Auditgraf Ediciones 2013 / ISBN 978-987-33-4088-8, pág. 113.

El jurado del Benito Lynch estaba formado por Martha Mercader, Isidoro Blaisten y Poldy Bird. De ella recuerdo las mejillas mofletudas chorreando pancake. En un aparte, Isidoro Blaisten reconoció que “este era el cuento ganador, pero con estas dos brujas no se puede…” Al rato, Martha Mercader confesaría “su agradable sorpresa al enterarse de que uno de los autores premiados era miembro de su taller literario”.

El jurado del premio Ciudad de Rosario 2006 estuvo integrado por Patricia Suárez, Analía Capdevila y Enrique Butti. Con Enrique discutíamos —allá por 1978— acerca de publicar para entablar una dialéctica activa con el lector. En aquella oportunidad recuerdo haberle contestado —siguiendo el *Ecclesiastés*— que en la vida hay un tiempo para todo. Mi tiempo de editar se dio con este premio, que significó a la vez una alegría y un alivio.



La Nación 29 NOV 81

Actualidad lit

La Biblioteca Popular Cornelio Saavedra dio a conocer los resultados de su Certamen Literario Internacional 1981, que organizó con el auspicio de Unión Carbide Argentina SAICS. En poesía obtuvo el primer premio, consistente en la suma de mil dólares y medalla, María del Carmen Colombo, de Capital, por su poema *Exilio*, que presentó con el seudónimo de Koto, y el segundo, quinientos y medalla, Oscar Alberto Domínguez, por *De la vida y sus alrededores*, presentado con el seudónimo de Oski. La primera mención, medalla alusiva, correspondió a Juan Antonio Vasco, de Capital, por su poema *Déjame pasar*, enviado con el seudónimo de Valderrama, y la segunda, también medalla, a Ricardo Ezequiel Gandolfo, de Tucumán, seudónimo Fedón, por *El único amo*. El jurado estuvo compuesto por Raúl Gustavo Aguirre y Joaquín Giannuzzi.

En la categoría cuento fueron premiados Renato Peralta Chappel, de Argüello, Córdoba, seudónimo Yuzziff, por su serie de cuentos *Golpe de timbal*, quien recibió la suma de mil dólares, y el segundo, quinientos y medalla, Alberto Foradori, de Capital, por *El hombre de la corbata verde*, presentado con el seudónimo de Racconto. La primera mención recayó en Graciela Zurieta Salamanco, de Balcarce, provincia de Buenos Aires, por *El regreso de la Delfina*, y la segunda, en Gregorio A. Echeverría, de Boulogne, Buenos Aires, por *Dos lanzas para Indalecio Velázquez*. El jurado —integrado por Poldy Bird, Martha Mercader e Isidoro Blaisten— decidió conceder, asimismo, una recomendación al cuento *Ultimo cuadro*, de Inés Cassagne, de Capital. Las distinciones fueron entregadas en acto público el 20 pasado.

* * *

Rodolfo Godino publicará próximamente en Ediciones Corregidor el libro de poemas *Gran cerco de sombras* que obtuvo el primer premio compartido con Basilio Uribe en la Primera Bienal de Mar del Plata realizada el año pasado.

* * *

Raúl Larra ha entregado a la imprenta los originales de un nuevo libro *Perfiles y retratos* que incluye trabajos sobre Lugones, Gerchunoff, Gálvez,

---

EMPRESA ... CORREOS — TELEGRAMA — encotel ARGENTINA

08.48 0
PQX1 S ISIDRO B

LDS 1 BOULOGNE 122 595
SUC 29 BAIRES 25/24 17/1700 REEX DE SUV BNOULOGNE BA

1850

GREGORIO ECHEVERRIA
ING MARCONI 3102
BOULOGNE/SANISIDRO

SEGUNDA MENCIONM MEDALLA CERTAMEN BENITO LYNCH ACTO ENTREEGA 20
NOVIENBRE 19 HORAS O'HIGGINS 4650 CAPITAL
BIBLIOTECA SAAVEDRA

COL REEX DE SUC BOULOGNE BA

3102 20 4650 19

S DP 3º 18-11-81

Recorte del diario *La Nación* y telegrama anunciando la distinción y anticipando la fecha de ceremonia de entrega.

Dos lanzas para Indalecio Velázquez

Y heredaréis el reino. Las palabras finales del frayle se apelmazan en una urgencia de suspiros, crujido de bancos, arrastrar de pies malamente calzados y goterones de sebo. Un coro de beatas anuda y desanuda glorias y avemarías mortecinas a la lumbre temblorosa de los cirios del altar del Señor de la Última Esperanza. El amén resuena como redoble de timbal contra la bóveda del crucero. Se escurren los ecos a lo largo de los sillares. La penumbra exhausta de la cúpula los va devolviendo muros abajo, hasta postrarlos sobre el pavimento pulido por generaciones de fervor. Tén piedad de nosotros.

Tén piedad, repite entre hipos Indalecio Velázquez, soldado de los tercios embarcados en aquella pareciera lejana madrugada de marzo de Sanlúcar, soldado diestro en el manejo de la bota y el cubilete y los refajos y las enaguas de mozas de taberna, soldado perrunamente fiel a las nobles onzas de oro de un Adelantado innoble, soldado que en Flandes fuera curtidor, saltimbanqui, perjuro, duelista, desahuciado de fiebres, resucitado al tercer día, blasfemo, comediante y artillero condecorado sin haber puesto nunca la mano sobre el flanco de una culebrina ni tras la culata de una bombarda, soldado maestro en alevosías, en acallados discursos de ojos, en oblicuos juramentos de venganza, en las nocturnas facies de la traición y la sevicia, soldado que no come donde comen los señores, ni monta lo que montan los señores, ni reposa su noche en baldaquines, ni besa a sus esposas, ni calza sus jubones, ni luce el oropel de sus hebillas ni el sol de sus espuelas, soldado que ha poco en las playas del Janey-

ro salió a tomar el fresco de la noche del brazo de Juan de Osorio y volvió solo, soldado que no carga a sus espaldas la carga sin provecho de los remordimientos, ni se detiene a limpiar su puñal en las ropas del hombre que ha quedado recostado en una arena caliente que ya no lo calienta, ni conversa con Dios, ni se arrepiente, ni se conduele, ni le implora.

Soldado ahora arrinconado en un real levantado con premura y terror a contadas brazas de la boca de un riacho que poco a poco va amalgamando el verde de sus orillas con la sangre de las aguas.

Que recuerda, tal si recordando diera con el secreto encantamiento para hacer que el tiempo se detenga, el fandango de sombras que proyectaban los cirios en la eremita de San Avelino, porque el Adelantado es hombre de creencias y quiso, la noche antes de zarpar.

Que rememora, retrocediendo su mente, estampas inocentes de cuando ni sabía qué cosa era la inocencia, aquel olor espeso de los lagares, el amarillo denso de sus trigales, una sombra de heno en los establos, una sonrisa casta de mujer otorgada sin el dinero a cambio.

Que se pregunta si valía la pena amontonar tanta despedida, tanta culpa, tanto mar, tanto sueño de fortuna, tantas fiebres, tanto coraje para asir una gloria que escapa de entre los dedos como si fuera agua, tanta hambre, tantos piojos, tanta pavura ante el alarido de cientos de guerreros querandíes bajo ese cielo extranjero constelado de flechas y amargores.

A quien imprevistamente se le borran de la vista las nubes y el perfil de la famélica —también ella— empalizada.

Un demonio cobrizo y aullante se le echa encima. Indalecio Velázquez empavorecido, que arroja contra el esperpento

su mosquete sin bala. El indio enarbola, como con parsimonia, su brazo derecho coronado por una tacuara, cuyos quince pies y el blanco de las plumas y el filo acantilado de su chuza miran fijos a su pecho. La lanza se frena apenas rozando la piel, desgarrados el pecho y lo que conserva de camisa. Todo se paraliza dentro del fortín.

Afuera se rasga la tarde sobre la grupa sudorosa del malón. Todos inmóviles, sables aferrados, mosquetes y tercerolas apuntados, tiesa en el aire la banderola del mangrullo. Amortajado el grito.

Lancinantes recuerdos se desperezan, entre dolor y angustia, dentro de su cabeza de soldado. Abandonar las playas del Janeyro fue una fiesta. Se hizo provisión de agua dulce, que el sol indiano trasmutaba en veneno, dentro de los toneles de a bordo. Acopiaron frutos ampulosos en formas y color, y el dulzor del mango se mezclaba con el perfume sedoso de los plátanos, y drupas de piel coruscante tintineaban dentro de sacos improvisados y en el aire del litoral navegaban volutas de canela y manzanillo.

El Adelantado, hombre devoto que tiene prometido a la Virgen Niña un diezmo de cuanto le corresponda, se ha persignado junto a la tumba de Juan de Osorio. El frayle de la expedición ha dicho su responso, tumultuoso de tartamudeos y vacilaciones. El Adelantado, hombre práctico amén de devoto, echa un taco al frayle y da la orden de embarcar.

Nuevamente mar y cielo, ahora sin perder casi de vista esa línea oscura que —aunque lejana— les garantiza una protección accesible.

Las instrucciones recibidas son precisas y correctas. Gobernando con las costas a estribor abandonan la mar océano y se

internan en la mar dulce. Marinos experimentados, no cesan de comentar la maravilla de ese cielo cuyas constelaciones avizoran por vez primera la mayoría de ellos.

Indalecio Velázquez, echado a la sombra del castillo de popa, acaricia con amor un talego de doblones que le ha crecido a la cintura y sueña. Diluido recuerdo de años más tiernos le susurra historias de un saco con treinta monedas de plata pasando de mano en mano. Por motivos imprecisos, las manos se ven rojas y la bolsa va adquiriendo un color opaco y coagulado.

Ni sabe qué impulsos lo han tentado a las indias occidentales. Acaso un vacío insatisfecho en su vida prieta de correrías y aventura. Tal vez la ilusión de ganar oro suficiente como para comprar al regreso (el regreso es una constante de la otra realidad) todo lo que ambicionó y no tuvo: buena ropa, buena cama, buena mesa y buenas mujeres, señoras finas que sepan desvestir sus encajes ante un caballlero.

¿Por qué no, Indalecio? Son las tierras de la fama, del prodigio, del birlibirloque, de la fortuna, de las villas de oro y los cerros de plata. ¿No se te ha dicho acaso, Indalecio, que ni Eldorado ni el Elíseo ni la nobleza ni la gloria asientan su trono en el mundo viejo?

Allá vas, Indalecio, a la caza de cerros y becerros. Alcanzados los 35 grados sur, viran a babor y enfilan derechamente hacia el poniente. Se relame lejano el azul ondulado del océano. Un licor pardo rojizo los aprieta por estribor; dando bandazos acometen una jornada larga sin horizonte.

Refluyen a la memoria miedos de la otra travesía. Alguno augura a la expedición un destino fatal. Otro memora con unción la hombría severa y leal de Juan de Osorio.

Las velas crecen al viento. El Adelantado encarece a su Virgen Niña el apoyo necesario para llevar a cabo lo suyo. Indalecio Velázquez duerme.

El bullicio de la fajina del alba despabila a los remolones. Un nublado parejo se cierne en derredor hasta el horizonte. Por el este, mensajeros de la primera claridad, una bandada de patos franciscanos planea sobre los espejos de la laguna. Entre las espadañas retozan nutrias y la rojiza martineta ensaya pasos de baile fuera del alcance de miradas hambrientas. Sembrados entre el jume y las cortaderas, los rastros del combate —si es que puede llamarse combate a una carnicería— pero sí, si no son cristianos. Valen menos que una lagartija. Les cayeron encima como peludo de regalo a los desgraciados apenas nomás puesto el sol. El sueño se abultaba en los toldos de Tolmichi-ya cuando el cordobés Mojarra los bombeó desde la lomita que cae justo al norte del campamento. Tenían solo dos indios de guardia junto a unas brasas.

A esa hora, la laguna de Lobos es una manta negra en la que se hunde la luna, según donde uno se instale. Ningún ruido excepto el aullido de algún aguará o el planeo sibilante de los murciélagos. De a ratos, el repique subterráneo de las vizcachas y nada más.

No quiero prisioneros, había recalcado el teniente. Solamente las mujeres y los niños, por los que podían obtenerse unos pesos en el mercado de Buenos Aires. Vos ocupate del cacique.

Era grato sentirse hombre de confianza del superior. Y le supo cumplir, qué carajo. El teniente esperó sin desmontar, una cuadra más atrás, observándolo con una sonrisa que le daba coraje.

Avanzó él solo con tres milicos, tres camaradas a los que, circunstancialmente, le tocaba comandar en virtud de la orden recibida. A uno de los centinelas lo dejó seco de un tiro. Al otro, antes de abrir la boca, le entró la charrasca por el lomo y le salió por encima del ombligo. Sin perder tiempo, bajaron a sablazos y a patadas las horquetas y la cumbrera del toldo grande. De entre el revoltijo de indios y cueros apareció Tolmichi-ya, entredormido. De prepo y a lo toro lo conminó a identificarse y entregarse prisionero. El cacique, con calma, le mostró el salvoconducto extendido por el gobernador. Y ahí nomás, sin leerlo siquiera, le disparó en la cabeza.

Ahora ya levantaron el vivaque y marchan sin apuro hacia el fortín Luján, cosa de veintitantas leguas derecho al norte. Va a caballo al frente de la columna, al lado del teniente. El teniente lo ha felicitado y prometió incluir su nombre en el parte.

El parte del Adelantado es sucintamente digno de un general espartano. Muy poca formalidad, la mínima aconsejable teniendo en cuenta que por un lado se trata de Su Graciosa Majestad, y por otro de los escasos días (horas) que la empalizada y los mosquetes puedan resistir el asedio de los salvajes, el hambre y la sed. Omite, por supuesto, detalles que no hacen al meollo del problema, por ejemplo el motivo de que los naturales les nieguen asistencia y aun les sean hostiles. Diego y Gonzalo han tomado diferentes caminos en procura de vituallas y munición. Pero dadas las condiciones de los sitiados, Corpus Christi está demasiado lejos y Asunción en el extremo del mundo.

Indalecio Velázquez repasa la limpieza del arcabuz, y cuando termina de limpiar, se dedica a sacarle brillo a la culata. Es su hora de sueño, pero quién duerme con cientos, miles de indios rondando en el descampado, ya danzando, ya marchando

a un trote rítmico, ya prorrumpiendo a una voz en alaridos de espanto. Por la noche los indios retiran los muertos. Los españoles sienten más deseos de comer a sus caídos que de sepultarlos. En cuanto la horda termina de alzar cadáveres, trascurren las horas hasta el amanecer disparando flechas encendidas por encima del real, con la intención no tanto de incendiarlo sino de impedir que los sitiados escapen al amparo de la oscuridad.

El Adelantado está enfermo; los soldados exánimes y afiebrados por falta de comida y sueño. Los pájaros han abandonado los nidos, atemorizados por los visibles signos del final en ciernes. Indalecio Velázquez, acuclillado y cabizbajo, repite sin aliento las últimas palabras del frayle de la eremita.

Al cruzar la cañada de las Garzas pasan frente a la ermita de Ramón. De allí siguen por la margen izquierda hasta topar con la cañada de Bargas. Siempre hacia el norte, esquivan las fuentes de la cañada de la Choza y avanzan costeando el arroyo de Arias. La tierra les reseca la garganta y la monotonía de la paja brava lastima los ojos. Muy de tanto en tanto un chañar hace trizas el paisaje. Según el ermitaño, hace días se ven indios sueltos viniendo desde el sur. Y no solo la gente del infeliz Tolmichi-ya. Ramón asegura haber visto rastrilladas de veinte o treinta lanzas, para el lado de la laguna de Coria. De ser válida la información, el significado sería claro: están entrando a maloquear para el lado del Luján o del Mercedes.

Llegan extenuados, casi de noche. Acostumbrados a las artimañas de los infieles, desde el fuerte les disparan con el cañoncito, para mantenerlos quietos mientras se dan a conocer.

Una hora más tarde, bien comidos y más o menos limpios, empieza a correr discretamente el aguardiente para festejar el éxito.

El comandante lo palmea. “Ya me pasó el informe el teniente, che. Así que usted solito me lo despenó al jetón. ¡’se habrán creído estos indios hijos de puta! Tomate un franco, y cuando despache las listas, haceme acordar para que te tenga presente”.

Cerca del alba, toda la guarnición está en lo mejor del sueño. Él permanece despierto, tirado en el catre con los ojos abiertos en lo oscuro. Le crece un calorcito lindo en la panza y en las manos. El de la panza ya sabe de dónde le viene. En cuanto a las manos, ¿acaso no le explicó el comandante que actos como el suyo honraban a la patria? Y que no era para cualquiera la bota de cuero de potro. Y que al fin de cuentas un indio no es más que un indio, carajo. Arma proyectos. Para cuando les llegue la mesada sería lindo hacerse una escapada hasta Buenos Aires, para comprar pilchas, provisiones y un poco de diversión. No es que le falte hembra, pero las indias, hasta las más jóvenes, hasta las que parecen menos feas, son indias. Unas indias jetonas, sucias y hediondas. Algunas veces, hasta hay que obligarlas a punta de sable. Ahora ya anda queriendo algo mejorcito. Porque a él, de seguro las botas de potro le han de quedar como pintadas.

El clarín y el cañón lo sacan violentamente de estas cavilaciones. Estaba en lo cierto Ramón. Y me tenía que venir a tocar justo que ligué un franco, suerte perra.

No son muchos esta vuelta, tal parece que no pasan de trescientas lanzas. Pero trescientos indios bien montados, enarbolando armas y aullando, le pueden doblegar el ánimo al más curtido.

Con un orden casi militar, la indiada acomete, primero a bola perdida, después con flechas encendidas y finalmente a fle-

cha y lanza. Le escuecen las manos. Eso es lo que andaba necesitando. Una buena felpeada, no con indios mansos como los degollados cerca del Salado, sino con bestias bien plantadas y apercibidas, todo dientes y jetas pintarrajeadas de demonios clinudos.

De un planazo baja a un indio grandote que ya se le descolgaba por la empalizada. Contento y encolerizado se agacha, y de un tajo lo abre como un carpincho. Al levantarse, en una mano el remington descargado y en la otra el facón, vislumbra al bruto que lo atropella lanza en alto, a cosa de unos diez pasos.

Demasiado lejos para entrarle con el sable. Además el animal este no le va a dar tiempo para sacar. Sin titubear le arroja el facón con toda el alma puesta en el golpe. Pero la lanza ya viene buscándole el cuerpo. Una lanza con un nombre de cristiano escrito bien clarito. Y ahí está la lanza pampa, frenada en el aire, rozando apenas la piel, desgarrando lo que queda del poncho y la camisa.

Indalecio Velázquez, sin mosquete, sin tiempo y acaso ya sin ganas, siente cómo con suavidad, sin apuro, la chuza querandí le va entrando despacito —prolijamente— por entremedio del pecho. Como si no comprendiera bien de qué se trata, se lleva las manos allí donde le viene ese ardor y se queda mirando como un tonto el manojo de plumas enrojecidas, repitiendo en un hipo: tén piedad… ▮

Asociación Vecinal y Biblioteca Popular
"CORNELIO SAAVEDRA"
EXP. MUNICIPAL: 3648 A - 1928
FUNDADA EL 14 DE MARZO DE 1918
GARCIA DEL RIO 2735 / 37
Buenos Aires

Buenos Aires, 19 de noviembre de 1981.-

Señor Director:

Tenemos el agrado de dirigirnos a Vd. con el fin de solicitarle quiera tener a bien disponer -por donde corresponda- la publicación del siguiente "Comunicado de Prensa", en el diario bajo su digna dirección:

La Biblioteca Popular "Cornelio Saavedra" ha dado a conocer el resultado del Certamen Literario Internacional 1981 "Benito Lynch", que oportunamente organizara con el auspicio de la firma Unión Carbide Argentina SAICS. En el rubro Poesía, el Jurado, integrado por Raúl Gustavo Aguirre, Joaquín O. Giannuzzi y Oscar Hermes Villordo, concedió el 1er. Premio, U$S 1.000.- y medalla, a MARIA DEL CARMEN COLOMBO, de Capital Federal, seudónimo "Koto" por su poema "Exilio"; el 2do. Premio, U$S 500.- y medalla, a OSCAR ALBERTO DOMINGUEZ, de Capital Federal, seudónimo "Oski", por su trabajo "De la vida y sus alrededores"; la 1ra. Mención, medalla alusiva, a Juan Antonio Vasco, de Capital Federal, seudónimo "Valderrama", por su poema "Déjame Pasar" y la 2da. Mención, también medalla, a Ricardo Ezequiel Gandolfo, de Tucumán, seudónimo "Fedón", por su obra "El único amo".
En el rubro Cuento, el Jurado se integró con Poldy Bird, Martha Mercader e Isidoro Blaistein, que otorgó el 1er. Premio a RENATO PERALTA CHAPPELL, de Argüello, Pcia.de Córdoba, seudónimo "Yuzziff", por su serie de cuentos "Golpe de Timbal", quien recibirá la suma de U$S 1.000.- y medalla; el 2do. Premio, U$S 500.- y medalla se concedió a ALBERTO FORADORI de Capital Federal, seudónimo "Racconto", por su cuento "El hombre de la corbata verde"; la 1ra. Mención, medalla alusiva, a Graciela Zurieta Salamanco, de Balcarce, Pcia.de Buenos Aires, por su trabajo "El regreso de la Delfina" y la 2da. Mención, medalla, a Gregorio A. Echeverría, de Boulogne, Pcia.de Buenos Aires, seudónimo "Gari", por su cuento "Dos Lanzas para Indalecio Velázquez". Asimismo, el Jurado extendió una recomendación al cuento "Ultimo cuadro", de Inés de Cassagne, de Capital Federal, seudónimo "Sureña". Los premios serán entregados en acto público a realizarse el día 20 del corriente a las 19 horas en O'Higgins 4650 de esta Capital Federal.

Saludamos a Vd. muy atentamente, agradeciendo vivamente su especial deferencia.-

NORMA MARIA SAMEC
Secretaria General

JUAN FRINTZILAS
Presidente

EDUARDO LUIS CRISCUOLO
Secretario de Cultura

Comunicación del fallo, remitida por la BPCS. Firman Juan Frinzilas, presidente; Norma María Samed, secretaria y Eduardo Luis Criscuolo, secretario de Cultura. Fechada en Buenos Aires, 19 de noviembre 1981.

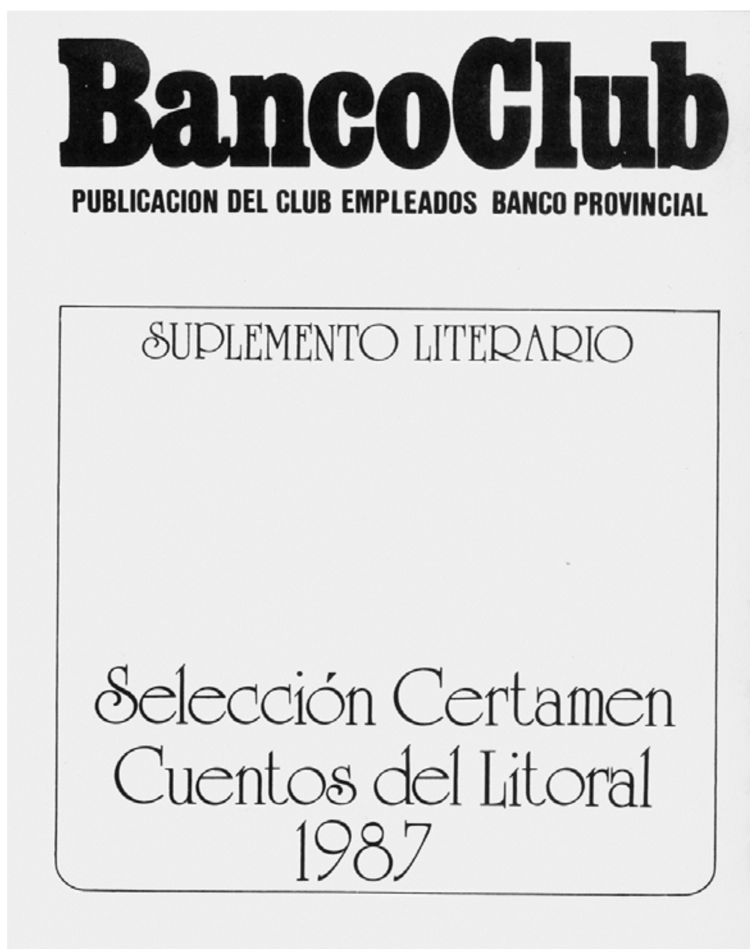
Un día como tantos

- Primer Premio I Certamen Literario "Esteban Echeverria" 1978 / Municipalidad de Esteban Echeverría (BA).
- Integra el volumen (inédito) *Rosa descalza*, Premio Provincial de Literatura "Alcides Greca" / Santa Fe 1978.
- Seleccionado / Certamen Cuentos del Litoral / SADE Santa Fe 1987.
- Integra el volumen *Mala estrella*, Auditgraf Ediciones 2013 / ISBN 978-987-33-4088-8, pág. 293.

El de SADE es un premio curioso, algunos detalles del cual permanecen en el misterio. En lo que a mí respecta, el resultado de esta "selección" fue una plaqueta —prolija— rotulada "Banco Club / Publicación del Club Empleados Banco Provincial / Suplemento Literario" y un diploma. Doy aquí una versión posterior, bajo el título *Xantipa*.

Integraban el Jurado: Carlos R. Morán, Osvaldo Raúl Valli y Silvia Braun de Borgato. En noviembre del '87 viajé a Santa para recibirlo, junto con el "Hugo Mandón" —también convocado por SADE local— y dos premios del Círculo de Profesionales Argentino-árabes. La ceremonia de entrega de los premios de SADE la terminamos en la vereda de una cervecería de la Costanera. Una larga mesa frente al río, entre cuyos bebedores recuerdo a Horacio Rossi, Cacho Agú, Nora Didier, Felipe Chalita, Oreste Abiatte, Silvia Braun, Gogo Borgato, Marco de Aguilar, Graciela Geller y Adrián Néstor Escudero. Varios de ellos han atravesado ya el río que aquella noche nos convocara.

También quedó como tesoro de ese viaje una larga charla con Gastón Gori, reunidos debajo de la vieja bignonia del patio con su esposa Charito y Silvia Braun. Fue nuestro último encuentro con Gastón.



Plaqueta editada por el Club Empleados Banco Provincial, con el relato premiado.

Xantipa

Unde et apud veteres tale erat proverbium:
rex eris si recte facis; si autem non facis, non eris.[4]

Fuero juzgo, Ley VII

Digo yo que es buena la lluvia después del trueno, así el agua ha de enjuagar los barros y otros sedimentos y todo funge como apurar un laxante al cabo de una comilona, siendo que con el agua se disipan y escurren otros humores menos propicios para la salud del cuerpo, evitando la acumulación de grasas y otros diversos tóxicos, por ejemplo en el hígado cuya estructura a mitad de camino entre músculo y cartílago se aviene con dificultad a la acumulación de tales sustancias. Comentario que —palabra más o menos— le ha quedado grabado de ver la película. Palabras que alguien ponía en boca de Sócrates acerca de Xantipa. Luego de aquella chuscada del baldazo de agua en los morros. Recuerdo que entretiene esta mañana de mayo su recorrido diario a bordo del metro, entre Plaza Italia y Catedral. Todos los asientos vienen ya ocupados desde Pacífico. Viaja de pie —como siempre— junto a la puerta delantera. Costado izquierdo del primer vagón. Antes de llegar a Bulnes, ocupa ya el primer lugar a la derecha de la puerta. A su lado, frente a la unión de ambas hojas, una mujer menuda de tapado negro. Ella intenta tímidamente desalojarlo de su posición.

Aún le da vueltas en la cabeza la película de anoche. Estos franceses son tan retorcidos. Época actual, como marcaban los subtítulos de las obras de teatro para aficionados. Pero en

---

[4] Eres rey si gobiernas rectamente; si no lo hicieras así, no eres rey.

varias secuencias se hacía referencia a la esposa de Sócrates. Una hembra jodida. Poirot no hubiese dudado en vincularla con la cicuta. La observa de reojo. Representará unos sesenta años. Tal vez la ropa oscura engañe. El cabello entrecano peinado con prolijidad. Recogido sobre la nuca en un rodete pequeño. La mirada tranquila de unos ojos claros, en los que se insinúa una reprimida sonrisa. Se convence enseguida de que no es rival apetecible. Xantipa hubiera sido otro cantar. Una mujer capaz de empapar a su marido con una palangana. Y delante de amigos y discípulos. ¿Qué valor podría tener para ella la filosofía?

No en vano lleva dieciocho años realizando a diario este recorrido. El trayecto pertenece a la Compañía. El Seguro cubre cualquier accidente *in itinere*. Pertenecer tiene sus ventajas… American Express. Sonríe. Y sí, de tanto en tanto un intruso se atreve a disputarle su lugar. Lugar que desde luego el tiempo le ha concedido como privilegio. Que no aceptaría siquiera discutir. Le es suficiente con pararse a su lado. Por la izquierda y apenas un paso atrás. Tomando de lleno y con firmeza la agarradera justo sobre la cabeza del oportunista. Ya presiente uno lo que puede esperarse de estos rastacueros. Advenedizos que sabe Dios si llegan siquiera hasta el final del recorrido.

La última curva corresponde en la superficie al nacimiento (o a la terminación, innumerables reflexiones no han llegado a una definición), de Diagonal Norte. Al tomarla el tren a velocidad, el intruso es enviado por inercia contra la puerta. Milagros de la fuerza centrífuga. Newton se hubiera despabilado mucho antes. Si hubiera tenido el tino de viajar en subte, claro. Un reflejo instintivo le hace apartarse hacia atrás con igual impulso. Y no hallando a mano un asidero o apoyo adecuado deberá pues desplazarse hasta el respaldo del primer asiento de la

zona delantera del coche. Y él para entonces ya estará reubicado. Satisfecho de haber defendido su plaza con tal fervor y precisión. Los griegos desconocían estos problemas, claro. Pero no ignoraban sus derechos. Incluso las mujeres. Mujeres bellas de profundos ojos negros. No todas bellas, de seguro. Pero si se atrevían a disputar los roles con los hombres, habría que mantenerse en guardia. La película saltaba de un barrio de París a un suburbio en Atenas. Prostitutas al amparo de las sombras. Por momentos en la Acrópolis. Por momentos el Quai d'Orsay. Xantipa suena exótico. Hasta para una prostituta.

Desde hace dieciocho años, dos meses y siete días, es el primero en abandonar el metro a las 8:55. Vuelve a sonreír al recordar las escenas nocturnas. Deliciosos esos barrios bajos no tan alejados del centro de París. La pelea sórdida por sobrevivir. *Sempre avanti*. El que se queda atrás está perdido. Ser siempre el primero. Hasta para bajar del tren. Para internarse en el corredor, al frente de la multitud. *Sempre avanti*. A sus espaldas la jauría rompiendo el paso y lanzada como una nube de mariposas nocturnas hacia la luz en la boca de los túneles. Dieciocho años de pisar a diario las mismas baldosas. De lunes a viernes los mismos escalones. Esquivando la misma rejilla. Apoyando la mano sobre los mismos lugares de la misma baranda. *Sempre avanti*. Compadecer con las mismas reflexiones formales al mismo ciego. Repetir hasta los mínimos detalles una liturgia iniciada a las 6:45 por la campanilla del despertador.

Antiguamente era necesario recorrer unos ochenta pasos al aire libre. Antes de llegar frente a la pesada puerta de acero remachado. Hasta que un inspirado Director mandó construir la marquesina. Pensando que era preferible evitar al personal cualquier contacto con el mundo exterior.

El emético artificio recibe las filas de empleados provenientes del túnel. Inyectándolos como una enema dentro del intestino recto de la Compañía. Al colon. Al Colón… -:)

Repasa *in mente* los avatares de su reciente escaramuza. Arrugado el entrecejo y con la mirada perdida en un punto lejano. El muro de cemento desfila veloz frente a los cristales de la puerta del vagón. Recuerda con inquietud el brillo reflejado en el fondo de los ojos —exteriormente calmos— de la mujer de tapado negro. Fanático, casi apocalíptico. Un brillo que no condice con la mirada de un vencido. Más bien como esa luminosidad en el semblante de los místicos. Brillo que se asemeja más al desafío del gladiador. Aguardando con paciencia y convicción el momento en que el adversario clave por sí mismo la aguzada pica en su pecho. No humillado reconocimiento de derrota, qué va. Lo acicatea una remota señal de alarma. Observa con disimulo a la vieja. Es inútil —piensa— estás soñando. Imposible que esa mirada cálida y suave pueda encubrir sentimientos vengativos.

Xantipa hubiera sido una buena contrincante. Nada de timidez. Nada de bajar la mirada. Igual en los trenes nadie lleva ánforas. Ni palanganas.

Apenas abiertas las puertas, toma su lugar al frente del pelotón. *Sempre avanti*. Echando una mirada en torno para confirmar las intenciones de la mujer. Ha desaparecido entre la multitud.

Incidentes que normalmente no le llamarían la atención. Un letrero de Albalux apagado, una escalera descompuesta. Un reloj que marca las 4:37. Todo lo sobresalta hasta la exasperación. Señalando a cada paso una diferencia entre este día y todos los anteriores. El ciego de la segunda galería le golpea un tobillo

con el bastón. Reclamando su tributo con un alarido malévolo. ¡A-yu-da-a-es-te-po-bre-cie-go-por-el-a-mor-de-Dios! Lo esquiva con habilidad. El bastón se agrega a la serie de discontinuidades.

La película de anoche jugaba con discontinuidades. Saltando de Atenas a París. Y de la filosofía a la prostitución. ¿Habría proxenetas en el Ágora? De seguro. Y lesbianas, por qué no. Travestidos. Y maricones ni qué hablar. Aunque no abundaran los diálogos. Nada más la música y movimientos de cámara. Y un murmullo repetido entre secuencia y secuencia. *Nada es lo que parece*.

No es supersticioso. Ama el orden, la puntualidad. Lo establecido, lo normal, lo rutinario. Como el salvaje polinesio.

La ruptura de la rutina implica un apartarse del tiempo ordinario. Para ingresar en un gran tiempo sagrado en el cual todo es posible. De ahí lo temible, lo peligroso… lo expectable. Precisamente (¡qué estúpido recordarlo justo hoy!) lo mismo que el día aquel. Cuando en uno de los cajones del escritorio del Encargado Principal —*Supervisor senior*— apareciera un libro inscripto en el listado prohibido. Céline o Nabokov tal vez. Con mayor probabilidad Gorki o Mao.

Muchos detalles han sido olvidados. Ya ni podría asegurar qué relación hubo entre aquel incidente y su casi inmediata promoción a Encargado a Prueba. *Supervisor junior acting*.

De hecho, de facto. Menos aún podría inferirse una relación causal (entre el despido y la noticia del suicidio, aparecida a los pocos días en una escueta nota policial). Incluso hurgando en la memoria, llegaría a rectificar el concepto “suicidio”.

“Accidente deliberado”, como había figurado en la mayoría de los periódicos.

Apura el paso para alcanzar la consola de ficheros y relojes. Un abejorro zumba dentro en cabeza. Recuperando imágenes y recuerdos. Su natural optimismo se opaca al rememorar detalles del velatorio (optimismo modelado en arduas sesiones de terapia colectiva). Se le antoja estar leyendo a un tiempo el memorandum de su promoción y las necrológicas.

Le cuesta recuperar el argumento de la película. Pantallazos de rostros y situaciones. Griegas y francesas juntas. A veces separadas. Enigmáticas todas, calladas. La mujer de Sócrates terrible. Como una imagen de la moira. Una sensación de situaciones repetidas. Una y otra y otra vez. La mirada profunda de Xantipa. Profunda… vengativa.

Ingresa al ascensor con el grupo cotidiano. Intercambia sonrisas cotidianas, saludos cotidianos. Se ubica en el preciso lugar de costumbre. Arregla el nudo de la corbata frente al trozo de espejo que le queda visible. Entre el cuello del ascensorista y la espalda del Segundo Jefe de Teletipos.

Un día normal. Llegar al piso (le corresponde salir tercero). Caminar treinta y siete pasos hacia la derecha. Entregar el abrigo en el guardarropas. Ocho pasos, atravesar la puerta de acceso al segundo corredor. Setenta y dos pasos. Abrir la puerta de su oficina (privada desde su promoción a Encargado Principal. *Supervisor senior*).

Encontrar de repente destrozada toda continuidad. Destruida la historicidad necesaria. Quebrantada su seguridad. Abolida cualquier garantía.

Recostada en el sillón detrás de su escritorio, con naturalidad irrefutable, la mujer menuda del abrigo negro. Clavándole en el rostro sus ojos claros y bondadosos en los que se insinúa una reprimida sonrisa. ▮



CERTAMEN
SELECCION DE CUENTOS DEL LITORAL 1987

SOCIEDAD ARGENTINA DE ESCRITORES
"FILIAL SANTA FE"

Por cuanto el Sr. GREGORIO ECHEVERRIA

ha sido distinguido con la SELECCION

por su cuento "UN DIA COMO TANTOS" se le

otorga el presente diploma.

SANTA FE, 28 de noviembre de 1987.

ALBA JOBE de ABALO
SECRETARIA

Lic. FELIPE J. CERVERA
PRESIDENTE

SOCIEDAD ARGENTINA DE ESCRITORES
SADE
SANTA FE

Forever and never

- Integra el volumen (inédito) *Rosa descalza*, Premio Provincial de Literatura “Alcides Greca” / Santa Fe 1978.
- Primer Premio II Certamen de Cuento / Círculo Profesionales Argentino-árabes / Santa Fe 1987.
- Tercer Accésit Certamen Internacional de Cuento “Querido Borges IV” / Liceo Internacional de Cultura / Hollywood (EEUU) 1990.
- Reconocimiento como Ciudadano Meritorio (por este premio) / Departamento de Actividades Culturales / Los Ángeles-California (EEUU) 1990.

Este texto se origina como un modesto homenaje contrapuntístico a partir de la lectura del cuento de Borges *Everything and nothing*, en el cual el autor juguetea con la probable irrealidad histórica de Shakespeare. Jamás se me ocurrió hacérselo llegar. Él conocía como nadie la banalidad de los aplausos.

Los dos premios del Círculo de Profesionales Argentino-árabes (en Cuento y en Poesía) fueron ocasión para una sabrosa charla con Enrique Butti en su despacho del diario *El Litoral*, en la que me acompañaban Alba Yobe de Ábalo (presidente del Círculo) y Silvia Braun, miembro del Jurado. Los otros jurados en Cuento fueron Graciela Geller y Felipe Cervera. Hubo también una nota que Edgardo Pesante sacó al aire en diferido en el programa que conducían con Adrián Néstor Escudero en Radio Nacional. Creo que merece compartirla.



Lunes 2 de noviembre 1987, 20:30. LRA-14 Radio Nacional Santa Fe, República Argentina. Para que podamos elegir. Presentamos a continuación *Espacio Literario*, que conducen Edgardo Pesante y Adrián Néstor Escudero.

Buenas noches. Hoy tenemos grabado un reportaje cuya extensión —29 minutos— nos obliga a suspender nuestra habitual sección informativa.
Hace menos de un mes reporteábamos en este programa a Susana Valenti, la ganadora del premio Rosalina Fernández de Peirotén, para Poetas del Litoral. Fue entonces creo que dijimos que el primer ganador del premio Rosalina Fernández —que ha llegado a su décima edición— fue Gregorio Echeverría, un poeta rosarino que pasó en Santa Fe una de sus épocas lindas de estudiante universitario, aunque sabemos que también trabajó aquí. Nos recordaba César Actis Bru que trabajó con él en la DKW, que luego pasó a ser

la Fiat. Y por esas cosas que tiene el destino, hoy conversamos con Gregorio Echeverría. Pues Gregorio Echeverría, como parece ser su costumbre, ha ganado varios premios juntos. El Círculo de Profesionales Árabe-Argentino de Santa Fe ha organizado su segundo certamen de Cuento y Poesía. Y Gregorio ha ganado el primer premio, tanto en cuento como en poesía. Además la SADE, que es la entidad que asesoró al Círculo, le ha otorgado a Gregorio hace poco tiempo por concurso el premio Hugo Mandón de Poesía.
Bueno y aquí nos encontramos con el amigo, que está residiendo en la actualidad en San Isidro, para conversar acerca de literatura, de su actividad. Y en primer lugar, para volver a lo que decíamos al comienzo, aquella doble adjudicación del premio, porque después de ganar el Peirotén, Gregorio obtuvo el premio Alcides Greca, el Premio Provincial de Narrativa, con un conjunto de cuentos ¿me equivoco?

Hola Edgardo, sí en aquel momento que fue un año especialmente feliz para mí como santafesino —como poeta— se dieron no sé, supongo que circunstancias astrales que determinaron que tanto material mío fuera bien recibido y tan bien distinguido. En Santa Fe fue el Premio Provincial de Literatura Alcides Greca, fue el Rosalina Fernández de Peirotén y con poca diferencia —semanas—el premio doble Ciudad de Santa Fe en Cuento y en Poesía. Si creyéramos en la circularidad del tiempo, esa cosa que tanto le preocupaba al querido Borges y al queridísimo Julio Cortázar, las cosas se van repitiendo. Fijate vos que después de estar ausente, no afectiva pero sí físicamente de acá, de mi país, durante 9 años, volvemos a encontrarnos con el mismo aire, los mismos lugares, con los mismos amigos. Y otra vez para disfrutar de un premio doble, que es lo que estabas comentando acerca del Círculo de Profesionales Argentino-Árabe, el doble premio de Narrativa y de Poesía.

Yo había olvidado los premios Ciudad de Santa Fe, que los otorgaba la Asociación Amigos de la Biblioteca Municipal. Vayamos Gregorio a tus actividades. Qué has escrito durante este tiempo. No hemos tenido noticias tuyas, pero el resultado de lo que has escrito son estos nuevos premios ¿verdad?

El balance de material sería actualmente una colección de alrededor de 70 cuentos y una cantidad más o menos equivalente de poemas más un par de novelas —una corta, *Éxodo circular*— y una obra de más envergadura que arranca en el ‘72. Y arrancó porque me resultaba seductor el jurado que asistía a la convocatoria de Olivetti Argentina. Eran Julio Cortázar, Juan Rulfo y Augusto Roa Bastos. Por amor y por admiración y por respeto a esos tres enormes maestros, empecé a trabajar en esa obra. Que por un montón de razones, empezando por el poco tiempo que le pude dedicar hasta el día de presentarla, fue cortésmente rechazada. Y pienso que tuve el inmenso honor de

que semejante jurado rechazara este trabajo. Porque eso me comprometió. Saber que por las manos de Julio, por las de Juan, por las de Augusto Roa Bastos habían pasado esos originales, el comentario implícito en la no distinción del trabajo, me estaban señalando claramente la obligación, el compromiso de poner las manos sobre ese material y trabajar en serio. Fijate que recién ahora después de 15 años sentimos que estamos empezando a terminarlo. Esto me hace reflexionar acerca de algo que me preguntaba hace un rato Enrique Butti, la razón de una cantidad significativa de premios con ausencia de material editado. Y de algún modo trataba de explicarle la cosa recordando los versículos del *Ecclesiastés*. Sí, pienso que hay un tiempo para todo en la vida. Pienso que hay un tiempo de escribir y un tiempo de publicar pero fundamentalmente lo que quiero rescatar de esto es que para estar preocupado por editar o por publicar es necesario haber estado previa y seriamente preocupado por escribir. Creo que ahora pasada esa edad especial que son los 50 en que empieza la segunda etapa de camino, es cuando puedo empezar a preocuparme para que algunas de las cosas que tengo hechas lleguen a manos de otra gente.

Porque si no me equivoco curiosamente Gregorio Echeverría no tiene ningún libro publicado.

Tenés razón, ninguno.

Y en cuanto a colaboraciones en páginas literarias en diarios y revistas…

Sí, pero no hay una continuidad. Surgieron oportunidades en medios donde había gente amiga que estaba sintonizada con lo que escribía Gregorio y llegó la oportunidad —esporádica pero siempre disfrutada, por supuesto— alguna vez en las páginas de nuestro diario *El Litoral*, en *Los Principios*, de Córdoba, en revistas locales como *Todos*, que se editaba en Del Viso, la revista *Octógono*, que hicimos con un grupo de estudiantes en la Facultad de Ingeniería Química en el año ‘61. En el diario *Tribuna*, de Almirante Brown en la provincia de Buenos Aires. Pero no hubo de mi parte ni la disciplina ni la decisión para hacer de esto una metodología.

Lo que me sorprende es conocer mucha gente que en situación como la tuya sufre de un modo que puede llegar a lo morboso y vos lo tomás con bastante tranquilidad.

Creo que la cosa pasa por otro lado Edgardo. Me sucede con frecuencia, me gusta revisar el material viejo. Tanto es así que de esos 60 o 70 cuentos que hablábamos, por lo menos la mitad de ellos han sido escritos dos veces. Y sí,

acá llegamos al problema de la vigencia y de la distancia. Si un texto es capaz de soportar el segundo análisis de su propio autor después de 5, 10, 15 o 20 años, una de dos, o el autor está un poco miope o de alguna manera había valores de cierta permanencia en el texto —incluso permanencia formal— y entonces tengo sí esa tal vez mala costumbre de dejar que las cosas maduren, vayan adquiriendo tinte y tono en un cajón. Y después de unos cuantos años releerlas, casi siempre hacer correcciones, quitar o agregar cosas, encontrar errores en giros o expresiones que a lo mejor en su momento parecían impecables, darnos cuenta que no, que lo impecable estaba dado por la pobreza con que habíamos mirado la cosa. Darles el segundo bautismo, la confirmación, de alguna manera. Después de eso están en menos malas condiciones de soportar una prueba final.

Ahora habría llegado ese momento. Bastante difícil para la industria editorial argentina en lo que hace a la difusión del libro por motivos que son del dominio de todos. Vamos a volver un poquito en el tiempo para ver cómo nace la inclinación por la literatura, por expresarse a través de la palabra escrita, en Gregorio Echeverría. De tus escritores favoritos, de aquellos que considerás tus maestros, la forma en que trabajás. Algo has contestado, la corrección, el dejar reposar el texto. ¿Cómo empieza, cómo sentís tu necesidad de escribir, Gregorio?

En dos etapas se podría separar la cosa, creo que muy poca gente está excluida de la tentación de escribir un poema a los 15 años. Esa es una etapa que para mí se clausuró alrededor de los 22, con alguna modestísima producción poética y una más modesta todavía colección de pequeños cuentos. Y hay otra etapa luego. Hablábamos de DKW en la década del 60. De aquella época justamente data mi amistad con César Actis. Porque aquellos cuentos son apuntes de la época de DKW. Más que nada apuntes de situaciones que me habían resultado divertidas. O patéticas. Fijate qué significativos los títulos. Uno de los primeros cuentos de entonces es *El último gerente*. Que es producto de la observación de esa guerra despiadada dentro de la estructura jerárquica de una empresa, esa selva donde es un todo contra todos, donde de pronto el objetivo final de la empresa no existe, es una entelequia. Y lo único que está en juego son los pequeños apetitos, los pequeños intereses personales de un grupo de gente que si uno tuviera que promediarla tiene más miseria que grandeza ¿no es cierto? De ahí surge el tema, un monstruo de apetito muy selectivo. Se come a los gerentes. Y hay una serie de acorralamientos y desventuras hasta que llega al último. Después hay unos 10 años, una larga etapa de silencio signada por el éxodo. Cuando DKW se derrumba, antes incluso del último cimbrón, previendo que Santa Fe no tenía capacidad laboral para casi 4000 personas que iban a quedar en la calle, abrimos el pa-

raguas antes que empiecen los chaparrones y nos vamos a Buenos Aires. Esos años, hasta el ‘72, son acomodarse, asumir un poco ese extrañamiento que es dejar el país, dejar la tierra ¿no? Uno está metido en otra problemática, está suficientemente analizado lo que significa la gran ciudad. El grado de alienación, el grado de absorción. Hay cosas elementales, vivir y trabajar en Buenos Aires te demanda por día 3 horas más de lo que te demanda hacerlo acá, por ejemplo.

Las grandes distancias…

Y por ahí —vuelvo al comentario de las convergencias astrales— estaba en una juguetería en la localidad de Martínez. De pronto entra una señorita, se pone a hablar con una de las dueñas del negocio. ¿Y de qué habla? Habla de talleres literarios, talleres de pintura, talleres de expresión. Y de pronto algún ratoncito entró a moverse ahí adentro con esto de los talleres literarios y me acerqué a preguntar qué era. Como concepto era para mí absolutamente inédito. Me explica qué era un taller, hablando concretamente del que estaba ya funcionando en la Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia de Martínez. Me cuenta un poco los objetivos, los mecanismos y me pareció extraordinario. Es un poco como haber descubierto que los Reyes habían dejado cosas en el zapato, a pesar que uno creía que los Reyes Magos etc. etc. ¿no? Y ahí vino la primera prueba (la primera decepción). Con el tiempo imagino que tenía que ver con esas ceremonias previas de las salamancas, no es entrar, decir ábrete sésamo y entro. Hay que adquirir de alguna manera el derecho a entrar. Y claro, en la Biblioteca me explican que existe el taller, funciona, pero hay un par de requisitos, uno de ellos presentar un texto. El otro es contar con el consenso del conjunto del taller. Con el texto no hay problema, presenté un cuento muy convencional y eso es mirado favorablemente. Lo que no es mirado favorablemente es que estábamos en el mes de agosto y el taller estaba un poco agotado de recibir gente fuera de tiempo. Y me dicen que no hay inconveniente, siempre que tenga la paciencia de esperar hasta marzo. Para mí fue bastante frustrante, estaba ansioso. Pero esperé y me alegro de haber esperado. Porque significó —sinceramente— el inicio de una etapa absolutamente nueva y ya con una intencionalidad profesional. Podemos discutir muchísimo. Hay un montón de gente que discute el valor, la factibilidad de un taller literario. Hay gente que todavía se plantea si un escritor nace o se hace. No tengo la intención para nada de polemizar sobre el tema. Pero aprovecho la oportunidad para aclarar que no creo en general en aquello de que se nace escritor. Sí llegaría a aceptar que algunos componentes —tendencias— se traen, pero el oficio se adquiere, es decir, el manejo de la palabra o el estilo, el manejo del idioma se adquieren. Y se adquieren trabajando, que es la única manera que se pueden abordar los oficios.

De ahí el término taller, que alguna gente no alcanza a entender.

De ahí el término taller, claro.

Va dirigido a lo formal. El talento, si lo tiene, lo pone el que va al taller.

Claro ¿pero qué es lo que te aporta? Te aporta, en primer lugar, encontrarte entre tus iguales. O sea encontrarte —para mí por primera vez— ante gente con la cual teníamos en común lo literario, lo poético, lo creativo y todo el vocabulario conexo con estos mundos. Ahí nos metemos en otro terreno que es muy resbaloso, si se escribe para que a uno lo entiendan, si importa que a uno lo entiendan o si no importa. Pero de alguna manera ya estás metido, ya estás entre tus iguales. Y no significa ni exclusión ni torre de marfil ni elite ni nada por el estilo. Simplemente, de la misma manera que un jugador de fútbol se sentiría desafortunado ante una asamblea de filósofos, supongo el desconsuelo de un filósofo en una reunión donde se estuviera discutiendo la técnica que va a llevar el seleccionado argentino al próximo mundial.

Muy bien, creo que esto ha sido muy interesante, Gregorio. Muy de acuerdo en general con lo tuyo, hacía años en realidad que no charlábamos, pero reconforta encontrarse con alguien con quien se coincide en tantos aspectos. Ha estado con nosotros Gregorio Echeverría, el reciente ganador de los premios de Cuento y Poesía convocados por el Círculo de Profesionales Argentino-Árabe de Santa Fe y también del Premio de Poesía Hugo Mandón de la SADE filial Santa Fe. ▮





Buen escritor, excelente crítico y —por sobre todo— muy buena persona Edgardo Pesante. Un año después de esta charla, Silvia Braun me enviaba la desoladora noticia de su muerte. César Actis Brú, Edgardo Pesante y Lermo Rafael Balbi. Foto de Gaceta Literaria de Santa Fe, cortesía de Norma Segades. [5]

[5] Lunes 10 de mayo 2010. César Isidro Actis Brú talentoso poeta y escritor falleció en la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz, Argentina. Descansa en paz, querido amigo/hermano [http://pagina1-josepivin.blogspot.com.ar/html].
Edgardo Pesante (1932-1988).
Lermo Rafael Balbi nace el 18 de diciembre de 1931. Falleció el 21 de mayo de 1988.

EL LITORAL

Un mismo ganador para los dos rubros de un certamen literario

Visitó nuestra redacción el Sr. Gregorio Echeverría, distinguido recientemente con tres premios santafesinos: los respectivos primeros premios del Certamen de Cuento Breve y el de Poesía, promovido por el Círculo de Profesionales Argentino-Arabe y con auspicio de la SADE, y el Premio Hugo Mandón de Poesía, instituido por la SADE filial Santa Fe.

Acompañaban al escritor las Sras. Silvia Braun de Borgato y Alba Yobe de Abalo, miembros de los jurados que decidieron los premios de los dos certámenes del Círculo de Profesionales Argentino-Arabe.

Gregorio Echeverría computa en su currículum varios premios: el Primer Premio en Novela Roberto Payró (1975); en Cuento Esteban Echeverría (1978); Ciudad de Santa Fe (1978); Provincial de Literatura Alcides Greca (1978), y en Poesía: Universidad de Belgrano (1978), Alfonsina Storni (1978), Almirante Brown (1978), Ciudad de Santa Fe (1978), Residentes de Mar del Plata (1978), San Rafael (1979) y Secretaría de Estado de Cultura (1979), además del Primer Premio de Ensayo Casado del Alisal (1979). Nacido en Rosario en 1935, actualmente reside en San Isidro.

Primeramente, conversamos con Gregorio Echeverría sobre su cuento recientemente premiado, titulado "Forever and never", y que es de alguna manera una respuesta al breve cuento de Jorge Luis Borges "Everything and nothing".

"De una lectura, no profesional sino amorosa, de ese cuento de Borges nació este texto mío —dice Gregorio Echeverría—. Borges plantea la posibilidad de la inexistencia de Shakespeare, de que Shakespeare fue un sueño no soñado. Entonces tuve la idea de entablar este diálogo paralelo con Borges sobre un mismo tema, bajo una distinta óptica, empezando por el título que es el exacto contrario del de Borges.

"Este cuento —sigue contándonos Echeverría— fue escrito hace más de 12 años, y ya había recibido una distinción en el '78, en el Premio Alcides Greca. Pero se trataba de un premio conjunto, de manera que este premio actual fue para mí un gran orgullo y una gran alegría".

Después, nuestro visitante se refirió a "Como los marineros", el poema que recibió el primer premio en el Certamen del Círculo de Profesionales Argentino-Arabe. Se trata de un catálogo, de una enumeración de las cosas que el poeta quisiera tener junto a sí en el momento de su muerte. Borges, Cortázar, los bisabuelos pescadores, están entre esas presencias queridas.

Echeverría es un autor que, a pesar de los ya mencionados reconocimientos, no posee ningún libro publicado. Le preguntamos qué significa esta falta de dialéctica con el público lector.

Nos contesta: "Significa pensar en el Eclesiastés: 'Hay tiempo para todo'. Pero no se puede pensar en publicar si previamente no se escribe".



La Sra. Alba Yobe de Abalo y el Sr. Gregorio Echeverría, vencedor de los primeros premios del Certamen de Cuento Breve y de Poesía, organizado por el Círculo de Profesionales Argentino Arabe

Forever and never

Al queridísimo maestro JLB

Para unos habrá sido un sueño. Para otros un busto. Para muchos un símbolo. En el mejor —el peor— de los casos, un mito. Apenas. ¿A cuál de estos destinos daría credibilidad el prescindible adverbio? Me atreveré a creer que fue tanto y todo tan intensamente que casi todo sino imaginable le fue supuesto. Tal vez no quiso desmentir ninguno de ellos. Pudo suceder que el padre fuera lanero, pero también curtidor o algunas veces campesino, agricultor o fabricante de salchichas.

Si es que no fue un sueño, pudo haber nacido en un rincón del Warwickshire, acaso Stratford (los escribanos y los clérigos no mienten por lo común mucho más que los historiadores o los ladrones). En cumplimiento de algunos de los infinitos e insaciables destinos a que lo sometieron quienes deseaban crucificarlo, tal vez presionado por exégetas que presumiblemente hubiera reprobado, disfrutó del amor de una muchacha, saboreó en las tabernas buenos vasos de vino blanco azucarado, leyó a Ovidio, se batió en evitables lances por cuestiones de honor o algo parecido, extenuó sin pudor las antesalas del condado, convivió con proxenetas y asesinos, compartió unas noches de niebla y algún chelín con escrofulosos mendigos.

Viajó —cómo dudarlo— sus incontables itinerarios se plasmaron en incontables poemas y paradisíacas escenas. Echó la rodilla a tierra ante la férrea palidez de la mujer que se atrevía contra las sombras de una historia oscura. Saboreó todo lo que la

fortuna colocó a su alcance. Creyó en Dios. En alguna de sus innumerables vidas soñó con aplausos y se codeó (se regodeó) con tahures y borrachos y prostitutas del Bankside. Quizá no le fueran extraños los escaños y el patio de Blackfriars o el tablado de El Globo. No lo sé. Pero si me estuviera permitido licenciar la imaginación —ya que no la fantasía— pensaría que no le fueron negados el afecto y la consideración de unos despreocupados caballeros isabelinos. Repetiría, a riesgo de escandalizar a lady Macbeth *("¿tienes miedo, quizá, de ser el mismo / en ánimo y en obra que en deseos?")* que luchó por aquello que ambicionaba. Deseó escudos y despreció escudos. Y su desprecio, modulado en bucólicas estrofas, lo mercadeó en escudos para oblar sus credenciales en el burgo.

Vendió, compró, durmió (imagino) el razonable intervalo de sus casi veinte mil noches, orinó durante no registrables entreactos. Su vigilia brincó de la piedad al escándalo y del arroyo a la corte. Sometió a las precisiones de su alquimia a los latines y a los griegos, hasta tornarlos en la mansedumbre de los nasales acentos de Coventry o de Birmingham. Tuvo miedo, padeció hambre, sufrió persecución y envidias. Si no lo marcó la peste, extraño es que lo respetaran la gripe y los piojos o las fiebres. Fue papista, recusante, devoto, ateo, hereje. Fue piadoso. Pudo afirmar (creo) al final de sus días, *"hombre soy yo contra quien otros pecan / más de lo que él pecó"*.

Si alguna vez el temor venció a su confianza, tantas otras brotó el consejo atrevido de entre las orlas de su verso, anticipando lauros, propiciando bodas, vaticinando en casos utópicas e incumplidas glorias. Debió, tomó prestado, le debieron, le prestaron, tal vez robó, seguramente lo desvalijaron un día.

Todo eso —divago— que no señala necesariamente el tránsito hacia algo pero también significa y humaniza. Al cabo qué más razones pudieron acreditar sus propagandistas que los adversarios. Todos creyeron conocerlo, tempranamente lo agasajaron, tardíamente le habrán perdonado —a cambio de la porción de eternidad que atinaron a sisarle— su delito genial.

Ignoro si tan solo uno de sus émulos lo respetó. Desconozco hasta dónde le fueron fieles los amigos. Presumo —en fin— que bien pudiera haber muerto en el anonimato (en el frío) de lo no existente, lo teórico, lo meramente especulativo.

Su humor fue (necesario creerlo) vital. Sin duda gastaba una risotada de campesino saludable, raramente los caracteres taciturnos cautivan multitudes. Habrá llorado la muerte de un padre, de un hijo, de un camarada apuñalado en la posada.

O la destreza del verdugo de la Torre ejercida sobre alguna cabeza allegada.

Quién podría pretender ser Shakespeare sin ser Shakespeare. Quién no se conturbó al adivinar en Miranda o en Porcia recatados destellos de alguna imprudente memoria.

Su charla huele a establo y a murallas, a ruibarbo y a espadas, a taberna y a rosas, a caballos, a venenos, a reinos, a universos. Acechan brujas y vestiglos en sus noches, se des-cuelgan lechuzas, ladran perros. Hay calma, puñaladas, tempes-tades. Hay jueces, hay naufragios.

Acaso una tarde se encerró en compañía de todos sus fantasmas y soñó. Soñó que tres o cuatro siglos más tarde, otro poeta habría de contemplarlo desde el destierro de sus ojos en sombras y declarar que tal vez había sido (solo) un sueño no soñado por alguien. ▮



DEPARTMENT OF CULTURAL AFFAIRS

Certificate of Appreciation

In Recognition of outstanding contribution and activities enhancing the cultural enrichment of the community

Gregorio Andrés Echeverría

–ARGENTINA–

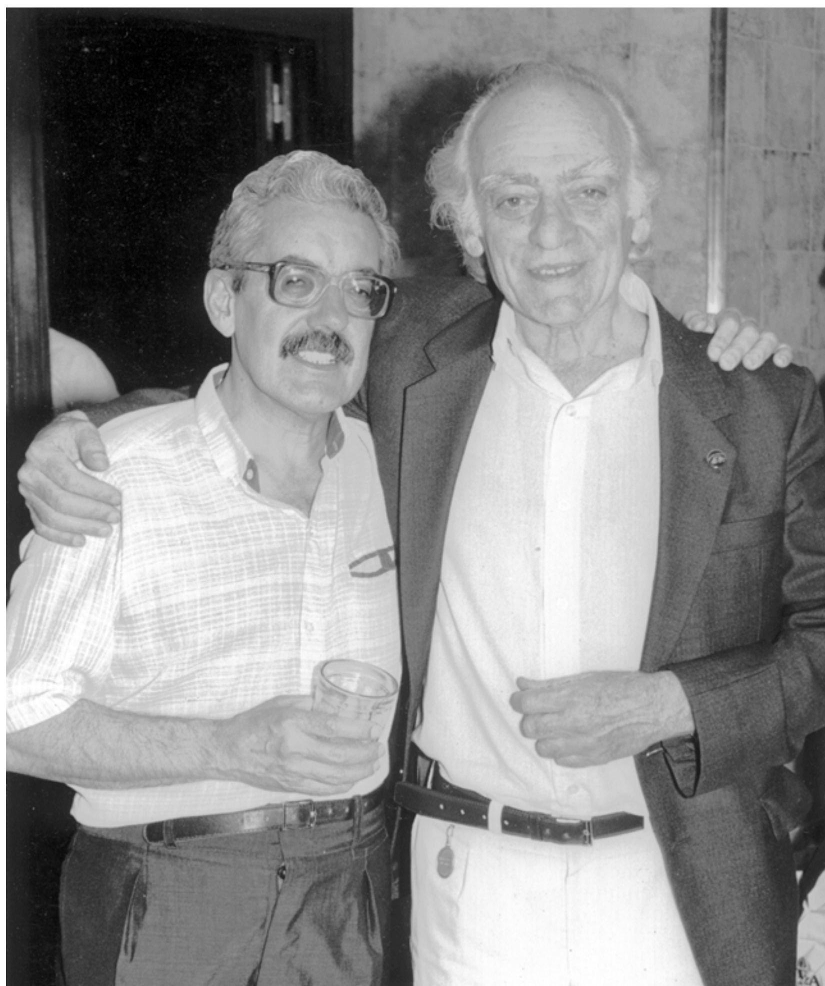
Finalista – 3RD. ACCÉSIT –
Concurso de Cuentos
"Querido Borges IV"
Liceo Internacional de Cultura

is hereby awarded this Certificate of Appreciation for exemplary efforts and accomplishments of great value to the CITY OF LOS ANGELES to further the common goal of making our City a better place in which to live.



Adolfo V. Nodal
General Manager

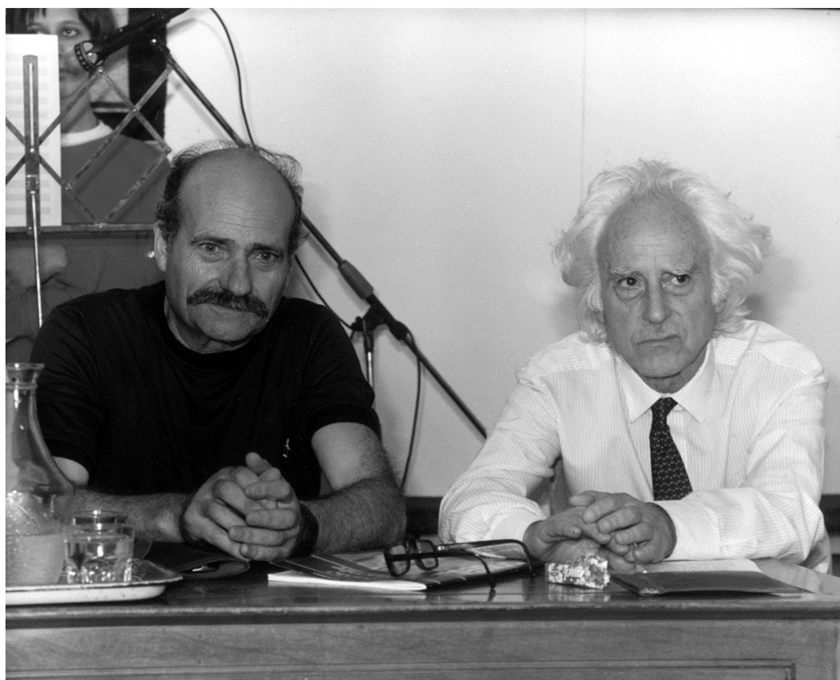
April 21, 1990
Date



El autor junto a Héctor Tealdi, en la presentación del poemario *El fuego inteligente*, de Ricardo San Esteban, en la Fundación Argentino-Brasilera. Buenos Aires, diciembre 1988. Considero esta historia como un verdadero premio del destino, por eso la incluyo acá. Una mañana de 1987 viajaba de Beccar a Retiro en el tren que parte de Tigre. Lo habitual en esos viajes. Sentarme —si encontraba lugar— y leer. Último coche (para no fumadores). Miguel Hernández o Machado tal vez. O Guillén o Prèvert… Dos o tres veces levantar la vista y encontrarme con una mirada fija y calma. Una chispa de ironía inteligente pero triste. Finalmente un le-gusta-la-poesía, masticado des-

pacito a medio camino entre afirmación y pregunta. De ahí hasta el final del viaje, ir destapando cubiletes, al azar, sin urgencias. A partir de esas modestas coincidencias (casualidades/causalidades) de ser ambos oriundos de la provincia de Santa Fe. Uno de Venado Tuerto y el otro de Rosario. Esperanzados en tantas cosas. Desesperanzados de tantas otras (casi las mismas). Ambos a mitad de un camino. Desde cuándo hacia dónde. Algunos libros editados, otros esperando. Él. Todos esperando. Yo. Nuestro segundo encuentro en casa. A bordo de una enorme carpeta repleta de sueños. Los originales de *El fuego inteligente*. Una mezcla inabarcable de ansiedad, temores, certezas, cuestionamientos, profecías. Una destilería de humanidad. Mi promesa de ayudarlo en el intento de una edición. Primer paso hacia un proyecto editorial que aún hoy espera. Algunas conversaciones con Carlos Cortella, quien a la par de su negocio de Turismo estaba embalado en el desarrollo de la Fundación Argentino-Brasileira. Proyecto este bien heterogéneo (¿heterodoxo?) que terminaría mixturando porciones inciertas de Antropología, Turismo, Pedagogía y Medicinas Alternativas, todo macerado en un amable portuñol que lubricaba cualquier posible roce. Finalmente la Fundación auspició una carpeta de *Poemas de la tierra*, de Ricardo. Y en noviembre de ese año veía la luz *El fuego inteligente*. Edición modesta destinada a ser primero (y único) fascículo de la Colección Nguillatum. Impreso en el Taller de Artes Gráficas La Paz, una imprenta de Wilde manejada por un grupo de jóvenes humildes y solidarios timoneados por Eliseo. Un curita de esos que tienen los pies, el alma y el corazón en la tierra. Estas dos obras se presentaron en diversos locales de Buenos Aires. En Liberarte, en el subsuelo de Prometeo —una librería de Corrientes casi esquina Riobamba— en Gandhi, en el Café Literario de Osvaldo Moro en Floresta y en la misma Fundación. Con muy pocos recursos económicos, pero con muchas ganas y buen gusto. Con la palabra de Luis Alberto Quesada, Gustavo Soler y una de esas infaltables señoras que toman el micrófono por su cuenta para disparar sus propias antologías (creo que Graciela Zolezzi). Con la participación de actores de la talla de Héctor Tealdi, Onofre Lovero y Franklin Caicedo en la lectura de poemas. Y el acompañamiento musical de Lucía, Román y Guillermo el mayor de mis hijos. En una de estas presentaciones intervino también (con una intencionalidad interpretativa) en la lectura Raquel, una alumna de Lilia Roberti. Aún en actividad (Lilia) a pesar de las tantas primaveras. Su casa parecía un coqueto museo de recuerdos profesionales. A la salida nos juntamos a tomar una copa en la vereda de una cervecería. A medida que la charla se tornaba alegre y desalmidonada, las caras de esta chica Raquel y su marido iban pasando del rosado al pálido y de ahí a un gris crepuscular. Creo que Lilia se mantenía —literalmente— ella y su entorno como adentro de una vitrina. Y obviamente estos seres no soportan el contacto con el aire. En el primer silencio se levantaron y desaparecieron. Con la exacta y prolija levedad de los

fantasmas. A la hora de hacer números, la venta de este material fue francamente escasa. Agravado el tema por la renuencia de los libreros en primer lugar a vender poesía y en segundo lugar a liquidar los magros porcentajes al autor. Quiero decir que no cubrimos los costos. Pero nadie ni nada le podrán quitar a Ricardo la acumulación de emociones de esos meses. Lo encaramos mucho más como una aventura que como un negocio. Apostando a que la gente se animara a explorar la obra de un creador poco difundido. Pero apostando yo —expresamente— a que un gran poeta pudiera por una vez al menos retirar su ñata contra el vidrio y contemplar la fiesta desde el lado de adentro. Mi prójimo, en suma. Pero esta vez amuchado desde mi mismo lado del espejo.



Ricardo San Esteban con Alberto Quesada, durante una presentación de *El fuego inteligente* en el subsuelo de Librería Prometeo.

Bajo la noche indiana

- No clasificado / Concurso de Cuentos “Dr. Salvador Garfunkel” / SADE Buenos Aires 1985.
- Recomendado para su publicación por el Jurado de Casa de las Américas / La Habana 1990 (integra el volumen *Tercera fundación*).
- Publicado en la revista *Casa de las Américas*, año XXX Nº 180, mayo-junio 1990, pág. 56.
- Primer Premio XIX Certamen Internacional “Villa de Mazarrón-Antonio Segado del Olmo” / Universidad de Mazarrón (Murcia-España) 2003.
- En 2005 la Universidad Popular de Mazarroón edita un volumen compilando todos los premios del decenio 1995-2004, cuyo diseño de tapa pertenece a GE (*dissegnogrosso*). ISBN 84-609-6184-2. 298 págs.
- Primer Premio Especial “XVIII Certamen Internacional de Cuento Tiflos 2005” / ONCE Organización Nacional de Ciegos de España. Integra el volumen premiado (inédito) *Merda d’artista*.
- Integra el volumen *Tercera fundación* (Premio Literario Narrativa de ficción “Ciudad de Rosario” 2006, Editorial Municipal), p.161.

Un ejemplo entre tantos acerca de concursos y fallos. Este texto no mereció la menor consideración por parte del jurado del Garfunkel, SADE 1985. En 1990 el jurado de Casa de las Américas lo recomienda para publicar. Y en 2003 —18 años después de aquel primer fracaso— obtiene un Primer Premio internacional en Murcia, entre 2.137 trabajos participantes de todo el mundo hispanohablante.

Para el acto de premiación —de no poder asistir— estaba prevista una videoconferencia que finalmente no se pudo concretar. En su defecto, hice llegar un video de 10 minutos que fue difundido en uno de los salones del Hotel Playa Grande de Puerto de Mazarrón, donde se realizaron acto y cena. Estimo que las ideas expuestas en el video no fueron recibidas con simpatía, dado que no tengo pelos en la lengua y el lugar parece ser una de las muchas trincheras sobrevivientes del franquismo. Dicho sea en honor a la verdad, me hicieron llegar una hermosísima plaqueta, una pieza de orfebrería firmada por Cunill, taller fundado por Pedro Cunill Vidal en 1916.

Sociedad Argentina de Escritores S.A.D.E.

Recibimos del señor ULLRICO SCHMIDEL -

3 (TRES) ejemplares de la obra,

BAJO LA NOCHE INDIANA

de la que es autor, con destino al concurso Dr. S. GARFUNKEL -

Género Cuento Año 1985 Edición —

Fecha 15 / 8 / 85

Comprobante de participación en el Salvador Garfunkel, bajo el seudónimo de Ullrico Schmidel, 15 de agosto de 1985.

ଔଔଔ

Sr. Alcalde del Ayuntamiento de Mazarrón
Sr. Director de la Universidad Popular
Sres. Miembros del Jurado
Colegas y Miembros de esa Comunidad:

No se me ocurre de qué manera presentarme ante ustedes esta noche. El quién soy tiene muy poca importancia. Un desconocido. Tal vez si apuntáramos al qué soy…

Un vástago. Una ramita de un árbol grande y viejo. Con algunas raíces en Galicia. Y algunas otras en el País Vasco. Un americano hijo de inmigrantes. Un señor que se gana la vida como diseñador gráfico. Y que se muere de hambre como poeta… Y qué. No solo de pan vive el hombre.

Pero necesito compartir hoy con todos ustedes un amor. Una pasión casi desmesurada. Y no hablaría de ella si no se tratara de algo visceral. De mi leit motiv. Si es que alguien se atreve a pensar que una vida pueda tenerlo.

Quiero hablarles de la lengua. *Claro y límpido raudal / es la lengua que yo adoro…* Muchos hombres de letras se han ocupado con solvencia de la historia y de la epistemología de nuestro idioma. No podría agregar nada relevante a la cuestión. Pero puedo —y quiero— fundamentar el ámbito lingüístico del cuento que los señores del Jurado han tenido la benevolencia de distinguir en esta décimonovena convocatoria. *Bajo la noche indiana* —el relato en cuestión— es en primer lugar un acto de amor. Un acto de amor a las raíces. A mis raíces.

En segunda instancia, es un acto de amor —irrenunciable— a nuestra lengua. Por mi profesión, vivo en contacto diario con las lenguas bárbaras. Y digo bárbaras sin menoscabo. Bárbaros eran para los griegos clásicos, los extranjeros. Cada día llegan al monitor de mi compu correos en inglés. O —lo que es bastante peor— en norteamericano. Que acepto y digiero —bien o mal— por razones supuestamente técnicas. Supuestamente. Porque en el fondo no lo son. Y al televisor se asoman personajes que hablan ruso, alemán, vietnamita o neoyorquino. Y con suerte malas traducciones bautizadas con whisky y enjuagadas en tequila. Es que seremos bestias, claro. Pero al menos seremos bestias globales.

No me interesa discurrir esta noche acerca de cuestiones socioeconómicas. Ustedes no me han hecho nada malo para que los maltrate. Pero creo que debemos separar la paja del trigo. Globalizar las operaciones de producción industrial tal vez no sea mala idea. Globalizar los principios y los códigos del derecho tampoco es malo, me parece. Que un violador sea un violador en Pekín o en Hamburgo, se me hace lógico. Y que un torturador y un genocida sean un torturador y un genocida en la Puna de Atacama y en la Sierra Nevada, me resulta casi elemental. Pero pensar a don Alonso Quijano parloteando en mal inglés con acento del Bronx… no es fácil…

No hay forma más eficaz para abatir un árbol, que apuntar a sus raíces. Recortarlas. Asfixiarlas. Envenenarlas. Barato y definitivo. Primero desaparecen los brotes nuevos. Empiezan a caer las hojas más viejas. Luego las más recientes. Y a secarse las ramillas. Y a perder salud las ramas principales. Hasta quedar el tronco. *Un olmo viejo herido por el rayo*. Seco y sin savia. El esqueleto vivo de un monumento muerto. Nuestra lengua es la savia que sostiene y vivifica el árbol de la cultura. Y me refiero a una cultura indoamericana vasta y plural. La lengua que profesamos es el instrumento milagroso que nos permite entendernos en este mismo instante. Y no por las orejas. Sino de corazón a corazón.

[Borrador del discurso de recepción del XIX Premio Literario Internacional “Universidad de Mazarrón-Antonio Segado del Olmo” / junio 2003]

Hola. Soy ese. Ese Gualterio. O este Gregorio. Qué más da… un fulano que vive en estas pampas indianas. Bastante dejadas —desde hace años— de la mano de Dios. Un Gregorio que hoy quisiera estar ahí con ustedes. Y que no puede. No ha podido. No por falta de ganas, sino porque una tonta dolencia se lo impide. Un Gualterio de quien lo único que sabéis es que escribe. Que escribió algo que os ha parecido bien. Y a quien habéis decidido premiar. Un Gregorio —o un Gualterio— que está bien contento y os lo agradece y lo quiere compartir con vosotros. Con ustedes digo.

Y también anda por ahí Sebastián. Sebastianillo. El personaje del cuento. El protagonista de esa ficción que pensó Gregorio y escribió Gualterio. O que tal vez pensara Gualterio para que la escribiera Gregorio. Vaya enredo. Un Sebastián que cinco siglos atrás —año más, año menos— salió de ahí. De entre vosotros. Que partió una mañana con su alforja colmada de sueños y ambiciones. Desde Palos de Moguer. O de Almería. Acaso desde el mismísimo Puerto de Mazarrón. Uno nunca sabe…

Hay quien escribe para ganarse la vida. Otros lo padecen como un castigo. Y habrá quien se lo impone para engalanarse con un poco de vanidad y otro poco de soberbia. Yo creo que escribo porque es lo único que no me intimida. Escribo porque no tengo más remedio. Porque no me queda otra. Y porque escribir me resulta bastante más fácil que hablar. Me espantan las vacilaciones y los furcios. La sensación de que de repente se acaba el aire y… uffffff… :-)

Abuela Macrina estaba empeñada en que fuera cadete de la marina. Y dale con qué bonitos esos uniformes. Ay, virgen santa, aquellos oficiales de la Escuela Naval. En Marín, claro. Provincia de Pontevedra, hijo. Este niño debe ir al catecismo, antes de que lo coma la ignorancia. Y me enfundaron a los cuatro años en un trajecito marinero con vivos azules y rojos. Y un cinturón con hebilla dorada. Y a los seis en un traje de oficial naval, de pantalones largos. Y una gorra con una cinta de seda que decía Fragata 25 de Mayo. Ole. A los ocho en un uniforme de cadete del Colegio Militar. Con gorra y sable. Y a los nueve en un esmoquin blanco —también de largo— con misal y brazalete al tono. En un esfuerzo —inútil— por ver si Dios me sacaba el demonio del cuerpo.

No sé hasta dónde hubiera llegado la imaginación de abuela Macrina y de mi madre. La de abuela Macrina la interrumpí de manera intempestiva. Con una torta de chocolate. Rellenita de crema y estricnina. De no ser por eso, todavía seguía el tormento del piano y las lecciones de inglés.

En fin. Por una nadería no fui cadete ni capitán ni contramaestre. Ni concertista. Ni ingeniero químico. Abuela murió sin darse cuenta la pobre. Pero resignada. En una de sus últimas charlas llegó a decirme: “Deberás aprender que no siempre dos y dos son cuatro. Así lo digas en inglés, anda. Y si en mala hora te diera por la poesía, que el Señor te ayude. Pepe (mi tío Pepe) siempre decía que de poetas y de locos todos tenemos un poco. Me da el cuerpo que sufres bastante de las dos cosas. Hazte cargo como puedas de tu poesía. Que si alguien se hace cargo de tu locura, hasta puede ser que le encuentren el gusto al pan y a la cebolla”. Con el tiempo encontré con quién compartir el pan y la cebolla. Cómo no. Llegaron nuestros tres hijos. Con más pan y más cebollas debajo del brazo. Y atrás de ellos ya marchan cuatro nietos. Alérgicos a la cebolla y al pan. Qué va. Sí claro, la cebolla. No solo de pan vive el hombre…

Un día comenzaron las prohibiciones. Primero dejamos la adolescencia. Después dejamos algunas ilusiones y también el cigarro. Otro día dejamos las reuniones políticas y después la cerveza. Hasta que encontramos refugio en un taller literario. Un aguantadero, anda. Y así. Que nada. O casi nada. Poca cosa, en fin.

En unos días bravos de mundiales de fútbol y milicos cabrones. Don Baltasar está bien al tanto de todo eso. Mal que les pese, claro. No, hombre, no hablaba de los Reyes Magos. Hablaba de escribir. Hablaba de las palabras. A veces la palabra puede más que una ametralladora. El querido Cortázar lo sabía bien.

Hoy no me alcanzan las palabras. Hay que escribir tantos nombres… Y hay que reparar tantos destrozos… Pero por encima de las lágrimas y las broncas, seguimos con el cayado en la mano y la alforja al hombro. Cada cual en lo suyo. El herrero en la fragua. El alfarero a su torno. El carpintero a su formón y sus virutas.

Mientras haya vida habrá sueños. Mientras haya sueños habrá esperanza. Y habiendo esperanza, seguiremos andando. Enlazados en el común amor a la volatilidad del pensamiento. Y a la magia interminable de las palabras.

[Texto del video proyectado durante la premiación.]

Bajo la noche indiana

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
del miserable que esquivando el sueño
profundas penas en silencio gime.

[J.N.Gallego; *El Dos de Mayo*]

Está ahí. Colgado. Casi vivo. Casi jamón o pastel o matambre o budín. Casi a mi alcance. Presentimiento antes que visión, visión antes que idea. Gira de izquierda a derecha, retorciendo la cuerda de donde cuelga y de inmediato, en sentido inverso de derecha a izquierda, acompañando el giro y el contragiro con un movimiento pendular y simultáneo, según cambiantes meridianos. Sigo con atención las cicloides y catenarias que va trazando en el aire, con tanta eficacia como si plumines y punzones construyeran sobre infinitos planos cortes, alzadas, vistas y rebatimientos de un paraboloide continuamente mudable, permanentemente idéntico a sí mismo. O a nada.

Descubro que mientras gira hacia la derecha, el tiempo avanza, y retrocede mientras gira hacia la izquierda. Nada demasiado llamativo ni notable, al contrario. Acaso una pulsación, un latido, un cambio en el brillo, una distinta calidad en el modo de reflejar la luz, suficiente empero para insinuar impresiones de más duro, menos duro, suavidad o textura superficial. Incluso me parece (qué tontería) más vivo o menos vivo. Es y no es y en ese ser y no ser encandila con una acumulación de imágenes que me confunden, porque termino por no distinguir si es mi mente la que proyecta sobre ese sencillo volumen oscilante formas que provienen de mi experiencia anterior y subjetiva o si —por lo

contrario— algo que era hace un instante una calabaza y después una redoma y enseguida una holoturia, de inmediato un jamón y una seta gigante y una clava de gimnasia y un florero y un alfil sobredimensionado, se plasma sobre mi imaginación vacía y receptiva tal se asienta una imagen cinematográfica contra una pantalla blanca.

No acierto a decidir por lo uno o por lo otro. Sí, en cambio, tomo nota de que todas estas epifanías aluden a otra realidad cuya esencia ignoro y desestimo, convergentes todas en una idea de cosa comestible, apetecible, accesible, permisible. No a través de un discurso directo, no. El jamón no es completamente jamón, no sé cómo explicarlo. Es una simulación casi perfecta, tanto que su propia perfección convoca una idea de sabor que en realidad no está en ella sino en mí. La calabaza, por tomar otro ejemplo, tampoco lo es totalmente sino a través de un calco estereoscópico que induce en mi imaginación suavidades de puré o dulzuras de jarabe. Y así la seta no es una perfecta e íntegra seta sino en la medida en que mi mente le incorpora la carnosidad y el perfumado sabor de los más codiciables champiñones. Diría yo, para ver si me hago entender, un arquetipo que resume las esencias y las apariencias de todas las setas que fueron y son y serán en el mundo. En este o en cualquiera otro.

La mutación morfológica es incesante. Extrañamente las figuras cambian, se trasforman y son reemplazadas hasta extinguirse. Pero con las cenestesias inducidas por estas formas en mí no sucede lo mismo. Mi consciencia se impregna de perfumes y sabores y sensaciones táctiles. Lo visual excita lo olfativo. Y lo olfativo atrae a primer plano la sensibilidad de labios y de lengua y de papilas gustativas. Soy una erupción de saliva y de

pepsinas y de peptonas y de jugos gástricos y de humores biliares y pancreáticos.

El juego de la luz se ha tornado en juego de la sombra. Pero lo que cambia es lo relativo, lo contingente. Se reducen los brillos. Se alargan las sombras. Se adelgazan algunos volúmenes. Ahora la luna y el remoto reflejo de unos fuegos atacan el balanceo según cadencias y métricas que se me escapan, no porque no las advierta, sino porque he quedado petrificado, solo boca, nariz y ojos, siguiendo las hipnóticas revoluciones y circunvoluciones, que pasan prestamente de la hipocicloide apretada a la más amplia y lenta traza de una cicloide, para rematar en la ecuación morosa y casi hiperbólica de la epicicloide.

El cántico encapuchado de un centinela me sobresalta. Pierdo la amorosa relación entre el admirador y lo admirado, entre el adorador y lo adorado, entre el amante y lo amado, entre el deseante y lo deseado, entre el apetente y lo apetecido, entre el requirente y lo requerido. Recuperar el éxtasis me cuesta retorcer dedos, apretar mandíbulas, endurecer músculos, agarrotar miembros, clausurar ojos y oídos para todo lo ajeno a ese ritmo espeso que el crepúsculo nocturno adensa, encareciendo su morbidez. Sigue ahí. Colgado. Sujeto y objeto a un tiempo de una ceremonia cuyos contenidos últimos se me escapan. Pienso compases. Imagino itinerarios. Anticipo reflejos. Calculo diámetros y vértices. Estimo consistencias. Adivino coyunturas. Espero. Los fuegos han crecido hacia la ceniza. Las brasas hacia el rescoldo. El grito del centinela se repite más quedo, más distante. Un gemido escaso. Respiro apenas. El céfiro y los calculados pases han hecho crisis. Caigo en una cóncava negrura desprovisto de cuerpo, de vísceras, de memoria. Solo dientes y un afilado pedazo de acero toledano. Hijo de minerales extraídos a puño de

las entrañas del Mul-hazem. Fundido y expurgado en las copelas gaditanas. Forjado a orillas del Tajo, en las cercanías del Tránsito. Duro afilado damasco engastado en un cabo sarraceno que para nada le corresponde. Hermandad de lo desigual. Ecuación de lo desparejo. Armonía de lo impar. Dos buenas cuartas bruñido filo y contrafilo. Servidor que ni titubea ni hace preguntas. Que puesto a ofender, ofende. Puesto a golpear, golpea. Y puesto a matar, mata. Sin aspavientos, sin alharaca. Taciturno, pienso. Sombrío (no hay prenda que no se parezca a su dueño). Buen pertrecho para un infante. No lo desdeñara un hidalgo. Lo tomé del cinto de un sevillano cachondo que paró el pellejo en el último asalto a las murallas de la Alhama. Vive de entonces cabe mí. Conmigo duerme y anda y reniega y vela. Me curo yo de su limpieza y de la finura de sus filos. Se cura él de mi salud y bienestar. Que bien es estar el estar vivo. Tanto no dijera, de no haberme salvado mi noble daga en más de una refriega. Apuñado por dos truhanes en una taberna napolitana. Apaleado en Corcyra por un marido malhumorado. Alanceado como un cabrito en una playa de Berbería. Mas merced a mi puñal, a Nuestro Señor siempre dado y en Él salvo. Pensarlo y empuñarlo, para mí un todo es. Las falanges de mi diestra le han buscado debajo del jubón, sobre la cintura. Le han ceñido y le han tornado en línea de mi brazo, apéndice de mi mano. Ah, tuno (pienso entre mí), presto te andas para amagar y entrar y hendir y lacerar y desangrar. Habraste de lucir esta noche en las artes cisorias, amigo. Buena cuenta te tiene hacerlo bien, si de ponerle punto a esta bulimia atroz se trata.

Está en calma el real. Duerme la tropa, si tropa pudiera llamarse este miserable rebaño de famélicos espantajos. Buena ventura le echaron a don Juan de Osorio los dados de la fortuna

y los puñales de la traición. Morir por morir, más le valió quedar como quedó de cara al suelo en las playas del Janeyro. Ahorró al menos estos sudores de fundar y desenfundar. De prometer y de amenazar. De celibar por decencia y de amancebar por querencia. De encender y de apagar. De marchar y desmarchar. De orar y de blasfemar. De acumular en el magín quiméricas atlántidas, áureos elíseos y argentinas cesáreas. Y encima de los pellejos piojos, tumores, fiebres, picaduras y pústulas. La tiña y el escorbuto diligentes recaudadores son; más siniestros y eficaces no los quisiera el Gran Rey. Todo hásenos concedido con largueza: la sed y el hambre, la forzosa continencia y la diarrea, la peste y la insolación, el encono de los naturales y las crueldades de Galán, los azotes y el cáñamo, los vergajazos y las puñaladas, la acidez y los escalofríos. ¿Quién reclama para sí la mejor tajada? Tocar podemos a rebatiña y a botín, que si clausurara por piedad la de la guadaña nuestros ojos, nunca más echara Pandora cerrojos o candados a sus alforjas y cajas y cornucopias. Tate, tate, Sebastianillo, a enjugar esas lágrimas y a enfundar la mandolina.

Negros nubarrones han cegado a la luna. No se ve un mulo a tres pasos. Los centinelas no se alejan del amorcillo de la lumbre. La canalla duerme. Dirá un juglar, al cabo de cuatro siglos *el músculo duerme, la ambición descansa*. Solo que aquí la ambición no es de nobleza ni de fortuna. Ni de laureles, como no fuera para aderezar utópicos guisados. Bucólicos pucheros. Quiméricos minestrones. Tal ambición desemboca sin indulto en el desvarío. Que es el más breve de los caminos hacia el delirio. Por donde a su vez se arriba a la locura, monda, lironda y cachonda.

Tal es el estado actual o el destino cercano de esta incalificable horda de zaparrastrosos, cuya fue la arrogante marcha

sobre Flandes, cuyo fue el jolgorio apenas violentados los precintos de la puerta de Elvira, cuyo fue el jubileo en Famagusta.

Detén tu mano, Sebastián, pueda tu seso gobernar con acierto tus músculos, ya que no tus instintos. La detengo, y ojalá pudiera detener así el gemido de mis tripas, el clamoroso aullido de mi estómago, la impaciencia ingobernable de tanta víscera sin uso, de tanto órgano sin función. Porque pienso en esta cosa allí colgada y evoluciona sin timón mi pensamiento y es un perfumado quintal de morcilla jerezana. Mas apenas alcanza mi enflaquecido ánimo a imaginar el confortable dulzor de sus piñones, la incisiva picantez de sus granos de pimienta, la obsesiva consistencia de sus archipiélagos de grasa, cuando acceden simultáneamente al proscenio de mi adolorida consciencia los consecutivos asaltos del estragón y la melisa y el cardamomo y el tomatillo y la hierbabuena y el comino. Mas para entonces la morcilla no es ya morcilla, refundida en esencia y apariencia en esa sabia combinación de paleta de gorrino con lonchas de tocino curada a la sombra fresca y seca de los sótanos de cada finca faldeando la sierra Nevada y previamente salada con largueza y ahumada con ramas verdes de abedul, que los serranos llaman solomillo abencerraje y los de abajo jamón serrano. Y de ahí a cocerlo en un fragoroso torrontés, para arribar como quien no quiere la cosa a un abracadabrante jamón en dulce. Pero es que no hay en esta vida felicidad de durar ni jolgorio imperecedero, acaso cruel camino tanto como eficaz de que Nuestro Señor se vale para tenernos pendientes de lo celestial y eterno, mirando por trasparencia a través de lo terreno e intrascendente. Fuera o no esa la razón, cierto es que no llegan a sincronizarse mi olfato, mi lengua y mis ojos en el regodeo de contemplar las evoluciones del marrano encurtido, tórnase este sin causa o motivo sufi-

ciente en un prieto perfil de ciervo bermejo descornado, suspendido de sus cuartos traseros y presta la yugular rechoncha y acordonada para el tajo hábil que ha de poner en libertad el torrente de sangre tufienta y salvaje.

Virgen Santa, que caigo ahora en la cuenta de que todo esto no es sino nadería de follones, abalorio de titiritero, artes de birlibirloque, fechizo de endemoniado, engañoso embeleco de trujamanes, artificio de tahures, oropel de brujos judaizantes y heréticos, mal ojo de egipciano, nefando sortilegio de Belzebú y su piara de irredentos cabrones. Quién sino este tenebroso camarada jugara de tal suerte con la estridente huelga de mis tripas y mi ofuscada lucidez de mosquetero sin mosquete, de caballero sin cabalgadura. De infante sin alabarda y sin adarga y sin rodela y sin guantelete y sin estoque. Quién sino este deforme engendro de los abismos disfrutara en amontonar el inexistente universo de sus visiones pantagruélicas sobre el persistente quejido de mi hambre y el inconsolable cuanto inútil castañeteo de mis colmillos. Quién que endriago o basilisco o anfisbena no fuera osaría perturbar mi razón con tan crueles encantamientos. Digo yo que ni un maestro alchimista atinara a montar este espejismo del olfato, esta alucinación del estómago, esta perversa confusión de la vista, esta truculenta escenografía de perdices y jamones y longanizas y salchichones y piernas de cordero y costillares de ciervo y lomos de jabalí. Y no siendo este embeleco menester apropiado a Nuestro Señor, ni para sus santos y arcángeles y cherubines, forzoso sea concluir que puesto que no proviene de lo alto, seguro es su cavernario y soterráneo origen.

Por si dudas me quedaran, pruebe yo en fin si tal es la consistencia de estos embutidos cual absoluta es la desolación de mis tripas y la desesperación de mi estómago. Que si no se

esfumara esta tortuosa fantasmagoría con mis razones y exorcismos, fuércela yo a desaparecer con la aguzada punta de mi daga y con el prolijo brillo de sus filos. Ya echo mano al artificio, interrumpiendo sus pendulares paseos. Y atrayéndolo hacia mí hinco con decisión el hierro junto a una bien simulada articulación. Persiste el maleficio en afrentarme y equivocarme, pues que lejos de disolverse en el aire como Dios manda, antes bien ofrece sólido y resistente camino a mi toledana herramienta.

La consistencia justa. La apropiada densidad. El jamón alfil resiste. La holoturia calabaza opone al acero vivaz una estolidez correosa, casi lítica. La seta clava rechaza con empeño la agresión de la daga. La morcilla redoma cuestiona la embestida del estoque con la pertinacia de sus cartílagos y la porfiada negativa de sus pellejos. Avanza el acero, imperturbable. Armoniosamente austero en el cumplimiento de su función. Fiel a su designio, dócil a la consigna. Cede al empuje nervioso de mi puñal una masa a un tiempo floja y tensa, simultáneamente esponjosa y consistente. La alucinación es tan acabada, tan perfecta —si cabe definirla de tal modo— que por un momento me figuro que la incisión hubiera sido practicada en un cuerpo humano, resistiendo a la agresión del bisturí con todo el pudor y la indefensión de epidermis, grasa, músculo, cartílagos, huesos y tendones. Al fin la daga culmina su trajín en el aire. Después de las penínsulas adiposas. Más allá de los acantilados óseos. Fuera ya del campo de los archipiélagos de grasa. Libre. Ha corrido de norte a sur, a través de unos tejidos de una materia de un cuerpo (o elemento o poliedro) suspendido en parte de su original cordón umbilical y en parte por mi mano siniestra, cerrada con la fuerza de un irracional empeño, crispada con el desesperado coraje del hambre. Cercenados los vínculos, violentados los puen-

tes, sostengo en mi mano, con menos interés que asombro, el confin o extremo del pendulante artificio que, librado a un tiempo de la dependencia ingobernable del peso que se ha quitado y de la extraña esclavitud de mi posesiva conducta, inicia una elongada circunvolución vagamente memoriosa de la coreografía del diávolo, de una circunspecta trayectoria de hiperboloide. Heme de repente y a despecho de quier esfuerzo gravitatorio o maliciosa casualidad, dueño de la meridional geografía del solomillo, esposo de la más valerosa paleta de ciervo que Gargantúa alguno apeteciera, soberano del enervante flanco de la más estupefaciente y supergigantesca seta, patrón y soter de esa en fin holoturia o alfil o clava o Dios sabe qué, pero eso sí mórbida, voluptuosamente activa, atractivamente seductora, indecentemente turbadora. Ofrecida como en desnudez y descaro no se ofreciera la más desvergonzada cortesana. Tentadora como si en un todo inabarcable se unieran las excentricidades venéreas con la lasciva danza de las hetairas y el pantagruélico requerimiento de un banquete apto para seducir aunadamente ojos, olfato, paladar, imaginación y estómago. Presencia y cercanía que me ofuscan, aproximación que me exalta, insinuaciones que me conturban.

De alguna manera irracional acierto a comprender que esta preciosa solidez, esta descabellada verosimilitud, esta —dígolo de una vez por todas— agresiva naturalidad, esta mortificante materialización de lo inmaterial, son acabada demostración de su malévola filiación. De su injurioso nacimiento. De su patibularia gestación. Aunque —esto piensa la otra mitad de mi azorado caletre— bien pudieran todos estos aspectos probar de igual modo su calidad providencial, su esencia angélica y carismática, su condición equivalente, en fin, a aquel maná que fue

redención y beneplácito del pueblo hebreo errante por el desierto. Cierro los ojos y con devoción solicito a Nuestro Señor y su Santa Madre hagan desaparecer de mi alcance y vista el esperpento, si maleficio o diabólica fábrica o artesanía de magia negra fuera. Mas ábrolos al punto y helo más perfumado y próximo. Más contundente y apetecible. Más indiscutiblemente allegado a mis pecadoras manos en prenda misericordiosa de don y de perdón. Aceptarlo sea —entonces— ejercicio de humilde acatamiento, de modesto reconocimiento de que no por el escuálido bulto de mi virtud sino por la inaccesible gloria e inabarcable bondad de Nuestro Salvador, todo lo que no merezco se me otorga y soy, en esta ausencia de méritos, colmado. Piénsolo y acéptolo. Vuelve con ligereza mi diestra la daga al abrigo de mi cintura. Libre ya regresa para trazar, arrancando este gesto del insondable abismo de mis ancestros, la señal de la cruz sobre tan miraglosa architectura.

Puesto en fin arriba lo de arriba y abajo lo de abajo, según lo adoctrina Nª Santa Madre, háceseme urgente dar piadosa conclusión a este negocio, so riesgo de desfallecer sin acabarlo. Abro las fauces, babean mis papilas, clavo los colmillos, aprieto la quijada, muerdo, en suma, arranco, mastico y me apresuro y atraganto en roer y masticar; más no me apresurara si de tal premura la salvación eterna de mi alma pecadora dependiera.

Excitado hasta la desesperación el aparato de mis olvidadas digestiones, saboreo y trago con los ojos entornados, por impedir que ajenas insinuaciones me sustraigan de este deleite de rejonear mis castigadas tripas con el provocativo zarandeo de la gula.

Vagorosas imágenes acuden desde el inescrutable pozo de mi memoria, según la agónica vaciedad de mis vísceras da paso a la tibia certidumbre de la saciedad.

Asoma, en el sopor del hartazgo descontrolado, el rostro sin vida de Francisco mi hermano dos años apenas mayor, sumariamente juzgado y con igual diligencia ahorcado por orden del teniente de gobernador. Fue su único delito, según entiendo, echarle manos y dientes a un caballo asaetado por los indios.

De nada le valieron los atenuantes ni la afiebrada defensa de fray Lorenzo, aludiendo a la inferior esencia del bruto y a la superior categoría de la necesidad. A la hora escasa colgaba Francisco del patíbulo, ya cadáver.

Colgaba, pienso, y pensándolo vislumbro —mientras con pesadez apuro la masticatoria consigna de mis molares— el fantasmal viraje desde la palidez connatural de las semanas de hambruna y malas noches en las facciones del condenado, al arrebol ocasionado por el esfuerzo de mantenerse en equilibrio sobre el lomo de una yegua alazana, abrigada ya su garganta por la corrediza voluta de cáñamo y finalmente, espantada la cabalgadura por un aguijar de pica contra el atamborado pellejo de la panza, en obediencia a un apenas perceptible alzamiento de cejas del teniente de gobernador, la lívida confesión de asfixia, el tenebroso crujido de vértebras al ceder la resistencia del gaznate bajo el peso del cuerpo falto de apoyo y, después de un desairado rigodón resuelto en idas y venidas, girando por la diestra en amortiguadas evoluciones, desorbitados los ojos, abiertas las fauces, extraída totalmente fuera del angustiado paladar la lengua, alcanzar esa lóbrega negrura que con las horas iría adquiriendo, según la sangre dejara de trasitarla, la específica y luc-

tuosa palidez de la muerte, esa blancura amarillenta gemela en la textura y en el brillo a la cera de los velones.

Quedaron remolineando en el aire espesado del atardecer unas murmuradas plegarias del frayle, el concluyente gesto del gobernador y el chasquido de rebeldía de una docena de gargantas, chasquido que aunaba el retumbante testimonio del espanto con la profunda y juramentada promesa de venganza.

Presencié la cosa en silencio, sostenido por ambas manos contra un madero hincado en tierra, a veinte pasos escasos del cadalso. Cerrada ya la noche, al dar Galán la orden de regreso a los vivaques, vencido por el espanto, el cansancio y el hambre, me desmayé.

Al recuperar el sentido lo vi. Estaba ahí. Colgado. Casi vivo. Casi a mi alcance. ▮

universidad popular de mazarrón

UNIVERSIDAD POPULAR DE MAZARRON

20 años
Universidad Popular
Mazarrón

ACTA DEL FALLO DEL JURADO

Siendo las veintitrés horas del día once de Julio de dos mil tres, se reúnen los miembros del JURADO del **XIX CONCURSO DE CUENTOS "VILLA DE MAZARRÓN" - ANTONIO SEGADO DEL OLMO -**, y después de deliberar ampliamente ACUERDAN, por unanimidad, lo siguiente:

1º) Conceder el Primer Premio de este Concurso al cuento titulado **BAJO LA NOCHE INDIANA** que resultó, una vez abierta la plica, pertenecer a **D. GREGORIO ECHEVERRÍA**, residente en Ricardo Rojas (Argentina), con domicilio en la Calle Ricardo Gutiérrez, 2760. Así mismo se le concede la placa inherente al Primer Premio.

2º) Del mismo modo acuerdan conceder el Accésit, contemplado en las bases, al cuento titulado **EL ANGELUS DEL SILENCIO**, presentado bajo el lema **Pato**, siendo el autor del mismo **D. ALBERTO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ**, residente en Madrid y domiciliado en la Calle Hermanos García Noblejas, 77, 1º-6

Y para que conste, firman y rubrican la presente en Mazarrón, a la hora y fecha arriba indicadas.

LA PRESIDENTA	VOCAL	VOCAL
Clara Janés Nadal	Soren Peñalver Zapata	Mercedes Hidalgo Asís
VOCAL	VOCAL	EL SECRETARIO
Rafael García Castillo	Pascual García García	José María López Ballesta

Acta del fallo, firmada por Clara Janés, Soren Peñalver Zapata, Mercedes Hidalgo Asís, Rafael García Castillo, Pascual García García y José María López Ballesta.

El argentino Gregorio Echeverría es el flamante ganador de la 19 edición del Concurso de Cuentos Segado d

www.paginadigital.com.ar

Terapias naturales

Noticias paginadigital

Artículos

Notas relacionadas

Educación

Cartas de Navegantes

Tecnología

Teatro

Librería

El argentino Gregorio Echeverría es el flamante ganador de la 19 edición del Concurso de Cuentos Segado del Olmo.- 5/10/03 (España)

atrás Imprimir |<< Volver

El argentino Gregorio Echeverría es el flamante ganador de la 19 edición del Concurso de Cuentos Segado del Olmo por su relato Bajo la noche indiana, que presentó bajo el pseudónimo Gualterio Enéssimo. Gregorio Echeverría, que recibirá por su cuento 3.600 euros, ha ganado numerosos premios de novela, narrativa y poesía, y éste se une a su ya extenso currículo.

El jurado -integrado por la poetisa y escritora Clara Janés; el poeta y crítico literario Soren Peñalver; el médico y director de teatro Rafael García Castillo; la escritora y columnista Mercedes Hidalgo; el profesor y escritor Pascual García; y el director de la Universidad Popular de Mazarrón, José María López Ballesta- decidió conceder el accésit (2.400 euros) al cuento El ángelus del silencio, del madrileño Alberto Fernández González, presentado bajo el pseudónimo de Pato. Es periodista titulado, además de novelista y autor de innumerables relatos con los que ha logrado numerosos galardones. La entrega de premios será el próximo viernes 25 de julio, a las 22.30 horas, en el hotel Playa Grande de Puerto de Mazarrón; informó La Verdad Digital.

Gentileza:: Estandarte.com [boletin@estandarte.com] http://www.estandarte.com

atrás Imprimir |<< Volver



Cubierta de la edición que reúne los premios de una década. El diseño fue mi pequeña contribución a este ponderable esfuerzo.

nenes, concursos

INCLUIMOS MAS DE 120 NUEVOS CONCURSOS SEMANALES
Nº Aprox. de Concursos VIGENTES de... Pintura 122+44, Escultu
Carteles 35, Relato 142, Novela 59, Poesía 113, Periodismo 44, Videc

DECONCURSOS.COM

itura | escultura | artesania | carteles | diseño | ilustración | literatura | investiga

insertar concurso | inicio | contratar servicio | grabado | video | fotografía | teatro | a

Noticias | Obras Premiadas | EXPOSICIONES | Preguntas (FAQ) | Las mejores Webs de | categorías

Hemeroteca de Noticias

Buscar Noticias

'Bajo la noche indiana' de Gregorio Echeverría gana el premio de cuentos Segado del Olmo

22/07

Tema: IDEAL.ES: LA VERDAD/MURCIA. El argentino Gregorio Echeverría (diseñador gráfico y creador y administrador de websites culturales) es el flamante ganador de la 19 edición del Concurso de Cuentos Segado del Olmo por su relato *Bajo la noche indiana*, que presentó bajo el pseudónimo Gualterio Enéssimo. Gregorio Echeverría, que recibirá por su cuento 3.600 euros, ha ganado numerosos premios de novela, narrativa y poesía, y éste se une a su ya extenso currículo.

El jurado -integrado por la poetisa y escritora Clara Janés; el poeta y crítico literario Soren Peñalver; el médico y director de teatro Rafael García Castillo; la escritora y columnista Mercedes Hidalgo; el profesor y escritor Pascual García; y el director de la Universidad Popular de Mazarrón, José María López Ballesta- decidió conceder el accésit (2.400 euros) al cuento *El ángelus del silencio*, del madrileño Alberto Fernández González, presentado bajo el pseudónimo de Pato. Es periodista titulado, además de novelista y autor de innumerables relatos con los que ha logrado numerosos galardones.

Al concurso, convocado por el Ayuntamiento y la Universidad Popular de Mazarrón, se han presentado 2.147 cuentos, procedentes de Latinoamérica, Estados Unidos, Europa, África y Asia. La entrega de premios será el próximo viernes 25 de julio, a las 22.30 horas, en el hotel Playa Grande de Puerto de Mazarrón.

Encontradas 1 noticias con la(s) palabra(s) Bajo la noche indiana
22/07 - 'Bajo la noche indiana' de Gregorio Echeverría gana el premio de cuentos Segado del Olmo

http://deconcursos.com/web/hemeroteca.php?id=1515&page=1&CADENA=bajo%20la%20noche%20indiana

Crónicas de **Mazarrón***
Julio de 2003

Bajo la noche indiana del argentino Gregorio Echeverría gana el XIX concurso de cuentos "Villa de Mazarrón"

REDACCION

El escritor y diseñador gráfico argentino Gregorio Echeverría ha obtenido el premio "Villa de Mazarrón" con su cuento *Bajo la noche indiana*, uno de los 2.147 trabajos recibidos en su XIX edición.

Echeverría nació en Rosario (Argentina), en 1935, y actualmente reside en Tigre. Tiene ascendencia española, su bisabuelo paterno era vasco y su madre gallega, y sigue afectivamente ligado a España. Es diseñador gráfico y creador y administrador del Website 2000x.com.ar, una web dedicada fundamentalmente a reseñar y difundir aspectos culturales.

Es fundador de la Revista Octógono de la Universidad Nacional del Litoral y colaborador literario de periódicos y revistas del país como Tribuna, Los Principios, Todos, Vida Escolar, El Litoral, Onda Cero y News. Ha sido editor de la colección Nguillatum y de las revistas Pilar, Norte Industrial y Cotelcam News.

También ha obtenido numerosos galardones literarios, entre los que resaltamos los que siguen: Primer Premio de Novela "Roberto Payró" (1975); Primer Premio de Cuento de la Dirección de Cultura "Esteban Echeverría" (1978). Primer Premio de Cuento "Ciudad de Santa Fe" (1978). Primer Premio Provincial de Literatura de Santa Fe "Alcides Greca" (1978); Primer Premio de Poesía "Universidad de Belgrano" (1978). Primer Premio de Poesía "Alfonsina Storni) (1978). Primer Premio de Poesía "Almirante Brown" (1978). Primer Premio de Poesía "Ciudad de Santa Fe" (1978). Ganador del Premio de Poesía "Rosalina F. de Peyrotén" (1978). Ganador del Primer Premio de Ensayo "Casado del Alisal" de la Secretaría de Estado de la Nación (1978). Ganador del Premio "Poesía contra el Fascismo" de la Sociedad Argentina de Relaciones Culturales con la URSS (1985). Ganador del Premio de Poesía de la Sociedad de Profesionales Argentino-Arabe de Santa Fe (1987). Ganador del Premio de Poesia "Hugo Mandón " (1987); finalista de Casa de las Américas (La Habana, Cuba, 1990).

Ha sido declarado ciudadano meritorio de la ciudad de Los Angeles (EEUU) por "Forever and Never" (Querido Borges IV, 1990), respuesta breve al cuento de Jorge Luis Borges "Everything and nothing". ∎

* Villa de Mazarrón y su puerto, sobre el Mediterráneo, son localidades de la región española de Murcia.

Tercera fundación

[Volumen de cuentos]

- Accésit Premio internacional Casa de las Américas / La Habana (Cuba) 1990.
- Segundo Premio de Narrativa de ficción "Ciudad de Rosario" 2006 / Editorial Municipal de Rosario; ISBN: 987-9267-31-1, 324 pág.

"------------------------------------ El jurado de Cuento desea dejar constancia de los muy esenciales méritos del volumen titulado *Tercera fundación*, del narrador argentino Gregorio Echeverría. Escrito con un lenguaje de una riqueza inhabitual, *Tercera fundación* recrea los ámbitos de la geografía y el paisaje humano e histórico de América Latina con madurez. […] Desea señalar que *Tercera fundación*, único finalista no premiado, es un importante aporte a las letras del continente y recomienda su publicación. Casa de las Américas, Habana, Cuba, julio 9 de 1990." --

En efecto, uno de los cuentos aparece publicado en el número 180 de la Revista *Casa de las Américas*, año XXX, mayo-junio 1990. Aclaro sin el menor resentimiento que —a excepción de ese texto— nadie fuera de Cuba se hizo cargo de esta generosa recomendación del Jurado. Algunos de los cuentos que integran el volumen fueron premiados en forma individual en distintas convocatorias. Finalmente, después de dieciseis años, logra la edición a través de este premio de la EMR. El jurado estuvo integrado por Enrique Butti, Analía Capdevila y Patricia Suárez. Y debo dejar un testimonio de agradecimiento a Pedro Cantini, director de la editorial y a Nora Avaro, Martín Prieto, Diego Giordano y Juan Manuel Alonso, que trabajaron con ahínco para generar una excelente edición, así como a Milena Alesio, Verónica Franco y Liliana Agnellini, quienes se ocuparon del diseño de cubiertas e interior.

No puedo soslayar este hecho auspicioso en mi vida: a cuarenta años de mi primer reconocimiento literario (la mención de 1966 en el Mateo Booz de Santa Fe) logro acariciar las páginas de mi primer libro bienamado.
Lo que además —después de haber plantado algunos árboles y engendrado tres hijos— me permite hacer las valijas sin rubores ni cargo de consciencia. [6]

---

[6] A la fecha celebro contabilizar 8 títulos editados en papel. Me encuentro abocado a digitalizar y editar el resto de material en una web de acceso libre y gratuito, bajo licencia CreativeCommons:
https://archive.org/details/@gregorio35

Parque de España / Complejo Cultural

Rosario, viernes 16 de marzo 2007, 19:30

El viernes 16 de marzo de 2007, en el Túnel 4 del Complejo Cultural de Plaza de España, la Editorial Municipal de Rosario presentó los 4 libros ganadores de los premios de narrativa "Ciudad de Rosario 2006". Soslayando los agradecimientos de rigor, Gregorio Echeverría dejó de lado cualquier referencia a *Tercera fundación*, proponiendo un enfoque general de su vida, con algunas pinceladas de humor gris.

La historia de mi familia es una historia de exilios y destierros. No es fácil desandar el camino del exilio. Menos cuando uno trae a cuestas la culpa de haber escrito un libro. Porque afortunadamente las macanas siempre las hacen los otros. Yo argentino. O mejor todavía, yo rosarino.

No tengo nada en contra de los escritores. Y no quiero hablar de los publicadores compulsivos. Aunque a veces pienso que son como esos asesinos seriales de las películas. Pero bueno, los editores, los impresores y los libreros tienen derecho a ganarse sus garbanzos.

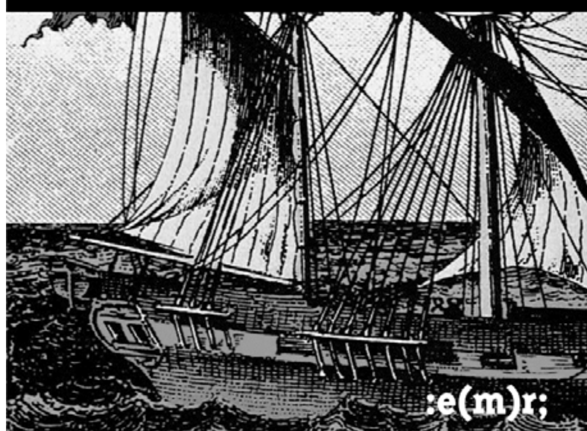
Mi bisabuelo materno se exilió de la vida dejando un ropero lleno de frazadas quemadas con su maldito cigarro. Mi abuelo huyó a un consulado en Bruselas para zafar de la rígida batuta de mi abuela Macrina. Quien se entretenía tejiendo al bolillo con el cordón umbilical de sus cinco hijos. Mi tío Manolo prefirió poner mucha agua de por medio con las tijeras de su madre y se vino a Buenos Aires. Para terminar casado con una francesa, fíjense ustedes. Una francesa. Habiendo tantas mujeres buenas en el mundo.

Mi tío Pepe fue exiliado y además desertor. Se vino a América escapado de sus compromisos militares. Y bien que hizo, porque lo mandaban de cabeza a los quintos de África. En su momento mis padres se exiliaron de la casa materna, también hartos de ataduras y controles. Yo mismo aguanté como pude la dictadura de mi abuela, la vigilancia del triunvirato de mi madre y mis dos tías mellizas y la regencia de mi tío Pepe. A los quince años escapé de casa, con el pretexto de ir a estudiar ingeniería química en Santa Fe.

Pero no fue ese mi primer exilio. Viví la infancia y la niñez exiliado en mundos maravillosos en los que no había tíos ni abuelas ni sopa de tapioca ni lecciones de piano ni trajes de primera comunión. Mis compinches de corre-

rías fueron Sandokan, el capitán Nemo, Jack London, Tom Sawyer y sir Lancelot.

Pero no solo escapaba de la rigidez de la familia, sino del destino decretado por mi abuela, para quien un hombre sin uniforme no era más que un montón de huesos y pellejo. A los 2 años me preguntaban qué vas a ser cuando seas grande. *Cadete de la marina e ingeniero naval.* Claro, lo más importante que había en su pueblo era una base naval. Y ella no podía concebir para mí otra forma de vida. Mi educación fue coherente en ese aspecto. A los 3 años andaba por ahí con un trajecito marinero de brin blanco con vivos rojos y azules y cinturón con hebilla dorada. A los 4 tuve un traje azul marino con una gorra y guantes. A los 5 me dieron la opción de la Caballería y me llevaban a cabalgar en la calesita del barrio equipado con ropa de montar. A los 7 fue un disfraz de cadete del colegio militar, con sable y todo. A los 9 el traje de marino de pantalón largo y la cinta del gorro que decía Fragata 25 de Mayo. Si creen que miento, pueden visitar mi página web. Finalmente tampoco fui ingeniero químico. Tal vez adiviné que las profesiones liberales no son a la larga tan liberales. Y arranqué con el diseño gráfico, que me permitió crear, volar, imaginar y soñar. Ya casado y con nuestros tres hijos santafesinos, la malaria de los 60 nos obligó a emigrar a la provincia de Buenos Aires en busca de mejor horizonte laboral. Los años 70 fueron de un destierro interior. En el ‘82 me exilié en Uruguay con Guillermo, nuestro hijo mayor, que aquel 2 de abril me dijo papá yo no quiero ir al sur. Tal vez por todo esto, cuando me preguntan dónde naciste, no sé qué contestar.


Gregorio Echeverría
Tercera fundación
:e(m)r;

casa de las américas

3ra. y G, El Vedado, La Habana, Cuba.   Telef.. 32-3587. Telex 511019 Camer cu

Ciudad de La Habana, 9 de julio de 1990

OP- 710

Gregorio Echeverría
Argentina

Estimado amigo:

Tenemos a bien hacerle llegar las opiniones del jurado de cuento del Premio Literario Casa de las Américas 1990, sobre su libro Tercera fundación.
Las consideraciones al respecto han sido las siguientes:

> El jurado de cuento desea dejar constancia de los muy esenciales méritos del volumen titulado Tercera Fundación, del narrador argentino Gregorio Echeverría. Escrito con un lenguaje de una riqueza inhabitual, Tercera fundación recrea los ámbitos de la geografía y el paisaje humano e histórico de América Latina con madurez. No obstante ello, el jurado considera que algunos de los cuentos presentados, sobre todo los que integran la última parte del libro, no mantienen ni la voluntad estilística ni la tensión narrativa de la primera mitad del volumen . Pese a ello, desea señalar que Tercera fundación, único finalista no premiado, es un importante aporte a las letras del continente y recomienda su publicación.

Un saludo afectuoso,



Oficina Premio Literario
Casa de las Américas



Se conocen los ganadores de los premios de Relato "Ciudad de Rosario" 2006 en Ficción y No ficción

En la categoría Ficción el primer premio fue para Jorge Barroso y el segundo para Gregorio Echeverría. En No ficción, Osvaldo Aguirre obtuvo el primer premio y Facundo Toscanini y Jorge Cadús el segundo

La Editorial Municipal de Rosario dio a conocer ayer el resultado de la primera edición del premio literario "Ciudad de Rosario", dedicado al género Relato en dos categorías: Ficción y No ficción, y abierto a autores de toda la provincia de Santa Fe.

El jurado que actuó en el género Relato de Ficción estuvo integrado por la escritora Patricia Suárez, la crítica literaria Analía Capdevila, de Rosario y el escritor Enrique Butti, de la ciudad de Santa Fe, quienes seleccionaron como finalistas del certamen las obras que se mencionan a continuación, por orden de inscripción: *Malos pensamientos*, presentada bajo el seudónimo Dr. Beaurigard; *Caramelos de desconocidos*, seudónimo Strip Tis; *Tercera fundación*, seudónimo: Gesualdo Esculapio, y *Hombres que no entienden nada*, seudónimo: Indeleble. Luego de lo cual, y por unanimidad, el jurado otorgó el primer premio a *Hombres que no entienden nada*, cuyo autor resultó Jorge Luis Barroso, quien se hizo acreedor a la suma de 1.500 pesos y a la edición de su libro, y el segundo premio a *Tercera fundación*, de Gregorio Echeverría, quien se hizo acreedor a la suma de 1.000 pesos y edición.

Por su parte, el jurado que actuó en el género Relato de No ficción estuvo integrado por la doctora Nora Catelli y el periodista y escritor Daniel Briguet, de la ciudad de Rosario, y el periodista Emerio Agretti de la ciudad de Santa Fe, quienes seleccionaron como finalistas del certamen las obras que se mencionan a continuación, por orden de inscripción: *Crónicas íntimas de una guerra*, seudónimo Eliseo; *Un tiempo ayer ceniza. Historias de la dictadura en el sur provincial*, seudónimo José Sánchez; *0.5* cm^2 *de coexistencia*, seudónimo Paraíso, y *Notas en un diario*, seudónimo Jimito. Luego de lo cual, y por unanimidad, otorgó el primer premio a *Notas en un diario*, cuyo autor resultó ser Osvaldo Aguirre, quien se hizo acreedor a la suma de 1.500 pesos

y la edición de su libro, y el segundo premio a *Un tiempo ayer ceniza. Historias de la dictadura en el sur provincial*, cuyos autores resultaron ser Facundo Toscanini y Jorge Néstor Cadús, quienes se hicieron acreedores a la suma de 1.000 pesos y edición de su libro.

Del jurado de Ficción

Patricia Suárez nació en Rosario en 1969. Es narradora, poeta y dramaturga. Entre otros libros, publicó las novelas *Aparte del principio de realidad* (1998), *Rata paseandera* (1998), *Perdida en el momento* (Premio Clarín 2003), *Un fragmento de la vida de Irene S* (2004), y los libros de cuentos *La Italiana* (2000) y *Esta no es mi noche* (2005).

Analía Capdevila nació en Rosario en 1961. Es Licenciada en Letras y profesora de Análisis y Crítica Literaria I y de Literatura Argentina II en la Universidad Nacional de Rosario. Es coautora de *Denuncialistas. Literatura y polémica en los 50* (2004).

Enrique Butti nació en Santa Fe en 1949. Es narrador y periodista. Publicó las novelas *Aiaiay* (1986), *Carnavalito* (1996), *Indí* (1998) y los libros de cuentos *Solfeo* (1993) y *La daga latente* (Premio Fondo Nacional de las Artes, 2006). Trabaja como periodista en el diario *El Litoral*, de Santa Fe.

Jurado de No ficción

Nora Catelli nació en Rosario en 1946. Vive en Barcelona desde 1976. Es Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Rosario y doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Barcelona, donde es profesora de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Es autora de *El espacio autobiográfico* (1991); *El tabaco que fumaba Plinio; Escenas de la traducción en España y América* (en colaboración con Marietta Gargatagli, 1998) y *Testimonios tangibles. Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna* (Premio Anagrama de Ensayo 2001).

Daniel Briguet (1952) es oriundo de Villa Eloísa, provincia de Santa Fe. Vive en Rosario donde trabaja como periodista en distintos medios gráficos y audiovisuales. Es licenciado en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Rosario, donde dicta el seminario Utopías tecnológicas. Publicó *Ficciones periodísticas* (1993), *Prohibir la noche* (1996), *El encapuchado no se rinde* (1998), *Historias con mujeres* (2002), *El último verano* (2005), y participó de las películas *El asadito* y *El cumple*, de Gustavo Postiglione.

Emerio Agretti nació en Santa Fe en 1967. Es prosecretario de Redacción del diario *El Litoral* y docente de la Universidad Católica de Santa Fe, en Comunicación Gráfica y Seminario de Práctica Profesional. Trabajó en radio, TV y la agencia DyN. En 1995 recibió el 2° Premio Adepa / Federación Argentina de Colegios de Abogados. En 2004 y 2005 fue jurado en el programa “Periodista por un día” del Ministerio de Educación de la Nación. Participó por la UCSF en el libro *Cuando el desencanto encanta* (2005), de la Fundación Konrad Adenauer, y en *La Constitución Nacional* (2006).

30 Noticias | Entregan premios municipales de relato





miércoles, 11 de octubre de 2006|| 22:38:43



::: Ciudad :::

volver || + info || imprimir || Recomendar

Entregan premios municipales de relato

[09/10 | 06:23] La Municipalidad de Rosario entregará hoy los premios correspondientes a la primera edición del concurso de relato "Ciudad de Rosario", organizado por la Editorial Municipal de Rosario.
El acto se realizará, desde las 10, en la Isla de los Inventos (Corrientes y el río).
El certamen estuvo dividido en dos categorías, ficción y no ficción, y abierto a autores de toda la provincia de Santa Fe. En la primera categoría, el premio mayor fue para Jorge Barroso y el segundo para Gregorio Echeverría.

En la categoría no ficción, el periodista de La Capital Osvaldo Aguirre obtuvo el primer puesto, y Facundo Toscanini y Jorge Cadús, el segundo.
El jurado de la categoría ficción estuvo compuesto por la escritora Patricia Suárez y la crítica literaria Analía Capdevila, de Rosario, y el escritor Enrique Butti, de Santa Fe, quienes por unanimidad otorgaron el primer premio a Hombres que no entienden nada" de Jorge Luis Barroso, quien se hizo acreedor a la suma de 1.500 pesos y a la edición de su libro.

El segundo premio fue para "Tercera fundación" de Gregorio Echeverría, quien recibió la suma de 1.000 pesos y su edición.

Por su parte, el jurado de no ficción estuvo conformado por la doctora Nora Catelli y el periodista y escritor Daniel Briguet, de Rosario, y el periodista Emerio Agretti, de Santa Fe, quienes también por unanimidad otorgaron el primer premio a "Notas en un diario" de Osvaldo Aguirre, y el segundo premio a "Un tiempo ayer ceniza. Historias de la dictadura en el sur provincial" de Facundo Toscanini y Jorge Néstor Cadús. Los galardones son los mismos para ambas categorías.

|| **Fuente:** (La Capital-ca)

Página|12
CULTURA / ESPECTÁCULOS

Los libros premiados por la Editorial Municipal

Se trata de *Hombres que no entienden nada* de Jorge Barroso, *Tercera fundación* de Gregorio Echeverría, *Notas en un diario* de Osvaldo Aguirre y *Un tiempo ayer ceniza* de Cadús y Toscanini.

Pasado mañana, desde las 19:30, en el Túnel 4 del Centro Cultural Parque de España se llevará a cabo la presentación de las obras seleccionadas en la primera edición del Premio de Relato Ciudad de Rosario, que el año pasado organizara la Editorial Municipal. Divididos en las categorías de ficción y no ficción —para la primera el jurado estuvo conformado por Patricia Suárez, Analía Capdevila y Enrique Butti, mientras que en no ficción los responsables de la selección fueron Nora Catelli, Daniel Briguet y Emerio Agretti—, los textos ganadores son *Hombres que no entienden nada* de Jorge Barroso, *Tercera fundación* de Gregorio Echeverría (primero y segundo en ficción), *Notas en un diario* de Osvaldo Aguirre y *Un tiempo ayer ceniza* de Jorge Cadús y Facundo Toscanini (primero y segundo en no ficción).

Ubicado por los jurados "dentro de la tradición del policial negro", con *Hombres que no entienden nada* Jorge Barroso logra "la agilidad narrativa del videogame y la precisión del comic, sin perder por un momento la potencia clásica del género". En su novela el autor relata la historia de Trompo, un especialista en "seguimientos" que sin embargo no alcanza el rango de detective privado. Admirador de las historias del Corto Maltés, Trompo trasita por la ciudad en búsqueda de casos, convirtiéndose por momentos en un perseguido, más que en un perseguidor. En medio de sus encuentros y escapes aparecen personajes y tramas destacados como "inolvidables". Oriundo de Rufino, Barroso obtuvo el título de arquitecto en la Universidad Nacional de Rosario. Aficionado al comic y al dibujo, colaboró con revistas literarias locales, para luego desarrollar la escritura de guiones para historietas, que se convertirían más tarde en relatos. Coordinador de un taller de cuento desde 2004, *Hombres que no entienden nada* es su primer libro publicado.

Con una mayor producción pero igualmente debutante en el terreno de las publicaciones, Gregorio Echeverría nació en Rosario en 1935, y tiene un vín

culo estrecho con la literatura, a partir de la creación de una treintena de obras en novela, poesía, cuento y ensayo, con los que obtuvo numerosos premios nacionales e internacionales, entre ellos el Alcides Greca 1978, de la provincia de Santa Fe, y el Internacional de Poesía Ciudad de Zaragoza 2006. En *Tercera Fundación* Echeverría apela a un “cierto anacronismo necesario y provechoso, deudor de las formas de la epopeya y del imaginario de la utopía, (que) recorre los argumentos y el lenguaje literario de *Tercera fundación*”. De su obra, se distingue además que “los relatos producen la invención de un habla y un mundo cuyas consecuencias históricas y literarias son sorprendentes; porque aunque abrevan en un notable trabajo de arqueología lingüística, en el uso de neologismos, e incluso en la mezcla dialectal (el español dominante, pero también las lenguas indígenas de América), logran una amalgama ficcional nítida para volver a contar, lejos de las durezas pedagógicas, los destinos de la conquista y la colonización. Gregorio Echeverría crea un coro de voces verosímiles y vigorosas en su arcaísmo que, decididas a contar su historia individual, ofrecen una versión más acabada de la historia colectiva”.

Ya dentro de la categoría de no ficción, la obra ganadora fue *Notas en un diario*, de Osvaldo Aguirre, quien brinda un relato de su propia experiencia como periodista de la sección de policiales. Según los jurados, Aguirre “escribe la memoria de esa iniciación y pone a prueba al mismo tiempo la capacidad de representación de la crónica, la función del relato periodístico y sus propias dotes para recoger el habla de los habitantes del mundo al que se asoma”.

Finalmente, en *Un tiempo ayer ceniza* Jorge Cadús y Facundo Toscanini plasman una extensa investigación periodística con la que buscan brindar un registro de las marcas que la última dictadura dejó en el sur de la Provincia de Santa Fe. Entre esas marcas se encuentra el conflicto que, por una cuestión limítrofe, aún hoy persiste entre las localidades de Alcorta y Máximo Paz. “*Un tiempo ayer ceniza* respeta el rigor que Rodolfo Walsh le impuso al género de no ficción, pero se permite, también, el uso de un registro poético y sentimental”, apuntan sobre la obra compartida entre Cadús (periodista nacido en Venado Tuerto y residente en Alcorta) y Toscanini, estudiante de Comunicación Social de la Universidad Nacional de Rosario que lleva adelante una investigación para la Federación Agraria Argentina, relacionada con la constitución de la sección federada de Máximo Paz a partir de las huelgas agrarias iniciadas con el Grito de Alcorta.

Puerto de Palos [7]

¡Buena ventura me echó la putísima egipciana! Más me valiera haber retomado —sin otro estorbo que mi cayado y mis alforjas magras— el emprendimiento de escalar la Aracena en procura de la oscuridad y el cobijo de la sierra. Será acaso mi providencia el no poder asentar el culo en lecho digno de nacido, antes bien atenerme a lo precario de los umbrales y lo azaroso de los caminos. Tengo por justo y propio el desespero de un juglar con quien topé merodeando ambos a la sombra de las aspilleras de la puerta de Elvira: *"Parióme adrede mi madre / ¡ojalá no me pariera!…"*

Ignoro cuyas eran las tales desgracias del infeliz, aunque cuenta me tiene el sospechar que antes de lagrimear por sus desgracias se refocilaba en espulgar en las ajenas, sabido es que la melancolía y el llanto llaves son habilidosas y diligentes para forzar las arcas de la caridad. Aunque mal apuntaba el tunante, pues más le hubiera valido ordeñar una chumbera que esperar de mi faltriquera una perra chica. Bueno estaba yo para caridades, corrido de Mosqueruela por un sacamuelas que cogiome en el intento de alzarle las faldas a su mujer. Y no porque ella no diera pie, que si es por darlo llevábame ya dado pie, pantorrillas y unos muslos que de solo imaginarlos me vienen vahídos. Es que la putísima zorra, advertida del regreso intempestivo del chambricas, no hizo más que oírle abrir el portal y arrancar con unos gritos y unos sollozos como que la estuvieran despellejando. Armar este alegato en tanto me tenía abrazado a ella, con unas

[7] Integra el libro *Tercera fundación* (Premio Literario narrativa de ficción "Ciudad de Rosario" 2006, Editorial Municipal).

fuerzas que tengo aún en la cara y en las manos la marca de sus uñas, congelome de tal suerte la sangre, que en lugar de abandonar el negocio mientras aún era ocasión, di tiempo a que entrara el cornúpeta y la emprendiera a trompicones con mi azorado pellejo. Mal le hubiera ido al hideputa de tener yo a mano mi daga sarracena, pero zurrón y daga habíalos echado tras la puerta nomás entrar y verme recibido por la sonrisa de esta gorrina que de cierto me aguardaba con su coño perfumado y caliente.

Los puños del animal, más un par de garrotazos atizados por mis corvas, diéronme diligencia para escapar del maldito cubil, perseguido hasta media parasanga por los tacos del bruto y los chillidos de la guarra. Ofuscado por la paliza, la pérdida de mi bastimento y la orquitis que me suscitó la veda del putísimo coño, tamaño esfuerzo demandó elegir la derrota, estando a mi alcance continuar —cual era mi intención primera— hasta conchabarme en alguno de los balandros que hacen la recorrida desde el cabo de Tortosa hasta Palma de Mallorca, en busca de jaleo contra mercantes genoveses cuya factura pagarían de seguro los piratas bereberes que merodeaban por aquellas aguas.

Otra era dar el culo a levante y afrontar de buen ceño treinta y tantas parasangas hasta Teruel, por inciertos senderos faldeando las últimas estribaciones de los Ilibéricos, sin provisiones y con el talego vacío.

Y última —noramala— cabíame encarar hacia mediodía, tomando como hitos de peaje Sagunto, Alicante y Cartagena.

Me sobrevienen hipos y náuseas al recordar que la bulimia, el frío y las cagaderas de esas largas semanas débolas a la putísima mujer del sacamuelas, pues a sus fiebres y a mis ganas acuso de todos los males de aquella peregrinación. Bien es verdad que —a fuer de dar con mis huesos una vez en las mazmo-

rras de Sagunto y otra en un piojoso calabozo de campaña en las inmediaciones de Játiva— no siempre me fue desleal la estrella a la que en mis noches atiendo y ruego. Por no ser estos buenos tiempos para agasajar desconocidos viandantes, hube conmigo algún caldero presto a regalar una sabrosa ración de puchero, algún viejo alcahuete dispuesto a desprenderse de una polla, y hasta alguna zorra predispuesta a desfogar mi hambre y mi sed a cambio de desfogar yo las suyas. En fin, para la primavera estaba ya liándome a golpes en el puerto de Cartagena para probar mis condiciones de tripulante y soldado, sin más antecedentes que los que la rapidez de mi magín aplicó a una más que verosímil historia de heroísmo y servicio a las órdenes del dux de Venecia contra los piratas ilirios y luego como infante de choque en los tercios del duque de Medina Sidonia en Flandes. Ya sea que mi catadura hacía creíble esta fábula o que escasearan los mozos desaprensivos dispuestos a arriesgar el pellejo contra los sarracenos y berberiscos, tomome a su cargo el capitán de una carraca que hacía viaje de Cartagena a Cádiz con carga varia, especialmente agrios y aceite. Nos hicimos a la vela con buen tiempo y una tripulación de dieciocho foragidos, contando un servidor. Un sienés y dos griegos eran los más conspicuos personajes, carne de patíbulo los tres y diestros en la sisa y la mandanga amén de pendencieros, fiado más el sienés en el manejo del puñal y los otros dos en sus famas de quebrantahuesos. Los demás, amén de sus tufientas biografías de rateros y rufianes, eran meros animales de carga prestos a regañadientes para un fregado como para un barrido, sin mayor capacidad que la de obedecer al mandamás. Todo fue bien hasta completar la carga en Málaga —nuestra segunda escala— no habiendo dado Almería ningún jaleo. Pero fue hacernos a la mar, costeando

siempre porque la carraca parecía a punto de dar su último suspiro, y entrar a hervir la rencilla como en un caldero. Hase de ver en ello, antes bien que la mano de Satanás puesta en el negocio —como vociferaba el capitán— el simultáneo efecto de no habérseles dado licencia para bajar a los burdeles malagueños, cuya fama tenía a mal traer a las gentes de mar, más las azumbres de aguardiente que se echaron al coleto apenas zarpar, tomado de una barrica que viajaba en bodega. El destrozo fue de órdago, con dos rifeños perdidos en el agua, cinco heridos y un muerto (aplastado contra el palo de mesana como una tortuga por uno de los griegos). Amén de dos docenas de barriles abiertos a hachazos y derramados. El capitán estimó ser un ser-vidor, como segundo de a bordo, responsable de la menesunda, con lo que mi arribo a Cádiz careció de donosura, pasando directamente del camarote en que venía encerrado al albañal de la capitanía de puerto, con vistas a un enjaule gordo. Acreditábaseme también la muerte de uno de los heridos, a quien se me acusó de privar en beneficio propio de sus raciones de galleta y tasajo. En fin, que si no quedó mi osamenta a pudrirse en los calabozos de Sus Magestades, fue porque el capitán sacó aún mejor tajada del entuerto, pagando fianza para revenderme al contramaestre de una nao que anclaba en Moguer presta a izar paño hacia fines del verano.

Cruzamos la barra de Sanlúcar a la boca del Guadalquivir, cinco camaradas en mis mismas condiciones, amarrados entre seis alabarderos de la guardia de puerto y un teniente de granaderos. Bien montados ellos y encanijados nosotros en una carreta. Soltábannos por turnos para preparar el cocido, cada una de las dos noches en que hicimos un alto. Conque llegamos a Moguer molidos, mal dormidos y harto peor comidos, amén de

la calor, los comejenes y los piojos. Púsonos el tuno que habíanos subastado como piezas de ébano de inmediato en las listas de su tripulación, siendo recién entonces que le conocimos atender al nombre de Pinzón. Parco fue en aclararnos el negocio, haciendo antes hincapie en haber salvado nuestros gaznates de la cuerda, merced a la necesidad que habían Sus Altezas de completar unas tripulaciones que estaban a zarpar hacia las Indias. Y que podíamos bajar a tierra —sin hacernos ilusiones de fuga— para arreglar nuestros asuntos de faldas, habida cuenta de que la travesía sería larga.

Los muelles de Palos estaban abarrotados de carga de toda laya. Barricas de sal y de tasajo. Muchas cántaras de agua. Fardos de bacalao seco. Cajones de galleta. Rollos de esparto. Baúles de atuendo e intendencia. Fanales y calderos. Munición y herramientas, en fin, se veía que el negocio era de envergadura. Confirmábalo la presencia casi constante de clérigos, alguaciles, escribanos, oficiales de la guardia de palacio en Granada y hermanos del Santo Oficio. Precisamente en compaña de un granadino castroja dimos en el burdel de María la Garbancera, en el que se me arrimó la egipciana de marras. Anda, guapo, no seas roñica, que el coño de Betsabé es tierno como un cogollo y huele a juncias y a mastranzo. No seas cabrón, guapo, que te va la buenaventura incluida. Y se rascaba la zorra las ingles con una parsimonia y unos suspiros que me atizaron el rescoldo. En fin, lo que hicimos en ese rato quede entre nosotros, que es cosa de hombres. Pero entre suspiro y suspiro, me iba echando la buenaventura. Que grandes hazañas veo en tu futuro. Que te meneas como un chaval. Que te veo cabalgar por unas tierras de muy lejos, cargado de collares de oro y ajorcas de plata. Que no me das sosiego, guapo. Que te rodean unas zorras en pelota como la

madre las parió. Que deja mi culito en paz, guapo. Que te veo ahora en un palacio, vestido como los nobles y con vajilla de plata. ¡Putísima zorra! No es hora ya de echarme atrás, que el tiempo que debí tomar en decidirlo lo pasé pensando en su coña y en sus profecías. Ahora heme ya izando paño en los masteleros de una nao piojosa, en la que no cruzaría el hijo de mi madre ni las marismas del Guadalquivir. Viajan frayles a bordo desta y de la nao almirante ¡mala fariña! A la coña, que estos alcaudones prestos se andan en sermonear y nos dar palique acerca del bien morir. Pero tate, fraylecillo, que a falta de mi egipciana, a poco que me apuren las necesidades capaz soy de hacerte sentir las delicias de mi verga. Blanca y suave es la piel de estos cazurros, ajenos como pasan la vida a los menesteres de la mano de obra y a los sobresaltos de la inopia.

Cuidaré por ahora los modales, puesto que tengo oído decir que el almirante hombre es de pocas pulgas y a la hora de dar castigo no se anda con chiquitas. La mar está en calma y tendremos buena travesía hasta la noche. Veré de semblantear a los camaradas, por saber si de entre ellos alguno fuera de fiar en llegado el momento. No dijo mi egipciana a quiénes veía junto a mí en las mandangas y los palacetes. Pero pocos bastan para echar mano de lo mucho, conque conviene ir echando cuenta de los que sobran. Estos Pinzones han vaciado las mazmorras de España para completar sus listas. Fácil es embarcar —o embaucar— a quienes se ven ya con dos cuartas de cáñamo arrolladas al gaznate. Tanto más si la promesa final son riquezas y libertad. ¡A quién le amarga el dulce! ■

Solo y al sur

- Primer Premio a la Expresión Literaria / Taller Literario del Centro de Salud Mental "Manuela Pedrazza" (Buenos Aires 1990).

El premio menos convencional, pero uno de los de mayor contenido afectivo. Al respecto le comentaba en un mail a Silvia Braun: "La foto que te mandé en la anterior era del Manuela Pedrazza. Creo que te conté que es un instituto de salud mental. Ahí empecé haciendo terapia de grupo en el '89. En el '90 se planteó armar un taller literario. El coordinador, '90 y '91 fue Sergio Spada, el que aparece abajo a la izquierda. El adjunto que te mando es la evaluación de finales del '90. Se produjo una cantidad importante de textos. La base del trabajo es la escuela de logoterapia de Viktor Frankl, quien murió hace un par de años. El fundamento es que la "inspiración" es una vía por la cual nos sacamos de encima algunas experiencias traumáticas. Y en ese sentido el texto es una herramienta al mismo tiempo expresiva y proyectiva. Incluso con valor para el diagnóstico y la terapia de estados neuróticos. Sergio es quien tuvo la nobleza de reconocer un día mano a mano que nadie cambia. Me doy cuenta que muchas cosas han quedado afuera de *Zapping* injustamente. Pero siempre se está a tiempo... :-) Posiblemente toda la vida de un ser humano debería formar parte de un texto único. Uno los separa por comodidad. Arbitrariamente decimos esto es un poema, aquello es un cuento y lo de más allá una novela o un ensayo. Pero por sobre todo soy yo, estoy metido hasta las manos en cada línea. Incluso en las que no me atrevo a escribir."



Sergio Spada con algunos de los miembros del taller literario del Instituto de Salud Mental “Manuela Pedrazza”, ciudad de Buenos Aires 1991. Eva, Sofía, Greta, Beta, Gregorio, Jessica, Sergio, Marta y Nora.

Solo y al sur

A media tarde todo estaba preparado. Faltaba —naturalmente— uno que otro detalle. El obelisco de granito rosado (recién pintado y con alguna marca de dedos encima) aparecía ucronía mediante contemporáneo con la vieja Plaza de la Victoria. Corrientes no mostraba con franqueza su edad, presentada en algún cuadro ancha y en el siguiente angosta.

Profusa (promiscuamente) el Maldonado mostraba sus lastimaduras a cielo abierto, pero cortado ¡cerca de la General Paz! por un hormigón de autopistas que se veía mucho más pesado al aire libre que sobre el tablero de los proyectistas.

¡Ah! el Riachuelo, no vaya a ser que alguien se prenda de la joda de Borges y salga con aquello de que ni siquiera la fundaron. ¿Por qué se me habrá ocurrido pensar en el viejo, que nunca me dio bola? Viejo zorro, él debía haber estado acá, para dirigir en vivo la obra de su Biblioteca. Pero no, en dos o tres días esto se me hubiera ido de las manos, porque él era un desaforado, un cínico en cuestiones de orden y de causalidades.

Además, a la primera de cambio me armaba una de cuchillos y compadritos en pleno Congreso o en Florida y Córdoba a las cinco de la tarde.

Es cierto que mirando bien, no todos los materiales eran lo que pretendían ser. Por el apuro y por una cierta chapucería muy meridional, faltaron toques. Culpa que uno tiene nada más por ser criollo, carajo. Bah… no puedo quejarme. Esta mañana arrancamos con los primeros martillazos, con las primeras soldaduras. No es para cualquiera la bota de potro, no.

¡Los hubiera querido ver a los takayama después del Little Boy del 45! Quince años les llevó hacer la mitad de lo que nosotros hicimos en unas horas. Y con las cuadrillas de Segba y de Entel en contra (me dejaba en el tintero las de Gas y las de Obras Sanitarias). ¡Hijos de puta! Más ligeros para romper que nosotros para armar, casi.

Bueno, salimos del paso porque a vos se te dio por soplarles al oído aquello de la huelga contra las privatizaciones. Si no, mierda hubiéramos llegado a esta hora a lo que llegamos.

¡Qué perfume esas glicinas en las barrancas de Belgrano! Todo, viejo, hasta el ecosistema de Costanera Sur. La Porteña chuflando chispas y hollín entre los galpones del puerto. Las carretas de Plaza Miserere. ¡Parece obra de Mandinga!

Así quedamos, oiga. Esto no es joda de repetir todos los veranos. Avise. Voy, voy, ya tenemos los camiones de exteriores frente al Parque Retiro. Después por el bajo, una parada en Puerto Nuevo y ¡a Parque Lezama, a escucharle unos tangazos a don Osvaldo!

¡Otra vez este dolor de cabeza! No poder mantener los ojos abiertos, esta sueñera (otra vez, viejo Borges), esta sensación terrible de que todo es al pedo, que esto ya lo intenté otra vez. Muchas veces. Y los vi felices, te juro que alguna vez los vi buenos y felices.

No sé qué es lo que me falla. Como si todo fuera un eterno terminar y volver a empezar. Pero Corrientes ya no tiene su empedrado. Tierra y charcos de mugre. Ni obelisco. Ni Parque Lezama. Ni Costanera Sur. Páramo. Más desierto que ciudad. Más nada que todo.

¿Quién está ahí en la oscuridad, quejándose de mi abandono?

Todos se van, siempre se abren de gambas y me dejan solo. Me mandan al frente. ¡Hijos de puta! Ya, ya doy con la palabra. Mi palabra siempre pudo con ustedes, con todo.

¡Qué oscuridad de mierda! Y qué silencio. ¡Contesten mierda! Yo sí, yo. Apenas un balbuceo. Para empezar otra vez. Para tratar de empezar otra vez.

Hágase. ¡Hágase por favor! Hágase digo. ¡Há-ga-se-la-luz! ▮

- Taller Literario - ¡ TERCERA PARTE !

Participante: GREGORIO ECHEVERRIA

A- Trabajo elegido: AFERRARSE A LA BORDA - 8 DE SET DE 1940
Tanto en aferrarse... como en 8 de setiembre.... Gregorio revisiona parte de su historia con su estilo personal, mezcla de nostálgico y por momentos ácido, pero siempre brillante a la hora de poner las palabras en su lugar. Juega con ellas como si estas no tuvieran el peso que él le imprime en cada parágrafo. Arremete con un sentimiento contenido, casi lo desmenuza en forma fría, pero a la vez caliente como el Tito que se niega a volver a ser. Porque no es bueno que lo vistan de marinero a un capitán.

B- Trabajo sobresaliente: SOLO Y AL SUR - DUQUE EN LA MEMORIA I y II
Sería injusto no reconocer todos los trabajos, pero me quedo con estos dos (tres) porque son una muestra más de un Gregorio que puede expresar con autentico sentimiento aquello que anida en él. Los afectos, los recuerdos, los rincones de su ser, esta vez desnudos, tan desprejuiciados como de costumbre. El amor y la bronca, el odio y la ternura son sólo los medios para la exteriorización de un recuerdo alojado en nuestro corazón... y en la memoria.

C- Temas:
Los temas son variados pero preponderan los que tienen que ver con su historia anterior, la naturaleza y aquellas islas tan vividamente descriptas por Gregorio. El estilo nostálgico nos enfrenta con los sentimientos más profundos, nos dan la idea exacta de lo sucedido y nos enfrentan a nosotros mismos. Si el viejo viviera, sabría que tiene un discípulo....

D- Radiografía Literaria:
Histriónico por momentos, serio y afectuoso, atrevido, sentimental. Acido y reflexivo, otras impulsivo. Siguiendo las fechas uno puede realizar un historial sobre la evolución del sentimiento, una vez vencido el miedo a mostrarse. Su personalidad lo lleva a ser líder, pero democrático, a él como a todos (uso una metáfora de él) nos rompen la pelotas los hijos de puta que imponen.

E- Premios: (Doble) PRIMER PREMIO AL PIONERO DEL TALLER
PRIMER PREMIO A LA EXPRESION LITERARIA

Gracias por habernos permitido compartir tus creaciones

Lic. SERGIO A. SPADA
COORDINADOR

Este negro vacío de mi pecho

- Segundo Premio / XII Certamen Internacional de Relato Corto Ateneo 1º de Mayo (Comisiones Obreras de Madrid) España 2004.
- Publicado con posterioridad al fallo en el periódico *Madrid Sindical*, en la edición impresa del mes de junio de 2004 y en la virtual: http://www.madridsindical.es/artavan-bin/QuorumEC/init
- Integra el volumen premiado (inédito) *Merda d'artista*, Primer Premio Especial "XVIII Certamen Internacional de Cuento Tiflos 2005" / ONCE Organización Nacional de Ciegos de España.
- En 2008 se edita un volumen con todos los premios en Cuento otorgados por el Ateneo 1º de Mayo de Madrid entre 2000 y 2008, designando el certamen con el nombre de Meliano Peraile, como homenaje y muestra de consideración y cariño: *Certamen de Relatos cortos "Meliano Peraile" 2000-2008*. 304 págs. DL M-52305-2008.

Formaban parte del Jurado de Ateneo 1º de Mayo: Meliano Peraile, Julia Cela, Manuela Temporelli y José Rodríguez Tarduchi.

Este premio fue convocado por primera vez por el Ateneo en 1993. Meliano Peraile formó parte de todos los jurados hasta su muerte, a los 83 años, en octubre de 2005.

Segundo premio
GREGORIO ECHEVERRÍA



Nace en 1935 en Rosario, provincia de Santa Fe (Argentina), de madre gallega y ascendencia paterna vasca. Estudia Ingeniería Química, carrera que abandona para dedicarse al diseño gráfico, su profesión actual. Creador y administrador del website www.2000x.com.ar, ha sido galardonado con más de 20 primeros premios tanto en su país como en otros en poesía, narrativa y ensayo. Entre otros: Premio Provincial de Literatura «Alcides Greca» (Santa Fe 1978), Poesía Universidad de Belgrano 1978, Poesía y Ensayo «Secretaría de Cultura de la Nación» 1978, Poesía contra el fascismo (Sociedad Argentina de Relaciones Culturales con la URSS) 1985, Poesía y Cuento «Sociedad Profesionales Argentino-Arabes» 1987 y «Villa de Mazarrón / Antonio Segado del Olmo» (Murcia) 2003. Ha sido declarado ciudadano meritorio de la ciudad de Los Angeles (EEUU) por *Forever and Never* (Querido Borges IV, 1990). Aunque sin publicar, es autor de cerca de una veintena de libros de poemas, relatos y novelas.

Madrid Sindical, junio de 2004. Retrato a tinta y noticia biográfica, encabezando la reproducción del texto completo.

Este negro vacío de mi pecho

“La fantasía, abandonada de la razón, produce monstruos imposibles; unida con ella es madre de las artes y origen de las maravillas.”

Francisco de Goya y Lucientes:
[Epígrafe de su puño y letra al pie de uno de los *Caprichos*, Madrid 1799].

Qué no dijera en esta hora lúgubre, tan desgarrado por la privanza de tu piel espléndida y casi ciego por no tener ante mí la luz provocadora de tus ojos, dulce paloma montaraz. Si no me fueran tan odiosas las copias y los plagios, me anticiparía a las endechas que varios siglos por delante desgranará un juglar por estas mismas tierras. *Todo pasa y todo queda*…

Pero es que solo pasa lo que ha sido. Y lo nuestro no ha sido sino un sueño. Esto me decías cada atardecer cuando el relente del crepúsculo nos traía por los ventanales el perfume de los agrios y el rumor de las fuentes. Que empalidecía al rumor de tus enaguas y al crujido de tus corpiños. Ay Cayetana, quisiera el cielo eternizar el tiempo que corre entre una y otra pincelada. No, claro, que no pudo ser ese mi discurso. Ay señora mía quisiera el cielo eternizar el tiempo que corre entre una y otra pincelada. Ese era el trato que me podías permitir entonces. Y repasar una y otra vez la textura de tus volados y la gracia con que el ruedo de tus vestidos insinuaba y retaceaba a un tiempo los tesoros encerrados. Fruto de ningún huerto tuvo guarda más fina ni senderos más apetecidos.

— Me miráis de un modo extraño, maestro.

— Perdonadme, señora, en pensamientos más lejanos estaba puesta mi atención. Y sabéis creo -en todo caso- que la vida no ha tenido aún conmigo los mimos del tal magisterio, que a vuestra mera gentileza debo agradecer.

— Maestro eres desde ya para mí y no lo tomes como un cumplido. Pero no es tu arte en la réplica de los lazos y puntillas lo que te hace magistral a mi fantasía.

— Pues estáis clavando en mi alma una recia estocada, muy señora mía.

— Con la misma reciedumbre con que tú clavas banderillas en la mía, si es que hemos de pagar franqueza con franqueza.

— Nos os rebajéis al valor de un novillo, señora. Ni pongáis mi humilde arte por faena de diestros. Hay espacios que no conviene trasitar y distancias que no es prudente acortar.

— Es que lo que escapa casi de mis labios y lo que leo en tu mirada poco tienen que ver con la prudencia. Y una vez que te atreves a cruzar esos espacios, ni las distancias ni las conveniencias tienen ya el menor significado.

— Platicadme pues si os place de vuestras fantasías.

— Pues que me he preguntado más de una vez si sería tu pincel más hábil en reflejar lo que ves o en plasmar lo que a escondidas imaginas y con lujurioso imperio desearías que se mostrara ante tus ojos.

— Este trabajo estará terminado en una semana. Si para entonces no han mudado de orientación vuestras fantasías, os prometo poner a vuestros pies todos los oropeles de mi oficio para despejar tanta inquietud.

Cómo pude, Dios, acercar de tal modo mi cabeza al hacha del verdugo. Loco debí estar lo confieso. Aunque mucho más despreciablemente loco hubiera sido no recoger aquel delicado guante. El choricero ni hubiera pestañeado. Mas lejos estaba yo de su mucho desparpajo y vasta experiencia en estas lides. Siendo como soy en cambio un palurdo para nada acostumbrado al bifronte protocolo de una corte que vivía besando el crucifijo y desvirgando palomas. Qué semana, virgen santa. Siete días de suplicio en que no volvimos a tocar el tema. Aunque la cuestión brillaba en sus ojazos oscuros como una brasa del infierno. Maldita y adorable zorra. Que le hiciera el favor de ajustarle el pasacintas de las calzas. Que le asentara a mi gusto los plisados de la pechera. Que le arreglara la caída de las mangas. Pero de lo otro ni una palabra. Al punto que terminé dudando si aquella charla había en verdad tenido lugar en la realidad del taller o en lo tenebroso de mis devaneos nocturnos. Fueron en verdad casi dos semanas. Pues no atinando a poner los pies en la realidad de aquella historia ni a huirme por el atajo de las pesadillas, me vi forzado a demorarme en detalles por sobre los cuales pude haber pasado con toda holgura. Pues en cuatro días a partir de la tarde fatal, Cayetana brillaba ya en todo su esplendor desde mi lienzo. Dando pie al subido comentario que los cotilleos de palacio le atribuían a un franchute, según para quien no había un solo cabello de la duquesa que no encendiera el más abrasador y lujurioso de los deseos. Abrasador y arrasador, agregara yo de haber tenido siquiera la intuición de que mi cabeza malamente se sostenía sobre mis hombros desde la primera tarde de comenzada la obra. Escaso esfuerzo llegado el caso le demandara al verdugo quitarla de sus goznes y dejarla rodar por el aserrín del patíbulo para regocijo de la chusma. Pero es que estar de pie delante de

aquella porcelana indolente que me escudriñaba desde lo hondo de sus ojazos felinos que prometían el cielo augurando a un mismo tiempo los infernales precipicios me daba vahídos. De los cuales me hubiera librado al punto con solo cerrar los ojos un instante. ¡Vano intento fuera! Conformárame en todo caso con dominar el temblor de mis párpados, el leve aleteo de mi nariz y el palpitar de mi barbilla. Pero quitar la vista de encima de aquella mata renegrida, de aquella displicente y desvergonzada turgencia ora insinuada más que expuesta, ora expuesta más que adivinada, tarea era en todo superior a mis desfallecientes intentos.

De mí solo tengo consciencia de mis ojos entrecerrados. La suave penumbra del local dilataba mis pupilas bebiéndome como un poseso su mirada que me inmovilizaba con la eficacia con que la serpiente paraliza al pajarillo que se apresta a devorar. Devórame mas no te muevas ni te alejes de mí, hechicera de mi alma. Fascíname y sea yo la más pasmada avecilla enredada en la urdimbre pecaminosa de tus redes.

— Pues debo reconocer que por ser un rústico te sabes al dedillo las artimañas del oficio, maestro mío. Dejadme apreciar de cerca vuestro arte.
— Os ruego contengáis por algunas jornadas vuestra impaciencia, señora. Los detalles que faltan son el remate de lo que tan generosamente llamáis mi oficio.
— ¡Qué sabes tú, querido pastorcillo mío, qué impávidas ciudadelas, cuán arrogantes barbacanas han rendido sus pendones a la fiebre abrumadora de esa impaciencia a la que aludes con tanto desparpajo!
— No he querido ofenderos, os lo juro.

— Ni hubieras podido, eso tenlo por seguro. Delante de mí me ofenderás cuando yo lo disponga y te retractarás en cuanto te lo ordene. Ahora calla y déjame contemplar tu obra en paz. No sea que hayamos malbaratado en esta covacha las mejores tardes de la estación.

Ah, cuánto duele ahora el evocarte, casquivana corzuela. Batida y abatida por monteros y arcabuceros y diestros de puño más ceñudos y soberbios que los infantes de tu difunto dueño. Que si a todo lo ancho de las Europas se allegaron los alaridos de triunfo de nuestros tercios flamencos, no hay rincón del reino adonde no resonaran tus insaciables aullidos y los impertinentes reclamos de tu gula. Oficio me exigiste y mi oficio te di como en igual medida no lo diera si de la Santísima Virgen se hubiera tratado el negocio, válame Dios. Me acosaste en tertulias y salones y a la mediasombra de los despachos. Y mucho me equivoco o también bajo el dosel de tu cámara y al calor de tus sábanas fuiste entretejiendo la telaraña en la que tenía tu capricho dispuesto enredarme. No en vano repiten en voz baja los servidores de palacio y otras gentes de mayor alcurnia que más puede uno solo de tus rizados bucles que la desnudez de cuerpo entero de la bruja de Parma. Todo lo hiciste tuyo con un gesto displicente de niña consentida. Con tu inimitable mueca de terquedad y coquetería. He pensado que un retrato hecho por vos pondría un toque de interés en nuestra finca de verano. Lo diste por resuelto y no volviste a dirigirme la palabra. Ni la migaja de una mirada. Dos meses más tarde empezó el que habría de resultar el peor suplicio de mi vida. Mi desgraciada lucha entre la moral y la carne. Lejos aún mi cabeza de los monstruos que años después habrían de acosarla, haciendo de mi razón un sórdido amasijo de ren-

cores y lealtades. Me sabías vencido de antemano, ni qué decirlo. Aún me engañan mis pobres oídos haciéndome pensar que escucho en este instante el tumultuoso batir de mis arterias al acomodarte en la postura que te daría la gloria y a mí me sumiría en el mayor y más acre desasosiego. Vigila tus torpes manos, pintor. No quisiera que tus colores impetuosos y tus óleos ordinarios ensuciaran mis vestidos. Fue la primera provocación de tu paciente cacería. Mostrando y escondiendo, avanzando y retrocediendo, ofreciendo y negando me fuiste acorralando como el matador abruma al toro antes de rematar la faena. Y qué remate, virgen santa. Más de diez años han pasado y revivirlo me escuece aún lo hondo de la médula. Mi pequeño pintor de santos de alcoba, me espetabas entreabriendo con una gracia inigualable las valencianas de aquel escote por donde mi sensatez terminó desbarrancándose.

— Acércate a tu modelo y hurga en mí como yo he hurgado en los pormenores de ese lienzo. Nada más siguiendo el rastro de tus pinceladas. Buscando la huella de tus dedos. Fisgoneando aquí y allá por cada pliegue que tus ojos se cansaran de valorar en sus sombras y en sus luces. Ven ahora a mi lado y convéncete hasta dónde ignoras la tormentosa resolana de mis playas.

Qué feroces premoniciones no atenazaron mi alma en aquel mismo instante. Ajeno a las argucias de la montería e ignorante asimismo de lo que acontecía en lo recóndito del ruedo, habiendo la anchura de un mundo entre las gradas y la arena. Mas no fuera esa la dificultad para cerrar los ojos e imaginarme allí dentro de rodillas, abandonando la muleta y empuñando el

acero con la mirada fija en aquellas cuencas encendidas. Mal momento para develar, sin que me temblara la mano, cuánto de ira había en los sombríos tizones y cuánto de lujuria. Puesta mi memoria en ese momento en un episodio de palacio, me vi delante de la imagen del anciano Carlos. Pienso que los nobles están más a salvo de las infidelidades que los plebeyos, majestad. Porque no abundan las estampas principescas que puedan atraer a sus esposas. Qué tonto eres, hijo mío, qué tonto eres. Y al volver a la realidad, esfuerzo hube de hacer para quitar de mi cabeza la visión del miura y la del viejo rey. Y para disipar la sequedad de mi garganta.

— Os percibo distante, diría yo como enfurruñado, amigo mío.
— No tal, señora, no tal. Quién elegiría estar distante de vos, siendo como sois centro de todo encanto y asiento de cuanta complacencia pudiera apetecer el más quisquilloso de vuestros servidores.
— A tu servicio y tanto me tienes tú desde hace meses. No es que te lo reproche, qué va. Estas paredes son testigos de lo mucho y de lo tanto. Tanto que temo hayamos incurrido en excesos que ni esta sociedad hipócrita y mohina dejará de pasarnos la factura al menor soplo de esos vientecillos sin los cuales la corte sería un mortal aburrimiento.
— Malo fuera para vos que nuestros negocios se ventilaran en el Rastro. Y no lo digo pensando en mi honra, que poco importa a la hora de las pócimas la honra de un rústico. Mas la vuestra, que os habéis quitado de encima con la misma gracia con que echáis sobre la otomana para mi maravilla vuestras gasas y hopalandas, Cayetana.

— Pues ayúdame a deshacerme de estos refajos y háblame de tus sienas y tus ocres, que te escucho con la cabeza y el corazón temblando como una cervatilla mientras me mimas y me enciendes como tú bien te sabes.

Me dicen que has muerto. Que tu luminosa blancura ya no refleja ni la codicia ni el hartazgo de este mundo, Cayetana. Y no puedo imaginar mustios unos frutos que estallaron de vida entre mis manos. Me resisto a pensar flácidos esos músculos de tu cuerpo bravío arqueándose en el supremo gesto del rechazo y el envite. Te amé, Dios me perdone. Me amaste me sopla el incordioso diablillo que se cura de rejonear mis recuerdos y mi sueño. ¡Mis sueños, válame la eterna condenación! Sueños de una locura que mi locura llamara los sueños de la razón. Sabes que no pero aún piensas que te amaba. Pincha y pincha demonio. Hinca y rejonea, que no es en la carne sino en el corazón donde más duele, pequeño somorgujo. Roe mis entrañas, deshilacha mi piel, hiende con tus colmillos este vacío de mi pecho que han llenado de penumbras y de lutos las misivas agoreras.

Ignoro aún si has sido solo un caprichoso sueño de mi razón atormentada. O si por lo contrario fuera yo la intrascendente y efímera razón de tu capricho. Develarlo no atenuaría la quemazón del hierro que me roe ni aclararía la luctuosa sinrazón del fuego que me siembra tu memoria.

Ignoro si las tinieblas que me acechan son las formas vivas de los esperpentos y fantasmas que he plasmado en mis días de delirio o es que de mi propia mente van brotando las sombras y en brotando soplan sobre el rescoldo de la impaciencia que nos dimos y las distancias que no guardamos. Ignoro -en fin- cuya fue la primera verónica y cuya la postrimera embestida sobre

esta arena que impúdicamente ha devorado las pastoriles ambiciones y las nobiliarias fiebres, a despecho de los estatutos y las bulas. Mas no ignoren la corte y el reino todo y las Españas, mi pequeña zorra de madreperla, que ha sido tu vientre de alabastro el acalorado lienzo de mis más gloriosas pinceladas. ■

24
MADRID SINDICAL. JULIO 2004

CULTURA

Fallados los premios de Relatos Cortos del Ateneo 1ª de Mayo

Madrid Sindical

El Ateneo Cultural 1º de Mayo de CC.OO. de Madrid ha hecho público la concesión de los premios de su XII Certamen de Relatos Cortos. Al mismo concurrieron ciento treinta y seis textos que cumplían las bases, de entre los que resultaron galardonados con el primero, segundo y tercer premio, respectivamente, *Un despiste morrocotudo*, de Eduardo García Pérez, que se presentó con el seudónimo de Violeta Palermo; *Este negro vacío de mi pecho*, de Gregorio Echeverría, presentado con el seudónimo de Germinal Evágoras, y *Una noche dos hombres en un tren*, de Mercedes-Aurora Blanco Rodríguez, firmado con el seudónimo de Aurora Roja.

El jurado estuvo constituido por Meliano Peraile, Julia Cela, Manuela Temporelli y José Rodríguez Tarduchi.

En cumplimiento de las bases del certamen, los textos premiados serán publicados próximamente en *Madrid Sindical*.

El jazz español pide un sitio en el panorama



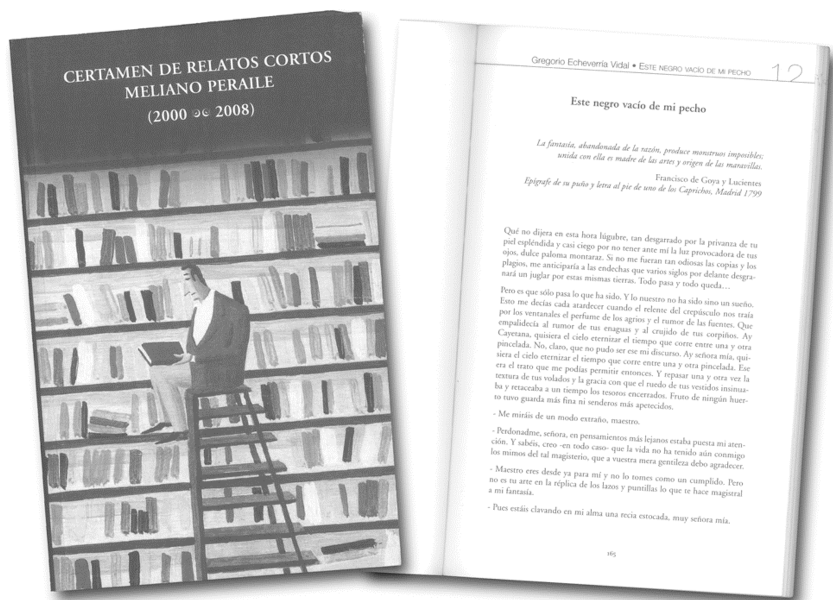
En la muerte de Imanol

José Rodríguez Tarduchi

Uno de los impagables privilegios que ha tenido la dirección del Ateneo Cultural 1º de Mayo ha sido conocer y compartir momentos con personas de la categoría humana de Imanol. Un gigantón con pinta de aizkolari, de estibador, de oso estepario, afable, sencillo, entrañable, un hombre de paz, un hombre bueno. Así también lo expresaban la sensibilidad, lirismo y ternura de sus canciones, sus gestos, su voz.

cultural y político a la dictadura de Franco. Su trabajo artístico se desenvolvió, fundamentalmente, en el campo de la canción poética de raíces vascas, como actualizador de su folclore, musicando impecablemente poemas de Gabriel Aresti, Felipe Juaristi, etc. y composiciones propias que nos acercan a las preocupaciones cotidianas y a la situación del País Vasco. Cantó también a grandes poetas de la lengua castellana: Lope, Quevedo, Neruda, Celaya, Violeta Parra,

Madrid Sindical reitera la noticia en su edición de julio 2004.



Gregorio Echeverría Vidal • ESTE NEGRO VACÍO DE MI PECHO 12

Este negro vacío de mi pecho

La fantasía, abandonada de la razón, produce monstruos imposibles; unida con ella es madre de las artes y origen de las maravillas.

Francisco de Goya y Lucientes
Epígrafe de su puño y letra al pie de uno de los Caprichos, Madrid 1799

Qué no dijera en esta hora lúgubre, tan desgarrado por la privanza de tu piel espléndida y casi ciego por no tener ante mí la luz provocadora de tus ojos, dulce paloma montaraz. Si no me fueran tan odiosas las copias y los plagios, me anticiparía a las endechas que varios siglos por delante desgranará un juglar por estas mismas tierras. Todo pasa y todo queda…

Pero es que sólo pasa lo que ha sido. Y lo nuestro no ha sido sino un sueño. Esto me decías cada atardecer cuando el relente del crepúsculo nos traía por los ventanales el perfume de los agrios y el rumor de las fuentes. Que empalidecía al rumor de tus enaguas y al crujido de tus corpiños. Ay Cayetana, quisiera el cielo eternizar el tiempo que corre entre una y otra pincelada. No, claro, que no pudo ser ese mi discurso. Ay señora mía, quisiera el cielo eternizar el tiempo que corre entre una y otra pincelada. Ese era el trato que me podías permitir entonces. Y repasar una y otra vez la textura de tus volados y la gracia con que el ruedo de tus vestidos insinuaba y retaceaba a un tiempo los tesoros encerrados. Fruto de ningún huerto tuvo guarda más fina ni senderos más apetecidos.

- Me miráis de un modo extraño, maestro.

- Perdonadme, señora, en pensamientos más lejanos estaba puesta mi atención. Y sabéis, creo -en todo caso- que la vida no ha tenido aún conmigo los mimos del tal magisterio, que a vuestra mera gentileza debo agradecer.

- Maestro eres desde ya para mí y no lo tomes como un cumplido. Pero no es tu arte en la réplica de los lazos y puntillas lo que te hace magistral a mi fantasía.

- Pues estáis clavando en mi alma una recia estocada, muy señora mía.

165

“Volviendo a la antología que nos ocupa y para terminar creo que debo repetir y repito que puede figurar entre las tres mejores de su género editadas en España y escritas por españoles durante los diez últimos años. Sus autores son gente culta; abundan los licenciados —superfluo es subrayar que un escritor debe ser culto, aunque no necesariamente erudito—. Me ha sorprendido encontrar entre los escritores de esta selección licenciados en geografía e historia precisamente.”

[Meliano Peraile; *Prólogo*.]

Aquí no pasa el tiempo

- Accésit I Concurso de Microrrelatos Mineros “Manuel Nevado Madrid” / Fundación Juan Muñiz Zapico / Comisiones Obreras de Asturias (España) 2004.
- Publicado como premiado en el website de la Fundación: http://www.fundacionjuanmunizzapico.org/literaturaMinera/concurso/premios.htm#txt6
- Integra —en calidad de finalista— el volumen *Microrrelatos Mineros / I Concurso Manuel Nevado Madrid*, 1ª edición MADU Ediciones, Madrid 2005, 48 págs. ISBN 84-95998-52-1.

El fallo se hizo público en el Centro Asturiano de Bruselas, el 4 de diciembre, festividad de Santa Bárbara (patrona de los mineros), donde se dio lectura a todos los textos premiados.

El jurado de esta primera edición del certamen estuvo presidido por Benigno Delmiro Coto, con la asistencia de Francisco Prado Alberdi, Elías García Domínguez, Elvira Fernández Álvarez, Asunción Naves Peláez, Juanjo Barral, José García Fernández y Benjamín Gutiérrez Huerta.

Participaron 427 trabajos originales de 345 autores; 116 asturianos, 181 del resto del Estado Español y 48 internacionales, principalmente de Argentina, Bolivia, Uruguay y Chile, con alguna presencia de Alemania, Suecia, Gran Bretaña y Costa Rica.

Aquí no pasa el tiempo

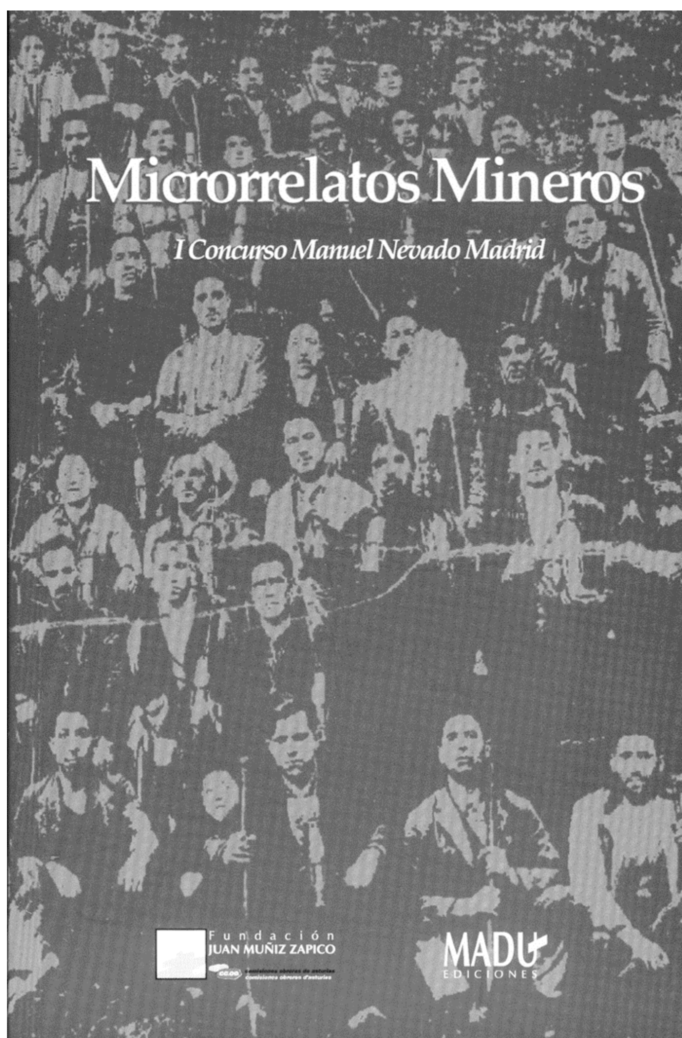
"Rompe… rompe… rompe hermano el silencio…"

Canción del minero ciego

Los gringos abandonaron esta explotación cuando la revolución empezó a meterse con el negocio del oro y la plata. Acá abajo quedaron las piquetas y muchos carros a medias cargados de mineral. Apagaron los hornos y desactivaron los molinos, las zarandas, las plantas de amalgama y las mesas de lavado. Al fondo de la galería 27 quedaron también los cuerpos de muchos compañeros fusilados durante la última huelga, unos meses antes de que a los misters se les diera vuelta la tortilla. Alguien susurró la orden de acarrear todos los muertos hasta la 27, que habíamos clausurado porque a esta profundidad se filtra un arroyito de agua sulfurosa desde el hogar mismo del volcán, que desde que se extinguió empezaron a enfriarse los gases y a subir el agua. Cuando los gringos abandonaron la mina, el azufrado ya tapaba los cuerpos y se echaron encima varias carretilladas de salitre. Al menos los dejamos a salvo de las ratas. Hicieron correr la voz de que iban a barrenar las últimas galerías para que nadie pudiera sacar provecho de las instalaciones ni de los cadáveres. Me quedé acá abajo porque nada había arriba que me llegara a interesar. Mis ojos no podían ver flamear las banderas de la revolución, dos hijos están sepultados debajo del salitre y su madre murió poco después de pena y privaciones. En el apuro de la huida, en medio de los gritos de los capataces y las amenazas de los soldados, nadie tomó en cuenta mi demora. Salvo el viejo Ezequiel, quien conocía mi decisión.

De todos modos los gringos no se animaron a dinamitar las galerías porque la revolución ya ganaba las calles y se la veían venir. No estoy del todo ciego, pero no puedo abrir los ojos a la luz del sol. Mis pupilas permanecen dilatadas día y noche, acomodadas para captar la escasa iluminación de las lámparas de carburo en la negrura de los socavones. Aquí no pasa el tiempo. Y si pasa nadie se entera. Me entretengo trabajando pequeñas porciones de mineral para modelar figuras de guanacos, vicuñas y otros motivos que me nacen de la imaginación.

Cada tres o cuatro semanas Ezequiel me baja un balde de provisiones con uno de los aparejos de mano y se lleva un puñado de mis animalitos. El agua no es mala, salvo el ligero gusto al azufre, pero uno se acostumbra. Ya casi no quedan vestigios del salitre. ▮


Microrrelatos Mineros
I Concurso Manuel Nevado Madrid
Fundación
JUAN MUÑIZ ZAPICO
MADU
EDICIONES

El guiño

- Segundo Premio I Certamen Nacional de Cuento "Macedonio Fernández" / Círculo Médico Lomas de Zamora / Lomas de Zamora (BA) 2004.
- Primer Premio IV Concurso Nacional de Cuento "Malvinas Argentinas" / Biblioteca Popular Héroes de Malvinas, Lobos (BA) 2006.
- Integra el volumen *1º Concurso Nacional Macedonio Fernández CMLZ de Poesía y Narrativa breve* / Círculo Médico de Lomas de Zamora, sin ISBN y sin colofón.
- Integra el volumen *Tercera fundación* (Premio Literario narrativa de ficción "Ciudad de Rosario" 2006, Editorial Municipal).

Una convocatoria —la del Círculo Médico— con detalles extraños. Convocan Cuento y Poesía, siendo ambos géneros excluyentes: solo se puede optar por uno. Citan a todos los participantes a un acto en la sede de la institución para conocer el fallo. La convocatoria es de carácter nacional y hay intervenciones de San Pedro, de San Lorenzo, Rosario, Mar del Plata… creo que alguno de la Patagonia. O sea, pretenden que la gente se movilice desde muy lejos. Para enterarse —en el mejor de los casos— de que han ganado 400 pesos, lo cual a muchos no le cubre ni el gasto de viaje. Vuelven a citar a todo el mundo un mes después para entregar a cada cual un ejemplar de la antología con los trabajos finalistas. Fecha que se pospone finalmente para diciembre. Me comunico con la organizadora explicando que no puedo asistir ese día por un aniversario familiar y pido por favor me lo envíen por correo. La respuesta es "los doctores no me dan un peso más, dicen que les salgo más cara que una amante francesa" [sic]. Ofrezco hacerme cargo del franqueo. No hay respuesta. Me dirijo por carta al presidente de la comisión de cultura (CODIC). Sin respuesta. Una segunda, sin respuesta. Sigo esperando dos meses más. Al fin un libro por correo, sin comentarios ni disculpas ni siquiera un saludo.

En cambio el acto de premiación en Lobos tuvo toda la emotividad emergente de la presencia de varios veteranos de guerra del '82, algunos de ellos miembros de CD de la Biblioteca. Entregamos, en homenaje y como recuerdo, una plaqueta de la Biblioteca Popular López Camelo.

El guiño

Al adelantar el pie derecho volví a dudar. Entorné los ojos, jugándome a tropezar con el breve desnivel y hacer un papelón. Pero necesitaba ayuda. Tal vez más que ayuda, una ratificación, un guiño. No sé por qué (sí que lo sé, por supuesto) esto me pone en pantalla la cara del general. Y como un disparador, todo lo que vino atrás. Bien ordenadito pero todo enquilombado ¿entendés? Para qué te pregunto. Esa manía de pedir permiso, de buscar confirmaciones que nadie te puede dar. Y si pueden es lo mismo. A nadie le interesa dártelas. Ni confirmaciones ni nada. Solamente dudas. ¿Quién fue mi padrino (o madrina) de confirmación? Primero tendría que ubicar la época. Antes de la colimba, eso seguro. Y en la primaria posiblemente no. Entre los doce y los dieciocho entonces. Un dato medio pobre, algo vago.

Pensé vago y sentí la mirada del tipo. No quería abrir los ojos porque sabía que estaba ahí. Frente a mí con su mirada despectiva. Son ratas que quisieran meter la mano en el bolsillo y sacar un grande. Tirártelo con gesto de tomá pibe. Sienten que al llamarte pibe se ven menos arrugados. Pero el alma no te la podés planchar, hermano. Te relojean de arriba abajo y cierran los ojitos, haciéndose los giles. Somos muchos. Esa moneda que no querés soltar te quema en el bolsillo. Vos sabés por qué.

Estos negros de mierda son capaces de cualquier cosa para dar lástima. Estás bastante cambiado, hijo de puta. Pero las canas y el portafolios y el citizen que se te escapa por la manga no dan para armar el personaje.

Bajá la vista cuando te hablo, turrito. Sí la bajo. Sí qué tagarna. Sí, mi teniente primero. La bajo justo para darme cuenta que un reloj de ese precio encima de estas vendas roñosas, casi en el codo, sería una boludez. Así con los ojos cerrados lo veo clarito. Colores y ruido todo de golpe. El sistema de tracking automático está ajustando la imagen.

Esto no es joda, manga de maricones. Se pueden ir olvidando de mamita y de las milanesas con puré. Si no les cierra el menú del día van a tener que buscar algún gringo o copar una chacra. Ni que fuera brujo el desgraciado. No ese día ni esa noche. Pero el viernes o el sábado dimos con la casa y con la mujer. Es increíble lo rápido que se aprende cuando tu vida depende de las orejas y una bayoneta. Tendría unos cuarenta y tantos. Y hasta ahora nunca supe si la mirada era de miedo o de desprecio. Posiblemente las dos cosas. Después de una semana de fajina a media ración no te queda demasiada paciencia. Si hace falta les cortan las manos. Estas inglesas manejan armas y son de cuidado. Total igual les pueden abrir la bragueta con los dientes.

Y se reía el hijo de puta. Pero cuidado con los testigos. Si se dejan madrugar ni cristo los salva del consejo de guerra.

En realidad ni confirmé ni me confirmaron nada. Pero creo que fue Gastón, claro. Enchufarme dos o tres sacramentos era medio como echar hortal para espantar los grillos topo o liquidar hormigas.

Que el mundo es redondo ya no lo dudo. Dimos la vuelta y ahora el topo sos vos, pelotudo. Convencido de que si le das a la palita y a las uñas y dejás la piel de las rodillas en esta tosca de mierda hasta podés seguir respirando. Sin averiguar qué es lo que te tironea de las tripas y de los huevos. No, tenés razón, eso quedó colgado en la puerta del cuartel, hace tanto tanto tiempo.

Nada de fasos, manga de boludos. Los ven a un kilómetro y son boleta. Duermen encima de los infrarrojos y los telémetros estos culos rotos.

Abro un cachito los ojos para ordenar la película. Cambiaste bastante pero esa mirada no me engaña, no la olvidaría aunque viva mil años. Te pasaste el portafolios a la zurda. Para desenfundar más cómodo, claro. Te diste vuelta después de ladrar bajito *andá adelante que te cubro*. Alcancé a mascullar que era más seguro el pozo, a pesar del barro y el olor a mierda y a fiambre congelado. Con el gruñido del seguro me convenciste. Tienen que avanzar hasta el punto de encuentro a las cero más ochenta y cinco. Hay un mortero atrás del montecito. Y un par de rastreadores por satélite entre esa posición y el Kent. Hay que volarlos para poder zafar.

Y claro teniente, pensaste que no valía la pena hablar lo de las minas. Al fin de cuentas yo tenía fama de discutidor al pedo y nos podíamos pasar la noche en ver si eran inglesas o nuestras. *Mirá dónde ponés los pies*, es lo único que dijiste. Tranquilo que te cubro. Y ahí estaba la noche y el Kent adelante y treinta pasos atrás el turro con el fal apuntándome al centro del culo. Yo también abrazaba el mío. Aun sabiendo que si me llegaba a temblar el dedo me bajaban de una. Pero mirá lo que son las cosas, siempre pensando que el peligro estaba allá adelante. Tratando de adivinar la ubicación del mortero pero sin perder de vista los dos murciélagos. Decían que te marcan un atado de fasos desde cuatrocientos kilómetros de altura. Y el oficial de tiro, calentito y sin mojarse te apunta en una computadora de bolsillo y fuiste.

Sé que no pude pensar nada. Fue todo junto mi pie derecho y el relámpago, avanzando con bastante calma porque te lo

habías guardado para vos. Y yo en medio de un calorcito que me subió de golpe por las piernas y el sol de repente cuando faltaban todavía casi tres horas para el amanecer.

Me estás marcando y te miro y no sabés. Es decir sabés pero no sabés si yo sé. Me vas a querer primerear con ese guiño de turro y el billete de dos pesos que apareció de repente en tu mano y el gesto amistoso de señalarme el asiento para discapacitados y ayudarme a parar las muletas contra la ventanilla. ▮



Ricardo Guette, presidente de la Biblioteca; Gregorio y la madre de uno de los veteranos de Malvinas.

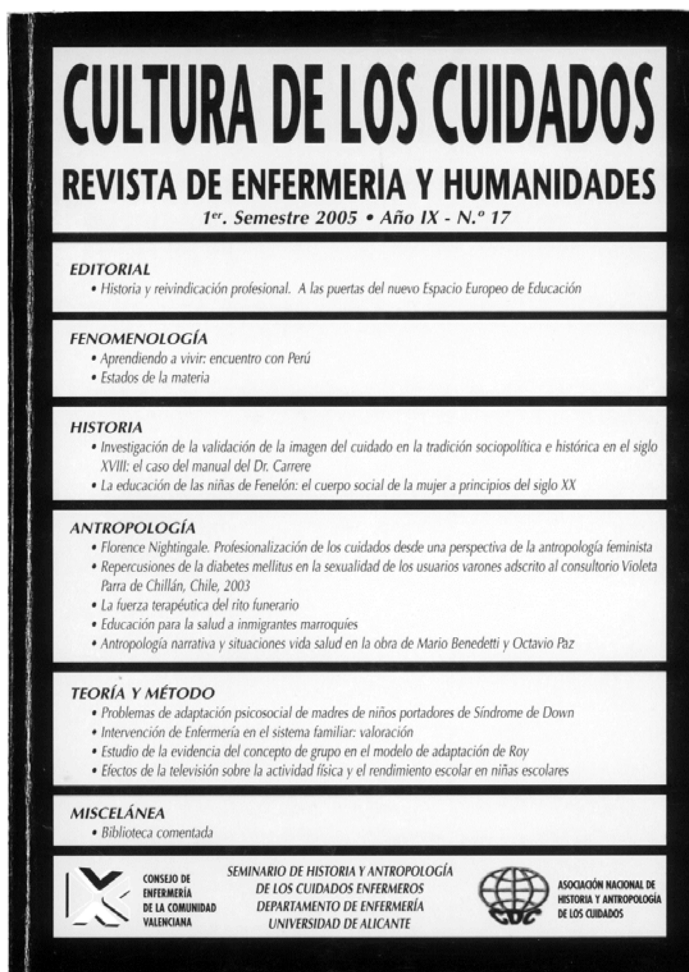

CERTIFICADO
Biblioteca Popular Héroes de Malvinas
4º Certamen Nacional de Literatura
Premio "Malvinas Argentinas"
Al Escritor Gregorio Echeverría
1º Premio Cuento
Lobos, Abril de 2006
Alejo F. Calvo Rey
Secretario
Ricardo Guette
Presidente
PERGAMINO CX 4
MAG EDICIONES
INDUSTRIA ARGENTINA

Estados de la materia

- Accésit VIII Premio Internacional “Vida y salud” / Escuela Universitaria de Enfermería (Universidad de Alicante) España 2004.
- Publicado en la revista *Cultura de los cuidados* 1r. semestre 2005, año IX, N° 17, págs. 11/15. ISSN 1138-1728, pag. 11.
  http://rua.ua.es/dspace/handle/10045/1003



Captura de pantalla 15 de marzo 2009



CULTURA DE LOS CUIDADOS

REVISTA DE ENFERMERIA Y HUMANIDADES

1er. Semestre 2005 • Año IX - N.º 17

EDITORIAL
- Historia y reivindicación profesional. A las puertas del nuevo Espacio Europeo de Educación

FENOMENOLOGÍA
- Aprendiendo a vivir: encuentro con Perú
- Estados de la materia

HISTORIA
- Investigación de la validación de la imagen del cuidado en la tradición sociopolítica e histórica en el siglo XVIII: el caso del manual del Dr. Carrere
- La educación de las niñas de Fenelón: el cuerpo social de la mujer a principios del siglo XX

ANTROPOLOGÍA
- Florence Nightingale. Profesionalización de los cuidados desde una perspectiva de la antropología feminista
- Repercusiones de la diabetes mellitus en la sexualidad de los usuarios varones adscrito al consultorio Violeta Parra de Chillán, Chile, 2003
- La fuerza terapéutica del rito funerario
- Educación para la salud a inmigrantes marroquíes
- Antropología narrativa y situaciones vida salud en la obra de Mario Benedetti y Octavio Paz

TEORÍA Y MÉTODO
- Problemas de adaptación psicosocial de madres de niños portadores de Síndrome de Down
- Intervención de Enfermería en el sistema familiar: valoración
- Estudio de la evidencia del concepto de grupo en el modelo de adaptación de Roy
- Efectos de la televisión sobre la actividad física y el rendimiento escolar en niñas escolares

MISCELÁNEA
- Biblioteca comentada

CONSEJO DE ENFERMERÍA DE LA COMUNIDAD VALENCIANA

SEMINARIO DE HISTORIA Y ANTROPOLOGÍA DE LOS CUIDADOS ENFERMEROS
DEPARTAMENTO DE ENFERMERÍA
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

ASOCIACIÓN NACIONAL DE HISTORIA Y ANTROPOLOGÍA DE LOS CUIDADOS

Cubierta de la revista académica donde fue publicado el trabajo.

ESTADOS DE LA MATERIA

Gregorio Echeverría

STATUS OF THE MATTER



Alguna tarde, después de barrer las hojas de los robles, echar algo de comida a los pájaros y recoger la ropa colgada, me sentaba bajo el limonero. Y es como si el aire se espesara, congelado el cotorreo de horneros y zorzales y acallado el arrullo de las torcazas y las palomitas de la virgen. Ni ranas ni grillos. Ni voces, por supuesto.

Para mí los crepúsculos fueron siempre mágicos. Nombrarlos es ya evocar pasajes de la infancia que navegan en redondo con las velas plegadas, esperando sólo el empuje del vientito que las primeras sombras habrán de traernos desde el río.

> *Cuando el sol toca a su ocaso y el horizonte se cubre de áureos reflejos, cuando los árboles están muy quietos porque los pájaros duermen en sus nidos, cuando la primera estrella brilla a través de la ventana del cuarto de Nene, ha llegado la hora de emprender el viaje al País de los Sueños.*

Mi primer libro de cuentos es creo también mi primer recuerdo. Y el recuerdo acaso de la madre que siempre soñé que tenía pero solamente venía a mi lado por las noches y se parecía muy poco a ella. En esa hora imprecisa entre las últimas luces y las primeras sombras está el límite.

El limonero tiene su propia historia. Un arbolito chueco y enfermizo de un vivero de Del Viso. Tal vez esa misma chuequera, esa debilidad insalvable, son los callados y secretos vínculos que una y otra tarde me anclan en silencio debajo de sus ramas. *Era la tarde y la hora*. Los versos del casi tatarabuelo lamen con suavidad las arenas de mi playa dolorosa de negaciones y fracturas. Mis huesos recuerdan un yeso que no ha pasado de los sesenta días reglamentarios y la consabida muleta y el necesario bastón. Pero el corazón y el alma acusan rastros más hondos, menos cicatrizados. Heridas que no hubiera logrado componer el cirujano más hábil ni el yesero más diestro. Heridas que con el tiempo se han ido convirtiendo en pesadillas y mucho más tarde en poemas.

Debajo del limonero se me ocurrió la idea. Sobre mi mesa de trabajo dormitan carillas inconclusas, unas cartas que releo con usura cuando el aerosol ya es insuficiente, el mapa invisible de un tesoro que sólo yo me atrevo a convocar cuando el mercurio trepa la pared de las retortas y amenaza con inundar la habitación. Se me ocurrió recordando un poema en que Vallejo habla de sus huesos húmeros.

Al pensarlos recuerdo a mi vez -sin razón lógica aparente- la peluda cuestión de los valores de cambio y los valores de uso. Casi insensatos conceptos de economía política pegados en el fondo del vaso desde los años de facultad. Fondo que hábilmente el guía (mi terapeuta) trata de revolver y rascar en las sesiones de los viernes, pero que yo escamoteo con la habilidad que dan los años y los porrazos. El diablo sabe por diablo. Al fin de cuentas, mi vida es una seguidilla de proyectos y partidas. De naufragios y regresos. Claro, siempre hay un puerto hospitalario. Siempre alguna isla a mediodía. Un palenque. Un limonero. Siempre -casi siempre- una mano. Una sonrisa. Esas sonrisas otorgadas sin exigir nada a cambio. Casi todo lo que se siembra germina. Casi todo lo que germina florece. Casi todo lo que florece da fruto. Muy pocos frutos maduran. Porque hay que cortarlos antes de que los corte el vecino. Para llevarlos al mercado antes que lleguen los del vecino.

Estados de la materia

Alguna tarde, después de barrer las hojas de los robles, echar algo de comida a los pájaros y recoger la ropa colgada, me sentaba bajo el limonero. Y es como si el aire se espesara, congelado el cotorreo de horneros y zorzales y acallado el arrullo de las torcazas y las palomitas de la virgen. Ni ranas ni grillos. Ni voces, por supuesto. Para mí los crepúsculos fueron siempre mágicos. Nombrarlos es ya evocar pasajes de la infancia que navegan en redondo con las velas plegadas, esperando solo el empuje del vientito que las primeras sombras habrán de traernos desde el río.

> *Cuando el sol toca a su ocaso y el horizonte se cubre de áureos reflejos, cuando los árboles están muy quietos porque los pájaros duermen en sus nidos, cuando la primera estrella brilla a través de la ventana del cuarto de Nene, ha llegado la hora de emprender el viaje al País de los Sueños.*

Mi primer libro de cuentos es creo también mi primer recuerdo. Y el recuerdo acaso de la madre que siempre soñé que tenía pero solamente venía a mi lado por las noches y se parecía muy poco a ella. En esa hora imprecisa entre las últimas luces y las primeras sombras está el límite.

El limonero tiene su propia historia. Un arbolito chueco y enfermizo de un vivero de Del Viso. Tal vez esa misma chuequera, esa debilidad insalvable, son los callados y secretos vínculos que una y otra tarde me anclan en silencio debajo de sus ramas. *Era la tarde y la hora*. Los versos del casi tatarabuelo lamen con suavidad las arenas de mi playa dolorosa de negaciones y fracturas. Mis huesos recuerdan un yeso que no ha pasado de los sesenta días reglamentarios y la consabida muleta y el necesario bastón. Pero el corazón y el alma acusan rastros más hondos, menos cicatrizados. Heridas que no hubiera logrado componer el cirujano más hábil ni el yesero más diestro. Heridas que con el tiempo se han ido convirtiendo en pesadillas y mucho más tarde en poemas.

Debajo del limonero se me ocurrió la idea. Sobre mi mesa de trabajo dormitan carillas inconclusas, unas cartas que releo con usura cuando el aerosol ya es insuficiente, el mapa invisible de un tesoro que solo yo me atrevo a convocar cuando el mercurio trepa la pared de las retortas y amenaza con inundar la habitación. Se me ocurrió recordando un poema en que Vallejo habla de sus huesos húmeros.

Al pensarlos recuerdo a mi vez —sin razón lógica aparente— la peluda cuestión de los valores de cambio y los valores de uso. Casi insensatos conceptos de economía política pegados en el fondo del vaso desde los años de facultad. Fondo que hábilmente el quía (mi terapeuta) trata de revolver y rascar en las sesiones de los viernes, pero que yo escamoteo con la habilidad que dan los años y los porrazos. El diablo sabe por diablo.

Al fin de cuentas, mi vida es una seguidilla de proyectos y partidas. De naufragios y regresos. Claro, siempre hay algún puerto hospitalario. Siempre una isla a mediodía. Un palenque.

Un limonero. Siempre —casi siempre— una mano. Una sonrisa. Esas sonrisas otorgadas sin exigir nada a cambio. Casi todo lo que se siembra germina. Casi todo lo que germina florece. Casi todo lo que florece da fruto. Muy pocos frutos maduran. Porque hay que cortarlos antes de que los corte el vecino. Para llevarlos al mercado antes que lleguen los del vecino.

Estar debajo del limonero tiene precisamente esto de saltar con libertad de un recuerdo a otro. De un poema al anterior o al siguiente. Y después ese otro entretenimiento atrapante de intercambiar entre sí los versos de un poema. Después empezar con un poema y seguir con otro. Volviendo al primero o no. Da capo. Y terminar mezclando un verso de un poema de Khayyam con otro verso de Verlaine o uno de Prèvert con otro de Juarroz. Sabemos ya que nadie inventa nada. Uno no hace sino caminar por la playa y meter las manos en el agua. Durante el día no ocurre. Pero al anochecer empiezan a llegar cosas. Pedazos de madera, las tapas de un libro mordisqueado por los cangrejos. El capuchón de una lapicera que perdimos en un recreo de primer grado. La primera lágrima de amor. El sabor del primer beso. El dolor de la primera despedida. Más tarde, si no hay luna, empiezan a quedar sobre la playa estrofas olvidadas, versos sueltos, algún título o la hoja de una revista, dos o tres pétalos de la flor seca que usábamos de señalador entre las páginas de Baudelaire o de Whitman. Y entonces uno se inspira y copia. Ignorando que bajo otros dolores y a la sombra de otras constelaciones también ellos metían las manos en el agua. Fingiendo ignorar que todo es una misma agua y el idéntico mar que alguna vez llevó las naves aqueas frente a Troya y también a maese Polo hacia las tierras del Gran Khan y al Corsario Negro contra la calma traicionera del Mar de los Sargazos. El agua primordial que ya era agua an-

tes de que alguien uno separara las aguas de las aguas y las tinieblas de las tinieblas.

Siempre nos queda —siempre me quedó— el recurso zaino de manotear un *nihil novum ab sole* o cualquier otro lugar común de esos que nos sacan del paso cada vez que metemos las manos en un plato y en lugar de la tajada encontramos otras manos más hambrientas o por lo menos más rápidas que las nuestras. Conque sabemos (pretendiendo ignorarlo) que buena parte de los aplausos que agradecemos con una sonrisa displicente son en realidad para Novalis o para Quasimodo. Que con los años lo único cierto serán la salazón del agua y la soledad de la playa. Argumentando frente a la luna cuarteada de un espejo de campaña que también Quasimodo y Novalis han agradecido con sonrisas displicentes poemas que antes habrían sido aplaudidos a Eurípides o a Schiller.

No me parece justo esconder el hecho de que el limonero tampoco me pertenece. Una metáfora, en todo caso, sospechosamente emparentada con los olivos del Huerto. Con los cerezos del Jardín. Con el Aromo del perdón. Con el pino de San Lorenzo. Con el Manzano histórico. Con la encina del bosque de Nemi. Con el General Sherman. Con el limonero real (con Juani fuimos compañeros de facultad antes de que él partiera hacia los aplausos y yo hacia mis primeros arrepentimientos). Hasta diría, cayendo a lo más pedestre, con los arbolitos de Navidad.

Pero hubo siempre árboles en mis experiencias y en muchos poemas. Yggdrasil. Las casuarinas de la isla. Los palos borrachos que nos tentaban con sus corolas blancas y rosadas y con sus pepinos rellenos de algodón. Miss Lucy, aquella profesora de inglés casada con un arqueólogo, trajo por primera vez a mi vida —aparte del sabor excesivo de la ginebra— la fascinación

de la palabra sequoia. Y nos deslumbraba con las descripciones de Yellowstone y del Old Faithfull.

Hay también en la pequeña historia un paltero que dejó con los años su recuerdo, una herida y algún poema. Unos eucaliptus de una quinta en La Reja. Las tipas que bordeaban las veredas anchas de avenida Francia, en Rosario mi ciudad natal en medio de las pampas. Es difícil vaciar el vaso cuando empieza a subir el nivel del líquido más rápido que nuestra propia sed.

Y uno recuerda las sanciones de Onan y no se atreve. La sed no es nada, Sprite es todo. ¿Quién me paga este chivo?

Yendo bastante más atrás, está el baobab del Principito. El cedro del Arca. El olmo viejo herido por un rayo y en su mitad podrido. La higuera de doña Paula. La bignonia de Gastón. Uno sigue abriendo y abriendo cajoncitos y leyendo etiquetas.

¡Cuánto texto, cuánta información para tapar qué! *Words, milord, only words*… Una estrofa de Joaquín Castellanos capaz de matar un dinosaurio. *Allí un árbol frondoso en campo ameno / gentil se ostenta sobre verde alfombra / ocultando e l cadáver que a su sombra / lívido cuelga de una rama en flor…*

Desde entonces se me ve sentado cada atardecer debajo del árbol. En verano los mosquitos me rodean zumbando, presintiendo en esta presencia intrusa detalles de sabe Dios qué historias de ciénagas y de fiebres. Pero ante mi impavidez terminan por aceptarme como una pieza propia del pequeño mundo de arbustos y enredaderas.

Con los primeros fríos resulta más duro el ejercicio. Pero poco a poco, una hora hoy, dos mañana, me voy adaptando a las inclemencias de la estación. Eso sí, el frío me dificulta las cosas.

Consumida la última partida de aerosoles, recurro a una gimnasia respiratoria entresacada de Yogi Ramacharaka, Swami Vivekananda y Nacha Guevara. Aunque esta última me ha servido más bien para las visualizaciones.

Curiosamente, siendo la menos consistente entre las diversas imágenes, conservo sin embargo el recuerdo nostalgioso de nuestros primeros encuentros en el Di Tella. Era por supuesto otra época de ella. Y también mía, con lo cual todo queda en su debido lugar. Pero el manejo de las distintas prácticas me permite finalmente dominar primero el frío y luego incluso el rocío y la llovizna.

Nunca fui consciente de las razones que me llevaron a este hábito. Tal vez el darme cuenta de que a medida que se aquieta el cuerpo, todo va cobrando un ritmo más suave… más aceptable. Casi agradable. Por supuesto que al principio pesaban las obligaciones. Es increíble la fuerza con que las rutinas nos tironean y nos encadenan. Es más, la cuestión comenzó por pasar un rato tranquilo bajo el limonero, como para poner un paréntesis al cúmulo de llamadas telefónicas, facturas impagas, reclamos de acreedores, noticieros preocupantes y demandas parentales. Últimamente, las noticias del mundo me invaden en cierto modo a contrapelo. A la radio del comienzo se sumaron la televisión primero e internet después. Es cuando descubrí que cada día ocurren más cosas en el mundo. Punto uno. Y que —casualidad— las cosas que pasan parecen seguir un proyecto o especie de libreto. Punto dos. En realidad, son casi siempre las mismas cosas, contadas de distinta manera. Con música más impactante. O con fotografías más truculentas. Alguien explicó que se trata de una respuesta obligada ante el hecho comprobable de que los niveles de percepción son cada vez más bajos. O que las

neuronas vienen pinchadas. Lo cierto es que el día se me hace corto. Conste que realicé el mayor esfuerzo por ordenar las cosas con cierta sensatez. Comenzando por espaciar las salidas hasta eliminarlas por completo. Descubrí que son casi innecesarias. El mundo puede venir a visitarme, llegado el caso.

Además mi vida social nunca fue abultada. Suprimí primero la siesta, un arrastre de provincia que me robaba horas semanales. Corté además las sobremesas y las tertulias, esa módica gimnasia que generalmente aprovechamos para que los demás se enteren de lo mucho que nos deben. Y que ellos —astutamente— utilizan para explicarnos cuánto uno les debe. Clearing dificultoso, ciertamente, que surge me parece de que usamos en cada una diferentes aritméticas y una vara nada fiel.

Comprobé por fin —no sin satisfacción— que el mundo va aprendiendo a arreglarse sin mí. No crean que es fácil tomar consciencia de un hecho de tal magnitud. Uno teme por el destino del mundo. No somos Atlas pero en el fondo de cada corazoncito anida una pizca de responsabilidad, como una vocecita que nos recuerda constantemente obligaciones que estamos desatendiendo. Impuestos. Colectas. Misas. Festivales. Elecciones. Censos. Convocatorias de acreedores. Marchas de apoyo. Marchas de protesta. Ni hablar de las conyugales, maternas, paternas, filiales y fraternas. Es un punto más bien delicado y creo que no viene al caso.

La cuestión es que terminé instalándome debajo del limonero en forma permanente. O sea, para que se entienda: un atardecer de primavera, unos años antes de finalizar el siglo, me senté debajo del árbol y nunca más me moví de allí.

Vale la pena destacar que como este proceso se ha ido produciendo a lo largo de meses —años— no hubo demasiada

sorpresa en el entorno. Los problemas más importantes de la familia hace tiempo que se han archivado. De común acuerdo o no. Tal vez de común desacuerdo, que suena mucho más normal. Es increíble, pero una vez que uno asume la decisión de soslayar los problemas importantes, otra generación de nuevos problemas sube el escalón vacante. Debe ser —supongo— un mecanismo natural de conservación del equilibrio o cosa parecida. Como la cuestión de la entropía, para que me entiendan. O —mirándolo de otro modo— como una botella de Klein.

Uno de entrada cae en la tentación de aceptar la camada postiza de problemas y los adopta feliz y contento. Convengamos en que tener problemas nos da una agradable sensación de importancia. Y es que en el fondo cada uno sabe que debe estar en el momento preciso en el lugar adecuado para que todo siga andando.

Bueno, la cosa se repite una, otra y varias veces. Depende de cada cual. Hasta que uno se da cuenta y para la pelota. Porque uno no es estúpido. En realidad no es así de simple.

Pareciera que los problemas, creo con toda franqueza que no hablo de mi caso solamente, exhiben una especie de propiedad autogenerativa —o autorregenerativa— apuntada en exclusivo a reemplazar unos problemas por los subsiguientes. Creo que acá puede estar uno de los probables orígenes del dos por uno. Porque, eso sí, resolvés (o posponés) uno y te aparecen dos. O sea que al llegar a la docena la cosa se empieza a poner seria. Y si uno se detuviera a echar cuentas y a escribir una modesta lista ¡guau!

Para que se entienda, problemas de un primer escalón serían, por ejemplo, el big bang, la teoría del origen de las especies, la manipulación genética o la propagación del sida.

Ahí nomás tenés para diez o quince carillas. Después (bajando un poco) la vejez, el hambre, los cambios de clima, el agujero de ozono, etc. Siguiendo hacia abajo, podríamos encolumnar la clonación, el control de la natalidad, las insuficiencias sexuales. Más abajo aún, la corrupción, los escándalos del jet set, la mala leche de los kelpers, la mala leche de los palestinos, la mala leche del fondo monetario, para una genuina explotación en serie de la mala leche. Suma y sigue ¿entendés?

Calculá que nos dejamos afuera la contabilidad minuciosa de lo que se usa, de lo que se dice, de lo que se debe.

Excluyo rubros obvios como la malaria, los piojos, la transexualidad, las infidelidades y el desempleo. Y dejo lugar —of course— para eventos que uno no puede soslayar aunque no los tenga en la lista. Por ejemplo el suicidio (¿…?) de Yabrán, la muerte de Rodrigo o el asesinato de Favaloro. Y que en el mismo momento de acaecer, ocuparán *motu proprio* su lugar en la escala. Amén de una sección aparte para Diego dixit, Madonna dixit, Su Santidad dixit, el General dixit… Está claro que la lista es abierta y prácticamente infinita. Paciencia es lo que sobra y necesidad de apuntar más problemas también.

No por previsible la jugada pasó por alto. Porque una cosa es tener todos los días a mano un imputado a quien demandar, inculpar, justificar (o no), requerir, solicitar, ordenar, querellar, execrar, perdonar, no perdonar, descalificar, categorizar, ridiculizar, interrogar, cuestionar, etc. y otra bien distinta es de repente no tenerlo.

Nadie lo hubiera sospechado. Pero esa última —previsible— jugada, patea el tablero. La casa queda en silencio. Radio, tele, ladridos, rezongos, nada. Alguien se ocupa de enfundar el piano y el centro musical. Otro —o el mismo— piensa que es

mejor desconectar el timbre de la puerta de calle, para ahorrarme sobresaltos. Se empieza a lavar todo a mano, para evitar los ruidos de la máquina lavarropa y el secador. Aspiradoras y lustradoras retornan a sus fundas y estuches y la limpieza vuelve a quedar a cargo de escobillones y plumeros. Se asordinan los teléfonos y hasta las alarmas, para prevenir disparos imprevistos.

Me sentí los primeros días algo incómodo. No por la novedad de la quietud y la postura, pues acreditaba ya una larga práctica. Sino porque estaban todo el día a mi lado. Al principio casi airados. Después, poco a poco, la bronca cedió paso a la curiosidad. Que se fue trasformando a su vez en una suerte de resignación. Y finalmente nada. Indiferencia. U olvido. Tal vez ambas cosas.

Percibirlos —no diría verlos o sentirlos— a mi alrededor, me producía al comienzo, como decía, alguna ligera incomodidad. Subrayo lo de ligera. Todo mi sistema comunicacional está también desconectado. Sé que hay que empezar a caminar hacia adentro, hacia un centro cuya ubicación exacta desconozco, pero que en alguna parte de mi interior está. Para quienes no han tenido alguna experiencia parasíquica, es como entrar en varias etapas a un estado de extrañamiento (no enajenación), una suerte de inmersión en un medio ni líquido ni sólido. Una como jalea traslúcida que atenúa la luz, los sonidos y las formas.

Mi propia visión acerca de mí mismo es sentirme metido en una esfera de gelatina semiopaca. Por primera vez en muchísimo tiempo, dejé de preocuparme por la respiración. Por supuesto que del mismo modo dejé también de preocuparme por la piel y por la sangre. Pero me refiero especialmente a la respiración, porque más de la mitad de mi vida dependí —en el cabal sentido— de los aerosoles. Incluso no soportaba ni la idea de un

encierro. Preocupación que también desapareció de mi pensamiento. Y cuando digo pensamiento, aquí es donde se produce tal vez el cambio más sensible. Antes de elegir este definitivo modus vivendi, ya que ni siquiera me atrevería a llamarlo habitat, mis mecanismos mentales eran los habituales. Un pensamiento por vez —dos a lo sumo— siguiendo una línea más o menos coherente. Separados (de modo casi imperceptible) por intervalos de silencio o quietud mental. Ahora, en cambio, todos mis pensamientos conviven instante por instante y no los siento asentados en ningún punto particular de mi cuerpo.

Por cierto conservo intacta mi capacidad de hablar. No así la de escuchar. Y tampoco creo que ellos me escuchen, porque mientras les hablo me miran en silencio sin dar la mínima señal de comprensión. Claro que no es pensable que esta especie de gelatina que me rodea sea capaz de trasmitir sonidos. Tampoco parece permitir la visión desde afuera, porque si me muevo no me siguen con la vista. En cambio yo los observo perfectamente, aun a través de este medio que hace como de absorbente o de filtro. Pero eso es todo. Por lo demás —y excepto que me cuesta apreciar el trascurso del tiempo— diría que la situación no es para nada incómoda y creo haber tomado una decisión conveniente.

Nosotros lo vemos bien. La inmovilidad es total. Pero el médico nos tranquilizó desde el primer día. Todos los signos vitales —apocados— están presentes. No hablamos de moverlo y el doctor piensa que no sería aconsejable por el momento. Todavía no sabemos cómo se alimenta. No ha querido abrir la boca ni para recibir líquidos. Pero por otra parte su rostro no denota sufrimiento ni malestar. Ni la respiración más tenue se aprecia. Pero respira.

Tampoco se le suministra suero, aunque tenemos un frasco siempre a mano. Nos hubiera gustado poderlo afeitar. Controlar el peso. Lavarlo. Pero los médicos están de acuerdo al respecto. Nada. Absolutamente nada por ahora. Salvo que él mismo manifieste alguna necesidad o deseo, lo mejor es estar cerca y observarlo todo el tiempo. Cabe una posibilidad de que se trate de un estado transitorio. La enfermedad en sí no responde a nada conocido.

En rigor de verdad, los médicos ni se animan a hablar de enfermedad. Para mí este hombre está más sano que usted y yo —fue la última confidencia del neurólogo— pero no me pida que se lo ponga por escrito.

La realidad es que casi no molesta. No parecen afectarlo el frío, el calor ni la lluvia. No requiere el menor cuidado. No necesita compañía.

Creo —Dios me perdone— que nunca se lo vio más feliz. Y uno se acostumbra con el tiempo. Sobre todo sabiendo que está ahí. Que podemos verlo con asomarnos a la ventana y cada vez que vamos a sacar unos limones o a regar las plantas. ▮

do. Una como jalea translúcida que atenúa la luz, los sonidos y las formas.

Mi propia visión acerca de mí mismo es sentirme metido en una esfera de gelatina semiopaca. Por primera vez en muchísimo tiempo, dejé de preocuparme por la respiración. Por supuesto que del mismo modo dejé también de preocuparme por la piel y por la sangre. Pero me refiero especialmente a la respiración, porque más de la mitad de mi vida dependí -en el cabal sentido- de los aerosoles. Incluso no soportaba ni la idea de un encierro. Preocupación que también desapareció de mi pensamiento. Y cuando digo pensamiento, aquí es donde se produce tal vez el cambio más sensible. Antes de elegir este definitivo modus vivendi, ya que ni siquiera me atrevería a llamarlo habitat, mis mecanismos mentales eran los habituales. Un pensamiento por vez -dos a lo sumo- siguiendo una línea más o menos coherente. Separados (de modo casi imperceptible) por intervalos de silencio o quietud mental. Ahora, en cambio, todos mis pensamientos conviven instante por instante y no los siento asentados en ningún punto particular de mi cuerpo. Por cierto conservo intacta mi capacidad de hablar. No así la de escuchar. Y tampoco creo que ellos me escuchen, porque mientras les hablo me miran en silencio sin dar la mínima señal de comprensión. Claro que no es pensable que esta especie de gelatina que me rodea sea capaz de transmitir sonidos. Tampoco parece permitir la visión desde afuera, porque si me muevo no me siguen con la vista. En cambio yo los observo perfectamente, aún a través de este medio que hace como de absorbente o de filtro. Pero eso es todo. Por lo demás -y excepto que me cuesta apreciar el transcurso del tiempo- diría que la situación no es para nada incómoda y creo haber tomado una decisión conveniente.

Nosotros lo vemos bien. La inmovilidad es total. Pero el médico nos tranquilizó desde el primer día. Todos los signos vitales -apocados- están presentes. No hablamos de moverlo y el doctor piensa que no sería aconsejable por el momento. Todavía no sabemos cómo se alimenta. No ha querido abrir la boca ni para recibir líquidos. Pero por otra parte su rostro no denota sufrimiento ni malestar. Ni la respiración más tenue se aprecia. Pero respira. Tampoco se le suministra suero, aunque tenemos un frasco siempre a mano. Nos hubiera gustado poderlo afeitar. Controlar el peso. Lavarlo. Pero los médicos están de acuerdo al respecto. Nada. Absolutamente nada por ahora. Salvo que él mismo manifieste alguna necesidad o deseo, lo mejor es estar cerca y observarlo todo el tiempo.

Cabe una posibilidad de que se trate de un estado transitorio. La enfermedad en sí no responde a nada conocido. En rigor de verdad, los médicos ni se animan a hablar de enfermedad. Para mí este hombre está más sano que usted y yo -fue la última confidencia del neurólogo- pero no me pida que se lo ponga por escrito. La realidad es que casi no molesta. No parecen afectarlo el frío, el calor ni la lluvia. No requiere el menor cuidado. No necesita compañía. Creo -Dios me perdone- que nunca se lo vio más feliz. Y uno se acostumbra con el tiempo. Sobre todo sabiendo que está ahí. Que podemos verlo con asomarnos a la ventana y cada vez que vamos a sacar unos limones o a regar las plantas.



Merda d'artista

[Volumen de cuentos inédito]

- Primer Premio Especial XVIII Certamen Internacional de Cuento Tiflos / Madrid 2005 / ONCE Organización Nacional de Ciegos de España.

Jurado compuesto por José Manuel Caballero Bonald (ganador de la XIII edición del Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, Premio Nacional de la Crítica y Premio Andalucía de las Letras), Ana Rosseti (escritora, premio internacional de poesía "Rey Juan Carlos", Medalla de Plata de Andalucía), Juan Manuel de Prada (Premio Planeta) y el editor Federico Ibáñez.

Tiflos es una voz de connotaciones algo extrañas, que identifica en general a un conjunto de recursos que ayudan a mejorar la capacidad visual de aquellos deficientes o carenciados. Es decir un amplio universo de personas denominadas genéricamente ciegos y ambliopes. La ONCE viene convocando anualmente estos premios literarios importantes —por el prestigio de la institución y por los montos— en categorías separadas para videntes y personas con discapacidad. El volumen premiado consta de quince cuentos y en esta categoría (Especial) el premio no incluía la edición. El cuento que sigue es el que da su nombre al volumen (*Premios con historia II / Narrativa 2*).

A ULTIMA HORA...

Fallados los Premios Tiflos de Literatura de la ONCE

21/03

Tema: ONCE.ES **Pedro A. González Moreno, Gonzalo Calcedo Juanes y Carlos O. Antognazzi son los ganadores en los premios de Poesía, Cuento y Novela. Los premios especiales en las respectivas categorías han sido para Luis Alberto Méndez Quezada, Gregorio Andrés Echeverría Vidal y José Amando Ruiz.**

El jurado de los Premios Tiflos de Literatura que ha convocado la ONCE en su XVIII Edición de Poesía, XV Edición de Cuento y VII Edición de Novela, ha hecho público su fallo en Madrid. Los ganadores, elegidos entre los 336 trabajos presentados, todos en lengua castellana, son Pedro A. González Moreno, de Madrid, en la modalidad de Poesía, por su trabajo "Calendario de Ausencias"; Gonzalo Calcedo Juanes, de Cantabria, en la modalidad de Cuento, por la obra "El peso en gramos de los colibríes" -cada uno de estos apartados recibirá un premio de 9.000 euros-, y el Premio de Novela, dotado con 18.000 euros, ha ido a parar a Carlos O. Antognazzi, de Argentina, por su novela "Señas mortales".

Premios especiales para escritores con discapacidad visual

Asimismo, se eligieron los ganadores de los premios especiales para escritores con discapacidad visual. En Poesía, el primer premio (3.000 euros) ha sido concedido a Luis Alberto Méndez Quezada, de Chile, por su trabajo titulado "El trovador", el segundo premio, dotado con 1.500 €, ha quedado desierto.

En Cuento, el primer premio, dotado con 3.000 euros, ha sido para Gregorio Andrés Echeverría Vidal, de Argentina, por su trabajo titulado "Merda d'artista". El segundo Premio, dotado con 1.500 €, ha quedado desierto.

Por su parte, en el apartado de Novela, el primer premio, dotado con 3.000 €, es para José Amando Ruiz, de Vizcaya, por su trabajo titulado "La alternativa de Harry". El segundo Premio, dotado con 1.500 €, es para Mª de los Ángeles Sánchez Herrero, de Madrid, por su trabajo titulado "Vericuetos".

Más información en web http://www.once.es/home.cfm?id=647&nivel=4&orden=6

Merda d'artista [8]

Se siente urgido por ir de cuerpo. La resaca le veda una orientación razonable. Aunque no tanto como para no advertir que el cuarto en el que acaba de abrir los ojos carece de puertas y ventanas. A medio camino entre la lucidez y el rezumo de las variadas mezclas nocturnas, apenas le atribuye importancia al lugar en que se encuentra. Desde ya nada que le resulte familiar. Pero su espíritu —asumiendo que aún le pertenezca— es una ebullición de sonidos y spots. No el heavy rock que sirvió de background a la comilona y a los tragos. Sino una música hecha como de cristales. Una gran araña con millones de caireles de flynt rotando entre haces dicroicos multicolores. La sensación liminal como de una manada de tricerátopos marchando en desorden sobre piezas de vidrio y globos de strass. Crash… crash…

Una lata de trementina vacía le sirve para salir del apuro. Y acomodado a la turca encima de ella explota la idea. Explosión —por otra parte— inocente de intenciones metafóricas. Si bien lo bastante distendida en el tiempo como para permitirle una rápida review de los grandes estallidos de la plástica al cabo del siglo. Si el XVIII fue el de las luces, que el XX sea el de las texturas y los olores. Le parece de lo más creativo como slogan para el lanzamiento. Sonríe divertido al vislumbrar las implicancias de la idea. Manzoni ha sido en verdad un tímido en la materia. Se conformó con noventa latitas. Algo menos de tres kilos

---

[8] Integra el volumen inédito de igual título *Merda d'artista*, Primer premio especial "XVIII Certamen Internacional de Cuento Tiflos 2005" / ONCE Organización Nacional de Ciegos de España.

en total. Claro que vendidas al precio calculado no hizo tan mal negocio.[9]

Una noche de juerga para olvidar. Para olvidar qué. Maldito si lo recuerda. Si la cuestión era olvidar por lo menos no se trataría de un acontecimiento feliz. No hombre, no. Ha sido de seguro una noche verdaderamente inolvidable. La euforia, el desenfado, el saborcillo picante que aún perduran son la rúbrica inconfundible. La debemos haber pasado a lo grande, qué va. Y no solo hablando de los placeres de la mesa. Desde el improvisado bacín de hojalata estampada se contempla en la pared pulida que tiene al frente. Verse completamente en cueros no le cae menos sorprendente que el descubrimiento de rasguños, chupones y otros irrefutables testimonios de una zaranda de órdago.

Cubierto de pe a pa de rastros de rouge de más de un color y variado diseño. Ay mi madre. Esto no ha sido de penas ni de olvido. Tampoco tiene trazas de premio consuelo. Te debes haber sacado la grande con todos los premios.

Premios. La palabreja repiquetea dentro de su cabeza. Por el eco comprende que los vapores de la garufa apenas han dejado espacio para que se muevan con discreción dos o tres neuronas. Sobre un enorme screenwall aparece su propio rostro. Sobrio naturalmente. Un tío vestido como para velatorio y una tía emperifollada como para un casorio de la high acaparan la atención de un público manducante. La atención pero no las mandíbulas. Según corre por la escena una riada de champaña y montañas de canapés y hors d’œuvre. Y la tía de faldón ceñido y

---

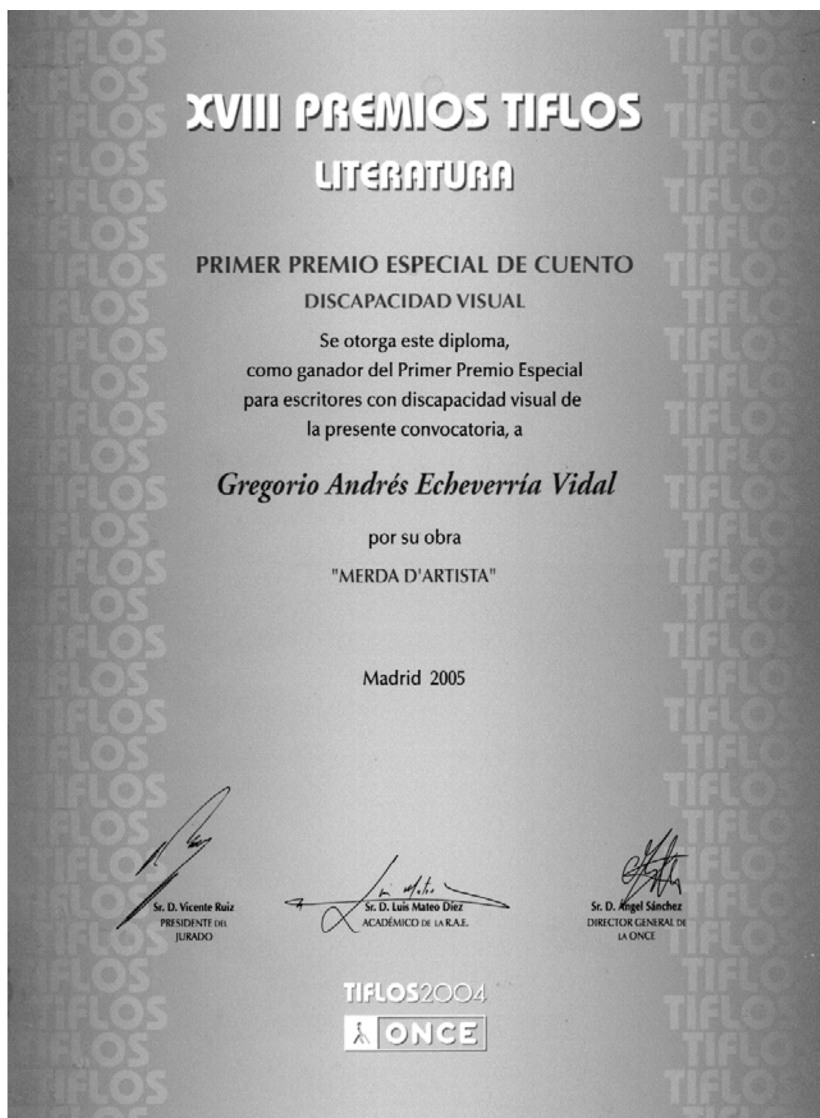
[9] En mayo de 1961 Piero Manzoni envasa sus excrementos en 90 latitas de 30 gramos, rotuladas “Merda d’artista - Naturally preserved - Made in Italy”. Son exhibidas en importantes galerías de arte y prevista su venta al precio de su peso en oro. En 2002 la Tate Gallery adquiere un ejemplar en £ 35.000.

una teta al aire acaba de zamparte un beso fenomenal, después de proclamar a toda pompa que el ganador de todos los ganadores eres tú, coño. O sea yo. Que la Institución a la que humildemente represento… Y que después de reñidísima controversia entre los miembros del honorable jurado… Y que en atención de la frondosa imaginación y los incuestionables méritos lingüísticos… Y que tenemos el placer de hacer público que el ganador de este año… ¡Ole! … es el cuento titulado *Merda d'artista*… cuya autoría pertenece al conocido escritor y periodista de nuestro medio… Sin el menor respiro el caos. Aplausos. Apretujones. Deja mi culito en paz guapo. Brindis. Unas pocas palabras. Fuera esa manita. Otras pocas palabras. Flashes y más flashes. El asalto de los camarógrafos. El asalto de las fans. El asalto de los cazadores de autógrafos. El asalto de los maricones que siempre andan a la pesca. Alguien solicita el himno. No os vayáis a equivocar con el otro, no hagamos papelones. Y después todos a la movida, ala.

La leve molestia en los bajos le recuerda que está sentado encima de una lata. La superficie espejada que tiene adelante le sugiere una pantalla de cinerama. La curvatura envolvente se cierra con gracia todo en su derredor. Sentado en medio de un cosmos majestuoso, él en el centro absoluto. Ni que fuera el puente de comando de la Enterprise. Dueño y señor de un mundo cilíndrico de hojalata y plexiglass que bien lo representa.

Y que al mismo tiempo uteralmente lo significa, lo promociona y lo contiene. La pared traslúcida del superenvase le permite leer el texto de la etiqueta desde el dorso:

Merda d'artista - Naturally preserved - Made in Italy.


XVIII PREMIOS TIFLOS

LITERATURA

PRIMER PREMIO ESPECIAL DE CUENTO

DISCAPACIDAD VISUAL

Se otorga este diploma,
como ganador del Primer Premio Especial
para escritores con discapacidad visual de
la presente convocatoria, a

Gregorio Andrés Echeverría Vidal

por su obra

"MERDA D'ARTISTA"

Madrid 2005

Sr. D. Vicente Ruiz
PRESIDENTE DEL JURADO

Sr. D. Luis Mateo Díez
ACADÉMICO DE LA R.A.E.

Sr. D. Ángel Sánchez
DIRECTOR GENERAL DE LA ONCE

TIFLOS2004

ONCE

Marionetas

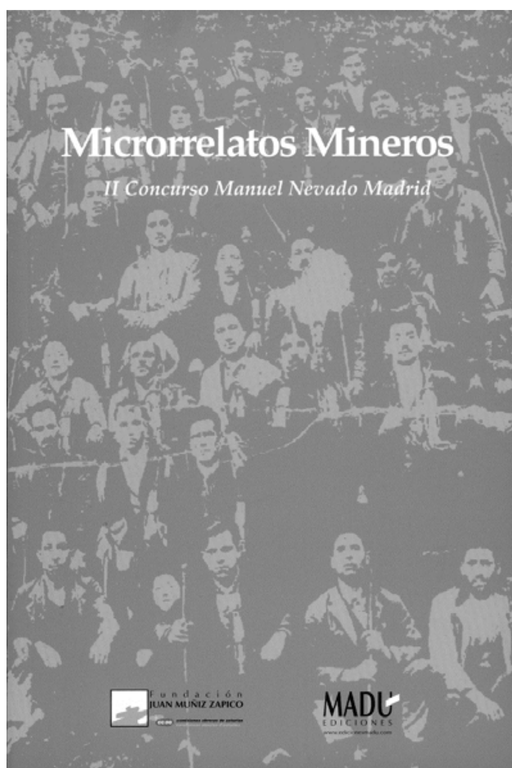
- Primer Premio II Certamen Internacional de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid / Fundación Juan Muñiz Zapico 2005, CCOO Asturias (España) - Bruselas (Bélgica).
- Comparte el volumen *Microrrelatos Mineros / II Concurso Manuel Nevado Madrid*, 56 págs. ISBN: 84-85998-74-2 marzo 2006.
- Integra *Antología Internacional SADE 2005 de Cuento Breve*, Ediciones SADE Córdoba, 184 págs. ISBN 13 978-987-05-0582-2.

El acta del Jurado fue firmada en Oviedo (Asturias) el 21 de noviembre de 2005, por Benigno Delmiro Coto, Elías García Domínguez, Elvira Fernández Álvarez, Ricardo Candás Huerta y Benjamím Gutiérrez Huerta. El fallo se hizo público en la web el 4 de diciembre, festividad de Santa Bárbara. Participaron 194 escritores; 56 asturianos, 95 del resto del Estado Español y 43 internacionales, especialmente de Argentina, Chile y Cuba. Más alguno de EEUU, Italia, Alemania, Bolivia y Colombia.

Una interesante nota de carácter crítico titulada *Los microrrelatos mineros de un singular concurso literario*, firmada por Víctor Montoya —periodista boliviano radicado en Suecia— se puede encontrar en:

http://www.rebelion.org/noticia.php?id=36812

Al margen del importe en metálico, me llegó —como parte de este premio— una buena cantidad de libros excelentes. Entre otros, *Las huelgas de 1962 en Asturias*, de Rubén García Vega (Ed. Trea 2002); *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional*, del mismo autor (Ed. Trea 2002); *Literatura y minas en la España de los siglos XIX y XX* (Benigno Delmiro Coto (Ed. Trea 2003): *La transición en Asturias* (Fundación Muñiz Zapico 1999) *y Mujeres, trabajo y sindicalismo en España (1939-2000)*, Comisiones Obreras, Madrid 2004. Y aquí necesito intercalar una reflexión. El material que he recibido de España denota una vocación editorial encomiable. Todas las tareas que hacen a un libro digno, lucen a la vista: compilación, edición, maquetación, corrección, diseño, impresión y encuadernación. Todo impecable siempre. Es odioso hacer comparaciones, pero tengo a mano libros impresos aquí, que son decepcionantes. En uno, por citar, aparece el apellido del Secretario de Cultura escrito de cinco modos distintos. Hube de acuñar un diagnóstico penoso: los que tienen ganas no saben y los que saben no tienen ganas.



La publicación del libro *Microrrelatos Mineros* (2006), con los textos seleccionados del II Concurso Manuel Nevado Madrid, es un regio ejemplo de que la literatura, en cualquiera de sus géneros, puede abordar la realidad minera como tema central, no solo porque rescata la memoria histórica y la sabiduría popular, sino también porque deja constancia de la despiadada explotación del sistema capitalista.

....

En el relato *Marionetas*, de Gregorio Andrés Echeverría, que obtuvo el primer premio, se narra la situación de impotencia de dos mineros que son víctimas de un derrumbe. El autor sabe que en los socavones, donde “todo pende de tientos resbaladizos y débiles piolines”, los trabajadores, atrapados en el vientre de la montaña, no son más que “unas tristes marionetas”.

[*Los microrrelatos mineros de un singular concurso literario,*
Víctor Montoya en *Rebelión*].

Marionetas

La vida cuelga de unos cordones bien delgados, guaje. Desde que la comadrona te tironea de los hombros y te hace un lazo en el ombligo. De poco valen esas cuerdas de cáñamo del grosor de tu brazo ni los cables que apuntalan el tranvía ni los cabos que amarran la panza de las barcazas a los norays del muelle. Hagas lo que hagas la huesuda hila tus horas con un algodón de zurcir que no resiste muchos tironeos. A quién se le ocurre que las riendas de acero trenzado del aparejo de la jaula le puedan ganar una cinchada a esta vieja puta desdentada. Más confiara yo en la seda de las arañas, guaje. En estos socavones todo pende de tientos resbaladizos y débiles piolines. Unas tristes marionetas, guaje, eso nomás somos. Como aquellas que tanta diversión te dieron el otro invierno en la función de la sociedad obrera. Los Piccoli de Podrecca. Ni el burro ni el pianista ni la bailarina rusa movían una mano ni volvían sus cabezas sin el gobierno del titiritero. Falso el martillazo del herrero forzudo sobre el yunque. Fingido el cachiporrazo del rata de la Gran Vía sobre la gorra del borracho. De mentirijillas las sacudidas del sacristán para mover los badajos de su campanario. Todo manejado por invisibles sedalinas que terminaban allá arriba en las manazas del director. Eso somos de verdad, guaje. Marionetas manejadas por hilos. Personajes de pacotilla, muñecos de ánima prestada. ¿Cuánto llevamos aquí abajo? Segundos… horas… años… toda la eternidad. El mundo son las galerías y el pozo es el camino al cielo… cuando subes… Hoy (¿ayer?) nos ha tocado bajar. Esas cosas de la gravedad, guaje. El titiritero abrió su ma-

no y caímos. Arriba como todos los días el sol, el perfume de los perales y el telégrafo de los picapinos. Aquí la negrura y el encierro, escatimando un aire enrarecido y maloliente a causa del gas y la falta de ventilación. La boca y las narices resecas de respirar un tufo de orines y excrementos mezclado con el polvillo de carbón que nos va ganando ya garganta, estómago y pulmones. No desesperes guaje y trata de ahorrar el aliento. Ni te empeñes en moverte de este hueco donde al menos estamos a resguardo entre la viga partida y el muñón de los puntales. Y no llores, que el amasijo de lágrimas y mocos has de acabar tragándolo junto con este polvo de mierda que nos embarga las entrañas. Mejor piensa en los boniatos que tu madre ha puesto en el rescoldo para esta noche. Puedes tomar también mi parte, porque tengo el estómago revuelto y no me va a caer bien. Deja ya de lloriquear, guaje, abre bien las orejas que estoy oyendo movimientos arriba. Ha de ser la cuadrilla bajando con cabos por el pozo. Claro que sé que la jaula ha quedado abajo, niño. Ni tonto que fuera. Pero habrán echado escalas y estarán llegando. Estamos a menos de trescientos pasos del pozo. Les llevará tiempo avanzar hasta encontrarnos. Pero han de llegar, no llores ya. Guarda el aliento para gritar cuando les escuchemos cerca. Entonces sí grita con fuerza, guaje. Gritas y me despiertas, que siento pesada la cabeza, creo que me estoy quedando dormido. Tú tratarás de no dormirte, guaje. Abre esos ojos, no seas lelo. Que si te duermes ¿quién habrá de gritar para que nos saquen? ▮

Fundación Juan Muñiz Zapico   Literatura minera   12/4/05 12:27 PM



Fundación
JUAN MUÑIZ ZAPICO

CC.OO. comisiones obreras de asturias

Portada
Juanín: un líder de CC.OO.
Álbum fotográfico
Archivo
Publicaciones
Actividades
Literatura minera
Concurso de microrrelatos "Manuel Nevado Madrid"
La Transición en Asturias
Esquema de la exposición
Galería fotográfica
Huelgas de 1962
Encuentro de historiadores
Hay una luz en Asturias...
Patronato
Enlaces
Contactar

BÚSQUEDAS Google



LITERATURA MINERA
Concurso "Manuel Nevado Madrid"

Manuel Nevado Madrid   I Edición -2004- | II Edición -2005-



II CONCURSO DE MICRORRELATOS MINEROS
MANUEL NEVADO MADRID
-2005-

Bases en castellano | Bases n'asturianu | Acta del jurado | Premios

Acta del jurado

II Concurso de MICRORRELATOS MINEROS "Manuel Nevado Madrid"

En Oviedo, en la sede de la Fundación "Juan Muñiz Zapico" (c/ Santa Teresa nº 15), se reunió el jurado calificador de la Segunda Edición del Concurso de Microrrelatos Mineros "Manuel Nevado Madrid". Estando presentes: D. Benigno Delmiro Coto (presidente del jurado), D. Elías García Domínguez, Dña. Elvira Fernández Álvarez, D. Ricardo Candás Huerta (secretario del jurado) y D. Benjamín Gutiérrez Huerta (como coordinador técnico).

Deciden que el Accésit Asturiano sea para "Carta de Cuba", del que es autor D. Vicente García Oliva.

Se hace Mención Especial en Asturiano a "Na playa", del que es autora Dña. Elisabet Felgueroso López.

Deciden que el Accésit Joven (menor 26 años) sea para "Tu niña valiente", del que es autora Dña. Irma Fernández Vázquez.

Se hacen Menciones Especiales Jóvenes para "Cuéntame...", del que es autora Dña. Jara Gil Fernández, y para "Volframio", del que es autor D. Antonio Bazarra Maneiro.

Primer Premio para el relato "Marionetas", del que es autor D. Gregorio Andrés Echeverría Vidal.

Se hacen Menciones Especiales Castellano para "Mineras", del que es autor D. Roberto Rodríguez Gutiérrez, y "La sirena", del que es autor D. Jesús Manzano Cano.

Deciden que el Accésit Testimonio Histórico sea para "A ver si se saca el sombrero, señor...", del que es autora Dña. Andrea D´Atri.

Se hace Mención Especial Testimonio Histórico para "Carta abierta a un minero", del que es autora Dña. María Begoña Herrero Pérez.

De todo lo cual como secretario doy fe con la presente acta, que todos los componentes del jurado firman.

En Oviedo, a 21 de Noviembre del 2005.

http://www.fundacionjuanmunizzapico.org/literaturaMinera/concursoII/concursoII_acta.htm   Page 1 of 2

Acta del Jurado, en la web de Fundación Juan Muñiz Zapico, CCOO Madrid.

Asturies.com

VICENTE GARCÍA OLIVA ALGAMÓ L'ACCESIT N'ASTURIANU

Juan Muñiz Zapico entregó los sos premios de relatos mineros

Redacción

07/12/2005

L'escritor Vicente García Oliva llevo col so relatu "Carta de Cuba" el premiu al accesit al meyor relatu n'asturianu dientro de la segunda edición del concursu "Manuel Nevado Madrid" de lliteratura minera qu'entama la Fundación Juan Muñiz Zapico y qu'acuta'l primer premiu pa obres en llingua castellana, onde'l ganador foi Gregorio Andrés Echeverría cola obra "Marionetas".

El microrrelatu"Na playa" d'Elisabeth Felgueroso, algamó una mención especial na categoría de llingua asturiana mientres que "Tu niña valiente" d'Irma Fernández ganó l'accesit d'autores mozos. Hebo menciones especiales moces pa "Cuéntame..." de Jara Gil Fernández, y pa "Volframio", d'Antonio Bazarra Maneiro, mientres "Mineras", de Roberto Rodríguez Gutiérrez y "La sirena", de Jesús Manzano Cano tuvieron menciones especialess en castellanu, siendo'l distingu especial na estaya "Testimoniu Históricu" pa "A ver si se saca el sombrero, señor..." de Andrea D´Atri, estaya na que tamién tuvo mención especial "Carta abierta a un minero" de María Begoña Herrero Pérez.

El premiu de lliteratura minera "Manuel Nevado Madrid" organízalu la Fundación Juan Muñiz Zapico, entidá dependiente del sindicatu CCOO y que fai alcordanza d'una de les figures más simbóliques de la transición n'Asturies. "Xuanin el de Mieres" yera l'únicu asturianu encausáu nel famosu "procesu 1001" que sentó, cuando la dictadura yá taba dando les boquiaes, a un bon garapiellu de sindicalistes nel escañu de los acusaos. La dictadura pidía castigos descomanaos pa ellos, y en concreto, solicitaba 18 años de cárcel pa Muñiz Zapico, que dempués quedaron en cuatro. El sindicalista asturianu ye tamién una figura importante na historia del sindicatu Comisiones Obreres, el más importante n'Asturies hasta los años 70 y del que foi ún de los sos fundadores. El 2 de xineru del 77, un accidente de coche acabó cola so vida, convertiéndose'l so intierru na Frecha (L.lena) al que foron miles de persones, nun actu de duelu y tamién de fuerte calter políticu.

Asturies.com anuncia el resultado del II Certamen, en lengua asturiana. La convocatoria es bilingüe, con premio único y accésit en asturiano.

En la orilla

- Primer Premio I Certamen Internacional de Cuento “Horacio Quiroga” / SADE Delta Bonaerense, San Fernando 2005, prov. BA.
- Integra el volumen *Cuántos cuentan cuentos* / Antología Literaria SADE Delta Bonaerense 2006. Sin ISBN y sin ficha catalográfica.
- Integra el volumen *Noche en el Sábalos*, Premio Fondo Municipal de las Artes, Tigre 2013. Auditgraf Ediciones 2014 ISBN 978-987-33-4088-8.

Jurados: Nicolás Antonioli, Mónica Furman, Jonathan Kraxberger, Adrián Lobos y Ernesto (Herty) Lauro.

Este premio habría de darme a corto plazo más dolores de estómago que satisfacciones. La Sociedad Argentina de Escritores es una cosa y sus filiales son otra, es verdad. Aunque bien vale aquello de “no hay hijo que no se parezca al padre”. El hecho es que en el acto de premiación, que se llevó a cabo en el Ateneo Popular Esteban Echeverría de San Fernando, me agarraron desprevenido y firmé una solicitud de membresía, instado y presentado alegremente por un par de señores que no me conocían, pero con mi medalla colgada al cuello me abrazaron para la foto y pasaron a ser amigos de toda la vida. Debí haber prestado atención a los síntomas. Cuando me entregaron el premio, Rachel Vivas anunció que deseaba leerlo al público. En verdad lo hizo muy bien, con el énfasis que el tema pretende. Solo que al llegar a uno de los párrafos nodales, obvió la palabra “carajo” en cuatro proposiciones consecutivas, que por supuesto sonaron fatalmente desinfladas. Después me pidió disculpas, declarando “que en su vida había dicho una mala palabra”.
También me enteraron de que —dado el exiguo número de cotizantes— era norma que todos los asociados asistieran a las reuniones mensuales de CD. Miembros de número, con voz pero sin voto.

Y empezó ahí un calvario de dos años, pues no me parecía decoroso renunciar sin acreditar un tiempo de permanencia que justificara mi decisión. En el ínterin todas mis vísceras habrían de ser puestas a prueba. Así se proclamó a gritos, en una sesión de marzo o abril de 2006, que “la poesía de Gelman no tiene calidad y nada más recibe premios por ser zurdo y judío”. Etcétera. Hubo de por medio hasta una pequeña guerra civil a propósito de un epígrafe que acompañaba al logo de la filial en la tapa de los boletines. Epígrafe que —módico como era— resultaba ciceroniano al lado de los contenidos. Y una resonante refriega periodística con un diario zonal, desde el cual alguien que conocía los entretelones se despachó con un par de disparos de munición gruesa. A fines del 2006, *En la orilla* integró la Antología SADE Delta bo-

naerense 2006 “Cuántos cuentan cuentos”, en la que cada cual puso lo que pudo. El esfuerzo no alcanzó ni para registrarla en la Cámara Argentina del Libro; no tiene (entre otras carencias) ni un número de ISBN. En casa del herrero…

El cuento titulado *Al límite* trata el mismo tema, con un desarrollo algo más complejo, pero jugando también con la trasposicién témporo-espacial entre ambas situaciones.

En la orilla

Es casi la misma orilla. Al menos los mismos tréboles y las mismas (parecidas) casuarinas. Sabe del matorral de tacuara que aparecerá unos cincuenta metros adelante, casi frente a la casa del maestro. Hasta el mismo aire húmedo, un tanto más calmo esta vez. Nadie ha acertado a completar aquella historia del maestro. Un rumor de amores contrariados. La visión fugaz de unas trenzas rubias y unos ojos zarcos, detrás de la ventana que se abre entre los ciruelos. El mínimo ladrido de un cuzco que disfruta arrinconando gallaretas contra la paja brava al borde del zanjón. Poca cosa, como la aburrida biografía de esa legión extranjera de exleñadores, exmarineros, exnutrieros, ex cualquier cosa puestos a salvo de toda curiosidad a la sombra predispuesta de limoneros y sauces. No tiene consciencia de haber caminado mucho, pero el instinto le indica que ha dejado atrás Isla Agradable, donde seguramente habrá intercambiado algún chisme y un par de tintos con el Gordo Arcuri, que no escatima matizar la reparación del muelle o la cortada de leña con alguna historia risueña de mirones escondidos entre los ligustros o señoras que remojan su desnudez en el agua de las madrugadas. Con el gordo han sido vecinos desde poco después de ocupar La Cautiva hasta un poco antes de que un verano lo perdiera para siempre entre las tentaciones nocturnas de los Bajos del Temor. Todo está casi igual, casi todo. Las mismas anguilas remoloneando en las caletas a la espera de mojarras desprevenidas. Las mismas chicharras afinando los mismos violines al ardor de la siesta entre las ramas de los mismos eucaliptus.

Los mismos cangrejos haraganeando al sol entre las mismas piedras. Un par de veces intenta enfocar la canon hacia un carpintero abrazado al tronco de una de las casuarinas que dan su sombra al muelle, o un martín pescador que vigila el agua desde la otra orilla. Pero tiene la sospecha de que es inútil, que todo resultará en una confusión grisácea igual a la de los dos rollos de semana santa. Entonces había salido del paso pensando que era película vieja. Ahora será difícil repetir la excusa.

Su memoria tampoco responde, salvo en destellos o retazos de algo así como el recuerdo de algún sueño en el que se mezclan vestigios de una realidad lejana con resabios de una borrachera interminable. Imágenes se amontonan sobre otras imágenes, sin orden ni concierto. Una tararira pudriéndose debajo de la casa de Maclean. Botija enredado a mordiscos con una comadreja. Un atardecer de sábado caluroso remando en silencio bajo los rosales que techan el Mburucuyá. El chinchorro dado vuelta con los chicos en el Arroyón. Una culebra zigzagueando contra la creciente, a pasos del albardón. El chillido de los murciélagos en la quietud del anochecer. Una boga asándose al calor de unas brasas de chañar. Es casi la misma orilla.

Camina y camina, sin saber hacia dónde. Hacia adelante. Atrás lo siguen los disparos y los obuses de las fragatas inglesas. Ganso Verde debe estar a un par de millas a su izquierda. Y por el camino que lleva, si se puede llamar camino a la huella pedregosa anegada cada medio kilómetro, tiene no menos de dos jornadas para llegar a Puerto Argentino. Las tripas le duelen de vaciedad y la herida en la cabeza vuelve a sangrar, por debajo del precario vendaje. Sus últimos compañeros quedaron atrás, Moreira sin piernas y Suárez con un bayonetazo en la cadera. En bandolera lleva solamente un par de cargadores, pero las muni-

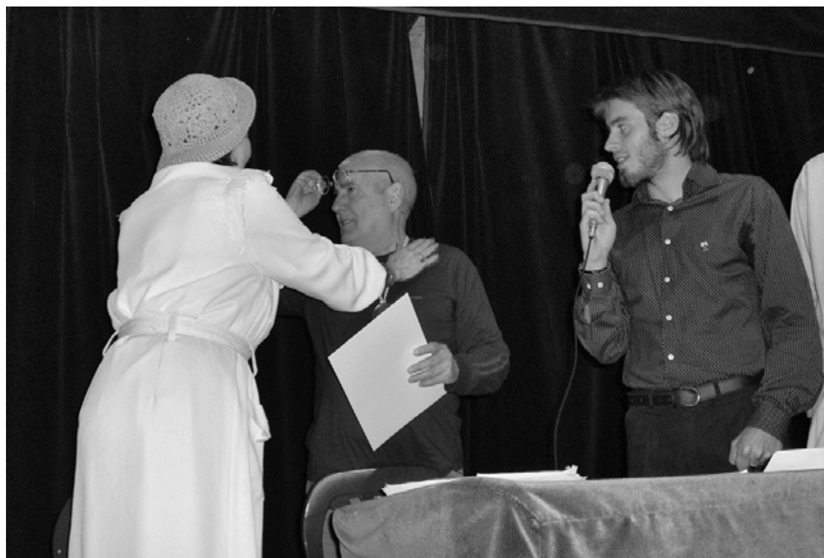
ciones no se comen. En algún rincón de su memoria asoman unos versos que un poeta ciego aún no ha escrito y refieren la oscura muerte de un soldado oscuro en una playa oscura. Es como si aquel río de Heráclito hubiera empezado a fluir en sentido inverso y entonces se siente caminando penosamente hacia su propio nacimiento. Todo se amontona en su cabeza afiebrada por la infección y el hambre. Aunque mucho más que el hambre es la sed la que cierra torniquetes de alambre en su garganta que ya ni puede enunciar sonidos, apenas un ronquido lastimero, marcando el ritmo doloroso de los borceguíes hacia ninguna parte. Los disparos suenan cada vez más lejos y estallan en su cabeza cada vez más cerca. Las fragatas colgaron en el cielo nocturno un sol artificial. Que nadie se detenga. Que nadie descanse. Que nadie duerma. Nadie se rinde, carajo. También ignora, porque por lo menos la ignorancia es piadosa, que nunca llegarán las cartas ni los chocolates. Mejor tampoco fasos, no sea que les pase como *Sin novedad en el frente*. Agáchense, carajo. Corran, carajo. Disparen, carajo. Caven, carajo.

La casa del maestro no puede estar a más de veinte metros. Solo que la espesura del ligustro y los sauces no la dejan ver todavía. Los ruidos de la noche se cierran sobre su cabeza, arrullándolo en un tutti de lechuzones y grillos y ladridos.

Ahora se arrastra, porque las piernas le pesan como bolsas de arena y entre tanta agua siente el ardor de la sed en la garganta donde una brasa despelleja y quema.

Sobre su cabeza algunas constelaciones extrañamente han cambiado de lugar. Frente a la casa del maestro, duda entre intentar la subida para procurar algún alimento o bajar al arroyo para calmar el ardor de la garganta.

Con un resto de aliento, se deja ir resbalando por el albardón para al final hundirse despacio en el agua, esa agua cálida tan acogedora, casi como una placenta promisoria de protección y amor. ▮



Rachel Vivas, tras devorarse cuatro carajos al hilo; Gregorio y Nicolás Antonioli.

Latitud 55 sur

- Integra el volumen (inédito) *Merda d'artista* / Primer Premio Especial de Cuento Tiflos / Madrid 2005 ONCE Organización Nacional de Ciegos de España.
- Primera Mención V Concurso Nacional de Cuento “Asociación de Arte y Cultura de Merlo” (BA) 2006.
- Incluido en el volumen *5º Concurso Nacional de Cuento y Poesía 2006*, Asociación de Arte y Cultura de Merlo, 102 págs. Sin indicación de catalogación ni registro de ISBN.
- Integra el libro *Tercera fundación* / Segundo premio Narrativa de ficción “Ciudad de Rosario” 2006 / Editorial Municipal de Rosario ISBN: 987-9267-31-1. Pag. 249.

De *Tercera fundación* hablo con detenimiento en página 179 de este volumen. Nada más dejo aquí constancia, siendo la primera vez que lo menciono, de que es el primero y más amado de mis ocho hijos extramatrimoniales. Los otros (hasta ahora) eran *Miseria blues, La cara del Tigre, Mala estrella*, *Noche en el Sábalos, Arboladura del otoño, El sexo de la serpiente* y *Narcolepsia*. Hoy agrego *Premios con historia*, con lo cual empieza a cobrar sentido aquello del *Ecclesiastés* “hay un tiempo para todo en la vida”.

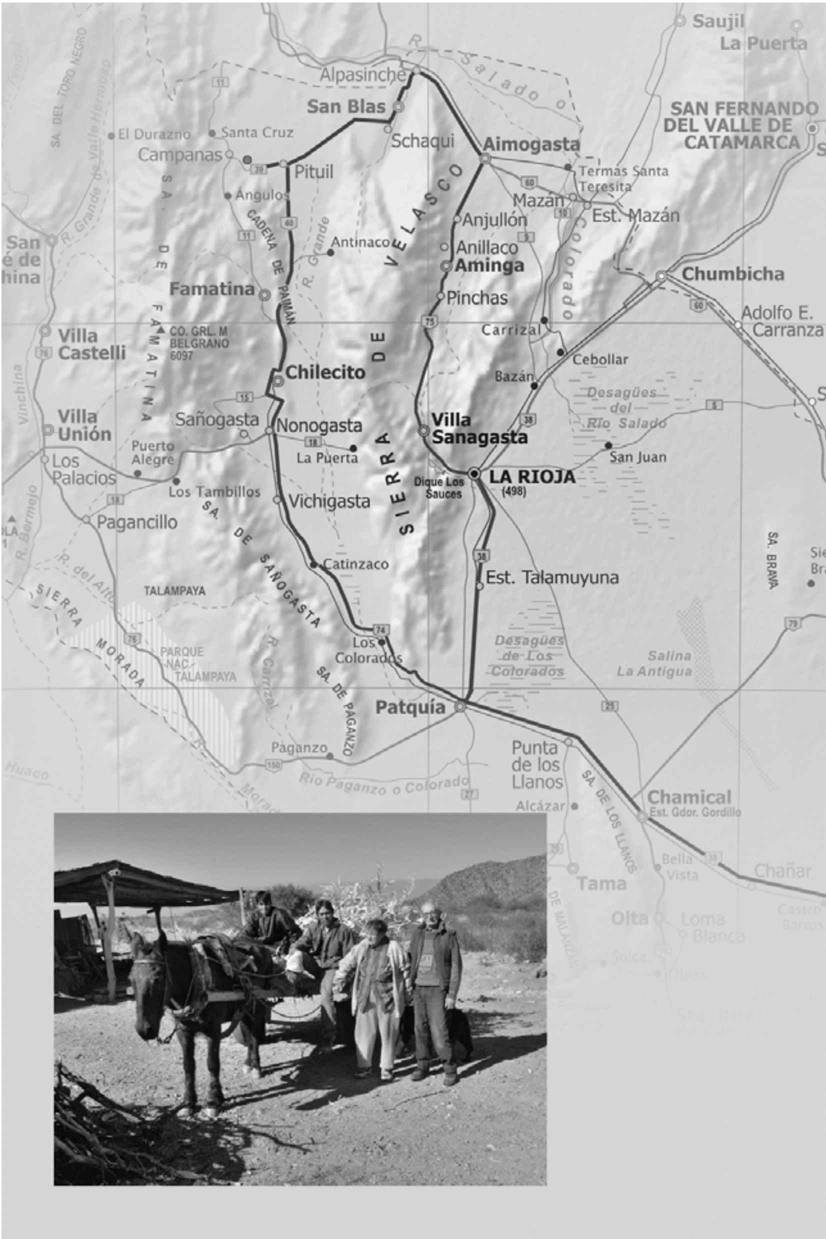
Latitud 55 sur

Con esta humedad de mierda todo es difícil. No sé de qué se alegraron los macedonios al llegar al mar. Quién sabe a Moshe, claro. Las circunstancias le obligaron a nadar muy joven. Lo que mata es la humedad. Siempre. Uno nace, vive y muere pataleando. Y nadie te pregunta si está fría. A la fuerza te declaran buzo táctico. Y te echan al agua, sin una triste botella de champán. Ellos ordenan y chupan todo el tiempo. A mí también me alegraría después de caminar un par de meses por la arena. Mañana no me va a importar. Pero hoy no lo soporto. Estas velas pegadas a la piel. Estos aparejos que me cruzan la cara con su chasquido seco. Lo único seco que me ocurre desde quién sabe cuándo. Cuándo empezó esto. Cuándo se termina. Cuándo es cuándo. Siempre. En el principio era el agua. Al menos sería buena para beber… no te hace falta gritar. Vas a ver que al final también va a ser el agua. Ni te vas a dar cuenta si está buena para tomar. Tenés que darles las gracias. Con paciencia y con saliva te fueron sacando las mañas. Usted no quiere nada. Usted no piensa. Usted no vale nada. Hasta hace un rato me dolían las piernas. Creo que le estuve dando de comer al hipopótamo. Los voy a domar como en el circo, manga de maricones. Sí señor. Más fuerte, hijos de puta. Sí señor sí señor sí señor. No los escucho, tagarnas. Nene dale gracias al señor. Gracias señor por la comida que nos diste. Ahora ya no me duelen pero me pesan. Crecieron como hipopótamos dentro de este traje que no me deja respirar. Me pesa por el infierno que merecí y el cielo que perdí. Bajito, bien bajito, ahorrate el aliento. Total el

agua trasmite bien los sonidos, te acordás lo que nos repetía el petiso Degiovanini. Siempre te costó la velocidad de la luz y la del sonido. Al fin de cuentas tu historia empezó en la oscuridad y en silencio. Muy quietito. Bastante. Tratá de no moverlas porque te vuelven a doler. Me pesan, pero mucho más me pesa porque pecando ofendí a un Dios tan bueno y tan grande como vos. Ya no me acuerdo si grande o justo. Justo debe ser porque él no tiene cuerpo, como el tuyo por lo menos. Pero sin embargo el padre Manuel repetía *corpus domine nostri corpus domine nostri*… Pero en medio de esta oscuridad y con este frío qué te puedo ofrecer yo. El relámpago reventó en silencio mientras dormíamos. Era parte del sueño, porque por un momento nos quedamos ciegos y sordos. Y enseguida seguimos durmiendo. De chiquito te ocurría, te acordás. Vos dormías bien acurrucado entre las mantas. Los ojos muy abiertos clavados en alguna parte lejos. Mirando quién sabe qué monstruos a través de esa espesura negra y pegajosa. Y escuchando solo el latido de tu corazón y el pulso. De repente el chasquido, la explosión y el relámpago. Un instante apenas, después otra vez el silencio y la oscuridad y mamá que apagaba la luz y cerraba la puerta. Y volver entonces, desacompasados el corazón y las arterias, a las tinieblas del comienzo. Porque sabías que por encima del silencio y la soledad y las aguas estaban las tinieblas. Tuviste siempre la vaga sensación de que todo lo importante sucede en silencio y a oscuras. Tus viejos, que vos espiabas procurando adivinar qué es lo que hacían en el cuarto tanto tiempo callados y con la luz apagada. El primer roce de tu piel con una piel de mujer. Lucía, la hermana de Santiago, te acordás. *Fue en la noche de San Juan y casi por compromiso… se apagaban las farolas y se encendían los grillos*… La primera vez que te dejaron en penitencia en la crip-

ta del subsuelo de la capilla. El sermón de tinieblas que pronunciaba el padre Julio la noche de viernes santo a la luz de los cirios y en un ámbito sepulcral. Tu primera vez con aquella piba de Las Flores que le daba vergüenza mostrarse desnuda. Pero no son esos recuerdos los que te hacen traspirar. Es esta humedad que se te va metiendo por los ojos, por el cabello, por los poros. Tan apretada que ni se sabe qué es. Una oscuridad húmeda. Una humedad densa oscura. Y un frío medio ácido que te traspasa. Me hacés daño. Estirás la mano inútilmente. Estás solo en esta humedad que se te enrosca al cuello como una lampalagua. Eso es precisamente lo que pensabas aquella noche, en la inmensidad de una cama en la que una enorme lampalagua te devoraba entre gemidos de placer. También hubo de repente un relámpago, pero nada que ver. Entonces te relajaste todo y te quedaste quietito en medio de la cama, con los ojos cerrados y la boca muy abierta, abrazado a la piel húmeda de la lampalagua. En cambio este relámpago, dentro o fuera de tu sueño, fue diferente. No te llegaste a despertar del todo. O no pudiste volverte a dormir. Andá a saber. Un fuego igual intenso viniendo desde el fondo de la noche pero sin gemidos y sin la sensación de la otra piel. Tuviste como una impresión muy fugaz de algo que estallaba con violencia, sin poder precisar si esto ocurría afuera o adentro tuyo. Siempre ocurre en las orillas del sueño. Sabés que hay una frontera, un límite impreciso. Una vereda, una senda que de pronto se interrumpe, se suspende como colgada de… de nada. Uno que gira o el entorno que se pone a dar vueltas a tu alrededor. Como un espacio sin gravedad. Sin arriba y sin abajo. Sin un norte y sin un sur. En realidad —cuando querés pensarlo— sin un antes y sin un después. Esta humedad es ahora. Esta oscuridad es ahora. Este silencio es ahora. Y también este dolor

donde el hipopótamo te clavó los dientes. La sangre que se te está escurriendo por la mordedura también es tu ahora. Y pensás puta qué mala leche. Estar entrenado para casi todo lo que te pueda acaecer en medio del agua a bordo de un barco de mierda. Sonares. Señuelos. Redes. Cargas. Antiaéreos. Pero nada que te sirva para evitar que un hipopótamo boludo se te venga encima aprovechando la oscuridad y las nubes bajas. Por qué se te ocurre pensar ahora en la baja. Tantos planes. Tantos proyectos. Desde seis meses antes que te sortearan. Marina me decía te va a tocar un número alto. Para que te acuerdes de mí todo el tiempo. Y en cuanto te den la baja nos casamos. Y ahora pensás que en cuanto te despiertes te van a comunicar la baja. A todos. Es una salida de rutina dijo el comandante. Antes. Arriba. Nunca. No se repitieron los relámpagos. Solo el silencio y la oscuridad se repiten. Y la humedad. Y las estrellas que te recorren pecho, estómago, ingles. Las piernas no, las estrellas llegan a los muslos y se apagan. Y se van apagando despacito los latidos y los recuerdos. Te volvés a dormir, con la imagen dulce y sonriente de Marina. Y sospechando que a nadie se le va a ocurrir buscar un crucero en la panza de un hipopótamo. ▮


Saujil
La Puerta
SAN FERNANDO
DEL VALLE DE
CATAMARCA
R. Salado o
Alpasinche
San Blas
Schaqui
Aimogasta
El Durazno
Santa Cruz
Campanas
Pituil
Termas Santa
Teresita
Mazán
Est. Mazán
Ángulos
CADENA DE PAIMÁN
R. Grande
VELASCO
Anjullón
Anillaco
Aminga
Antinaco
Colorado
Chumbicha
SA. DEL TORO NEGRO
R. Grande de Valle Hermoso
SA. DE FAMATINA
Famatina
Pinchas
Adolfo E.
Carranza
Villa
Castelli
CO. GRL. M
BELGRANO
6097
Carrizal
Cebollar
Chilecito
DE
Bazán
Desagües
del
Río Salado
Villa
Unión
Sañogasta
Nonogasta
Villa
Sanagasta
Puerto
Alegre
La Puerta
San Juan
Los
Palacios
LA RIOJA
(498)
Dique Los
Sauces
Los Tambillos
Vichigasta
SIERRA
Pagancillo
SA. DE SAÑOGASTA
SA. BRAVA
Catinzaco
Est. Talamuyuna
R. del Alto
SIERRA MORADA
TALAMPAYA
PARQUE
NAC.
TALAMPAYA
Los
Colorados
Desagües
de Los
Colorados
Salina
La Antigua
R. Carrizal
SA. DE PAGANZO
Patquía
Paganzo
Punta
de los
Llanos
Río Paganzo o Colorado
Huaco
SA. DE LOS LLANOS
Alcázar
Chamical
Est. Gdor. Gordillo
Tama
Bella
Vista
Chañar
Olta
Loma
Blanca

Mala estrella

- Texto ignorado con todos los honores en el certamen Dr. Salvador Garfunkel de SADE (Buenos Aires) en 1978.
- Primer Premio V Certamen Internacional de Cuento "Dr. Néstor Hugo Brizuela" 2005 / APEA Asociación de Poetas y Escritores de Aimogasta, provincia de La Rioja, Argentina.
- Distinción al Mérito Literario "Dr. Néstor Hugo Brizuela" 2005 / APEA Aimogasta.
- Integra el libro *Tercera fundación* / Segundo premio Narrativa de ficción "Ciudad de Rosario" 2006 / Editorial Municipal de Rosario ISBN: 987-9267-31-1 pag. 211.
- Incluido —y da su título— en el volumen *Mala estrella*, Auditgraf Ediciones 2013 ISBN 978-987-33-4088-8 pág. 245.

Dos premios (los de Aimogasta) entrañables por su historia misma y por las circunstancias que rodearon el acto de premiación. Instituidos por Mirta Teresa Díaz en homenaje a su esposo, el abogado y escritor tucumano Néstor Hugo Brizuela, fallecido en el año 2000. Ambos fundadores e impulsores de APEA. La "Distinción al Mérito Literario" fue otorgada al mejor conjunto de textos presentados sin consideración de géneros; la convocatoria abarcaba Cuento, Poesía y Reflexión.

Viajamos en micro con Ernesto García, amigo y director de *El Talar Noticias*. Llegamos a la capital de la provincia el mismo día de la premiación. A tiempo para una leve escaramuza con cierta funcionaria de la Dirección de Cultura, quien con la cabeza gacha escuchó mi queja por no haber siquiera respondido a nuestro pedido (por e-mail) de apoyo para el traslado y la estadía. Después de almorzar seguimos viaje hacia Aimogasta y nos procuramos alojamiento. Por la noche concurrimos al acto, amenizado por artistas locales. Ahí una de las sorpresas de este pequeño crucero: al saludar a las señoras que componían el Jurado, una de ellas me dice muy seria "ah, el señor que se peleó conmigo esta mañana en mi despacho". La Directora de Cultura de la Gobernación.

A la mañana siguiente pasamos a saludar a Mirta Díaz y después de mediodía tomamos un micro que —pasando por San Blas y rodeando por el norte la Sierra de Velasco— nos dejó en Chañarmuyo, donde viven los padres de Ernesto. Sin menoscabo para nadie, confieso que esos dos días en casa de Corina y Carlos fueron mi verdadero premio. Casi a 2.000 metros de altura, en un llano con elevadas montañas por el norte, por el sur, por levante y por

poniente, aturdido por los mimos y la exquisita hospitalidad de los padres de Ernesto, teníamos a 5 kilómetros el primer vecino y a 15 la localidad más cercana. Disfruté del impensado privilegio de recorrer por tercera vez en mi vida los rincones del Paraíso. La primera fue en los esteros de Collanco, a unos kilómetros de San José del Maipo, al sureste de Santiago de Chile, en 1983. La segunda fue una temporada en el Delta, entre 1986 y 1988. Es posible que en Chañarmuyo se haya gestado el embrión de *El tigre tiene que morir*. Y daba para mucho más. Terminamos la recorrida en Chilecito. Celebro con unción las vivencias de don Joaquín V. González.



El hogar de Corina y Carlos. Al fondo la Precordillera. Arriba…

Sociedad Argentina de Escritores S.A.D.E.

Recibimos del señor MARDONIO LEIVA
3 (TRES) ejemplares de la obra,
MALA ESTRELLA
de la que es autor, con destino al concurso DR. S. GARFUNKEL —

Género CUENTO Año 1985 Edición —

Fecha 15/8/85

Recibí conforme

NOTA: Los ejemplares SI/NO se devuelven.

Nº 1255

CASA DEL ESCRITOR - Uruguay 1371 - 41-3520 / 42-0773 - (1016) Bs. As. - Argentina

Recibo de recepción de los originales de *Mala estrella* en SADE el 15 de agosto de 1985.

Bajo la noche indiana, presentado también al Garfunfel —territorio de la civilización— ese mismo día, debió esperar 18 años su segunda oportunidad.

A *Mala estrella* el desquite le llega 21 años más tarde y en tierras de la barbarie.

Mala estrella

Al abrir los ojos en medio de un basural desconocido, entre gritos de gente corriendo aterrorizada, sirenas de patrulleros, disparos de armas de grueso calibre y ayes de moribundos, el sargento Mardonio Leiva, suboficial del Batallón Penitenciario de Rosario, adscripto al servicio de fronteras en el Regimiento 11 de caballería de línea, vislumbra que el destino se la ha jugado chueca. Acaso ese despliegue de uniformes para él desconocidos, sumado al estruendo de munición proveniente de bocas más iracundas que la de las pistolas y carabinas que está habituado a empuñar, le hacen sospechar a Leiva que inútilmente le viene escurriendo el bulto a su mala estrella; de última a los piojosos jergones y al rancho salteado y desabrido de Fuerte Puan y aún antes, cuando la mala leche de un alcalde departamental había mudado su vida de pacífico gaucho, en los alrededores de San Nicolás, por la no deseada de guardiacárcel en los suburbios del Rosario.

La vida del gendarme no es apropiada para un hombre de campo, trabajador manso y padre de cinco criaturas, con una compañera callada y seguidora, como era su caso. No había lujos, ciertamente, en esa rutina rural entretejida de apartar hacienda, sobar cueros, carnear algún novillo, apuntalar una cumbrera jorobada, pialar un potrillo redomón y aguardar la noche al calor del fogón, con la mirada perdida en remotas estampas de la infancia. Pero se iba tirando.

La Leonor era del pago. Él se había arrimado con una tropa de bayos proveniente de Tostado y destinada a un estable-

cimiento cerca de Fortín Luján. San Nicolás le había ofrecido unos mates que sabían a gloria y unos ojos oscuros y profundos que prometían calladamente una ternura sin impaciencias, y se afincó nomás. Al tiempo les nació la primera hija, que llevaba el nombre de su mujer. Después, el Casimiro y el Segundo y la Teresita y el Gervasio.

Ya el desgraciado Mardonio ni se acuerda cómo empezó todo el padecimiento. Doce o trece años alcanzaron a vivir en paz, salvo uno que otro inconveniente de pestes, escasez de plata o tormenta medio fuera de lo común. El Gervasio apenas gateaba cuando el juez Améndola empezó a mirar con ganas a la Leonorcita, que recién andaba queriendo hacerse mujer. De las miradas pasó a los dichos y a solicitarle a Leiva que la dejara estar en su casa como criada. Como él y su mujer sabían por dónde venía la mano, mezquinaron el arreglo. Y así se había ganado el primer enemigo. El otro (y esto no lo tuvo nunca tan claro como lo anterior) fue el comisario Laudana, que le tenía puesto el ojo a su mujer desde hacía tiempo. El asunto es que entre el comisario y el juez lo engancharon a Romiliano Patrón, quien había llegado a alcalde departamental precisamente gracias a los oficios de estos compadres, según en su momento se habían preocupado para que el alazán de Pedro Nájera —que era candidato más firme que Romiliano— pegara una espantada que tiró al jinete de muy mala manera contra unos horcones, dejándolo tullido. De esta tenebrosa sociedad había surgido la idea de castigar a Leiva, so pretexto de una presunta (o verídica, vaya a saber) negativa a asistir a reuniones políticas “de interés comunal” convocadas por el alcalde. Verdad o mentira, de un día para otro Mardonio Leiva va a parar al calabozo y a la semana siguiente un pelotón de guardiacárceles se lo lleva para el Rosario, pro-

cesado y encabestrado, a prestar servicio como castigo, servicio que —finalmente— terminará en Puan, adonde parte de la guarnición habrá de ir prontamente a parar como refuerzo de los Regimientos 1º y 11 de caballería de línea.

Fuerte Puan es su último episodio y también su postrera mortificación. Como si fuera ayer recuerda, encarajinado por esa picazón que los recuerdos agrestes vierten en la sangre, la arenga jactanciosa del comandante del fuerte, al recibir el contingente de “voluntarios”. ¡Soldados, no tenemos carne para racionar, no tenemos galleta, sal, ni víveres de entretenimiento; pero sí tenemos el enemigo al frente. La nación nos ha confiado estas armas: debemos hacer ver que somos dignos de llevarlas con honor y que sabemos combatir y triunfar en cualquier circunstancia!

¡Mierda de honor! En Puan están acantonados como guarnición permanente el 8 de infantería y los dos regimientos de caballería. La ropa y los medios disponibles no cubren las necesidades de la tercera parte de la tropa. El resto viste según sus posibilidades o ingenio lo permiten, unos usando la manta como chiripá, la mayoría sin chaquetilla, otros calzan botas viejas torcidas, o alpargatas, o envuelven los pies con pedazos de cuero de carnero o simplemente andan descalzos. Plata y provisiones llegan, con suerte, dos veces al año. Y esto cuando las partidas que viajan con la paga y el abasto no son asaltadas y desvalijadas por indiadas del Azul o de las salinas. Lo único más o menos abundante es la carne, ya sea de ganado cimarrón o de establecimientos cercanos, que se carnea como “contribución” o —en épocas de escasez— producto de cacería de zorros, liebres y nutrias, ayudados por una perrada hambrienta pero militarmente adiestrada. La miseria no tiene parangón. El café es lujo,

la yerba mate poco más que un recuerdo y el azúcar un desvarío que de solo nombrarlo da vergüenza. Lo mismo sucede con el tabaco, el aguardiente y la galleta. En fin, poniéndole el amén a las lindas palabritas del comandante, ¡viva la Patria, carajo!

Mardonio Leiva, estrujadas las tripas por un hambre visceral, dolida el alma de añorar a su Leonor y a sus hijos, escocido el lomo a fuerza de lonjazos y estaqueadas, a pesar de todo presiente que su infortunio, lejos de haber llegado a una culminación, le tiene reservados aún capítulos atroces. Así como hay seres humanos a quienes la noche acunándolos protege, sirviéndoles el sueño de cobija bondadosa bajo la cual disimular si no olvidar la penuria diurna, otros hay en cambio que, al cabo de mañanas y crepúsculos serenos, tropiezan en su sueño con fantasmas y delirios capaces de pervertir las horas del reposo en truculenta secuencia de pesadillas. Pues bien, el infeliz sargento comparte lo peor de ambas categorías. Sus días, comenzados al nacimiento de la más temprana claridad, involucran una pormenorizada contabilidad de trajines, ejercicios, marchas, excavaciones, ayunos, contramarchas, reprimendas, exacciones, peroratas, insultos, guardias, humillaciones y rencillas, comunes a la amarga fraternidad de parias que por razones siempre diversas y casi siempre ajenas a su legítima voluntad, integran esa escuálida Legión Extranjera austral que malamente sobrevive a lo largo de la línea de fronteras del territorio nacional, con una indiada rencorosa al frente y una oficialidad prepotente y canalla a sus espaldas, sin recursos, sin incentivos y sin esperanzas, como no sea la de una muerte rápida y sin complicaciones.

Pero sus noches no son más apacibles. Al mes escaso de arribados a Puan, basta con que se eche sobre el escueto jergón y cierre los ojos en procura de unas horas de descanso, para que

horribles ensoñaciones se abatan sobre él sin darle respiro. Las situaciones varían noche a noche, pero el tema es constante y persecutorio. Jueces que lo acusan de crímenes inimaginables. Comisarios que cachondamente lo interrogan bajo luces intensas, insultos y amenazas. Y comandantes que escudriñando su cuerpo desnudo con navajas, arpones, astillas de hueso, cadenas y bayonetas, lentamente lo destrozan cortando, hincando, golpeando, quemando, atenazando, sangrando. A veces sucede en silencio. Juegan las caras, las manos, las botas, los instrumentos de tortura, en medio de un revuelo augural de togas, uniformes y alguna sotana. Otras, en cambio, todo es ruido, gritos, aullidos, truenos, explosiones, cánticos ululntes, sirenas, estallidos y risotadas; incluso olores que hacen más dramáticas aún las escenas, mezclados en una promiscuidad premonitoria sudores, excrementos, sangre, orines y cuerpos pudriéndose a la intemperie. También la escenografía varía, evidenciando la prolija elaboración de siniestros decoradores y coreógrafos, aunados en la preocupación de arruinarle cada minuto de sueño. Son ámbitos siempre oscuros, siempre amenazadores claustros propicios para las maniobras de brujas, vestiglos, vampiros, dragones, diablos y lechuzones que los habitan. Excepto en algunas ocasiones —contadas— en que se ve a sí mismo a campo abierto, maniatado y amordazado, arrojado y a medias enterrado en un basural humeante que se pierde en leguas a su alrededor.

Tan reales y crueles son estas ensoñaciones, que para Mardonio Leiva los toques de tropa y de generala con que los vigías anuncian ataque de indios, son recibidos como una bendición. Por otra parte, la mayoría de estas alarmas no pasan del revoltijo de corridas y preparativos, porque los indios no se acercan por el fuerte, a menos que lo crucen de camino en algu-

na de sus periódicas rastrilladas. De todos modos es una forma de matizar el aburrimiento acumulado en semanas de encierro, sin mujeres y sin más entretenimiento que los naipes, la taba y algún desamparado porrón de ginebra o aguardiente. Salvo que la indiada avistada sea numéricamente muy importante, al cabo de las escaramuzas el comandante ordena una salida para cazar algunos rezagados, tarea a la que se entregan con verdadero entusiasmo en partidas de hasta seis milicos y aprovechando la ocasión para galopar un par de horas, hasta casi perder de vista al mangrullo del fortín. Precisamente, durante una de esas batidas detrás de unas decenas de lanzas de Cipriano Catriel, en compañía de José Herrera y Eusebio Cortez, como él reclutados por la fuerza para el servicio de fronteras, es que esbozan la idea de escapar del fuerte. La situación del desertor es azarosa, puesto que según la ojeriza que cada comandante le tenga a los fugitivos, puede hacerlos perseguir y aun incluirlos en partes que eventualmente llegan hasta el ministerio de guerra, determinando que se generalice un pedido de captura cursado a todas las guarniciones del territorio.

A una legua larga de distancia del fortín, fatigados por el galope y sin indios a la vista, los tres hermanos de desgracia se apean de los caballos y se sientan a la sombra de un montecito de algarrobos. Leiva tiene un puñado de tabaco y Cortez expone como trofeo medio frasco de aguardiente. La siesta de principios de otoño, blandamente acunada por el pío-pío de la perdiz, el reclamo del chingolo y la inmensidad tranquila, suavemente ondulada de la pampa, inducen sin duda proyectos de libertad. Seguramente, lo que desde adentro se presume peligroso e inaccesible, debe parecerle a los desgraciados tentador y probable, al cobijo de la serena grandeza de llanuras que desconocen el

alambrado y cielos que incitan al vuelo del cuerpo y del espíritu. Hombres parcos en gestos y palabras, sellan rápidamente el acuerdo con un trago y un apretado abrazo que lo resume todo. A partir de esa tarde, la próxima salida será, con ayuda del altísimo, hacia la libertad (o hacia la muerte, pero esta no es para ellos sino una diferente faceta de la liberación que añoran).

Por fin, aquella mañana a fines de mayo, Leiva cree percibir —por primera vez en mucho tiempo— como un guiño favorable del destino, bajo forma de una silueta ranquel plantada con su potro pampa en lo alto de una lomada, a cosa de cuarto de legua al sur del fuerte. El centinela, apenas descubierto el vigía y sabiendo que los ranqueles nuca se largan solos cerca de un fortín, da la alarma. En diez minutos, cuatrocientos hombres están montados y el resto ubicado en sus lugres de combate, todos dispuestos a entrar en calor en un buen entrevero. Pero la cosa no pasa a mayores porque la indiada, unas trescientas lanzas bien montadas aunque sabiendo que no les alcanza para guapear, se limita a acercarse casi a tiro de cañón a la empalizada. Desplegados en una línea frontal, prorrumpen en alaridos amenazadores enarbolando lanzas para —finalmente— volver grupas alejándose a todo galope hacia el suroeste. A una orden del comandante, la tropa montada franquea la empalizada, destacando varias partidas de baqueanos para evitar una probable emboscada. A medida que se alejan del fortín se van subdividiendo los grupos, según es costumbre. Leiva, Herrera y Cortez galopan algo más de una legua hacia el sur y luego van corrigiendo el rumbo, con intención de remontarse hacia San Nicolás. La desesperación de Leiva por encontrar a su familia puede más que la prudencia y eso mismo los pierde. El comandante, conocedor de las debilidades del hombre, manda una partida a

cortarles el camino, con caballos para recambio y una buena pareja de baqueanos. El 2 de junio de 1876 los tres soldados, muertos de hambre y de cansancio, vuelven a entrar, desarmados y engrillados, en el patio de Fuerte Puan. Para sorpresa de la guarnición, el comandante ordena la instrucción sumaria a un consejo de guerra presidido por el teniente Krantzenstein, el que constituido en término de veinticuatro horas, impone seis años de recargo a Herrera y a Cortez, disponiendo el fusilamiento de Leiva, sentencia a cumplirse en el patio de armas, en la madrugada del 6 de junio.

Durante la noche anterior a su ejecución, Mardonio Leiva reflexiona amargamente acerca de su mala estrella. Cabales se han cumplido sus presagios, puesto que sus tribulaciones no han concluido ni con su reclusión en el Batallón Penitenciario ni con su destierro en la frontera. Leiva no es hombre de iglesia. No sabe rezar y con esfuerzo deletrea una mitad del padrenuesto. Pero a lo largo de esa interminable noche de invierno implora, como no lo hiciera nunca, no morir miserablemente en ese maldito fortín perdido en la infinitud de las pampas.

Con la primera claridad del alba, tropas del 8 de infantería y del lº y 11 de caballería, forman en cuadro alrededor del patio de armas para presenciar la triste ceremonia. Muchos de ellos, acaso la mayoría, se identifican con ese camarada injusta y violentamente separado de su familia para vestir un uniforme por el que no siente cariño ni vocación. Cuatro soldados y un teniente lo sacan de la celda, conduciéndolo en medio de la formación. Un ominoso silencio espesa el aire. Con un cabeceo, se niega a que le venden los ojos, mirando cómo cinco compañeros se adelantan apuntándole al pecho. La mañana se desperezа despaciosa. Un sol mortecino alarga la sombra de la empalizada

oriental, lanzándola como una refutación muda sobre el escenario del drama. Una bandada de bandurrias cruza el cielo en diagonal, marcando como la impronta de una estela funeraria. Más arriba, sin urgencia, revolotean los caranchos. El teniente, fija su mirada en el entrecejo del condenado, alza el sable empuñado en la diestra. El brazo no tiembla, pero diminutas perlas de sudor, nada a tono con el fresco matinal, aparecen sobre su frente.

En ese momento Leiva rememora sus oraciones de la noche y apretando las mandíbulas cierra los ojos y reitera el pedido, una vez más, con toda la fuerza de su corazón. No quiere morir en ese fuerte desgraciado.

Alguien debe escuchar su enfervorizado ruego. Porque en el instante en que el comandante con gesto breve da la orden y el teniente baja el sable, el sargento Mardonio Leiva, suboficial del Batallón Penitenciario de Rosario adscripto al servicio de fronteras en el Regimiento 11 de caballería de línea, se siente girar en el aire, muy lejos del comandante, de sus camaradas y del pelotón de fusilamiento. Presiente allá abajo fugaz, la frescura húmeda de totorales en la confluencia del Chasicó con el Pelicurá, y casi de inmediato, sin atreverse a mirar, el susurro árido de los flancos occidentales de las sierras de la Ventana.

Su cabeza late en una oscuridad tensa de imágenes. Giros vertiginosos. Recuerdos. Nombres. Un olor a panes calientes del rancho materno, sobre la cañada de la Cruz. Los ojos glaucos de su primer potrillo. La fragancia de albahaca y menta del cuerpo de su mujer. La desolación de una tumba sin lápida y sin flores en la que reposa su padre, a media legua de la ensenada de Barragán. Poca cosa, casi nada. Destellos esparcidos en un tiempo que de repente se aprietan como nudo de lazo, tironeando y tironeando Dios sabe hacia dónde.

Cae sobre un terreno blando, amordazado y con las manos atadas a la espalda. Abre los ojos en medio del basural, hediondo y humeante, entre sombras que se arrastran, sirenas de patrulleros, estruendo de armas de munición pesada y quejidos de moribundos. Frente a él, a menos de quince pasos, un oficial al que llaman coronel Desiderio arenga a un grupo de civiles encapuchados y militares cuyos uniformes le son desconocidos. Más de cincuenta —ochenta acaso— todos pertrechados con pistolas en bandolera y carabinas de cañón corto y robusto.

¡Métanle bala sin asco a todos estos negros de mierda! José León Suárez va a pasar a la historia por este glorioso 6 de junio. Después de rematarlos, los desatan y les sacan las mordazas. ¡Viva la Patria, carajo!

El sargento Mardonio Leiva no alcanza a comprender la significación de lo que está presenciando. Pero vivamente agradece a Dios por haberlo salvado de morir en aquel miserable fuerte de frontera.

No menos de diez disparos de Itaca, desde muy corta distancia, le destrozan el pecho y la cabeza. ■



Gregorio con Mirta Díaz de Brizuela y la ganadora del Segundo premio / Aimogasta, mayo 2006

Peñaloza inmortal

- Distinción al Mérito Literario “Dr. Néstor Hugo Brizuela” 2005 / APEA Asociación de Poetas y Escritores de Aimogasta, prov. de La Rioja, Argentina.

Esta reflexión pertenece al conjunto de textos presentados al V Certamen Internacional de Cuento “Dr. Néstor Hugo Brizuela” 2005 / APEA Aimogasta: *Mala estrella*, *Grito al alba*, *Muerte de Orfeo*, *Arte de meter la pata*, *Peñaloza inmortal*, *No me interesa discutir contigo* y los poemas *Aries a Perseo*, *Señor de todo* y *Unos violetas íntimos*.

Peñaloza inmortal

La cultura globalizada va barriendo poco a poco con cuestiones ligadas —conscientemente o no— a los acervos, las raíces y la tradición. Tanto que nos cuesta a veces reconocer en los gestos más fútiles la permanencia de una memoria ancestral, no por recatada menos legítima. Hace algunos meses me suscribí a una de las tantas listas que circulan por internet bajo el pretexto de reunir comunes intereses. En el momento de elegir un apodo —*nickname*— escribí sin dudarlo “chacho 20256”. Al volver sobre la cuestión, me dije que la elección obedecía al recuerdo del almacén de barrio de mi tío materno, con quien me había criado. Que se llamaba, en efecto, Granja El Chacho. 20256 era el número de teléfono. Hubo de trascurrir un tiempo para que mi memoria siguiera escarbando en esos recovecos donde se escabullen muchos datos y tantas experiencias “olvidadas”. Por cierto ignoro la motivación de quien bautizó aquel modesto almacén. Pero mucho me sorprendió (o no tanto) darme cuenta de que en ese lapso que va entre teclear un signo y otro, mi alma había volado hacia aquellos pedregales majestuosos cuyo horizonte inabordable entrelaza los cardones y las pencas con el duro perfil de sus montañas. Debo haber cerrado los ojos incluso y hasta es posible que haya sentido por las mejillas el correr quemante de unas lágrimas, al reconocerme por un instante eterno el rebrote humilde pero rebrote al fin, de aquel centauro que dio por una patria que apenas percibía y su ignorancia ni le hubiera permitido definir en términos eruditos, todo lo que un hombre de agallas y de bien puede dar por un ideal: su familia,

su hacienda y su vida. Un ángel que él mismo habrá muerto desconociendo lo premonitorio de su nombre de bautismo. Pero cuyos restos mortales, que sus verdugos se cuidarían —inútilmente— de escamotear, no han sido para la posteridad despojos sino semillas. ▮

Nueva Publicación Literaria. Premios Taramela 2006



El Ayuntamiento de San Miguel de Abona, a través de su Concejalía de Cultura, dio a conocer el pasado mes de enero las publicaciones correspondientes a las obras ganadoras en el III Certamen Literario Premios Taramela 2006, tanto en la modalidad de relato corto, como de poesía y cuento infantil.

En este tercer certamen fueron galardonadas un total de 8 personas de los 134 trabajos que se presentaron al concurso, siendo premiados en la modalidad de relato corto los trabajos de Gregorio Andrés Echeverría (Doble Réquiem para Macrina); Francisco Javier Pérez Fernández (Game Over) y, el tercer puesto que resultó ex aequo, para Margarita Borrero Blanco (La monja, la puta y el alcalde) y Marcelo Luján (Sustituciones). En la categoría de poesía, el primer premio fue para Vicente Martín (Tiempo de espigas) y un accésit que recayó en Juan Francisco Rodríguez Rosales (El sueño del calígrafo), y en relato corto, el primer galardón fue para José Luis Muñoz Jimeno (El pájaro inexistente) y un accésit para Silvia Pazos Hermida (Amaro quería ser marinero).

Época de zafra

La sala El Artesano del Museo Casa de El Capitán, en San Miguel de Abona, acoge desde el 19 de enero y hasta el 16 de marzo, la muestra "Época de Zafra" que nos adentra en aquellos tiempos

Doble réquiem para Macrina

- Primer Premio III Certamen Internacional de Relato Corto Taramela 2006 / San Miguel de Abona, Tenerife (España).

La sabiduría de las abuelas (Macrina entre ellas) solía acudir a la sentencia "una de cal y una de arena" para expresar acaso que el bien conlleva el mal, como la felicidad conlleva el llanto. Tal vez una sublimación o resignificación del Yin y el Yang. Lo cierto es que este premio me hizo volver en reiteradas ocasiones sobre esos temas. Porque luego de girarme puntualmente el importe establecido en la convocatoria, no se tuvieron más noticias. Ni de la edición comprometida, ni del Concejal de Cultura ni del mismo Alcalde, quien se refiriera a ello al anunciar el fallo, de cuerpo presente y a través de la web. Ni —ya que estamos— del responsable de la Oficina Cultural de España en Buenos Aires, a quien acudí requiriendo su mediación en esta comedia de silencios. O sea que *Doble réquiem para Macrina* ha contraído matrimonio pero sigue siendo virgen. Habiendo sido premiado pero no editado, ha perdido el derecho de concursar en procura de su vestidura carnal, pues las convocatorias que implican la edición del texto exigen que no haya sido premiado con anterioridad. Me resta apelar a las autoridades vaticanas en procura de la anulación de este matrimonio dado el subsistente estado virginal de la esposa. Que no se ha producido la *inmisio penis* que establecen los códigos. O sí se habría producido, pero no en el corpus del cuento sino en el de su autor.



Hé aquí al Señor Alcalde Sordomudo, quien no atiende al nombre de Valentín González Évora ni a ningún otro al parecer. Acaso porque efectivamente carece del sentido del oído. O escucha pero le falta el habla, de la cual aparentemente gozaba al momento de encarar el micrófono para proclamar al mundo "… *and the winner is* don Gregorio Andrés Echeverría Vidal!" (ese soy yo).

Doble réquiem para Macrina

Poco se conocen las vicisitudes de Agamenón. No las grandes cosas que registran los historiadores. Pienso en las cuestiones pequeñas. Las dudas que previsiblemente acosan al más pintado a la hora de la verdad. Cuando la calma inmovilizó los barcos en los puertos de Áulide pudo pensar en regresar. A Esparta o a Marín, lo mismo daba. Tal vez el aquí y ahora del Agamenón que partía hacia Troya no fuera —o sí— demasiado diferente del que abordaba el tren que lo trasladaría a Bruselas. En lo esencial bien podía Marín correrse hasta el Egeo. O las brumas de Flandes abrirse camino hacia el sol de los estrechos. El escozor no era geográfico en todo caso, sino conyugal. Y ciertamente la sombra de Macrina no sería menos turbadora que la de Clitemnestra. No sé si puestas a la par no quedaban unos céntimos a favor de mi abuela. Ignoro cuándo empezaron a llamarme la atención ciertas coincidencias. Tal vez Macrina no cargara sobre su consciencia con la muerte de un primer marido. Pero sospecho que se ocupó de llenar adecuadamente las caramañolas del abuelo. Y si Clitemnestra nunca creyó en el regreso de Agamenón, Macrina deseaba y temía al mismo tiempo el de su Andrés. Tus ojos atravesando la oscuridad. Sin abandonar las agujas me persigues. Serás lo que debas ser. O sea nada. Un merdeiro. Un cacaseno desobediente y atrevido. De tal palo tal astilla, qué quieres hija. Pero esto no lo dijiste tú. Era cosecha de tío Pepe. Si no enderezas el árbol cuando chico, crecerá torcido.

Genio y figura. Hasta la sepultura… complétalo, abuelita. Cruzando los dedos por si acaso. Ah, cuántas veces me a-

cuerdo de ese libraco que tenías guardado en el baúl. Allá arriba, donde las valijas y la cuna y mis revistas y el tabique de madera con el agujerito y las interminables sesiones de gimnasia de mamita. La encuadernación en partes carcomida. Los folios amarillentos. *Los hijos desgraciados*. Fuente de las únicas lágrimas que recuerdo haberte visto derramar. Claro, los hombres y las abuelas no lloran. ¿Ni siquiera cuando el barco se separaba del muelle de Vigo? ¿Cuando llegó aquel telegrama negro con la noticia de tío Manolo? ¿Cuando los heraldos te anunciaron la muerte de Ifigenia? ¿O cuando aquellos cuervos malévolos te indujeron a celebrar —fallidamente— la muerte de Agamenón?

Detente, sombra de mi bien esquivo… No hay hombre que valga las lágrimas de una mujer. ¿O cuando el Monte Urbasa se arrimaba despacio a la dársena de la ría? Esas sombras, hermana. Enciende la luz Fina. No me dejes a oscuras. Esos rostros. Esas máscaras. Esos escapularios y las capuchas y esos sayos. Deben ser los heraldos negros de Vallejo. El sueño se niega con reticencia. Orestes se revuelve en la cama. *Vén muerte, tan escondida, que no te sienta venir…* Vén hermana, madre, padre, sombra entre las sombras. Ya alcanzo a leer las notas. Figuras negras amontonadas como racimos de uva chinche. Unos cabos hacia arriba y otros hacia abajo. Llegué a solfear con cierta soltura hasta semicorcheas. Pero cuando aparecen fusas y semifusas todo se me oscurece. La partitura es un manchón. Aquel manchón delator en los calzoncillitos que abandonaban la inocencia. El piano es una boca hambrienta. Uno la abre de este modo delante del dentista. Revivir aquel puntapié contra una pelota de papel. El precio de la desobediencia debida. Y Rivas sonriendo (Barreda precursor-traidor) no duele, ya está. Claro, señora, estos eran de leche. Le van a salir un poco más grandes,

eso sí. Vas a parecer un conejito. Papá del cielo te castigó, viste.Esos dientes blancos y negros me auguraban innombrables castigos. Imagino la caja negra cerrada. Yo encerrado en ella, tras el clavijero de cuerdas cruzadas. Entre rejas. No escaparás, eha. A lo mejor tu situación de casada sin marido no era tan desairada, abuelita. El abuelo ni siquiera se preocupó de tu cinturón de castidad. Preocupación en realidad inútil que sí tuvo Agamenón. Con lo cual es de suponer que los deslices de Clitemnestra fueron doblemente divertidos. No sé los tuyos. ¿Hubo deslices, abuelita? Se me hace que sí hubo un Egisto. Como hubo no una sino tres Ifigenias libradas a su suerte. O una Casandra y dos Ifigenias. Y un Orestes que no llegaba para nada a dar la medida. Pero en cambio hubo un Tito. ¿Orestito? La más Ifigenia de las tres —o de las dos— fue tía Nita, creo. ¿Fue papá Agamenón quien verdaderamente la entregó al fuego? ¿O mamita Clitemnestra, apurada para que papá saliera de viaje de una buena vez? Qué más da, llegado el caso, si se trataba de uno de los veloces veleros retenidos en Áulide o del expreso Barcelona-Berlín.

Espero que el viaje de abuelo Agamenón haya sido largo y placentero. Fue su último disfrute. Volver de Troya o de Bruselas le resultaría fatal. La muerte del menos allegado a mí tuvo al menos una innegable grandeza. No la singularidad del escenario, aunque es cierto que pocos héroes terminaron su vida pública en el baño. Recuerdo solo a Marat, aunque seguramente hubo otros. Más hubo en el cine. Que no eran menos héroes que los antecesores. A Hitchcok le encantaba ese entorno.

El bramido me sobresalta. Abro los ojos asustado. Nada más que la oscuridad y ese rugir intenso. Y el zarandeo del demonio. Arriba. Abajo. Derecha. Izquierda. Otra vez. Y otra vez más. Oigo los truenos. Oigo el batir del agua. Escucho mi propia

respiración entrecortada. El río de una sangre negra desbordando a contramano dentro de mis venas. Pero no veo nada más que la espesura negra. Un meteoro rugiente bituminoso. Pienso estoy en el cine. Se quedó sin imagen pero la película sigue. El audio solo. También olores. El iodo, las algas. Excremento de gaviotas cocineras y alcatraces. Tenemos tierra cerca.

¿Alcatraz? Sonrío. La pertinacia impertinente de las asociaciones. Sueño que sonrío. Porque pienso que me encuentro durmiendo en medio de una pesadilla. En definitiva, abuelita ¿cómo murió el abuelo Andrés? Te recuerdo, por si te falla la memoria, que mamá Clitemnestra le pasó a papá Agamenón una camisa sin agujero para la cabeza cuando terminaba de bañarse. Y mientras el pobre se empeñaba en salir al aire libre, el buen Egisto lo sacó del apuro. Quedó el pobre Agamenón por un lado, su cabeza por otro y un hacha ensangrentada como prenda de unión entre los amantes. ¡Qué tierno, abuela! Se ve que mucho le había afectado el prolongado viaje al pobre Agamenón.

Por suerte el simpático Egisto era de la misma talla. Ni la cama tuvieron que cambiar. Fue por cierto una muerte trágica. Pero de ningún modo dudosa. Casi natural. ¿Qué más natural que morirse después de tremendo hachazo?

Déjala dormir, tía. Que no se entere que vienen los rojos. Déjala que siga soñando con las arengas del caudillo. Con los desfiles de la Falange. Con los uniformes de la Base.

Con su discurso en el Ayuntamiento delante de todo el pueblo. Agradeciendo los aplausos y las reverencias. O firmando la expulsión de judíos y protestantes. Aunque preferible sería quemarlos vivos. O atornillarlas desnudas y de espaldas contra un pizarrón. Firmado Catalina por la gracia de Dios. Agripina emperatriz viuda y madre. Macrina Torquemada de la Santa In-

quisición de Pontevedra. Y cúmplase y téngase por la más clara y urgente manifestación de mi voluntad, sea derecho o torcido, porque yo lo quiero y mando.

¡Juro que yo no fui, abuelita! Sigue llorando y suplicando. Tendrás tiempo hasta que se canse el viento. Hasta que esta barca llegue a su último recodo. Y allí me encontrarás. Tenderé mi mano para que puedas subir al muelle. Es Grimaldo quien alza la cabeza. El que abre los ojos. El que recuerda con amargura los pormenores. Las expectativas. Los sudores y los rencores.

¿De quién, Grimaldo, de quién? De ese perrecho que se muere de miedo atado en el fondo de una barca. Que conoce de memoria los capítulos del castigo. Que en mala hora esgrimió una torta de chocolate como si fuera la tizona del Cid. Una criatura casi. Que nada sabía de Circes ni Gorgonas. Que juntó gota a gota ese veneno que tú apuraste sin un gesto de asco, abuela. Relamiéndote los labios.

Toma, Grimaldo, te queda un pedazo de torta todavía… Este chico es un cínico. Sí, abuelita, pero ni vale la pena que lo digas. Hoy no hay función. La platea está desierta. Ya sabes que presentarme en público me pone nervioso. Allá van los rápidos veleros de cascos negros. Gaviotas —cuervos— sobre la espuma salada. Un espectáculo familiar, abuelita.

Todas las mañanas (cuando te dignabas bajar al Tombo) disfrutabas de la procesión. La Natividad. La Buenaventura. La Concepción. La Benedicta. La Mercedaria. La Escapularia. La Isabela II. La Macrina. No, abuelita, no se vería bien Macrina mezclada con aquella chusma.

Miserables barcas pesqueras. Calafateadas cada primavera para que tiraran un año más en el agua. Tú te merecías por lo menos un yate de borda alta. Como el Almanzor. Con el gallar-

dete del hotel. Y las armas del caudillo. Aquella señorona sentada bajo la toldilla de popa es Macrina. Mirarla, mirarla.

Más empingorotada que una infanta de Borbón. Qué digo infanta, la Reina Madre por lo menos. Aunque convengamos que las Habsburgo tenían mejor estampa. Y cultivaban además la buena costumbre de casarse entre parientes. Con lo cual le ahorraban abuelas a sus descendientes. Lo que son las casualidades, abuelita. El pobrecito Carlos II dicen las malas lenguas que murió envenenado por su papá. Quién lo hubiera pensado de este don Felipe tan cristiano y tan serio. Viste, abuela, en todos lados se cuecen habas. Y sopas con arsénico. Y tortas de chocolate y estricnina.

Te cuento. Una playa. A lo lejos una embarcación de velas oscuras. Hacia la izquierda una ventana. Por la derecha una salida al foro. En el proscenio varias mujeres demacradas sentadas sobre la arena. La que ves de perfil es la Loca de los Pazos tejiendo cuchilla. La Penélope de la Lonja. Teníais de todo allá, abuela. Desde la derecha aparecen en fila unas pupilas del Hospicio de la Sagrada Familia y una monja. Contra la ventana dos oficiales de la Base fuman y beben. Uno de ellos debe ser Egisto, si la vista no me engaña. Atento —como estarás vos seguramente— a la llegada del velero. Negro el casco y negras las velas. Y no es el Corsario Negro, no. Es un barco-correo que zarpó de Amberes hace un par de semanas.

Agamenón regresando de los muros de Troya. Menos épico, el abuelo Andrés desde su maldito consulado flamenco para disfrutar de sus últimas vacaciones. Su último viaje también, me parece. Adelante, abuela.

Macrina sale ahora a escena. Tienes en los labios restos de torta de chocolate, abuelita. Y estás andando hacia atrás. Para

escapar de tu hacia adelante, supongo. Pero en ese atrás también hay erguidos que se tambalean y caídos que se alzan. La que viene rengueando por la arena es la Xacomeredes. Tiende la mano a una tuberculosa postrada. Mírala bien, abuelita. Debe ser también conocida tuya. La Polvolavida si no me equivoco. Y atrás de ella la Quisquiza. ¿Qué sabes tú, perrelho, si no las conociste? Llévate a esta criatura, Victoria. Me ha de seguir mortificando hasta el otro mundo. Ya no es el otro, es este abuela.

La vida solo es un sueño y los sueños, sueños son. Allá vienen del brazo tía Joaquina y tía Ramona. Corre a abrazarlas. Las acompaña Porrúa y aquel Perojo que fusilaron los falangistas. Levántate, abuelita. No se te ocurra pedirle perdón a esas moscas muertas. A ti nunca te engañaron. Además tu fama, abuela. Tu fama. Guarda la compostura. Que se rebajen ellas. Escucha cómo gritan todos los golfos. Macrina. Ahí viene la famosa Macrina. Quieren verte de cerca. Soñaban con conocerte. Con escucharte. Con tocarte el ruedo del vestido. Con el bochinche de la banda nadie se entiende. Esto parece un manicomio. Al timón de las barcas que escoltan el velero del abuelo vienen los tres hijos de tío Vicente. No te lo esperabas. Lo que es la fama, abuela. Puedes decirles. Saludarlos. Darles hasta una bendición. Por qué no. Nunca está de más. Lo que abunda no daña. Aquel que camina algo torcido es tío Celestino. Como si la cuchillada le estuviera doliendo ahora a él. Tu hermana Carmen lo trae del brazo. Ya no queda tiempo para sociales, abuela.

La defensa solicita que el tribunal recuerde que se trata de un menor. Pero entonces ¿dónde está el que ve? ¿Dónde el que coloque en su debido lugar al que mira, al que mueve los hilos, al que empuja, al acomodador y al hombre de la cabina y al que sueña? Mamá… Nunca manejaste esas máquinas.

Tú no me vas a ayudar. Me vas a mentir otra vez. Necesito que alguien me ayude a abrir los ojos. Papá. ¿Papá? Déjalo, Victoria, déjalo. Es su consciencia. Nada más su miedo y la visión del fuego. Los niños que dicen esas cosas se van al infierno. Pero si no hay ningún fuego. Agua. Agua solamente agua. Negra y ruidosa. Negra y amenazadora. Espumas negras sobre la borda negra de mi fragata. Si fuera mi fragata yo sería entonces su capitán. Toco mis brazos. Palpo mis hombros. Él toca sus brazos y palpa sus hombros. El pecho inmóvil prisionero. Ni un botón. Ni charreteras. Ni galones. Ni medallas. Apenas una barca de madera. De tablas débiles castigadas por el agua salada embravecida. La Natividad. O la Buenaventura.

Tú —él— sentado en el plan, entre dos cuadernas. De espaldas a una de las bancadas. La cabeza no debe alcanzar ni la altura de la borda. Las olas saltan por encima de la embarcación. Lo golpean pero no lo mojan. Rugen. Braman por detrás, alrededor, al frente, arriba. Amenazan.

Una barca miserable sin timón y sin remos. Piensa en el Belgrano. Entonces está claro que no es Tito el que piensa y el que ve. Pero tampoco es Grimaldo el que está atado en el fondo de esa barca. Debe ser Ulises. Y su espalda no está inmovilizada contra una bancada sino contra lo que resta del palo. Y la negrura no es negrura. Sino la venda que le aprieta los párpados. Pero el problema de Ulises no era no ver sino no escuchar, abuela.

¡Abuela! ¿Querías ser Dios, cacaseno? ¿Quién hubiera sido tu abuela entonces? La madre de la virgen María, abuelita… Pero ¿ves, Victoria? Es una criatura incorregible. Solo los encierros y las penitencias podrán con él. Hace años debía estar pupilo. Yo no quiero que me encierren, abuelita…

Ahora ya pecaste, capitán. Robaste la manzana. Le has hincado el diente. Una y otra vez. Ante mi vista. Aprovechándote de mi paciencia. Desobedeciendo mi mandato.

El viento arrecia. El rugido del agua es insoportable. Pero el agua no lo salpica. Son unos lagrimones que resbalan en silencio. Mojan la cara de Tito. Pero queman las mejillas de Grimaldo. Yo no quería, abuela. Todos dicen lo mismo, hijo. Pero tú llevabas el veneno en la sangre. Tu padre llevaba en la suya el veneno de la mala vida. Tu tío Manolo llevaba en el alma el veneno de tu finado abuelo. Tu madre lleva encima el mismo veneno que acabó con la finada Ramona. Pepe, el pobre, lleva a cuestas el veneno de unas bragas de utilería. Tu tía Fina vomitará mientras viva el veneno que bebió en aquel maldito camarote. Era fácil adivinar que acabarías tú en este camino sin retorno de los alcaloides.

¿Y tus hermanas, abuela? Deja que los muertos entierren a sus muertos, hijo. La finada mamá poco seso tuvo para darnos un rumbo. Tu bisabuelo era hombre de muy poca conversación. Y ella no abría la boca ni para decir Jesús. Nos tuvo a las cinco muy limpitas y prolijas, eso sí. Bien comidas y bien vestidas, para lo que eran las costumbres y los medios con que contaba papá. Escuela para todas, los dos o tres años para aprender a leer y escribir y algo de labores. Papá todo el día encerrado en su taller. Cuando no viajaba por alguna reparación a los astilleros de Vigo. Mamá sin levantar la vista de su costura o su tejido. Maltratarnos jamás. No nos dirigía la palabra. Nos bañaba, nos lavaba, nos vestía, nos peinaba. En el mayor silencio. La mirada ausente, perdida sabe Dios en qué mundos, en qué historias. Apenas lo necesario para que nadie pensara que era muda. Ven a cambiarte Joaquina. Anda a ver si llega vuestro padre, Ramona.

Atiende un momento la leche que tengo al fuego, Macrina. Deja ya de contemplarte en ese espejo, Dolores. Ayúdame tú con estas cobijas, Carmen. Nada más. El resto del día lo repartía entre la cocina, la labor y el rezo de unas letanías interminables.

La veíamos entredormida en su sillón, con la cabeza gacha y los ojos entornados. Apenas el movimiento de los labios, pero no se le escuchaba palabra. Así día tras día, año tras año.

Y un día no estuvo más. Encontramos a papá llorando en silencio y la mirada perdida. Esa misma tarde llegó una mujer del pueblo con cinco vestiditos negros. Nos miró con pena y se puso a peinarnos. En la cabeza también nos ató unos moños de seda negra. Nunca supimos qué había pasado. Ni papá dijo una palabra sobre el asunto. Solo dirigiéndose a mí: Macrinita, tú eres la mayor, cuida a tus hermanas. Todo siguió en aquella casa del mismo modo. Sin una palabra. Sin un gesto. De tarde en tarde mi padre se acercaba, me abrazaba y con aire triste me decía gracias…

Nunca supe si dormías o te hacías la dormida. Aunque tal vez sí lo supe. Y jugamos al pan y queso. Éramos tan distintos que nos pudimos mirar de frente, de igual a igual. *Na' te pido, na' te debo*. Puntita y medio pie no vale. Sabía que tú sabías. Sabías que yo sabía. A Macrina nadie la toma por el pito de un sereno. Mira cómo son las cosas. Quién lo hubiera dicho. El perrecho que estaba siempre en babia. Venir él tan luego a clavar una pica en Flandes. Otro hugonote. Otra cría de protestantes en la familia. No me estoy riendo abuelita, son los nervios. La victoria no da derechos. No sé si tuviste tiempo de repasar tus victorias. Nadie sabe cuánto puede durar ese último minuto.

Ni sé si llegaste a comprender el alcance de tu última derrota. La primera y la última. Tal vez el vislumbre de algún ros-

tro velado sobre la otra orilla. El bisabuelo Manolo. Tu madre de la que nunca hablabas. Ifigenia que morirá después pero que vos mataste hace tanto tiempo. Agamenón sin tomar consciencia de que era el cementerio de la vicaría y no el de Troya ni el de Bruselas. Vivirás todavía un par años. Habrá un momento, una internación. Un paro respiratorio. Tenía un corazón muy fuerte.

No me imagino cómo es trasitar con elegancia de una a otra muerte. Sin comprender cabalmente la primera. Sin ánimo ya para resistir la otra. Había más rostros en aquella orilla. Algunos engatusados por la memoria. Otros exiliados —desterrados— por la desmemoria. Libres todos ya de tu fama y de tu dichosa fuerza de voluntad. Libres de tus manejos y tus discursos. Libres para descansar y descreer y desobedecer. Es cuanto hay que oir, vaya. El perrecho arengando a esos fantasmas que juntos no valieron en vida la mitad de lo que vale Macrina.

¿Y cuánto te parece que vales, abuela? Soy lo bastante díscolo como para ocupar por este ratito el estrado de un fiscal. Voy a oficiar por esta única vez de traspunte. Para darte la oportunidad de repasar el libreto antes de salir a escena para tu último acto.

Así crecimos como cinco extrañas, sin un hogar, sin una caricia, sin una historia salvo lo que te acabo de contar.

¿Cómo fue lo de tío Manolo? Triste, hijo, cómo quieres que fuera. Como si lo hubiera perdido en la guerra. Peor aún, perdido antes que la enfermedad se lo llevara. Por esas cosas que tenemos las madres con los hijos varones. Esa necesidad de verlos siempre pequeños. Amarrados a nuestras faldas. María no habrá sido ni más buena ni más mala que cualquier mujer que se le hubiera podido cruzar en el camino. Es una la que tiene esa tirria contra las nueras, qué quieres niño. Perdí un hijo y dos nie-

tas que hubieran sido la luz de mis ojos. Como fuiste tú a pesar de las diabluras y los rezongos. Nos debemos una buena plática con tu padre, perrecho. Si aún le quedan ganas de escucharme. De no haber sido las cosas como fueron otro gallo hubiera cantado para él, para ti y para tu madre. ¿Qué te puedo explicar ahora, hijo? Que lo vi tan hombrón, tan bien plantado que me acordé de Porrúa y tuve celos de tu madre. O envidia, anda a saber. A lo mejor fue la primera vez en mi vida que sentí el peso de los años. Que hice de tu tío Pepe un mujercita con aquellos rizos postizos y los bombachudos y aquella facha de querubín que hasta las monjas se lo querían comer a besuqueos. Siempre de punta en blanco y nada de revolcarse ni embarrarse ni andar descalzo. Llevándolo a querer ser lo que no era. Para que sus hermanas se conformaran con ese maniquí y no fueran lo que querían ser. Haciendo milagros para que no se metiera contigo.

Pero en casa las cosas ya estaban imposibles. Tanto lo rejoneamos que al final no sabía lo que hacía. Ni los dependientes paraban en el negocio. Ya ves en qué terminó todo, pobre Pepe. Y a sus hermanas de nada les sirvió todo aquello. Tu madre sin marido y sin hijo. Fina amargándome el viaje con aquella historia en el camarote del oficialito. Y Nita terminando de fregona, atontada por sus divagues frente al espejo y sin un perro que le ladre. ¿Entonces… tú sabías, abuela? Siempre dije que a Macrina no se le escapa nada. Nadie la toma por el pito de un sereno, nadie.

Mi mente —la de Grimaldo— va corrigiendo las proposiciones. Las definiciones. Método científico, claro. ¿Inductivo? No con seguridad, en todo caso. ¿Solo en un cine? Adelante nada más la negrura. A los costados esa misma negritud. Sé que no vale la pena darme vuelta. ¿Darte vuelta, Grimaldo? Ni lo inten-

tes. Caigo en la cuenta de las ataduras. Puedo mover la cabeza. Brazos sí. Piernas no. El tronco amarrado ¿a qué? ¿de qué manera? Para que conteste al tribunal de qué manera.

Lo ignoro, pero inmovilizado. Es más. Veo a Grimaldo sentado, rígido. Traspirando. ¿Está seguro de que es Grimaldo? El que ve es Grimaldo. El que está allí amarrado es Tito.

La fiscalía insiste en que el acusado no intente confundir al tribunal. Se determinó la presencia de un solo sujeto en el lugar del hecho. La palidez que no se ve pero se percibe. Una criatura de trece o catorce años. Un niño aún. Los dientes apretados por el miedo. Amoratado de vergüenza. Para que no crujan. Los hombres no lloran.

No, por cierto, Odiseo. Ni Clitemnestra ni alguna de las mujeres de tu casa. Ni tu fiel Penélope te sería de utilidad en este trance. No juegues conmigo, abuelita. Eres tú la que teje. La que cocina. La que canta. La que disipa las sombras. Déjame encender la luz. No hay luz donde reinan las tinieblas, perrecho. Estás atravesando las aguas más oscuras de tu vida. Vas camino al juicio y al castigo eterno. En la barca sin barquero. El agua que atravesamos es negra. Aunque tus ojos no la perciban. Y ruidosa como el rugido de mil leones, aunque tus oídos no escuchen más que mis palabras.

Ahora es Grimaldo el que siente la cerrazón en el pecho. ¿Pero entonces? Entonces ¿qué, perrecho? Anda ahora con tus historias y tus teatros. *Vivir… morir… tal vez soñar…* seguro que estás soñando. Vas a seguir soñando hasta que te arrepientas. Vas a seguir soñando aunque te arrepientas… *El bien que hacen los hombres muere con ellos / el mal permanece en sus huesos…*

Me pesan los párpados. Un arrorró a lo lejos, muy lejos. Voy flotando a la deriva. Sumergido más que flotando. Y tampoco es como en el cuento de Quiroga. Un agua espesa traslúcida. Casi como estar buceando en un lago —un mar— de vidrio semifundido. Pastoso. Coloreado. Atrás va quedando el pasado. Todo a mi alrededor un presente incoloro. Inodoro e insípido.

No puedo reírme porque el vidrio de color se mete por los menores resquicios. Seguramente estoy solo. Sé que estoy solo. Me sobrecoge la idea de toparme con alguien, con otros, en este medio extraño y ciertamente amenazante. ¿Otros? No se me ocurren nombres. No recuerdo historias. Tienen ojos y no ven. Tienen orejas y no escuchan. Las palabras me resuenan desde adentro. Me habré tragado un compact…

Si pudiera, sonreiría. Pero mis músculos están tensos como si me hubieran echado sobre la cara una colada de yeso de Bahía. Aquel yeso amarillento y delicado que usábamos para los moldes. ¿Moldes? Claro que sí, este medio en el cual estoy metido es un molde. Y yo entonces soy un modelo. O una colada. Sonrío. Es decir presumo que sonrío. Siento la piel de las mandíbulas estirada. Los tensores fascia lata. Parpadeo suavemente.

No me había engañado. Haces de luz recorren el interior de… ¿de qué? del gran cigomático. La memoria no te va a salvar, no te procupes. Me lo dice algo —alguien— desde adentro.

Como tener una broadcasting en la barriga… Otra vez el simulacro de sonrisa. Otra vez la ficción. Vibraciones apenas perceptibles recorren el espacio que me envuelve. El telégrafo de los murciélagos. Sonrisa. Si hubiera lugar suficiente tal vez delfines. Me quedo por ahora con los delfines. Una compañía más inteligente por lo menos.

¿Soy inteligente? Cuestión casi sin importancia. ¿Soy? Buena pregunta. Eres el que es. Respuesta burlona desde atrás de un telón inexistente. Si pretendes aplausos, tendrás que aplaudirte tú mismo, nene. Esa voz. Unos veinte —doscientos— pasos adelante, un telón muy alto se va desplegando hacia la derecha y hacia la izquierda. Giro la vista hasta que no puedo más.

Se extiende y se extiende. Va pegando la vuelta a mis espaldas. Cine panorámico. Una pantalla lechosa. Tonalizada. Una pantalla hecha de tiras infinitas que se mueven cada una por la suya.

Yo me escapo. No puedo escaparme porque estoy atado al diván. Con las manos cruzadas sobre el pecho. Parece un angelito. Se ve que le está pidiendo perdón al tata por sus pecados, pobrecito. Pobrecito ¿por qué lo trajeron? Es la voz de tía Nita que me toma del brazo para sacarme de la sala velatoria.

Antes de salir alcanzo a echar un vistazo. Una sala grandota. Una sola pared que da vueltas sobre sí misma. Como la pantalla de un cine panorámico. Ya estuve antes aquí. Siempre estuviste acá, nene. La risotada del tano. Y no vas a salir de acá hasta que aprendas. Volverás en marzo o en setiembre.

Cierro los ojos pero lo sigo escuchando. Y ya no es la risa solitaria del tano. Es una risotada a cuatro o cinco voces. A capella pero poderosa. La carcajada de una sombra mitológica que ríe y teje. ¿Qué estás tejiendo, abuela? No te importa, perrecho. Lo que teja bien tejido está. Sea derecho o torcido. Porque lo tejo yo y basta, eha. Y antes de retirarme de la mesa de examen yo recordaba. Aquella sombra. La manta raya. Tejiendo al bolillo sus cinco cordones umbilicales. Aquella sombra…

Saliste demasiado bien, para lo que pudo haber sido, perrecho. Fuiste el único con coraje para pelear por lo tuyo. A pe-

sar de las muchas manos y pocas cabezas. Llevas en la sangre algunas cosas buenas y otras muy malas. Dios sabe si podrás tú solo en la vida con toda esa carga. Ya verás que no basta con la inteligencia. De poco te servirá una buena cabeza si no miras por dónde caminas. Aunque llegues a ministro. Deberás aprender que no siempre dos y dos son cuatro. Así lo digas en inglés, anda. Y si en mala hora te diera por la poesía, que el Señor te ayude. Pepe siempre decía que de poetas y de locos todos tenemos un poco. Me da el cuerpo que sufres bastante de las dos cosas. Hazte cargo como puedas de tu poesía. Que si alguien se hace cargo de tu locura, hasta puede ser que le encontréis el gusto al pan y a la cebolla. Cuánto se reiría Porrúa si me escuchara, perrecho. Pagaría por verle aquí delante ahora. Trata de mejorar la mano para las tortas. No pongas esa cara de viernes santo, criatura. De veras que no te anoto nada en la cuenta. Si algunas monedas quedaron a mi favor, déjalas correr para tus hijos… o para tus nietos si te atreves. Bastante jaleo tendrás para llegar a mis años, eha. *Na' te pido, na' te debo*. Acerca tu mano y tengamos la fiesta en paz, perrecho. Y no tenía tan feo gusto, no vayas a creer. Para muestra basta un botón.

No mires hacia atrás, pero cerca de ti va tío Manolo. Y del brazo de María la francesa, vaya. La viejecita de negro que está al borde de la playa es tía Lola. Junto al auto negro que bajó hasta la beiramar están mamá y papá. El abuelo te espera aferrado a la borda. Fumando un puro sin apuro. En unos minutos empezará a subir el agua. Habrá que empuñar el báculo para abrirlas y alcanzar el casco negro insobornable. Todos están pendientes de tus palabras. Hasta los golfos que se limpian los mocos en el ruedo de tu vestido. Salúdalos a todos por última vez. Sospecho que tu próxima despedida tendrá mucho menos público.

A distintas velocidades. Un calidoscopio gigantesco. Girando sobre mi espalda logro ver detrás de mí. Una figura oscura se acerca por el fondo de la pantalla. Estoy encerrado en una pecera y hay espectadores alrededor. La figura se pega al vidrio —a la pantalla— y gira también en evoluciones lánguidas. Percibo muchas cosas de repente. Al apretar la cara contra la pantalla reconozco a tía Nita. Completamente desnuda y buceando sin apuro. Moviendo al compás los brazos y las piernas. Al verme se detiene. Con una sonrisa burlona hace ademán de enjabonarse las tetas. Aparece una enorme figura velada y negra que oscurece la escena. Recién entonces te reconozco, abuela. Llegaste a tiempo para salvarla. ¿De qué, abuelita? De vos, de ella, de mí…

Te das vuelta para seguirla. Para asegurarte que te obedezca. Para que se eche encima algo decente. Pero un poco a tu izquierda se aplasta contra el vidrio otro enorme par de tetas.

Tía Fina me mira sonriente. Se pasa una mano por la entrepierna y me mira. La carne desnuda pasa de la estructura de un pez a la textura del pergamino. Las fibras se arrugan y el conjunto se vuelve un montón de carne flácida. Mis ojos se niegan a mirar. A ver. Aparecen también tío Pepe y mamá. Una desnudez obscena, no en sí misma sino es esa escenografía absurda. Ahora van nadando los cuatro juntos y vos atrás. Sos como una manta raya, abuela. Una carpa enorme toda armada de velos negros traslúcidos. Velos largos —muchos— ondulando en la simulación del agua. Eres mucho más grande y fuerte que ellos. Sé —estoy seguro— que acabarás devorándolos. Y después te vas a meter en el acuario para devorarme a mí. Muchas noches lo viví en sueños. Pero no tenía a quién contarle.

La barca se va alejando de la playa. Sin velas, sin remos. Al impulso sostenido del reflujo. Está cayendo el sol. Asomado

a la borda contemplo cómo se agranda el paisaje a medida que se esfuman los detalles. Es cierto —entonces— que a veces los árboles no nos dejaban apreciar el bosque… Todavía alcanzo a reconocer algunas figuras moviéndose por la Lonja. El que va y viene entre los cascos recién calafateados debe ser Porrúa. Lo distingo a la legua por los andares desgarbados y su altura colosal. Siempre lo nombrabas con cariño. ¿Uno de tus amores escondidos, abuelita? Quedaron pocas cosas escondidas en mi vida, hijo. En una aldea como esta, corta vida tienen los secretos. Pero no fueron tantos, perrecho, no vayas a creer. Mucho ruido y pocas nueces. Es más lo que las malas lenguas imaginan y echan a rodar. En pueblo chico poco valen los melindres y las honras. Porrúa fue un hombre guapo cuando joven. Joaquina le tenía echado el lente. Y creo que Ramona también. Y como era de enamoradiza la pobre no creo que se conformara con mirarlo. Conmigo la cosa fue distinta. Somos de la misma edad, nos criamos juntos casi. La poca escuela que tuvimos. Los sábados al catecismo. Siempre fue hombre de pocas palabras. Pero un culo sin sosiego qué quieres. Hoy en la faena del camarón. Mañana a buscar una changa en Cantoarena o en Redondela con el atado al hombro. Volver al mes o para la primavera con una mano atrás y otra adelante. Un amor acá otro allá. Nunca sentó cabeza. Ahí lo tienes de palique con todo el mundo. Viendo de remendar alguna red. En algo de carpintería o de pintura. Siempre con una flor entre los dientes y esa sonrisa. Nunca lo vi de mal humor.

Recuerdo un documental que mostraba la vida de las rayas. El celo de las rayas madres con las rayitas jóvenes. Nadaban en cardumen. Madre e hijas siempre juntas. Hijas digo. No hijos. El hijo de la raya sería un rayo. Es decir un rayito. Zeus vendría a ser el esposo regio de la raya madre. De la manta raya.

La viuda negra. La madre siempre a media agua. Las rayitas jóvenes debajo de ella. Siempre abajo, la escala natural. El lugar justo. Arriba mamá manta raya. Mamá Yocasta. Mamá Clitemnestra. Mamá Agripina. Aunque creo que siempre te viste a ti misma como Cornelia, la madre de los Gracos. Tiberio y Cayo ¿te acuerdas, abuela? No me mires así, abuelita, lo de Cornelia no es una indirecta. Se llamaba así la pobre dama. Y era virtuosa. Pero si no me engaña la memoria, ella sí estaba orgullosa de sus hijitos. En todo caso le preocupaban más sus nenes que los cuernos. En cambio a ti…

Abro los ojos. Sueño que abro los ojos. Sueño que soñando abro los ojos. Capas y más capas de una cebolla que no se termina de deshojar. Defoliar. ¿Desflorar? La pecera es ahora un diván enorme. Yo soy ese diván. Y estoy al mismo tiempo ¿cuál tiempo? recostado encima. Recostado o escondido. ¿De quién… de qué? Todo se precipitó cuando Cornelia empezaba a hablar de sus nenes. Por supuesto. No te metas con los alcaloides, nene. Pero esta vez va en serio. El tano Genovese y el negro Santervas se me tiran encima.

Un solo paseo hicimos juntos cuando una peregrinación a la tumba del Apóstol. A la salida de la catedral me dijo vén conmigo, Macrina. Y nos fuimos con un grupo de nuestra edad hasta Costa de la Muerte. Y allí en aquella playa frente a la mar a una hora como esta me besó. Gustarme me gustaba no lo niego. Pero me decía siempre con qué cuento yo para ofrecerte Macrina. Ayunos y privaciones, no tengo coraje para formar una familia, qué quieres. Pero el amor, abuela. No seas lelo, hijo. El amor a pan y cebolla poco aguanta. Y el que se menea de sol a sol para traer a casa un par de duros llega molido y más hambriento de un buen guiso que de mimos. Tu finado bisabuelo

bien claro lo veía, que Dios lo tenga en la gloria. Cuando cumplí los dieciocho me dijo es hora de pensar en tu vida, hija. Elegir un hombre bueno y trabajador para que puedas criar tus hijos sin preocupaciones. Lo demás no importa. Si hoy no se entienden, se entenderán con el correr de los años. Así nos fue. Y no es que tenga cargos que hacerle a tu abuelo, nada de eso. Aquellas historias de secretarias y de vampiresas no eran más que ingredientes. Enredos que una se hace en el afán de explicar lo que no tiene explicación. Basta media palabra para que un tonto arme una novela. Creo que tu abuelo nunca me faltó. Y si lo hizo bien le fue, con lo aburrido que era el cargo aquel del consulado. Sirvió para que más de cuatro paifocas que le tenían echado el ojo me vinieran con cuentos y risitas. Vigila un poco a tu marido, Macrina. Deberías darte un paseíto por ese consulado, querida, dicen que aquellas protestantes son terribles. Qué quieres, perrecho. Ya escuchaste muchas veces a tu tío. No todo lo que reluce es oro.

El sol ha caído ya bajo el mar. El relente de la ría mece la embarcación. La bajamar la sigue arrastrando cada vez más lejos de la playa. Los primeros rayos de una luna inmensa se quiebran una y otra vez contra las gotas diminutas de niebla salada. Se empieza a sentir el rocío. Vamos a tener una noche bastante fresca. La barca es apenas una sombra más oscura en la negrura del agua. No sé si me sigues hablando ya casi a los gritos desde la playa. O si vas a bordo y yo soy el que se quedó allá sentado en la arena. Contemplando pensativo el botón dorado que brilla en mi mano. ▮

Como una penitencia

- Accésit I Concurso Internacional “Peña Taurina Félix Rodríguez” / Santander (España) 2006.
- Integra el volumen *I Certamen Taurino Internacional de Narración corta “Asociación Cultural Peña Félix Rodríguez”*, Santander 2006, 112 págs. ISBN 978-84-87616-98-3.

Una parodia escrita por un argentino adverso a las corridas, ambientada en la Alta California otrora española. Así confieso en mi web esta travesura que terminó premiada, dejándome además una simpática relación con el amigo Juan J. Palazuelos, quien sí se toma esta cuestión de las corridas y las cornadas muy en serio.

El viernes 21 de abril del 2006 y el viernes 5 de mayo del 2006 se reunió, en el Salón de la Peña Taurina Félix Rodríguez, el jurado del premio literario “I Premio de narración breve, Asociación Taurina Félix Rodríguez”, compuesto por: José Manuel Cabrales Arteaga (presidente del jurado), catedrático de lengua y literatura y crítico de *El Diario Montañés*; Fernando Gomarín Guirado, etnógrafo y director del Centro de Documentación Etnográfica de Cantabria; Juan Palazuelos, presidente de la Peña Taurina Félix Rodríguez; Indalecio Sobrino, pintor; Domingo Delgado de la Cámara, abogado y crítico taurino, autor de numerosos libros de tema taurino y Gunther Castanedo Pfeiffer (secretario del jurado), escritor y nerudólogo.

Como una penitencia integra el volumen editado por la Peña Félix Rodríguez. Por un lapsus de quien tuvo a su cargo la edición, aparezco nombrado como Grimaldo Ezcurra, seudónimo con el que había sido presentado el texto, de acuerdo con las bases de la convocatoria. Ni la remota intención de emular a Pessoa, plantando un heterónimo. Aunque Grimaldo figura bastante a menudo en otros textos, a veces como autor, a veces como protagonista o aludido como personaje.

Como una penitencia

Atiborrado de láudano y de orapronobis con sabor a incienso y a mantillones apolillados, el Veracruzano navega por unas tinieblas que poco tienen que ver con la noche que se deja adivinar allá afuera, detrás de los pesados cortinados. Arriba es como abajo, repite siempre el viejo Arsenio a los escasos poblanos que aún le prestan orejas, pero es fama que sus sentencias pocas veces dejan de dar en el meollo de la cosa. Curiosa eficacia la suya, ya que jamás se ha dignado aclarar así sea para los más entendidos, si por arriba se refiere acaso a los celestiales territorios o nada más que a la nieve de las cumbres que se divisan a la distancia en días de buen tiempo. Bien es cierto que nadie se atreve a solicitar detalles, pues no solo se le atribuye la edad de Matusalén sino una memoria prodigiosa así como el poder de cicatrizar heridas con la mirada y la magia de curar las gusaneras, el carbunclo y toda clase de pestes de las que suelen diezmar la hacienda durante los grandes calores. Dicen por ahí que pueblo chico esconde secretos chicos y pueblo grande secretos grandes. Ha de ser al revés me parece, a menos que el pueblo se haya ido para arriba sin darnos cuenta. Porque secretos escondidos hay, y de los gordos. No solamente de cuernos y paternidades dudosas, que esa es moneda corriente en toda la región. Ni tampoco de chapulines que para empezar a despuntar el vicio se dan el gusto con las ovejas y las cabras. De esas historias están repletas las arcas del cura. Menos quiero referirme —ni de antojo— a los tejemanejes entre las hermanitas de San Ildefonso y el jardinero de la abadía, que bien claro tengo lo de la maledi-

cencia que suelta siempre el cura en el medio de la misa. Pero hay algo que cualquiera daría el alma por saberlo. Y que nadiecita se imagina, por más imaginación que se le venga empinando el codo en la taberna del Sorbete o dándole el gusto al cuerpo en la casa de doña Suspiritos. Ha de ser así nomás que hay ejercicios que calientan el seso y todo lo demás. Pero ni por esas. ¿Quién atinaría a sospechar, qué digo sospechar, oler, qué digo oler, pues nada, a quién se le habría de ocurrir, de no estar lelo, que el Veracruzano fuera mi hermano? Y que no es todo, que con lo dicho no llevo destapada la cuarta parte de la huaca. Asisito como suena nomás. Ni la cuarta parte. El Veracruzano era el diestro más cojonudo de toda la sierra. En el corral o en el ruedo o en medio del monte no había novillo ni grande ni chico que se le resistiera. Y ni qué hablar de las hembras. Tiernitas y cuarteronas de cocer en vinagre suspiraban al nombrarlo y se desmayaban solo de verlo pasar al tranco de su moro. Si las pobres supieran…

Llevo mis huevos bien cargados de pólvora negra y las caramañolas henchiditas de aguardiente, pa'lo que guste mandar su mercé. Todo el pueblo le conocía el discurso al desgraciado. *Yo soy el Veracruzano / del mundo me importa poco / y si una mujer me gusta / me gusta a pesar de todo*… y es cosa de darle al porrón o a la caramañola hasta que parecía que el alma se le fuera a escapar por la boca con los hipos. Andaba por ahí siempre a cara descubierta, eso es verdad. Provocando a los mocetones y subiéndole el rubor a las muchachas y a las viejas. Nada más se tapaba la cara con ese antifaz para torear. Que era costumbre de nuestro finado padre, eso es cierto, me consta. No que lo recuerde, pos se nos fue al cielo siendo nosotros gazapos. Sino porque madre lo contaba cada vez que su memoria le nublaba

la vista y no podía acertar puntada. Tu finado padre sí que toreaba, virgen santa. Tuvo quincenas hasta de cinco faenas corriendo de aquí para allá por el valle de San Joaquín, a Modesto, a Gustine, a Turlock, a Stevinson. Era parco de palabra y movimientos tu padre. Menos cuando estaba en el burel. Sin subalternos y ni siquiera un peón de confianza. Nada de paseíllos ni de bambolla, qué esperanza, m'hijo. Corridas y novilladas una tras otra. No había animal que no se humillara delante de él. Nunca esperar. Pocas verónicas y los pases necesarios. Y a matar. Siempre con la cara tapada, como el señor Zorro. Pero se llevaba bien con los ganaderos y con su público, que al fin de cuentas corrían las apuestas y aquí en el valle todo se hizo siempre por dinero.

Madre se ganaba la vida cosiendo para las señoras acomodadas, pues nuestro padre se fue de este mundo llevando una mano por detrás y la otra por delante. Y que nadie se engañe con esas historias de que si se despilfarraba las ganancias y los quites en los estaños o en las casas de mala fama del valle. Dicen que era hombre de arrastre con las damas, eso ni hablar.

Es así que pienso que el Veracruzano y yo no somos los meros huérfanos que ha dejado al despedirse. Cuando a madre le mermaba la costura de las señoronas, aprovechaba el tiempo en la confección de petos y monteras para los novilleros y los jamelgos, que todo el mundo conoce lo ásperos que son los animales de estas haciendas y no hay faena que no deje su secuela de cojos y derrengados. Cada vez que alguien venía con esas historias madre me miraba a los ojos y me hacía jurar que nunca me pondría delante de un toro. A veces hubiera querido decirle, pero sé muy bien que uno no puede fiarse de una mujer.

Que usté se preguntará compadre que cómo vine a caer en la cuenta del parentesco. Pero si lo pregunta es de zopilote

nomás, pues a nadie se le escapa que más difícil es en este pueblo esconder un secreto de esos que guardar un virgo a salvo de las maniobras del cura. No es que alguien va y dice yo lo vi o estuve yo presente y me consta. Nada de eso. Sino que uno va y lo larga por ahí como que me dijeron o lo escuché en el rastro o en las kermeses de San Robustiano. O guárdeme la confidencia, comadre, que ni por estas quisiera yo verme puesta en entredicho por divulgarlo, pero créame usté y hágase cargo. Pues es el caso de que estaba un servidor al anochecer en lo de doña Suspiritos, nada de lo que usté piensa no vaya a creer. Nomás saborear un trago y escuchar las historias de la madama que es persona de mundo y de mucho roce quién lo diría, no. Debo haber tomado alguna medida de más o más seguro el tequila estaba más fuertecito que de costumbre, eso debe ser. Es que el cuero de uno también tiene sus días. Pues cuando me vio achispadito me encaró la señora con aire preocupado y me espetó que mejor me largaba antes de que apareciera mi hermano y me hallara en aquellas condiciones. Calcule pues mi sorpresa con este comedimiento de la madama cuando nadie me platicara ni en sueños de tamaños parentescos. Mas no hubo cómo sacarle palabra, cosa que me vi obligado como usté se podrá imaginar a quedarme cerca del establo para ver quién era el que estaban esperando. Y estaba de Dios que no me quedaran dudas, pues en todo el rato que estuve allí espiando y esperando el único parroquiano que se hizo presente fue el Veracruzano. Y a la noche siguiente la Suspiritos misma me lo confirmaba a fuerza de mirarla fiero y hacerle saber que había acechado la puerta del negocio durante toda la vela.

Es que digo siempre que matrimonios y sociedades las apadrina el diablo. Nada importa y no viene al caso si ataviado

de sacerdote o disfrazado de notario, que al fin de cuentas viene a ser la misma vaina. Solo que el acuerdo que armamos con el que prefiero llamar hermano por aquello de que las medias van apenas para los pies no tuvo anoticiantes ni testigos, según convenía al carácter de purito secreto del asunto. Pues que de conocerse la cosa se desbarataba la cuestión nomás empezar. Ha de ser que el tequila estaba esa noche más entrador que de costumbre. Pues fue mero mirarnos sin pestañear gruñendo como con desgano así que usté es el Veracruzano. Ahá y usté ha de ser el Jaramaco. Y así al tiro un venga ese abrazo 'manito y un rejuntarnos y me parece que hasta un lagrimear que no es de pasar en frío por el apuro de conocer a quien comparte con uno su mera mitad aunque ninguno de los dos tuviera recuerdos demasiado ajustados de nuestro padre. Así seguimos una horita deshilvanando historias mal recordadas y peor contadas. Y otra horita dándole al tequila y echando unos suspirazos como de partir el alma a las piedras. Para cuando tocó a su fin el segundo porrón de alcohol ya cantaban los primeros gallos. Y recién empezaba una ronda de confidencias más adobadas y también más creíbles, por aquello de que la bebida no miente. Fueron saliendo al ruedo las esperanzas de uno y las frustraciones del otro. Rodando rodando se sentaron en la tabla a nuestro lado las sombras del hombre que uno quiso ser y no pudo y el que el otro soñaba con llegar a ser alguna vez si se cuadraba. Y ha de ser la mera casualidad o los efectos del tequila que ahicito se nos hizo patente que en el reparto alguien había hecho una mescolanza de posibilidades y virtudes. Más defectos que virtudes agregaría de seguro nuestro párroco, siempre parco en elogios y generoso en dicterios y amonestaciones.

A partir de ese día puedo decir sin exageraciones que la vida cambió para mí como si recién hubiera nacido anoche. No recuerdo haber comentado que nunca me tiraron las mujeres, no por lo que están pensando sino porque una mula me pateó de chapulín en mal lugar y no me quedaron herramientas para dedicarme al oficio. Pero me dan los cojones para domar un potro en pelo y liarme a mano desnuda con un novillo descarriado. En cambio mi hermano las dejaba preñadas nomás mirarlas, pero se cagaba encima si le platicaban de citar a un borrego. No podría decir cómo apareció le idea entre medio de las confidencias y el tequila. Pero uno de los dos lo dijo, él o yo no tiene importancia. Qué vaina 'manito yo con mi chipote y usté con sus visteos en el ruedo. Las mozas y las cuzcurritas se enamoran de usté y yo me las paso por las armas ¿qué me dice? Lo que aún no dije me parece es que éramos los dos de la misma talla, los dos cetrinos y de crenchas negras. Y por lo demás, nuestro padre se presentaba siempre en público con la cara cubierta por aquel antifaz.

Fueron los mejores años de mi vida. Madre ni soñaba que su Jaramaco se cargaba a mano alzada las reses más bravas del valle, quebrantando las prohibiciones y haciendo añicos sus promesas y sus juramentos. Yo dedicaba orejas y rabos y recibía los pañuelos perfumados. Y el Veracruzano concurría a mis encuentros ufanándose de mis suertes y mis audacias en el ruedo, poniéndolas a la temperatura adecuada para voltearlas sobre una cama o encima de un pajar, que el amor no tiene melindres cuando campean los ardores. El muy marrano hasta tenía el tupé de presentarse a sus interludios nocturnos con mi antifaz y haciéndose de rogar por la damisela de turno para que se dejara ver el rostro.

Quién pudiera sospechar que detrás del antifaz del diestro que faenaba uno tras otro los toritos más ásperos del valle se escondía la cara del tonto del Jaramaco, que todo el mundo sabía que no salía de abajo de las polleras de su madre. Y menos creería ninguna de las encendidas damas que el desvergonzado Veracruzano que se quitaba el antifaz para acelerar los suspiros y los quejidos placenteros y ensartarlas como yo ensartaba mis piezas en la faena, era incapaz de pararse a media cuadra de una vaca sin que le temblaran las piernas.

Cuando recorría a caballo el ruedo saludando a las damas y a las autoridades, el gentío vivaba al Veracruzano, pero ¡qué me importaba! La envidia de los hombres y la encendida mirada de las mujeres eran para él, pero era el pobrecito Jaramaco quien las saboreaba. Fueron auténticas borracheras de gloria pero ya se sabe que no hay cosa menos duradera que la gloria. Al menos en este mundo. Tanto andar de cama en cama ensimismado en darle placer al cuerpo y fastidio a más de un marido burlado, mi hermanito se pescó una enfermedad de esas que Dios manda a quienes despreciando los goces del alma se inclinan impíamente por las sabrosuras de la carne. Confieso que menos me preocuparon en el momento sus bubas y las feas pústulas que el pensamiento egoísta de que el Veracruzano estaba llegando al final de su camino, llevándose tras él los placeres bienhabidos —y los otros— y desterrándome a mí del jipío de las plateas y el mareo de sombreros arrojados a la arena. Él pasaba de todos modos a mejor vida y yo a la eterna condenación, otra vez pegado a las polleras de madre y privado para siempre de ese raro halo de novelería que acompaña al torero como una segunda piel.

Vanidad de vanidades decía el filósofo y su razón tenía. El ocaso de mi vanidad a punto de extinguirse junto con la vida

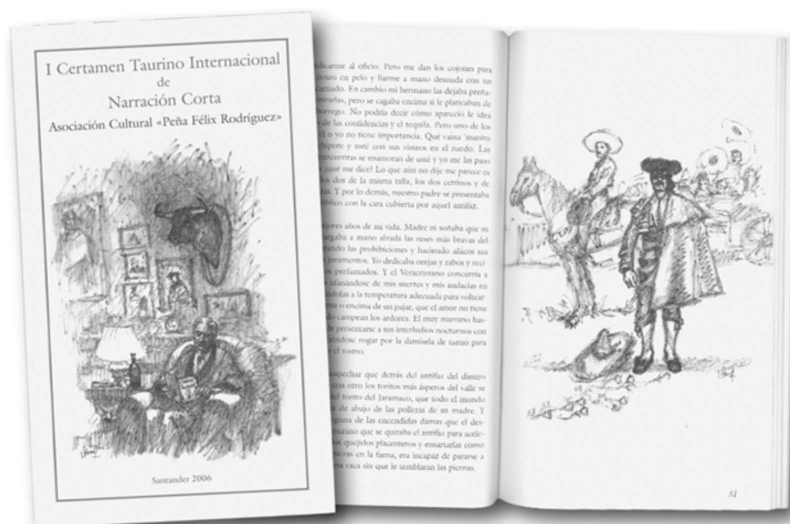
de mi hermanastro me hincaba en las carnes aguijonazos más incisivos que el picor de las banderillas. Nada rejonea con más ahínco el alma de un condenado que la contemplación del paraíso perdido y el infierno por venir. Y ningún otro momento más propicio para que el diablo nos tiente llevándonos en andas hasta la cúpula del templo. No otra razón se me ocurre para que arrodillado ante el lecho de muerte de mi medio hermano pasara de repente por mi caletre aquella tentación descabellada. El Veracruzano debía realizar su última y más gloriosa faena antes de entregar su alma al creador.

Pensarlo y poner manos a la obra fue todo uno para mí, en plena consciencia de que las horas del moribundo estaban ya contadas. Unas monedas bastaron para que un mocetón de confianza quedara de guardia a la puerta de su cuarto, con orden de no permitir a nadie el acceso so pretexto de estar poniendo en orden cuestiones del alma. El resto fue nomás echar bando que el Veracruzano deseaba despedirse del oficio y de la vida como se despiden los machos. En traje de luces y espada en mano.

Madre siempre gustó de la fiesta brava, resabio de seguro de los años vividos junto a nuestro padre. Conque no es de extrañar que advertida del acontecimiento por las idas y venidas de mozos y mozas, sacara a relucir sus pendientes y su camafeo de nácar y hasta se le diera por exhumar una vieja mantilla que guardaba como recuerdo de otras épocas. Casi no la reconozco, pobre madre, detrás de mi antifaz, mientras recorría la arena al frente de las tres cuadrillas que se habían dado cita para realzar el magno episodio. Hasta me pareció ver brillar en sus ojos una lágrima, en lo que hubo tal vez más de imaginación que de verdad. Los demás detalles se mezclan en mi caletre, que por otra parte nunca fue sólido para registrar pormenores y menudencias.

Terminado el paseo el torilero abrió el chiquero y los picadores flanquearon al animal hasta el centro del ruedo, mientras la plaza se venía abajo al grito de “éntrale Veracruzano” y estribillos de aliento. Apenas iniciado el tercio de varas se pudo apreciar que se trataba de un animal bronco del que no convenía fiarse, aunque los peones de brega se las amañaron para colocarlo una y otra vez en suertes, mientras arreciaban la música y los aplausos. El toro entró ya rabioso al tercio de banderillas. Me dio mala espina el modo de ladear el hocico sin humillar, a pesar del castigo recibido. Tengo muy presente que acudió a mi segunda gaonera con la mirada torva y yo me apreté a él para lucirme. La tribuna estalló en un grito de horror y a partir de entonces nada recuerdo. Tal vez al rato —no sé qué tanto— creí sentirme recostado sobre un capote casi al centro del albero y la mirada de madre espantada encima de mi cara. Poco más, este ardor insoportable en la ingle, un silencio de pavura en la plaza y madre mirando sin comprender el antifaz ensangrentado que pendía de sus manos.

En la penumbra de su cuarto, bajo la somnolencia del analgésico, el Veracruzano se pregunta si está entrando a su segunda muerte o es nomás la primera que se repite y se repite como un castigo. O como una penitencia. ▮



From: Gregorio Echeverría <visual@cotelcam.com.ar>
Date: Thu, 28 Sep 2006 19:22:48 -0300
To: <ptfelixrodriguez@hotmail.com>
Subject: Re: Certamen literario "Félix Rodriguez"

Querido amigo Juan José:
Hoy me llegó el diploma y un ejemplar del libro.
Ante todo, una calurosa felicitación por el esmero y la excelente presentación de esta edición. No me cabe duda que ha merecido el aplauso de toda la comunidad literaria, taurina o no... :-)

Dos detalles quiero mencionarte, aunque si la tirada ya fue impresa una de las cuestiones no tiene arreglo.

Ocurre que en la trascripción del fallo y al final del texto de *Como una penitencia*, figura mi seudónimo en lugar de mi nombre. Quedará como una curiosidad, dado que Grimaldo Ezcurra no existe.

En el diploma sí figuran mis nombres y apellidos, pero dice "Echevarría" en lugar de "Echeverría". Si está a tu alcance esta corrección, te quedaría agradecido, pero no te pongas en problemas por ello.
Reiterando mi gratitud, va un enorme abrazo. GE.

El viernes 21 de abril del 2006 y el viernes 5 de mayo del 2006 se reunió en el Salón de la Peña Taurina Félix Rodríguez, el jurado del premio literario "I Premio de narración breve Asociación Taurina Félix Rodríguez ", compuesto por:

JOSE MANUEL CABRALES ARTEAGA (presidente del jurado), Catedrático de lengua y literatura y crítico de El Diario Montañés.

FERNANDO GOMARIN GUIRADO, Etnógrafo y director del Centro de Documentación Etnográfica de Cantabria.

JUAN PALAZUELOS. Presidente de la Peña Taurina Félix Rodríguez

INDALECIO SOBRINO. Pintor.

DOMINGO DELGADO DE LA CÁMARA. Abogado y crítico taurino. Autor de numerosos libros de tema taurino.

GUNTHER CASTANEDO PFEIFFER (secretario del jurado). Escritor y nerudólogo

Después de una selección de relatos en la primera deliberaciónse procedió en la segunda a otorgar el primer premio por unanimidad al trabajo titulado:

"PLENILUNIO", dotado con 1800 euros y que según el jurado se destacaba por su calidad literaria y ritmo narrativo

El jurado por el mérito literario de los demás trabajos decidió dar el primer accésit al trabajo titulado.

"SUERTES CONTRARIAS", del que se quiera destacar la calidad estilística y el contenido poético.

El resto de premios dotados con publicación son los siguientes tabajos.

COMO UNA PENITENCIA
AIRES DE FRAGUA
TOROS EN ÁFRICA OCCIDENTAL ESPAÑOLA

El jurado quiere destacar la alta calidad de la mayoría de los trabajos presentados. Las las deliberaciones en busca del mejor trabajo, conllevó la lectura en el mismo momento de las decisiones de grandes fagmentos de los relatos. Con pasión y ecuanimidad se ha llegado a este juicio final.

Como secretario doy fe. Gunther Castanedo Pfeiffer

Se abrieron los sobres correspondientes con el siguiente resultado:

1o Premio - lema. "Plenilunio", autor D. Miguel Ángel Molina Jiménez, de Albacete.

Accésits:
- Lema: "Suertes contrarias", autora Da Mercedes Blanco Rodríguez, de Salamanca.
- Lemas "Como una penitencia", autor D. Gregorio Andrés Echeverría, de Argentina.
- Lema "Aire de fragua", autora Da Lola Morales Ortega de Ginés (Sevilla).
- Lema: Imperio de Arena", autora Da Rosa Navarro Lara de Málaga.

/hemeroteca.php?id=8003&page=13&CADENA=

Los charcos

- Segundo Premio VII Certamen Internacional de Cuento “Rotary Club” / 2006 City Bell, prov. BA.

Me descubrí premiado al leer la información en una web que se ocupa de estas noticias. De ahí, enviar un par de correos a la institución solicitando confirmación de la historia. Una vaga respuesta aludiendo a elecciones internas y cambios de Comisión Directiva. En fin, un reconocimiento de desinterés que desemboca en la pregunta que uno retiene a duras penas: ¿Para qué organizaron este certamen? Mi relación con leones y rotarios podría definirse —amistosamente— en una opinión que puedo hacer pública, total qué le hace una raya más al tigre: los que saben no quieren y los que quieren no saben. Punto. Volvemos a las andadas con comunicaciones insuficientes e inoportunas, reticencias para enviar la medalla por correo, mínima información de prensa, falta de comentarios críticos por parte del jurado, etc. Y por supuesto, ni hablar de editar o difundir. Participó. Ganó. Amén.
Uno se interroga luego acerca del sentido de participar en estas convocatorias y termina puteando frente al espejo. Porque hay muchas razones para participar. Tantas como para abstenerse. Jurados: Elina Lardone de Bonavera, Mirta Mac Donagh de Iribar y Héctor F. Bruno.



Los charcos

Serás lo que debes ser, o no serás nada.
José de San Martín

© Gregorio Echeverría / 2º Premio Rotary Club City Bell 2006

Uno deja correr la vista sobre la superficie mojada. Bastante grande si se la compara con la impronta de una gota de lluvia, incluso la que dejan esos primeros goterones de las tormentas de verano. Pequeña si uno piensa en las dimen- planeador, porque el silencio del momento excluye todo sonido que no provenga de los benteveos o los zorzales. La ficción es tan perfecta que uno puede contabilizar las depresiones y los promontorios y hasta demarcar los contornos de

El Talar Noticias, Nº 106, julio 2008.

Los charcos

Serás lo que debes ser, o no serás nada.
José de San Martín

Uno deja correr la vista sobre la superficie mojada. Bastante grande si se la compara con la impronta de una gota de lluvia, incluso la que dejan esos primeros goterones de las tormentas de verano. Pequeña si uno piensa en las dimensiones del mar. Y se siente raramente poderoso al comprobar que de un vistazo es capaz de abarcar todos los accidentes geográficos. El piso de la galería es de cerámico verde jaspeado. Claro, dicho así suena como un verde inconcluso. Pero en realidad es un verde que valdría la pena analizar con algún cuidado. Uno sonríe entonces para adentro recordando aquello del color del caballo blanco de San Martín. Y casi cae en la tentación de tomar por un atajo y empezar con la historia de las mulas grisonas y embarradas hasta las orejas y los granaderos andrajosos armados con una panoplia más apropiada para la Armada Brancaleone que para un ejército libertador. Pero recuerda a tiempo que no es la madrugada de un día sospechoso del primer cuarto del penúltimo siglo. En medio de un pedregal interminable a más de siete mil pies bajo el castigo duplicado de la nevisca y la cercanía del enemigo. Sino —por suerte— una tranquila mañana de enero de este siglo a la sombra aún fresca de la galería de su casa. Uno remarca esto de su casa porque es importante. Casualmente ayer ha puesto en vereda a uno de sus vecinos a propósito de los ladridos de los perros. Y reconoce que el querido Julio se hubiera matado de risa y Arlt no lo habría hecho con más elegancia en *Pequeños propietarios*, aquel relato en que dos burgueses insig-

nificantes disputan con acidez por cuestiones de medianería. Aunque de inmediato recorre su biografía gris y al compararla con la órbita planetaria del belga le sobreviene un acceso de tos. Mezclando de modo desordenado el recuerdo de su voz de cornete afrancesada con el fulgor de los textos y el calor de sus abrazos. En una ráfaga de esas que dejan una estela agridulce, cruzan bajo las vigas la cara anónima del señor Silicoso, el llanto entregado del bebé Rocamadour y el perfume de la piel de Carol. Y por supuesto, cuando todo eso ha pasado el charco se ve chiquitito y la mañana mucho más insulsa. Pero para no dejar pendiente el tono de ese verde del cerámico, uno diría por ejemplo cincuenta de amarillo, cien de cyan y cuarenta de negro. O peor aún, algún número insensato de pantone. Pero uno desea entenderse con el prójimo y apunta a explicar que habla de un verde muy parecido al que asume la ligustrina en las partes más oscuras cuando recibe de frente el primer sol de la mañana.

Entonces el agua del charco encima de ese verde matizado con manchas oscuras, simula un esplendor de cabos, penínsulas y bahías. Y uno juega con esa suerte de calidoscopio cambiando la altura y el ángulo de la mirada. Todo gira suavemente como si fuéramos sobrevolando el Mar de los Sargazos a bordo de un helicóptero. O mejor arriba de un planeador, porque el silencio del momento excluye todo sonido que no provenga de benteveos o zorzales.

La ficción es tan perfecta que uno puede contabilizar las depresiones y los promontorios y hasta demarcar los contornos de una tierra a pocas brazas de profundidad. Y se llena los ojos con imágenes de atlántida y casi solloza al comprender que no, que no es el Mar de los Sargazos. Que el viento del este lo ha ido empujando hacia las costas del Yucatán y lo que uno con-

templa con unción y algo de temor es el abismo esmeralda del golfo y allá abajo juraría que unos escombros entre la masa de algas señalan las terrazas de una ciudad perdida.

Uno se quedaría horas en silencio atesorando esos paisajes y convocando acaso las cicatrices irredentas y los rasgos violentos de Morgan o los bucles traicioneros de Alvarado.

Hasta caer en la tentación de aceptar que el viejo Heráclito se equivocaba y uno tiene frente a sí el agua de todos los ríos y los lagos y los siete mares. Balbucear incluso con la mirada húmeda que el charco es infinito y que el tiempo es redondo. Y atreverse a jurar que el murmullo no es de grillos domingueros ni chicharras indómitas sino un código que repite incesante una consigna. Una propuesta no descifrable que uno intuye y quisiera recomponer a despecho del escándalo.

Uno desciende entonces hacia la superficie que lo convoca desde sus verdes casi trasparentes. Mientras el aire se enrarece y escucha empavorecido los estampidos de la nieve y el vuelo casi funerario de unos cóndores. Cada gránulo de verde se hincha a la escala de los ventisqueros y palidece debajo de unos aluviones y los vientos. Los glaciares devoran hasta el último trazo del mar y sus penínsulas. De horizonte a horizonte gobiernan la alta soledad y el hielo.

Sobre la sábana de arrugas afiladas una menuda procesión de hormigas se vislumbra apenas. Moscas tal vez. Ni siquiera cagarrutas de cabra o de guanaco. Una pequeñez oscura en la grandeza del espanto. Muy pocos. Unos cuantos. Quizá ni lleguen al millar. Es necesario planear por debajo de los mil pies para apreciar algún detalle. Pueden ser unos menudos coleópteros, unas sencillas cucarachas.

Sobre ese espejo ríspido dan pena al observarlos. Homínidos. Minúsculos, indefensos ante la estolidez terciaria de la montaña.

Uno es testigo tumultuoso de que alguien se sobresalta sobre la angarilla desprolija. Que la yunta de mulas acorta la pisada para seguir el ritmo del aliento enfermo. Que los labios mortificados por la fiebre escriben un mandato ilegible.

Y uno se pregunta acosado por la mala consciencia y un entorno hipócrita hasta dónde quiere ser lo que debiera. Hasta dónde puede ser lo que quisiera. ▮

Agua grande y amarga

- Segundo premio en Cuento Certamen “90º Aniversario Biblioteca Popular D.F. Sarmiento” / 2006 Tigre, prov. BA.
- Integra el volumen *Noche en el Sábalos*, Premio Fondo Municipal de las Artes, Tigre 2013. Auditgraf Ediciones 2014 ISBN 978-987-33-4088-8. Pág. 179.

Una preciosa miniatura —una bandejita de bronce de 10 centímetros de eslora— pegada en una pared de mi estudio (para que no se pierda entre los libros), el diploma impreso en chorro de tinta negra sobre una hoja A4 de papel comercial verde agua y la promesa de publicación en una revista que nunca llegó a mis manos, me recuerdan la sabiduría de Saint Exupery. Lo esencial es invisible a los ojos.

JUNIO DE 2008 - Nº 105 - El Talar noticias - Año X - Fundado en 1998 - Página 3

Agua grande y amarga

Gregorio Echeverría

Segundo Premio Concurso Literario de Cuento Corto "90 Aniversario de la Biblioteca Sarmiento de Tigre"

El río Luján corre —a la altura de la desembocadura del Caraguatá — con esa calma que otorga la intuición de estar llegando casi a las aguas grandes. Ignorante tal vez de la sabia reflexión de aquel poeta que llamaba sus duelos *"nuestras vidas son los ríos / que van a dar a la mar que es el morir..."*

acaso porque en estas soledades ampulosas todo habla de una fecunda serenidad que se degusta a cada paso. En la cabellera despeinada que los sauces remojan en la correntada y en la quietud atenta del martín pescador a la espera de sus mojarras. O en el cuchicheo de loros y cotorras y hasta en el contrapunto de las martinetas con las pavas de monte. La corneta de bobo se enrosca al tronco de las casuarinas que flanquean los arroyos y entre la maraña se enciende aquí y allá la llamarada del ceibo coronando la espesura de helechos y madreselva. Algún madrugador rema aguas arriba en busca de su lagunita donde saben remolonear las tarariras y de tanto en tanto los ojillos de una nutria se asoman a la orilla para brincar enseguida buscando el amparo de los pajonales. Se cruzará con los mimbreros instalados casi sobre el Paraná de las Palmas y se cambiarán el saludo y el par de noticias obligadas en una comunidad donde todos se conocen pero donde se respetan la soledad y la privacidad. Aunque en las emergencias nunca ha de faltar la mano amiga y el compromiso solidario, pero después cada cual a lo suyo.

El rancho de Gervasio se alza sobre la ribera

tiempo ese Paraíso Terrenal del que a veces le habla la madre entre una y otra página del catecismo.

El viejo entreabre los ojos bastante afectados ya por el avance de las cataratas y casi con

de años soportaba con un encogimiento de hombros el ruido de los fuera de borda y el oleaje de los cruceros. Y la invasión de gente desconsiderada los fines de semana. Incluso los ultralivianos que pasan rozando la copa de las casuarinas para que los pasajeros

miraba sin sacarle los ojos de encima y repetía que uno se lleva los recuerdos de sus seres queridos adonde quiera que vaya. Pero nunca pudo con la idea de alejarse del entorno que lo ha visto nacer y crecer y que si Dios quiere lo verá morir. Y aprieta los dientes ignorando el castigo de la pobreza y el avance de los atropellos y los ruidos, sabiendo que más duro que todo eso es la indiferencia de la gente y el raleo constante de conocidos y vecinos, unos rumbo al cementerio y los más curtidos huyendo isla adentro cada cual con su propia mueca de rebeldía. Pero lo de las torres colma toda posibilidad de aguante. Ahí justito enfrente sobre la boca del Guazunamby. Al principio hasta un entretenimiento sentarse a la orilla del Luján y pasarse las horas viendo el movimiento de retroexcavadoras y tractores. Previo desmonte a motosierra de todo lo que no pudieran llevarse por delante con las máquinas. Se preguntaba qué carajo estarían por hacer con semejante despliegue y ese batallón de cascos amarillos. Acaso una oscura premonición le haya advertido que era su privada versión del apocalipsis del cual sabía hablar también el cura del cementerio, un apocalipsis en el cual el fuego y la lluvia de sangre habrían de ser reemplazados por el hierro y el cemento.

Mientras se alzaba el bosque de madera del encofrado para las columnas sostuvo la esperanza de que aquello fuera solo una pesadilla de la cual despertaría para reírse del desvarío de su cabeza que ya no respondía de sí. Y de todos modos aún veía

El Talar Noticias Nº 105, junio 2008

Agua grande y amarga

El río Luján corre —llegando a la desembocadura del Caraguatá— con esa calma que otorga la intuición de estar alcanzando casi las aguas grandes. Ignorante tal vez de la sabia reflexión de aquel poeta que lloraba sus duelos… *nuestras vidas son los ríos / que van a dar a la mar que es el morir…* acaso porque en estas soledades ampulosas todo habla de una fecunda serenidad que se degusta a cada paso. En la cabellera despeinada que los sauces remojan en la correntada y en la quietud atenta del martín pescador a la espera de sus mojarras. O el cuchicheo de loros y cotorras y hasta en el contrapunto de las martinetas con las pavas de monte. La corneta de bobo se enrosca al tronco de las casuarinas que flanquean los arroyos y entre la maraña se enciende aquí y allá la llamarada del ceibo coronando la espesura de helechos y madreselva. Algún madrugador rema aguas arriba en busca de su lagunita donde saben remolonear las tarariras y de tanto en tanto los ojillos de una nutria se asoman a la orilla para brincar enseguida buscando el amparo de su pajonal. Se cruzará como todas las mañanas con los mimbreros instalados casi sobre el Paraná de las Palmas y cambiarán saludos y el par de noticias obligadas en una comunidad donde todos se conocen pero donde se respeta la soledad y la privacidad. Aunque en las emergencias nunca ha de faltar la mano amiga y el compromiso solidario, pero después cada cual a lo suyo. El rancho de Gervasio se alza sobre la ribera izquierda del Luján junto a la boca del Caraguatá, frente a la desembocadura del Guazunamby. Con sus diez años escasos Gervasio se ocupa de proveer carnada

para los espineles y llenar la leñera para el invierno. Aparte de las horas de la comida, hay dos momentos importantes en el día, el amanecer y la caída de la tarde, cuando con su padre se sientan a matear en la costa mirando correr el agua. Hay tardes en que el padre, como acorralado vaya Dios a saber por qué impulso duro de controlar, se larga a desgranar una historia de amores y desengaños, aunque más a menudo rumbea para el cuento aquel de la guerra de los yacarés o la batalla de los campesinos y los loros. Pero en general es el silencio el pegamento que junta dos cabezas y dos corazones en un solo pensamiento. Son un pedacito de ese paisaje apacible, agua atrás y a ambos lados y enfrente el otro arroyo que se pierde en el horizonte remontando los juncales y el montecito bajo atorado de nidos y pichones.

El niño no está seguro pero a veces piensa que ahí nomás ha de haber estado hace tiempo ese Paraíso Terrenal del que a veces habla la madre entre una y otra página de catecismo.

El viejo entreabre los ojos bastante afectados ya por el avance de las cataratas y casi con miedo —entre sin apuro y desgano— se levanta del catre y manotea una manta para abrigarse, porque aunque ya está bien entrada la primavera, las mañanas a la orilla del agua son frescas y el vientito es traicionero y apenas ha podido reponerse del catarro del último invierno. Los setenta y tantos años le pesan en la espalda y sus piernas acusan ya la dureza de la vida del isleño, bien ajena por cierto a los mimos del confort y comodidades —a veces dudosas— que ofrece la ciudad. Aún no hace tanto remaba una vez al mes hasta el Puerto de Frutos para pichinchear en algún comercio conocido sus tallas en corteza y sus raíces trabajadas a cortaplumas por alguna modesta provisión de yerba, harina y azúcar. Hasta hace cosa de diez años soportaba con un encogimiento de hombros el ruido

de los fuera de borda y el oleaje de los cruceros. Y la invasión de gente desconsiderada los fines de semana. Incluso los ultralivianos que pasan rozando la copa de las casuarinas para que los pasajeros puedan disfrutar de su espectáculo o los helicópteros verdes que van y vienen de vez en cuando tronando en bandadas de hasta dos docenas de aparatos que hacen temblar el aire, dejando un desastre de tallos agostados y pájaros enloquecidos.

Todo esto lo ve casi como una fatalidad que a lo sumo lamenta en la medida en que no se ha animado cuando aún le daban las tabas para trasladarse delta adentro, por el lado del Miní o del Paraná Guazú. Es que las tres lápidas humildes allá al fondo del cementerio de Tigre lo van atando una y otra vez hasta que se da cuenta que está viejo para alejarse de lo poco que lo mantiene vivo, aunque el cura que le había dado la bendición a los terrones que iban cayendo sobre el cajón de la Palmira lo miraba y sin sacarle los ojos de encima repetía que uno se lleva los recuerdos de sus seres queridos adonde quiera que vaya. Conque nunca pudo con la idea de alejarse del entorno que lo ha visto nacer y crecer y que si Dios quiere lo verá morir. Y aprieta los dientes ignorando el castigo de la pobreza y el avance de los atropellos y los ruidos, sabiendo que más duro que todo eso es la indiferencia de la gente y el raleo constante de conocidos y vecinos, unos rumbo a una pobre lápida y los más curtidos huyendo isla adentro cada cual con su mueca de rebeldía a cuestas.

Pero lo de las torres colma toda posibilidad de aguante. Ahí justito enfrente sobre la boca del Guazunamby. Al principio fue hasta un entretenimiento sentarse a la orilla del Luján y pasarse horas viendo el movimiento de retroexcavadoras y tractores. Previo desmonte a motosierra de todo lo que no pudiera llevarse por delante con las máquinas. Se preguntaba qué carajo

estaría por hacer con semejante despliegue de motores ese batallón de cascos amarillos. Acaso una oscura premonición le haya advertido que era su privada versión del apocalipsis del cual sabía hablar también el cura del cementerio, un apocalipsis en el cual el fuego y la lluvia de sangre habrían de ser reemplazados por el hierro y el cemento.

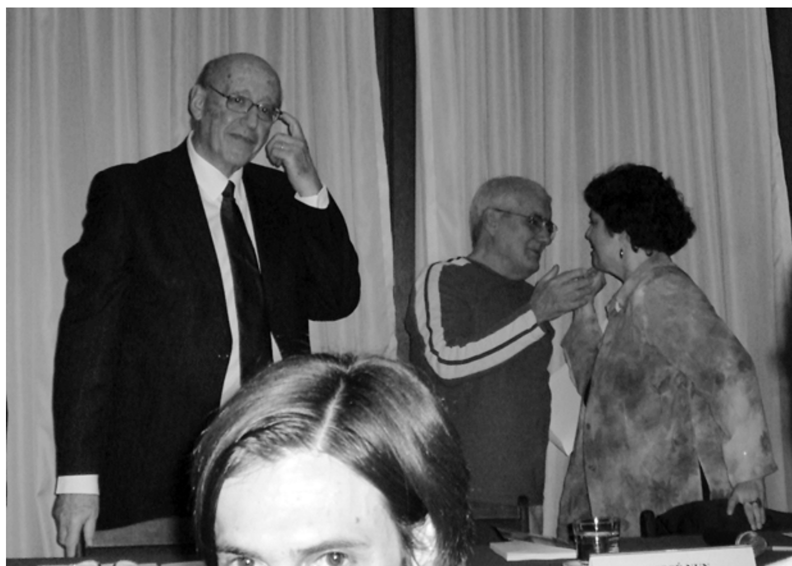
Mientras se iba alzando el bosque de madera del encofrado para las columnas sostuvo la esperanza de que aquello fuera solo una pesadilla de la cual despertaría para reírse del desvarío de su cabeza que ya no respondía de sí. Y de todos modos aún veía —o se hacía la ilusión— por detrás del maderamen el cielo habitual y el paisaje de árboles que se perdían hasta el horizonte, aunque los mástiles de los guinches iban cada semana más arriba y las plumas se veían cada mes más altas. No tuvo siquiera el coraje de contar los pisos pero la obra iba a llegar sin duda hasta el cielo. Para cuando la construcción empezó a tomar forma y se fue trasformando en un bodoque de ladrillos con puertas y ventanas, tuvo de golpe la visión de cómo sería de veras ese apocalipsis. Y se le torció la boca en un gesto feo y empezó a divagar sin poder contener el temblor de las encías medio desdentadas. Por eso fue lo del once de setiembre ahora caigo carajo. Y el viejo Gervasio supo acaso poco antes de morir, que el cura se había guardado algunas explicaciones debajo de la sotana. Que en cada país —en cada ciudad— el apocalipsis llegaría a su manera y en su momento.

Le habrá resultado un consuelo darse cuenta que ahí justo en la boca del Guazunamby él ya no estaría para verlo. ■

Reflujo bajo el otoño

- Seleccionado I Certamen Nacional “Las Letras y el Dibujo” / Secretaría de Cultura de la Nación y Fundación Deloitte 2006.
- Integra el volumen *El Tiempo en las Letras y el Dibujo* / *Concurso Literario 2007*, Editorial Tantalia, 68 págs. ISBN: 978-987-13 39-02-0.
- Integra el volumen *El Tiempo en las Letras y el Dibujo* / Fundación Deloitte / Akian Gráfica Editora S.A. CASBA 2007 ISBN: 978-987-23762-0-8.

Jurado: Alberto Laiseca, Florencia Abbate y Silvia Hopenhayn. Un proyecto interesante que juntaba un certamen de cuento con uno de dibujo, apuntando a una edición de cuento ilustrado. Las ilustraciones enviadas a concurso eran más que atractivas como para esperar un excelente libro de arte. Pero nos quedamos en un libro editado por la Secretaría de Cultura de la Nación y Fundación Deloitte. Lucrecia Palacios Hidalgo me hace saber —al tiempo— que el libro ilustrado ha sido editado y se ve bueno. Logré hacerme de un ejemplar y estoy intentando tironearle alguno más a Diana Saiegh, directora de la Fundación (y del MATi, Museo de Arte Tigre). En verdad, es un lujo de libro. Lástima lo limitado de la edición, pues se tiraron solo 1000 ejemplares. Absolutamente todo lo que un buen libro debe tener en cuenta: diseño, papel, impresión y encuadernación. En este caso, muy particular, pues se imprimieron pliegos sueltos en díptico o en tríptico —según la extensión de los textos— todo dentro de unas cubiertas-caja de excelente presentación. Los fotocromos diez puntos.



El Secretario de Cultura de la Nación José Nun; Gregorio y Graciela Melgarejo, coordinadora del Jurado.

Reflujo bajo el otoño

¿Y si el tiempo fuera como una curva cerrada,
sin principio ni final y sin un atrás ni un adelante,
como una infinita autopista circular de doble mano?

GE / *Amador en el Pórtico*

El cuerpo, hinchado por el sol y en parte descarnado por los mordiscos de la piracurú, se desenganchará de los garfios, que volverán remontando el cabo hasta la lancha de prefectura donde un soldado, de pie sobre la borda, lo empezará a revolear en círculos, amplios y lentos al principio, cortos y rápidos después. Entretanto el cadáver, liberado del robador, seguirá despacio río arriba.

Pasando los rápidos el paisaje es una textura caótica de agua revoltosa abriéndose camino río abajo —río arriba según la circunstancia del casual observador— a la sombra del palo negro y el lapacho que se agarran a las barrancas avaras de cielo amenazando zambullirse en medio de remolinos de espuma y jangadas de irupé. Desde el colchón de niebla que sobrevuela en la superficie sube con pereza una llovizna menuda en procura de las primeras nubes que sirven de amarradero a un arco iris a la medida de ese infierno que podría ser asimismo la medida de un cielo promisorio y la llovizna descendiendo entonces hacia el río envolviendo playas y barranca en ese velo sutil que gira y danza enloqueciendo los ejes del prisma. El sol viene subiendo desde el oeste, achicando el perfil de las palmeras a medida que se acerca el mediodía. Una boga se escapará por entre la garganta de un dorado, que abrirá la boca sorprendido y volverá a chapotear en el agua mientras los círculos se cerrarán buscando un

centro que también ha de desaparecer. Cada tanto se irán llenando de carne las mordeduras, primero las del vientre, al rato la nariz y la mejilla, por último el pie izquierdo. Y poco a poco, al caer el sol, se empezará a deshinchar y los rasgos irán perdiendo el aspecto de escuerzo descomunal o de bicho bola, descubriendo la cara enjuta del hombre que representa unos cincuenta y no debe pasar de los treinta y dos.

Bastante arriba de Posadas, vuelto ya el volumen del cuerpo a proporciones normales, se hundirá en el lecho del río. Allí quedará medio enganchado en unas raíces, en tanto un montón de burbujas bajará desde la superficie hasta su boca; cada vez serán más grandes las burbujas, las últimas entrarán a borbotones por la nariz. Después se enderezará, se soltará de las raíces y bamboleándose para mantener el equilibrio, subirá.

En medio de la correntada no hay arriba ni abajo, ni adelante ni detrás, nomás la inmensa lampalagua de aguas barrosas a fuerza de pechar y torear la garganta de arcilla y las barrancas coloradas que inútilmente intentan endicar al bárbaro animal que nada quiere saber de fronteras ni corrales y respira ensanchándose de rabia y sacudiendo la jangada de ramas y despojos que apenas pueden mantenerse a flote.

Un hilo de sangre se irá enroscando debajo del cuerpo, escurriéndose dentro de un feo agujero que tiene en el hombro. Sentirá, al punto que abra los ojos y se prenda de la angarilla, un impacto violento y la bala abandonará la herida explotando con un quejido en el cañón del rifle de un negro grandote parado junto a la orilla. Dos o tres balas saltarán del agua hacia el winchester del morocho, pero ya la angarilla estará fuera de su alcance, remontando la correntada, a la caza de un camalotal donde relumbra el blanco real de la victoria regia.

Con el agua a la cintura, empujará la angarilla hasta encallar en la barranca colorada. Ahora olfateará el peligro y arrastrándose al principio, se echará a correr hacia la selva, procurando orientarse entre la maraña. Saltará el machete hasta su mano. La cabeza de una curiyú rodará entre las hojas, se colocará sobre el cuerpo todavía tieso, silbará con rabia y se echará otra vez a dormir.

La selva terciaria modelada a lo largo de varios cientos de miles de años apenas registra los ínfimos episodios que trascurren enredados entre las raíces, enroscados a los troncos o amparados bajo el follaje. La vida y la muerte no son sino rostros de un inmenso organismo unumpluribus, creciendo a mano y a contramano de la urdimbre de celulosa y la trama de sangre, todo montado sobre el escenario uno y único y a la vez múltiple y diverso siempre renovado, permanentemente cambiante mudando el arriba por el abajo y el antes por el después o el nunca.

Venancio sabe que le queda un buen par de leguas para llegar hasta la tarefa, pero a medida que se acerca se disipará de su cuerpo el agotamiento y el último tramo lo recorrerá fresco y descansado. Con la primera claridad de la tarde llegará a su lugar de trabajo, apenas dos horas después de la partida que salió a rastrearlo. La cena será triste y solitaria y mirará con angustia su raído, que dentro de media hora empezará a desarmarse, justo cuando sienta en el estómago la llamada para preparar los porotos y el reviro.

Dos meses desarmando raídos y colocando con amoroso cuidado las hojas en sus plantas, a veces con las manos, otras con el machete. La libreta, con menos anotaciones, le pesará en el bolsillo y en el corazón empezará a dolerle de a poco la esperanza. ¿Qué importan unos surcos más o menos en la espalda, si

dentro de unos días Cornejo o el Caboclo se van a quedar riendo cuando sienta en el lomo el trallazo del amansalocos y después otra vez su espalda suave y tirante como un parche nuevito?

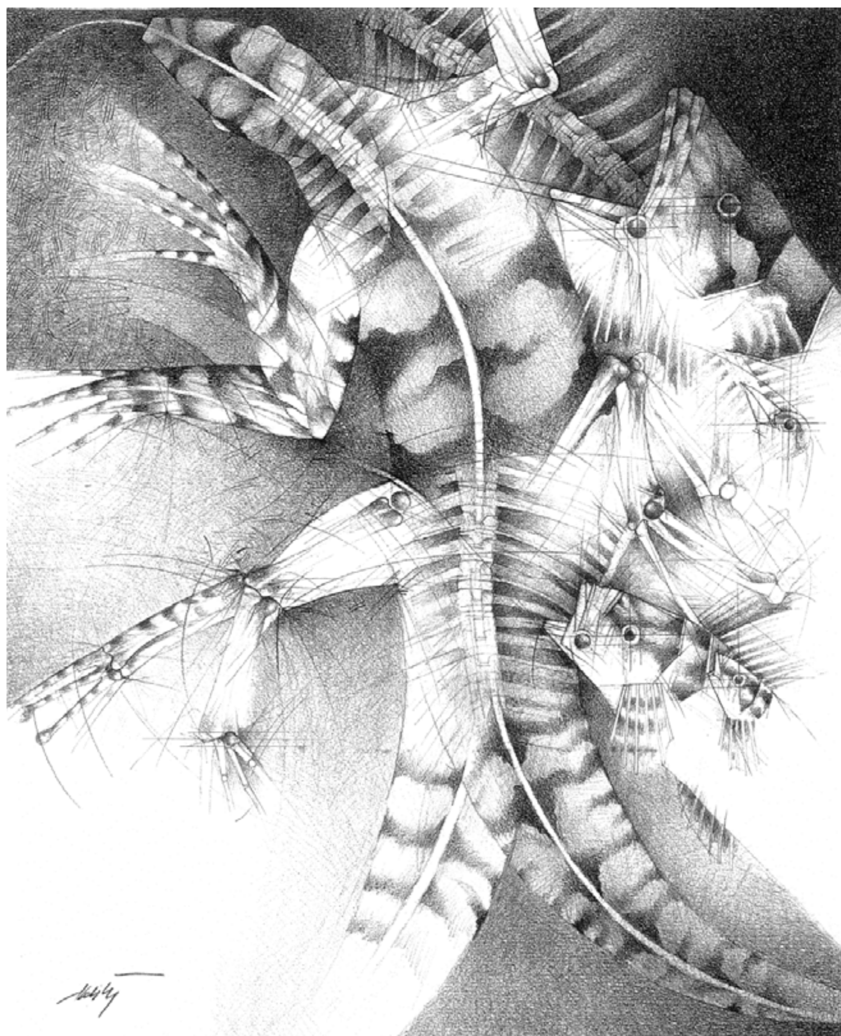
Pasarán junio y mayo y la hoja verde de la yerba mate se irá aclarando en los arbustos, achicándose día a día hasta quedar reducida a un botón que al cabo desaparecerá también en la intimidad de los tallos. La naturaleza se repliega a medida que a Venancio le crecen las fuerzas, se le agranda en el pecho la esperanza y de tanto en tanto hasta una sonrisa le refucila en la cara.

En el anfiteatro ampuloso de jugos y maderas la presencia humana no es más significativa que la traza de las luciérnagas o la huella impotente de la polilla y los taladros que a impulsos de un mandato por cierto menos equívoco que el de los hombres, fabrica túneles e improvisa cavernas irrisorias en el tremedal de las ligninas y la vastedad de la corteza. El silencio de la eternidad devora todo intento de modificar el equilibrio solemne que los siglos han ido imponiendo a fuerza de gestaciones y catástrofes que —en todo caso— no aciertan a conmover la reciedumbre hierática de la jungla de trepadoras y quebrachos. Ni el siseo de una serpiente ni el chiflido del lechuzón ni el alarido restallante del trueno agregan el mínimo compás a la impasible majestad de las aguas y los bosques.

A principios de mayo tropieza una tarde de monte con una tumba recién cerrada. Alza una pala y entra a sacar terrones. A medio metro encuentra a Casimiro, lo retira con cariño y lo carga al hombro hasta el campamento. Pero no alcanza a andar media legua y antes de llegar a la picada nueva lo deja en el suelo, al lado de la cuerda. Despacio, con cuidado, toma la soga, trepa hasta las primeras ramas gruesas de un aguaribay y deja al

mestizo colgado por los pies. Después se recuesta contra el tronco y piensa. A la tarde va a caer Cornejo y va a limpiar la sangre del machete en un mburucuyá antes de cortarle los huevos al Casimiro. Después, con esa tranquilidad de estar cumpliendo una ceremonia, Cornejo se va a bajar los pantalones y lo va a mear sin apuro al colgado; una escupida se va a meter entre los colmillos podridos del capataz. Entonces, despacito, lo va a bajar del tronco, lo va a desatar. Y lo va a dejar tirado después de comprobar con ojo experto que su puntería sigue siendo tan buena y que estando él en la cuadrilla ningún indio hijo se puta se va a pensar que Cornejo es un flojo con los que se le escapan.

Venancio piensa en todo esto y sabe que dentro de unas semanas va a dejar el monte para que lo lleven hasta Posadas junto con Matute, Juan de Dios, el Paraguayo, Elviro y todos los que tienen que embarcar en la Edelira rumbo a Alica, a Piray, a Mate Larangeira o a Puerto Primero o al Paranay, en donde el turco Chemes o Antonio Julián o Jorge Simón los van a conchabar. Habrá firma de libretas. Apenas baje de la Edelira en Piray se va a emborrachar en un piringundín, se va a acostar con alguna pupila de carnes duras y labios dulces, unos pesos van a pasar de manos de la patrona a sus manos y se irá corriendo con esos pesos y unas pilchas nuevas para entregarle todo al turco Chemes, que lo va a estar esperando, con su aire bonachón y medio ausente, sentado en el embarcadero, para decirle: -vos tenés cara de tipo trabajador… ¿te gustaría una contrata como Dios manda, con comida y pilchas y un patrón que va a ser como un padre para vos con una buena paga y unos pesos a cuenta…? ▮



Ladislao Kelity; *Se viene la seca*, 2006. Grafito sobre papel 50x40cm.

Tus cenizas ya empiezan a enfriarse

- Primer Premio I Certamen nacional de Narrativa sobre cultura helénica 2008 / SADE-Asociación Cultural Helénica ΝΟΣΤΟΣ, ciudad de Buenos Aires.
- Integra el volumen *Antología Primer Certamen Literario de Temas Helénicos*, Editoial Trama 2009 ISBN 978-987-21314-5-6 pag. 11.

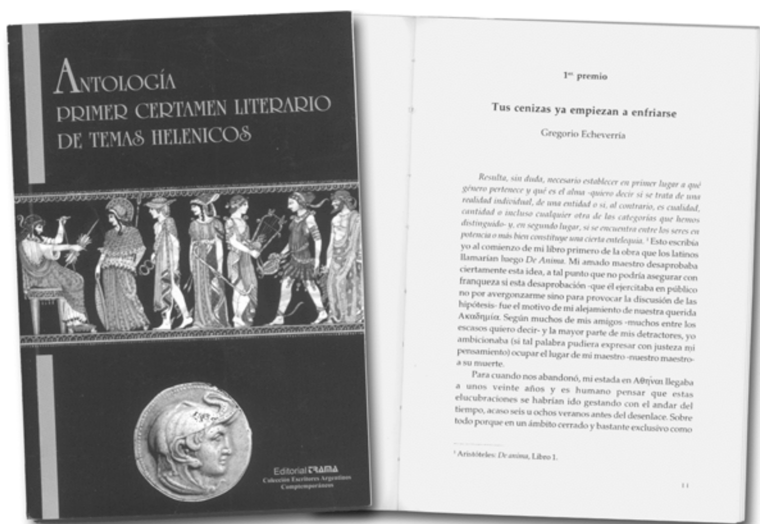
Nada más impensado y nada menos esperado que esta convocatoria y este premio. El hecho de limitarse la temática a la cultura helénica me impulsó a revisar cajones, sabiendo que por los rincones había borradores y originales a caballo entre los episodios homéricos y la época de Alejandro. Al releer este tema que incursiona en las hipotéticas causas de la muerte de Alexandre y la nada sencilla personalidad de Aristóteles, estuve seguro de tener en la mano el texto que necesitaba.

La grata noticia me llegó estando con Amanda en Pinamar (unos 40 kilómetros al este de Montevideo), donde vive nuestro hijo Guillermo con Anamaría y los dos piojos, Lautaro (8) y Tabaré (6) entonces. Era —creo— a principios de febrero, cerca de la medianoche y de inmediato entró a correr el vino, como corresponde. Ya de regreso en casa, le pedí a Mónica Moirano que nos acompañara en la fiesta de premiación con algunos temas griegos, para darle calor a la cosa, ya que estos actos suelen ser más bien insípidos. Fue un acierto, porque de no ser por su voz, la de Susana Mora y la de Zulema Zarpas, el salón de SADE no daba para generar un clima recordable.

Los textos premiados fueron editados en *Antología Primer Certamen Literario de Temas Helénicos*, Editorial Trama, 64 págs. ISBN 978-987-21314-5-6. Quedó por el camino la intención de una edición bilingüe, que se frustró por no poder garantizarse la correcta impresión de la versión griega. Una posibilidad que no quisiera perder de vista.



Dra. Cristina Tsardikos (presidente de ΝΟΣΤΟΣ), dr. César Augusto Cabral (presidente de SADE), dr. Michael Christides (embajador de Grecia), Nina Thurler (SADE) y Gregorio recibiendo el premio.



1er premio

Tus cenizas ya empiezan a enfriarse

Gregorio Echeverría

Resulta, sin duda, necesario establecer en primer lugar a qué género pertenece y qué es el alma -quiero decir si se trata de una realidad individual, de una entidad o si, al contrario, es cualidad, cantidad o incluso cualquier otra de las categorías que hemos distinguido- y, en segundo lugar, si se encuentra entre los seres en potencia o más bien constituye una cierta entelequia. [1] Esto escribía yo al comienzo de mi libro primero de la obra que los latinos llamarían luego *De Anima*. Mi amado maestro desaprobaba ciertamente esta idea, a tal punto que no podría asegurar con franqueza si esta desaprobación -que él ejercitaba en público no por avergonzarme sino para provocar la discusión de las hipótesis- fue el motivo de mi alejamiento de nuestra querida Ακαδημία. Según muchos de mis amigos -muchos entre los escasos quiero decir- y la mayor parte de mis detractores, yo ambicionaba (si tal palabra pudiera expresar con justeza mi pensamiento) ocupar el lugar de mi maestro -nuestro maestro- a su muerte.

Para cuando nos abandonó, mi estada en Αθήναι llegaba a unos veinte años y es humano pensar que estas elucubraciones se habrían ido gestando con el andar del tiempo, acaso seis u ochos veranos antes del desenlace. Sobre todo porque en un ámbito cerrado y bastante exclusivo como

[1] Aristóteles: *De anima*, Libro 1.

11

Tus cenizas ya empiezan a enfriarse

Resulta, sin duda, necesario establecer en primer lugar a qué género pertenece y qué es el alma —quiero decir si se trata de una realidad individual, de una entidad o si, al contrario, es cualidad, cantidad o incluso cualquier otra de las categorías que hemos distinguido— y, en segundo lugar, si se encuentra entre los seres en potencia o más bien constituye una cierta entelequia.[10] Esto escribía yo al comienzo de mi libro primero de la obra que los latinos llamarían luego *De Anima*. Mi amado maestro desaprobaba ciertamente esta idea, a tal punto que no podría asegurar con franqueza si esta desaprobación —que él ejercitaba en público no por avergonzarme sino para provocar la discusión de las hipótesis— fue el motivo de mi alejamiento de nuestra querida Ακαδεμοσ. Según muchos de mis amigos —muchos entre los escasos quiero decir— y la mayor parte de mis detractores, yo ambicionaba (si tal palabra pudiera expresar con justeza mi pensamiento) ocupar el lugar de mi maestro —nuestro maestro— a su muerte.

Para cuando nos abandonó, mi estada en Ατηενασ llegaba a unos veinte años y es humano pensar que estas elucubraciones se habrían ido gestando con el andar del tiempo, acaso seis u ocho veranos antes del desenlace. Sobre todo porque en un ámbito cerrado y bastante exclusivo como era la Ακαδεμοσ, no eran muchos los motivos de plática liberal (por no llamarla frívola) puesto que el día estaba sabiamente repartido entre las reflexiones del maestro, los coloquios, las clases generales, la

[10] Aristóteles: *De anima*, Libro I.

meditación, las frugales comidas y el reposo. Ατηεναϭ era por entonces casi se podría decir como la capital del ocio, pues sus ciudadanos tenían en menos las tareas manuales y el comercio y de todos los menesteres relacionados con las necesidades cotidianas se ocupaban los siervos y los esclavos.

Bien es verdad que aparte de los seguidores del venerado Σοχρατεσ y los discípulos de nuestro maestro, pululaba en el Ατιχα una variada mezcla de divulgadores, intérpretes y charlatanes que picoteando de aquí y de allá iban dando a luz insustanciales y por lo general efímeras escuelas o cofradías —cito entre los más repugnantes a sofistas y paralógicos— reconocibles más que por su producción intelectual, por las ideas y teorías a las que se oponían con más ahínco que talento. Tarea ciertamente propia de hienas y chacales, comparación nada exagerada si se tiene en cuenta que se esmeraban en hincar el diente en el pensamiento ajeno y en trozar y destrozar cualquier corpus didáctico con un esmero de común ver entre las especies carroñeras.

Poco se habla acerca de las circunstancias de la muerte de nuestro maestro. Muerte doblemente esperable, dados sus años y la obvia —aunque no evidente— lucha interna por la sucesión, no tanto por el interés económico sino porque eran varios los discípulos que venían conteniendo sus ímpetus y refrenando sus apetitos por retomar un cetro, no por simbólico menos ambicionado. Yo procuré mantenerme siempre al margen de cuanta discusión apuntara —franca o supinamente— a la cuestión. Sin dejar de observar, para mi coleto, que en la decadencia física del maestro cabía ver antes que la evolución esperable con los años, el efecto de algún tósigo que —administrado con inteligencia y conocimiento— hubiera acelerado el desenlace bajo

apariencia absolutamente natural. De haber tenido yo algún objetivo privado en el negocio (lo cual no fue de hecho el caso) pensaría que productos como la belladona o el eléboro negro no hubieran desempeñado mal papel como catalizadores del proceso natural.

Desde aquí puedo contemplar con amplitud los aciertos que nos llevaron a estar en la cima del mundo y los errores que nos hicieron caer en la abyección de la barbarie. Mal me sabe pronunciar esta ingrata palabra, siendo que yo mismo soy un βαρβαρο por nacimiento y por el origen de mis padres. Estos orgullosos atenienses, pagados de la importancia de su πολισ, han reducido de tal manera el alcance físico de su microcosmos, que en lugar de aceptar un lugar de privilegio a la cabeza de un mundo helénico han preferido permanecer como una cagarruta dentro del enorme imperio que Αλεξανδροσ se ganó a fuerza de su mucho coraje y la inmensa locura. Locura digo, pues qué otra insana pasión podía albergar tu corazón rozagante sino la insensata sed de poder y de conocimiento. Tres años escasos me tuviste por preceptor. Y a veces pienso que de no haber mediado las circunstancias que mediaron para interrumpir tu educación, hubieras llegado a ser verdaderamente un grande gobernante del orbe. Pero la ofuscación de las armas y las ansias de poder dejan escaso lugar en la vida para que un príncipe llegue a adquirir además de la dureza del acero, el temple de los buenos damascos. Temple sin el cual el hierro es frágil y toda dureza ficticia.

Heme pues aquí en esta costa eubea, anciano y desencantado esperando mi turno para abordar el balandro de velas negras que una mañana cualquiera echará el ancla junto a mi muelle. Lejos de la vanidad de los templos y los pórticos y la zumbona intrascendencia de los mercados y las ferias, solo con la

soledad de mis recuerdos y los cuidados de esta niña bienamada que es el sol de mis noches y el calor de mis inviernos. Es ella quien enjuga mis lágrimas y lava mis suciedades y mis úlceras, que he aprendido a sobrellevar como el necesario contrapeso que la vida se cura de echar sobre nuestras espaldas para facilitar en alguna medida —bendita piedad— la aspereza de los tramos finales. Si la divinidad me hubiera señalado con el don de la videncia, me adelantaría a repetir unos yámbicos que cantará no lejos de estas aguas un αεδο a quien llevo algunos siglos de ventaja. *Allá muevan feroz guerra ciegos reyes / por un palmo más de tierra / que yo aquí tengo por mío / cuanto abarca el mar bravío / a quien nadie impuso leyes.*

Pobre mi pequeño gran príncipe. Me parece que aún ayer alborotabas la paz de mis amaneceres en aquella placentera villa en las afueras de Mieza que tu padre había ordenado preparar para tu educación. Junto a la turbulenta jauría de cachorros que seguían con algazara tu atrevimiento y tus caprichos. Tus modales eran suaves pero en el fondo de tus ojos hervían las tormentas de la soberbia intolerante. Y rodeado de tus hetairos que irían tras de ti hasta los confines de la tierra, hacías ya las veces de rey, ya las de general, cuando no las de un osado bandolero que bajaba de los montes Elimeos a lomo de un soberbio corcel tracio de crines blancas, seduciendo doncellas y castigando funcionarios perezosos y avaros.

La menor amonestación instalaba relámpagos amarillos a través de tus bellos ojos grises y entonces era dable contemplar en el fondo de esas aguas calmas la tormenta de tus futuras arbitrariedades y destempladas actitudes. Vano es amamantar al tigre con leche de gacela. A la hora de ser dócil fuiste dócil, en tanto sentías alrededor del cuello el dogal irrefutable de tu padre.

Mas nadie se engañara con la promesa de tus pestañas oscuras ni con el suave rubor de tu piel adolescente, sabiendo como cada cual supo a su propia costa que contrariarte era tan arriesgado como pisar una serpiente adormecida al sol. Aunque tuviste desde niño la nobleza —y la arrogancia— de no elegir adversarios de poca talla. Tu primera apuesta osaste formularla contra el mismísimo Φιλιποσ y en público, cosa de que nadie pudiera dar un paso atrás. Desafiando su prohibición montaste en pelo aquel fiero potro que acababa de echar por tierra y lastimar a varios domadores. Y luego de galoparlo hasta que montura y jinete erais un solo mar de sudores y furiosa espuma, te plantaste ante tu padre y sin desmontar le gritaste que no era cuestión de caballos indomables sino de jinetes necios.

Hace casi un año que tu bello cuerpo adolescente ardió en Babylonia y aún humean las cenizas del túmulo desde donde tu alma voló a la morada de los dioses. Aún resuena en la noche asiática el rugido de rabia de tus soldados y el llanto inconsolable de tus viudas y los pequeños huérfanos, sin que hubieras sido en verdad un gran gobernante ni un marido respetuoso ni un padre recomendable como ejemplo. Fuiste sí un general imparable en la batalla y temible a la hora de las fanfarronadas y los brindis interminables. Si ninguno de tus enemigos pudo escapar a la furia de tus arrebatos bélicos, tanto es verdad que pocos de tus amigos estuvieron a salvo de tus raptos de amante despechado y tus berrinches de príncipe malcriado y artero. Y hasta hubo quien a escondidas se atrevió a murmurar que fuiste más generoso con los enemigos vencidos que con los amigos victoriosos. No lo dijera yo, muchacho, porque los lazos de la sangre no hablaran por mi boca con más impertinencia que los vínculos de la obediencia. Mas recuerdo tus cínicas palabras de consuelo en

aquella esquela al hacerme saber de la muerte de mi sobrino y es aún el día en que lamento no haber derivado hacia el ejercicio de las armas para cobrar por mi propia mano tu monstruosa sentencia.

Ojalá hubiera sido el pobre Calístenes tu única víctima inocente. No quiero recordarte ahora el cuerpo valeroso de tu propio hermano de leche atravesado por tu mano con la misma lanza con que después trataste de quitarte la vida. El negro Kleithos ha de seguirte en silencio como te ha sabido seguir en vida, a través de las tinieblas donde tu alma ande a la espera de su perdón. Cómo no gritarte con toda su furia, pobre negro valeroso, que jamás vestiría polleras ni besaría tus sandalias como lo hacían los babilonios y los persas. Tampoco allí tomaste tu lección. Diste a la espada de tus falanges el cuerpo indefenso de tu compañero Philotas bajo la vaga acusación de intentar envenenarte, habiendo tomado antes la vida de sus dos hermanos y después la de su padre, tu viejo soldado. Pobre viejo Parmenión, doblemente huérfano de su venerado rey y de sus tres hijos. Pagaste a los asesinos que siguieron a Harpalo hasta un escondrijo en Ατηενασ. Y finalmente hiciste matar en la cárcel a mi propio sobrino, tu secretario, historiador y confidente. Confundiendo —pretendiendo confundir— la traición improbable con el ejercicio de la opinión y la crítica tan cara a todos los helenos y en especial a los macedonios. Vuelvo a tomar la voz de algún futuro αεδο: *¿Qué humor puede ser más raro / que el que falto de consejo / él mismo empaña el espejo / y siente que no esté claro…?*

Confieso que llegué a compartir contigo y entender el fastidio que te causaban las arengas de Δεμοστενεσ. Este pícaro tiene —aún vive medrando a costa de los infaltables tontos— la habilidad del demagogo, con la cual es capaz de encender las

más encontradas pasiones en la multitud. La cual claro está necesita de esta rara mezcla de rejoneo y caricia, en la misma medida en que los peces necesitan del agua y las aves del aire. De todos modos no es difícil concitar el consenso y obtener un aplauso en Ατηενασ, si el tema en cuestión es el denuesto y el menosprecio por los macedonios. Y es en este punto donde el viejo zorro acierta con su estocada y mi oído atento a las sutiles ondulaciones de su discurso se cierra ante el insulto y me recuerda que mi amada Σταγψροσ y la hosca soledad de mi no menos amada Χηαλχιδψχos no son menos macedonias que Πελλα o la misma Αεγαε. Entonces me cuesta refrenar mi impaciencia y hacerme cargo de que el discurso de Δεμοστενεσ va dirigido contra los tiranos y no puedo sino plegarme a su encendida prédica democrática. No tal vez por el valor actual de sus palabras, sino porque acaso en mi consciencia un destello me habla en silencio de aquella pregunta por cierto inoportuna y de mi sesgada confidencia. ¿Cómo se hace grande un pequeño bufón? *Dando cuenta del más grande.* Y ya anciano siento que se me corta la respiración porque el más grande era por entonces Φιλιποσ y mis palabras fueron como poner el arma en manos de su asesino. Y revivo como en un torbellino hambriento aquella mañana y la llegada al Teatro y los guardias y tu padre entrando desarmado y Pausanias y el puñal. Y es como si la huella volviera al pie y las cenizas al carbón porque el regicida murió abatido por los guardias sin poder dar el nombre de sus cómplices ni el de los instigadores. Y yo supe que al fin descansaba sin temor pues era verdad que Φιλιποσ tenía espías en todas partes y mis opiniones pro atenienses eran públicas y finalmente su paciencia se había agotado y tenía dado orden al verdugo para que se ocupara de mi cabeza.

Hace ya casi un año de tu muerte, muchacho. El mundo ha desfilado por este lugar que algunos imaginan destierro y otros piensan un escondrijo adecuado como los animales del bosque buscan sus madrigueras al oler la tormenta. No imagino qué pretenden encontrar, aunque tengo claro que tu muerte ha dejado abiertas las compuertas de la ambición y la desmesura. Frente a mi camastro han desfilado uno por uno tus generales, rey. Me heredará el mejor, les dijiste. El mejor de entre vosotros. Pero ellos saben que hace falta el nombre y sospechan que yo lo conozco. Una confidencia que dé sustancia a sus pretensiones y asidero a sus apetitos de poder. Todos han aparecido por este retiro con zalemas y regalos, unos tanteando mi glotonería con sabrosas confituras y otros apuntando a los apetitos de mi bolsa, que imaginan famélica y necesitada. Ellos me traen noticias de Πελλα y de Babylonia. De Damasco y del Egipto. Y me sonsacan para averiguar qué me puedes haber dicho que sea de sus intereses. O mejor aún. Qué me puedes haber dejado escrito. Saben que el mundo sospecha de ellos. Pocos creen en tu enfermedad. Y a la vista de tantas disputas y rebatiña cuando estaba todavía caliente tu cadáver, a todos se les hace evidente que quienes hablan de veneno están cercanos a la verdadera causa de tu muerte. Pero un magnicidio es cosa complicada, si no lo crees, recuerda los altibajos cuando mataron a tu padre. Tú mismo fuiste sospechoso, uno de los principales tal vez. Hubo quienes acusaron en secreto a tu madre. Y quienes vieron en la muerte de Φιλιποσ la mano de los atenienses. Finalmente pagó los platos rotos Atalo tu tío materno, tú mismo te ocupaste de hacerlo seguir y ejecutarlo sin demasiadas vueltas. Yo investigué la cuestión a tus espaldas, pues tu signo natal —hijo por un lado de las deidades délficas y por otro del dios con cuernos de carnero

que habita en el oasis de Siwah— no era por cierto una garantía a tu favor. Aunque debo confesar que en una docena de años nada he hallado que me permita sostener esa sospecha y mi pálpito apuntaría en todo caso a tu madre, dadas las circunstancias de tu nacimiento y la conducta desprejuiciada de tu padre. Digo de Φιλιποσ si es que no eras en verdad hijo de un dios.

En más de una ocasión se interpuso el veneno en nuestro camino, muchacho. Casi dejas el pellejo a orillas del Cidno, por haberte echado a nadar en las aguas heladas después de una comilona. Nadie daba un dracma por tu vida ni había médico que quisiera correr el riesgo de tener que certificar tu defunción. Solamente Eumolpo tuvo el valor de comunicarse conmigo y desde Mieza mismo le envié una pócima poderosa que Αλεξανδροσ embuchó sin pestañear. Tú sabías que él espiaba para ti y para Darío, pero preferiste correr el riesgo antes de morir destrozado por los cólicos. El Cidno es un río de mala estrella. No presumo de profeta, pero algunas noches he soñado que un poderoso rey de Europa, quince siglos por delante de nosotros, ha de morir atravesando sus aguas, casi en el mismo vado donde tú te zambulliste aquella tarde. Tanto más que las profecías me interesan los venenos. Todo tósigo es un destilado del corazón de una deidad malvada. Los hay capaces de partir el corazón de un buey mezclando un par de gotas en un cántaro de agua. Otros te hunden en un sueño del cual nunca se despierta. Y los hay capaces de helarte la sangre haciendo que tus arterias estallen como vasos de cristal. Conozco sublimados cuyo vapor fulmina a un toro con nada más llegar a la nariz. Y aceites perfumados que instilados en tu oído petrifican en un instante tu cerebro y la sustancia grasa de la médula. Teofrasto se ha ocupado de recopilar estas apostillas científicas. Todo lo que sabe lo tiene aprendido a mi

lado y estoy seguro de que llevará adelante mis investigaciones, siendo como lo conozco un devoto de la experiencia y del conocimiento empírico.

En nuestra casa de estudios en Mieza pude profundizar mis investigaciones y nadie sabrá hasta qué punto he llegado a dominar el arte de la recolección de setas y daturas. Disponíamos asimismo de una zona en el huerto en la que llegamos a cultivar y aclimatar especies traídas de diversas latitudes. Los tesoros encerrados en el laboratorio, que puse desde el comienzo al cuidado de Teofrasto, nada significaban para los circunstanciales visitantes, pues las indicaciones y los rótulos estaban escritos en sánscrito. Ningún indiscreto hubiera podido descubrir que contábamos con sustancias maravillosas, algunas capaces de producir delicadas ensoñaciones o incontraladas euforias. Otras susceptibles de matar de modo silencioso e inmediato, con solo ingerir un par de gotas. Teníamos eléboro negro, nepentes y estramonio. Y también cannabis, belladona y mandrágora. Había entre aquella modesta colección de tósigos, un recipiente de piedra que guardaba el licor de mi especial predilección, un extracto de semillas de ricino cuya frialdad es tan potente que no había recipiente capaz de contenerlo. Durante años se ocupó Teofrasto siguiendo mis instrucciones de preparar y acopiar este maravilloso agente. Del cual, de todos modos, nunca hubo en el laboratorio más de quince o veinte gotas, repartidas en delicados perfumeros de basalto pulido que encerraban tres lágrimas del elixir. Para cuando Φιλιποσ se percató de que yo prestaba exagerada atención a la prédica de los atenienses en su contra, la mayor parte de nuestros descubrimientos estaban aún en ciernes, por lo cual hubo necesidad de acudir a recursos más rústicos, aunque no menos expeditivos. Silenciado Pausanias, fue impo-

sible seguir el hilo de las complicidades y las intermediaciones. Y el pago de la gestión quedó depositado en manos griegas de toda confianza. De ahí en más me hice el firme propósito de no perderte de vista y educarte en las artes de inteligir y gobernar, es decir hacer de ti un gobernante en un todo de acuerdo con mis propósitos y a mi imagen. *Y precisamente porque las imágenes perduran y son semejantes a las sensaciones, los animales realizan multitud de conductas gracias a ellas, unos animales —por ejemplo, las bestias— porque carecen de intelecto y otros —por ejemplo, los hombres— porque el intelecto se les nubla a veces tanto en la enfermedad como en el sueño.* [11]

Esto hubieras podido leerlo casi al final del tercer libro de lo que —como te decía al comienzo— los latinos llamaron *De Anima*. Pero no pudiste hacerlo porque a pesar del amor y el esmero que puse en educarte y hacer de ti un rey sabio, preferiste dejar en libertad lo peor de ti, privando de la felicidad y de la vida a cuantos te rodearon. No estuve a tu lado en los últimos momentos, pero conozco de sobra los efectos de la ricina. Créeme que no me satisface el dolor que te debe haber causado, porque es una muerte horrible, pero al elegir esa vía me sostuvo por encima de todo la visión de mi sobrino Calístenes, muerto como un bandolero en una celda. Todo es ahora historia pura, mi muchacho. Tus cenizas ya empiezan a enfriarse y pronto las mías serán echadas a volar desde esta costa hacia el mar de las infinitas aguas.

Por lo demás, el intelecto acierta siempre, mientras que el deseo y la imaginación pueden acertar o no acertar. ▮

---

[11] Aristóteles: *De anima*, Libro III.

Una noche con historia

Homero, Hesíodo, Alexandros, Kavafis, Aristóteles, el epitafio de Simónides para Leónidas y los 300 espartanos que yacen entre las piedras de las Termópilas por la libertad de todos los griegos y la voz inolvidable de Mónica Moirano no alcanzan para reflejar la fuerte emoción que generó la entrega de premios de la Asociación Cultural Helénica NOSTOS en el auditorium de SADE Sociedad Argentina de Escritores.





Mónica Moirano

No podía esperarse otra cosa. Celebrar la poesía -es decir celebrar a la vez la pasión por la belleza y la libertad- es ineludiblemente celebrar a Grecia. Un territorio geográfico pequeño, aún considerando los pedazos desgarrados de sus entrañas a través de 3000 años de historia. Pero inmenso por la herencia inagotable de tesoros filosóficos, literarios, arquitectónicos y mitológicos. Porque ¿cómo no incluir el mito en cualquier discurso acerca de este pueblo tres veces milenario? Imposible abordar la realidad helénica sin aludir a las murallas de Troya o a los trabajos de Hércules. Al oráculo de Apolo en Dellos o al destino trágico de Casandra. Y cómo ignorar -al mismo tiempo- que cuesta discernir entre lo mítico y lo histórico, cuando en un mismo escenario vemos desfilar a Agamenón y al furibundo Aquiles junto a Filipo II de Macedonia y la visión restallante de su hijo, de una Grecia unida en sus ancestros y en su cultura. Juntos y hermanados dorios y pelasgos; aqueos, jonios y cretenses; helenos del Asia Menor y los inmigrantes de la Magna Grecia.

La entrega de premios

Estuvieron presentes el embajador de Grecia en Argentina, Michalis Christides; la presidente de Asociación Cultural Helénica NOSTOS, dra. Cristina Tsardikos; el presidente de SADE Sociedad Argentina de Escritores, dr. César Augusto Cabral; la secretaria de Cultura de la institución, poeta Nina Thürler y la escritora Victoria de Lorenzo, coordinadora del acto.

El embajador Christides se refirió al significado de una convocatoria literaria formulada en forma conjunta por dos instituciones que muestran empeño en trabajar a un nivel de excelencia en el ámbito de la cultura. La señora Nina Thürler habló de la cantidad y calidad de los trabajos recibidos, dando a conocer el fallo del Jurado y haciendo hincapie en algunos enfoques del trabajo distinguido con el Primer premio. La dra. Cristina Tsardikos mencionó la actividad desarrollada en los dos años de vida de NOSTOS, nombre que alude a la nostalgia de los griegos de la diáspora. A continuación la soprano lírica Mónica Moirano interpretó a capella dos canciones populares griegas que suscitaron encendidos aplausos. Recibieron sus premios Gregorio Echeverría, NNNNNNNNNN NNNNNNNN y XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX, los otros dos premiados no estaban presentes.

Nalanda (Susana Zarpas) dijo con excelencia el poema *Itaca* de Constantino Kavafis. Luego Susana Mora ofreció su versión de un cuento de Borges, destacando el especial afecto del poeta por la cultura helénica. Cerró el acto el presidente de SADE, con referencias generales al acervo cultural helénico. Finalmente los presentes compartieron un luch. ∎

Su actuación anoche -tanto en *Le fleuve* como en *Les kolokoltronei*- la muestra como una sólida voz de las generaciones jovenes de la lírica nacional.

Si bien su ámbito natural por formación es el lírico clásico, encara con muchísima solvencia los temas populares.

Nació en Buenos Aires y es egresada del Conservatorio Nacional de Música Carlos López Buchardo cursando posteriormente estudios con Marta Blanco.

Fue miembro de Buenos Aires Lírica, conjunto con el que se presentó en distintas oportunidades en el Teatro Avenida. Acredita asimismo varias actuaciones en Manufactura Papelera con el grupo Ópera Joven que dirige Marta Blanco y algún ejercicio en el Colón.

De sus papeles predilectos recuerda el de Pamina en *La flauta mágica*, de Mozart y el de la condesa, en *Las bodas de Fígaro*, del mismo compositor. Como solista ha cantado pasajes de su cuerda en *El Mesías*, de Handel, en el *Réquiem*, de Mozart y en el *Magnificat*, de Johan Sebastian Bach.

Entre sus proyectos profesionales, se anima a mencionar algún posgrado en música antigua y la decisión de profundizar su experiencia en las temáticas populares. ∎

El Talar Noticias, abril 2008.

Ángel gris del último andén

- Tercer Premio en Cuento, V Bienal de Literatura "Barracas al Sud 2008" Avellaneda (BA) Argentina.
- Integra el volumen *Entre las zarpas*, pag. 89.

Este cuento y un poema (*Muerte del ángel*) surgieron a partir de un recorte de diario que me hizo llegar José Luis Ferreyra. Aunque los valores —y desvalores— que refleja, son tristemente universales. Por otra parte, los trenes y su ámbito están fijados a mi historia con mucha fuerza, por un lado aquel tren rápido que pasaba cerca de casa en Rosario, rumbo a Retiro todas las mañanas y desde Retiro a las once de la noche. O los que pintaba Fernando Birri en *Tire dié*, producida en el Instituto de Cine de la Universidad Nacional del Litoral y estrenada en el Paraninfo en medio de una mezcla de pantaloncitos rotosos y tapados de piel. Todo esto está contado en cantidad de cuartillas que esperan con paciencia para ver la luz. El jurado estaba formado por Elsyster Sánchez Barberena, Ana Romasco y Darcy Tortonese. Otra vez lamentar que —al margen del meritorio esfuerzo— la Casa de las Letras de Avellaneda no separe lo trascendente de lo transitorio. Porque la legítima razón de ser de un concurso literario no puede ser otra que la dedifundir la obra de los escritores. Convertir el texto en un libro. Y —si los recursos no dieran— al menos la incorporación a una biblioteca digital. Uno termina por sospechar que muchas de estas actividades no conllevan otra intención que engrosar el curriculum de algunos funcionarios.



noche del joven al que –no duda– "lo mataron".

El "Polaco", un ángel de manos sucias

Descarnado relato de un amigo

Ángel gris del último andén

¡Está vidriosa su mirada!
¡Está quieto su corazón!
¡No hay el menor soplode su aliento!

Tristan e Isolda, acto III, escena 2ª.

Esta noche vamos a arreglar cuentas, putita… treinta mangos roñosos trajiste… seguro andás otra vez perdiendo el tiempo con ese pendejo de mierda… No, Tuerto, te juro… A tu abuela juráselo, desgraciada… la próxima vez que lo agarre al Polaco cerca tuyo lo amasijo… Es inútil, las cuentas no cierran. O cierran con un par de trompadas o unas patadas en la cabeza. Vos corrés con toda la responsabilidad, les cubrís las espaldas, te arreglás con la cana para que no las jodan. Y estas hijas de puta se van a franelear por ahí con los noviecitos que les hacen el bocho… pero con el Tuerto no se jode ¿saben? Las minas son mías y nadie me las toca carajo. No Tuerto, te lo pido por Dios, no te metas con el pibe… yo te prometo… Y yo te prometo que vos y ese pelotudo se van a acordar del Tuerto toda su vida… que me parece que va a ser así de cortita… jjjaaaajjjj… sí habré domado redomones más fieros que estos. Yo les voy a dar novelitas rosas, pendejos de mierda…

Plaza Constitución —Plaza a secas para porteños y pasajeros de zona sur— es un hervidero visible durante las horas de luz. Menos perceptible pero asimismo intenso al acercarse la medianoche. Las horas diurnas son en especial turbulentas de lunes a viernes, cuando la marejada de locomotoras acarrea ole-

ada tras oleada de trabajadores en procura de sus puestos de labor, iniciando el recorrido contrario a partir de las cinco de la tarde. Las vías del Roca se despliegan en abanico hacia el sur de la provincia y del país con el mismo ahínco con que siglo y medio atrás se desplegaba la línea de los fortines en pro de atemorizar y hacer retroceder al aborigen señor de las pampas. Cuando las distancias impidieron cabalgar en busca del entrevero, de esta estación partieron los primeros trencitos cargados de soldados a la conquista de un desierto que pocos comprendieron y menos respetaron en la dimensión de su silencio y sus primitivas esperanzas. Eso que el hombre blanco llama progreso multiplicó con el tiempo la telaraña ferroviaria. Al primer par de rieles del inicio se agregaron la doble vía, la trocha ancha y luego el robusto troncal y los ramales y desvíos que acabaron convirtiendo varios cientos de hectáreas en una trama de acero crucificada contra las urdimbres de quebracho. Y el breve andén original se multiplicó en una veintena de larguísimos andenes que hacen de venas y de arterias bombeando sangre —sangre humana verdadera— desde ese corazón de cemento, desesperaciones y metal de la estación.

El crepúsculo de la mañana es como una llamada de urgencia para las nubes y los gorriones. El de la tarde es el momento de arrebato para las golondrinas y los ángeles. Cada vida tiene su lugar en este orden universal donde hasta el desorden pareciera a veces responder al secreto plan de un demiurgo cuyas expectativas fueran excedidas de tanto en tanto por el peso de fuerzas tan poderosas como el rayo o un tsunami. Es que ángeles negros, seguramente los primeros escombros o el desecho de los fracasos iniciales, sobreviven al amparo de las tinieblas tejiendo y destejiendo sus maldades en procura de constituir inicuos imperios y tenebrosas hermandades.

Ahí anda merodeando por el andén uno de esos gorriones grises que viven al costado de las vías, adheridos al entorno como si un íntimo núcleo de hierro los contuviera dentro de un campo magnético, no por invisible menos poderoso. Durante el día circulando entre los pasajeros, repitiendo a media voz y con la cabeza gacha su libreto, se-lus-tra-oiga-se-lustra, con el cajoncito a cuestas. Y por la noche metido en un vagón de carga estacionado en un desvío, donde él y otro gorrioncito han encontrado abrigo. ¿Cómo te fue? Y ahí viste… pocos usan zapatos… las zapatillas las lavan… ¿y a vos? Qué querés… cada día más cartoneros por la calle… y te toca un cachito menos… Comidas cortas y silencios largos. Un día bueno por ahí da para un par de pizzas y una gaseosa. Alguna empanada que se llevan envuelta en papel de diario para compartir con el que tuvo menos suerte aún. Los gorriones comen poco. Será que se alimentan de sueños… o de esperanzas… ¿La viste a la María, Polaco?

Ni en la estación ni a lo largo de las vías ni en el territorio intermedio ni entre los numerosos galpones que conforman el tejido muscular del esqueleto de quebracho y acero es posible hallar un solo ángel blanco. Un cínico acotaría que el humo y el hollín son capaces de enturbiar incluso la blancura de las almas (si las hubiera y fueran inocentes). Por lo que cabe admitir —valga la esperanza— que debajo de ese gris triste que distorsiona miradas y sonrisas, podría descubrirse, rascando un poco a través de la mugre, el color de unos sueños embotados por la humareda y esa mezcla tufienta de tentaciones y miseria que campean a media altura entre la tierra y el cielo de un mundo a veces ícono del progreso y casi siempre paradigma de perversión y mala vida.

Los gorriones son de volar bajito. Nomás a la altura de los postes de luz, se hamacan en los cables. Por ahí si no hay viento se mandan un planeo unos metros más arriba, no mucho. Es lindo volar por arriba de la estación, pararse un cachito entre los techos cagados de palomas y tomar sol sin que nadie los moleste. Están buenas las piedras calentitas, la pizarra tibia. Desde los techos el mundo se ve distinto. Nadie te atropella, nadie te putea, nadie te amenaza. Por ahí sacudís las plumas y te largás en un vuelo cortito allá al final del andén y salís al campo siguiendo las vías. Abajo tuyo un tren saliendo vía Temperley. Casi te echa encima un chorro de vapor del silbato. Vos le vas ganando pero a medida que toma velocidad te deja atrás. Arriba el cielo. Un cielo medio sucio de humos y hollines pero igual el cielo. Al mirarlo así tan lindo algunas veces te atrevés a soñar. Entonces pensás en la María. Pensás que tenés que sacarla de esto. Llevártela. No sabés a dónde pero te la tenés que llevar. Lejos de toda esta mierda y del Tuerto y de andar cogiendo con cualquiera por tres o cuatro mangos.

Tenés que cuidarte que no te agarren en los baños. No el Tuerto, porque ese prefiere esperarte una noche a la vuelta de los galpones más alejados. Pero de los viejos que vienen a la estación a levantarse pendejos hambreados. ¿Cuánto sacás por día con la lustrada, pibe? Vení, vamos a comer algo, yo te invito… prefiero echarme una meada atrás de los andenes cuando me vienen ganas. Si mirás dónde ponés los pies no hay drama. Tenés que esquivar las alcantarillas secas donde apolillan los cirujas. Donde hacen su negocio de noche los travesti y los maricones. Las putas se arreglan en los hoteluchos alrededor de la estación. Los mismos cafishios son muchas veces los dueños. Todo queda en casa, pibe, con la malaria hay que cuidar el mango.

De tarde en tarde se abate sobre la estación y a lo largo de las vías un buen trecho hasta el arroyo Sarandí una bandada de pájaros negros. Vuelan apretados ala con ala y es difícil reconocerlos. Mitad tordo mitad cuervo, en tiempo de humedad el plumaje brilla bajo la luz del crepúsculo con reflejos acerados. Nadie sabe dónde anidan. Hay quien asegura que duermen entre la tirantería del techo de uno de los galpones más alejados de la playa de maniobras de locomotoras. Un galpón que antiguamente servía de almacén de repuestos de tapicería. Un incendio —intencional arriesga alguien— arrasó las estibas de cajones y rollos de cuerina cuando los movimientos del ‘45 y quedó solo la mampostería, la estructura de hierro del techo y las chapas de zinc, todo tiznado por dentro y por fuera de un hollín pegajoso que le da ese aspecto lúgubre. Nadie se atreve a recorrer el lugar, goza de mala fama y se tejen a su respecto toda clase de habladurías y leyendas. En todo caso, no hay duda de que los chirriantes pajarracos son el complemento adecuado en ese paisaje demoníaco. Se alimentan de otros pájaros, de roedores y de pequeñas alimañas. Dicen que el piso del galpón negro está cubierto de huesos de variada especie y tamaño. No todos de animales según el saber anónimo. Sea como fuere, el nubarrón de plumas negras aterroriza por igual a personas y pequeños animales. Volando en silencio, de repente se abaten sobre los pastizales que flanquean las vías en busca de sus objetivos. Entonces emiten al unísono un chillido ululante que paraliza a las víctimas. Las que por otra parte ni tiempo tienen para comprender lo que sucede, pues los siniestros bichos abren sus garras, cobran su presa y regresan con el botín a la guarida. Su bocado predilecto —por indefenso y abundante— son los gorriones. En particular los que

dormitan alrededor de la cúpula y los que picotean granos entre el pastito corto, cerca de los silos.

No podemos vernos más, Polaco… ¿Qué te pasa? Nada me pasa, pero no quiero. Mirame a los ojos, María y decime que no querés en serio… Te digo que no quiero, andate… Tenés que dejarlo a ese hijo de puta y venite conmigo… ¿Adónde, Polaco, adónde vamos a ir?… En este vagón… en cualquier otro… no importa adonde nos queramos escapar… te hace buscar con la cana… tiene todo arreglado el Tuerto… Nos vamos de Buenos Aires si querés… nada más decime que sí, María, nada más… Estás soñando, los dos estamos soñando… estamos locos si pensamos que lo vamos a pasar al Tuerto… debe varias muertes y no le importa un carajo de nada… nada más su negocio y su fama de rufián intocable… acordate cómo la apretó a mi vieja por cien mangos de mierda que le prestó un día… me llevó con él porque mi vieja no se los pudo devolver… si abrís la boca la mato… a ella y a vos las mato, vieja bruja… Me lo contaste muchas veces pero no le tengo miedo igual… No seas zonzo, Polaco, las cosas son así y nada más. Olvidate de mí, al menos por un tiempo. Hasta que el Tuerto deje de perseguirme, después vemos. Por ahí si se convence de que ya no le sirvo me larga y nos vamos.

Cada vez se pone más difícil el negocio, carajo. Con la policía ferroviaria no hay arreglo y el comisario si no te ponés con la mensualidad no te perdona. Manda a decir el jefe que te refresque la memoria cuántos años te tocan por corrupción de menores, Tuerto. Hijos de puta. Yo remo con todo y ellos se la llevan gratis. Tenía que haber agarrado viaje cuando me ofrecieron el uniforme. Ahora estaría todo el día con los borceguíes arriba de la mesa mientras los boludos ponen el cuero y laburan

para mí. Antes que la pasta llegue al comisario, todos mordisquean el paquetito. Saben que si se entera los mata pero igual lo afanan. Todos quisieran ser comisarios, claro. El suboficial que me viene a apurar una vez por semana se lleva un pedacito. El oficial que lo manda se lleva otro pedacito. Todos ponen cara de boludos y juran que la vaquita es del comisario y nadie mete la mano. Cuando pueden mejicanear una partida chica se la quedan, arriesgando el cogote. Se quieren salvar bancando ellos el negocio, pero un día de estos aparecen enfriados en un zanjón o fondeados en el Riachuelo. Prefiero las pilchas de civil y si fuera por mí los freiría a tiros sin que se me mueva un pelo. Por mi culo nadie levanta un dedo. Tené cuidado con el Tuerto, polaquito. Varias veces lo juné fichándote en el andén mientras estabas laburando. Y un par de noches me pareció verlo rondando entre los vagones. Anda buscando agarrarte descuidado. Es jodido ese tuerto. No te asustés, flaco, debe más de una muerte y sabe que si cae no sale. No va a caer porque está arreglado con la cana. Todo el mundo sabe que una parte de lo que les saca a las minas va a manos del comisario. Mirá yo que vos me la agarraba a la María y se rajan los dos en uno de estos trenes de carga que van para Bahía Blanca. Si aguantan sin que los bajen antes de Tandil están salvados. La piba quisiera pero no se anima, flaco. El Tuerto la tiene muy marcada y todos saben que mina que se le retoba o se le quiere piantar de las manos es boleta.

El ángel gris camina por el andén con la mirada perdida y la imagen de una muchacha triste en el alma. Le apasionan las ruedas tractoras de las locomotoras a vapor. Aunque hace años que le van dejando lugar a las diesel y a los eléctricos. Las de vapor que aún circulan son de las medianas, pero disfruta midiendo su estatura con las ruedas robustas negro semimate con

las llantas rojo sangre. Admira la rigidez de los rayos y la tensión voluntariosa de sus émbolos y bielas. Junto a otros ángeles igualmente pequeños —igualmente grises— se divertían a veces trepando por las que descansaban en el último andén con las calderas frías. Los estribos casi inaccesibles para las piernas cortitas. La visión maravillada de las cabinas. La sensación de estar a bordo de un navío poderoso, al recorrer los costados asidos a la barandilla de hierro. Los más osados trepaban hasta los domos y la chimenea, recelosos de que el dragón no fuera a echar encima de ellos una bocanada de fuego. Pero con sus hogares apagados y sus tubos helados eran monstruos muertos, sin calor y sin alma. El ángel gris sueña con encender ese hogar y poner en marcha al dragón. Él y su María solos a bordo de esa locomotora, hirviendo de valor y corajudos en su amor descabellado. Andá a buscarla, Polaco. Andá a buscarla que ella te debe estar esperando. La vida los banca. Tantas veces ha espiado las maniobras de los maquinistas. Ha recorrido el ténder. Conoce la cantidad exacta de paladas de carbón sobre la parrilla. Maneja con soltura la alcuza y el yesquero. Abrir lo necesario las tomas de aire para avivar el fuego. Estuvo sentado en la banqueta frente a los manómetros y las válvulas. Sabe cómo controlar el nivel del agua. La temperatura y la presión. Abrir y cerrar un par de veces la válvula del vapor para purgar los tubos y que no llegue agua a los cilindros. Cómo empezar a empujar despacito los émbolos, para vencer la inercia de la mole. Cuándo soltar los frenos al tiempo que las bielas hacen un par de carreras sin acoplarse aún a las tractoras. Bajás un cachito la presión y lo mantenés frenado y desembragado, listo para salir al galope. Ahora sentarte y esperar. María debe estar ya en camino. El Tuerto anda por otros recorridos, llevando a sus distribuidores una partidita fresca.

El sereno hace una ronda a la una y media de la mañana y se mete en su gabín a dormitar hasta las cinco. Pueden salir sin hacer barullo. Y para la ronda de las cinco y media van a estar llegando a Saladillo.

Apenas empieza a caer el sol aparecen los pájaros negros. A diferencia de otras noches, se quedan revoloteando alrededor de la estación. Hacen una pasada a poca altura y se asientan en los techos. Al rato dan otra vuelta en el mismo sentido y regresan a la vigilancia parados sobre la chapa. Algún relámpago lejos por el sur les marca el momento de reemprender vuelo. Esta noche el centro de operaciones está entre los andenes. Varios cientos —miles— de avechuchos volando ala con ala bajo una luna escondida entre nubarrones espesos. Nubarrones de lluvia sobre nubarrones de plumas y un silencio plomizo.

El Polaco está atento a cualquier movimiento en la punta del último andén, por donde tiene que aparecer la piba. La cabina está calentita y deja la bufanda de lana negra colgada del lado del ténder. A la hora en que calcula que María debe estar llegando sale de la cabina y se baja de un par de saltos. Se sienta contra la reja y deja correr la imaginación. Su alma esta noche quiere volar. Levantar vuelo de la mano de María y mandarse bien arriba, a pesar de las nubes y los pájaros negros. Vienen a despedirnos piensa. Los únicos que nos vienen a saludar. El flaco lo abrazó con unas lágrimas contenidas. Gracias que me hiciste caso polaquito. Pronto me lo van a agradecer. Sabés que te voy a extrañar hermano. No seas zonzo che, dejá esas lagrimitas para las mujeres, que no se te murió nadie. Venite de fogonero ni que sea flaco. Dejame por acá hasta que me aparezca alguna compañía, no te preocupés por mí, Polaco. Y sí, Saladillo… Tandil… Tornquist… o hasta donde quiera la suerte.

Qué raro ponerte a pensar ahora en la suerte. Siempre sospechaste que la suerte no podía existir para vos. Y esta noche tenés ahí nomás el mundo al alcance de la mano. Todo para vos y la María. Ya ves que Dios aprieta pero no ahorca, polaquito.

Ahí aparece la figura delgaducha de la piba por el extremo del andén. Del último, donde están las locomotoras apagadas, no le podés errar. Sobrecogida porque de repente la bandada de pajarracos levanta vuelo y le pasan por encima de la cabeza. Apura el paso para disimular el miedo. Para acercarse a aquella locomotora que espera con los fuegos encendidos y el vapor a punto. La tiene allá adelante a media cuadra. Para preguntarse con cierta alarma por qué el Polaco no le ha salido al encuentro. Para correr ahora con desmesura al ver el bulto grotesco pendiente de la reja. Para escuchar a la carrera el graznido triunfal de los tordoscuervos.

Quién podría tener la mala idea de colgar allí un muñeco tan grandote. Ese monigote inerme clavado en las chuzas de la reja con una bufanda negra enroscada al cuello. ▮


OLMEDO

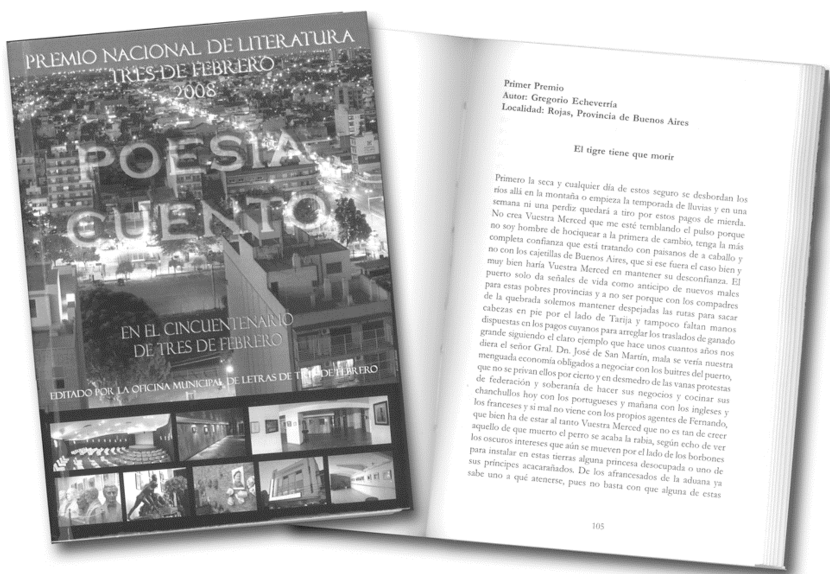
El tigre tiene que morir

- Primer Premio en Cuento “Premio Nacional de Literatura Tres de Febrero” / Caseros (BA) 2008.
- Integra el volumen *Premio Nacional de Literatura Tres de Febrero 2008*, Oficina Municipal de Letras de Tres de Febrero, 220 págs. ISBN 978-987-24558-4-2.
- Incluido en el volumen *Mala estrella*, Auditgraf Ediciones 2013 ISBN 978-987-33-4088-8 pág. 255.

Uno se pregunta con frecuencia acerca de los posibles contactos entre la verdad histórica y la literaria. Tal cuestión no estaba en mi mente —de modo consciente al menos— al escribir este cuento. Ni la menor pretensión exegética (ni apologética), nada más puedo dar cuenta de lo mucho que comparten, en lo ideológico, el protagonista y el autor. Por otra parte, el acto de premiación, en la ciudad de Caseros, me dio tres sorpresas agradables: enterarme de una mención en Poesía, de este premio en Cuento y comprobar que el edificio del ex Banco Cooperativo de Caseros fue reflotado por la Municipalidad de Tres de Febrero como complejo cultural, que cuenta —entre otras comodidades— con un cálido auditorio de 130 butacas. Fueron jurados Antonio Requeni, Eduardo Dayán, Nelly Vargas Machuca y Alberto Cambas Sabaté.

El toque de humor lo puso uno de los jurados al saludarnos en el escenario, preguntando en un tono casi preocupado, si acaso yo era historiador… ☺





Primer Premio
Autor: Gregorio Echeverría
Localidad: Rojas, Provincia de Buenos Aires

El tigre tiene que morir

Primero la seca y cualquier día de estos seguro se desbordan los ríos allá en la montaña o empieza la temporada de lluvias y en una semana ni una perdiz quedará a tiro por estos pagos de mierda. No crea Vuestra Merced que me esté temblando el pulso porque no soy hombre de hociquear a la primera de cambio, tenga la más completa confianza que está tratando con paisanos de a caballo y no con los cajetillas de Buenos Aires, que si ese fuera el caso bien y muy bien haría Vuestra Merced en mantener su desconfianza. El puerto solo da señales de vida como anticipo de nuevos males para estas pobres provincias y a no ser porque con los compadres de la quebrada solemos mantener despejadas las rutas para sacar cabezas en pie por el lado de Tarija y tampoco faltan manos dispuestas en los pagos cuyanos para arreglar los traslados de ganado grande siguiendo el claro ejemplo que hace unos cuantos años nos diera el señor Gral. Dn. José de San Martín, mala se vería nuestra menguada economía obligados a negociar con los buitres del puerto, que no se privan ellos por cierto y en desmedro de las vanas protestas de federación y soberanía de hacer sus negocios y cocinar sus chanchullos hoy con los portugueses y mañana con los ingleses y los franceses y si mal no viene con los propios agentes de Fernando, que bien ha de estar al tanto Vuestra Merced que no es tan de creer aquello de que muerto el perro se acaba la rabia, según echo de ver los oscuros intereses que aún se mueven por el lado de los borbones para instalar en estas tierras alguna princesa desocupada o uno de sus príncipes acacarañados. De los afrancesados de la aduana ya sabe uno a qué atenerse, pues no basta con que alguna de estas

105

El tigre tiene que morir

Primero la seca y cualquier día de estos seguro se desbordan los ríos allá en la montaña o empieza la temporada de lluvias y en una semana ni una perdiz quedará a tiro por estos pagos de mierda. No crea Vuestra Merced que me esté temblando el pulso porque no soy hombre de hociquear a la primera de cambio, tenga la más completa confianza que está tratando con paisanos de a caballo y no con los cajetillas de Buenos Aires, que si ese fuera el caso bien y muy bien haría Vuestra Merced en mantener su desconfianza. El puerto solo da señales de vida como anticipo de nuevos males para estas pobres provincias y a no ser porque con los compadres de la quebrada solemos mantener despejadas las rutas para sacar cabezas en pie por el lado de Tarija y tampoco faltan manos dispuestas en los pagos cuyanos para arreglar los traslados de ganado grande siguiendo el claro ejemplo que hace unos cuantos años nos diera el señor Gral. D^{n} José de San Martín, mala se vería nuestra menguada economía obligados a negociar con los buitres del puerto, que no se privan ellos por cierto y en desmedro de las vanas protestas de federación y soberanía de hacer sus negocios y cocinar sus chanchullos hoy con los portugueses y mañana con los ingleses y los franceses y si mal no viene con los propios agentes de Fernando, que bien ha de estar al tanto Vuestra Merced que no es tan de creer aquello de que muerto el perro se acaba la rabia, según echo de ver los oscuros intereses que aún se mueven por el lado de los borbones para instalar en estas tierras alguna princesa desocupada o uno de sus príncipes acacarañados. De los afrancesados de la aduana ya sabe uno a qué atenerse, pues no basta

con que alguna de estas melenas empolvadas haya hecho más o menos buen papel en estas tierras para olvidar que la revolución que tanto pregonan y con la cual se llenan la boca poco o nada de bueno ha dado para estos mundos, como no sea la angurria de armar ellos una gran república o un reino floreciente según de dónde les soplen los vientos, aun a costa de mantener en sus colonias la arbitrariedad y el abigeo amén de la trata de esclavos que dicen haber extirpado en base nada más a palabras bonitas y acciones deleznables. Vuestra Merced me excusará de dar opinión acerca de los ingleses por entender este servidor que a estar de comentarios nada de despreciar que por estos pagos han corrido en más de una ocasión, no parece Vuestra Merced excesivamente disgustado con ellos y no le resultan del todo desafectos muchos de sus súbditos que asolaron las costas y puertos de medio mundo socorridos por las patentes y garantías de sus soberanos, quienes cambiarán de cabeza las coronas pero no dejan de resguardar los privilegios de su imperial león con melena y todo. Eche Vuestra Merced la culpa de estos dislates a la crasa ignorancia de este gaucho que no tiene otras luces que las de haber aprendido a sobrevivir en las más ingratas circunstancias maguer el hambre, las pestes y la codicia de los señores hacendados y los negociadores de la aduana que a fuerza de navegar en aguas de podredumbre han perdido no solo la vergüenza sino asimismo el olfato, de suerte que han terminado por acuñar el bonito aforismo de que la plata no tiene olor ni color. Pero sepa Vuestra Merced y no le quepa de ello la mínima duda que el gauchaje de tierra adentro habrá perdido hasta la costumbre de comer todos los días y reposar el cuerpo sobre una cama decente pero mantiene en alto estado de vigilancia sus orejas y narices para evitar que los señores de la ciudad les sigan metiendo gato

por liebre como es su gusto y costumbre hacer y de lo cual incluso se jactan, porque para ellos no somos más que unos gauchos brutos y es así como un general de tintorería o cualquier maestrillo Siruela se atreven a preconizar cruel exacción a nuestra costa según la nuestra es sangre de gauchos y nada más sirve para abonar la tierra en un pie de igualdad con la bosta de las caballerías.

Ha de perdonar Vuestra Merced esta efusión de mal humor pero habrá de hacerse cargo de que la magnitud de la empresa que se me encarece no tiene cabida sino en un espíritu aireado de bajas pasiones y debidamente enjuagado de inquinas y bajos sentimientos o cualquiera otra pasión que no sea la de servir al alto destino de unificar de una vez por todas unas provincias atormentadas por tanto descomedimiento y tanta mentira y tanto desacierto que no parece sino que el diablo en persona se regodeara en trabar y entorpecer cuanto intento se pretenda llevar a buen término pues no parece sino que hasta los árboles y las piedras tuvieran oídos para salir al encuentro de todo cuanto pudiera significar un avance en cuestiones de bienestar y aseguramiento de los bienes de la libertad para nuestros suelos.

Es completa y harto aleccionadora la relación que Vuestra Merced se digna remitir por mano de la mayor confianza acerca del peligro que tigres y animales de tal laya representan para todo futuro plan de unidad y de concordia, visto que el tigre es animal cebado a sangre y carne y está en su misma naturaleza el acometer y atropellar cuanto artificio o fábrica de humana inteligencia se interponga en su camino, pues no es el razonamiento ni la luz del espíritu lo que lo impulsa sino la directa satisfacción de su instinto selvático y bravío de tal suerte que cualquier conducta en contrario de su parte no debiera verse como mejoría

capaz de suscitar inmerecidas expectativas sino por el contrario como artimañas de fiera habituada a los gambitos y verónicas de esos seres desgraciados que marchan por la vida como si la vida misma anduviera a la caza de sus cabezas y no tuviera el mundo otra prioridad que su aniquilamiento y perdición.

Extirpar al tigre no debiera verse entonces a mi modesto modo de ver como mero capricho de gentes de ciudad temerosa de aparecidos y otra laya de historias con que los ciudadanos se regalan en noches de invierno alrededor de la lumbre, sino antes bien como una prolija y meditada decisión de abrir el camino a una etapa de legítima civilización en medio de estas breñas que harta dificultad acarrean a quien quiera correr la aventura de colonizarlas para hacer de ellas modelo y ejemplo de la humana industria, porque es impensable ya no la práctica sino la mera idea de un proyecto de país sujeto a los caprichos y veleidades de estas fieras que todo lo minimizan y atropellan so pretexto de imponer como ley lo que no es sino cabal expresión de sus caprichos y desaforadas pretensiones. Clara ha sido la muestra que dieron en su momento con el negocio de las minas que todo redundó en un resonante fiasco en desmedro de las legítimas aspiraciones y perjuicio para los intereses locales según terminamos perdiendo la última ceca en condiciones de acuñar moneda de alta ley y un banco de rescate de pastas pensado a la medida de nuestras necesidades y no al servicio de los especuladores del Dr. Lingotes y su camarilla capitalina.

Hemos de hacernos cargo de que lejos se está de haber derrotado de una vez para siempre a los señores de la banca, toda vez que desalentados del negociado de las minas se abocaron con máxima diligencia y falta de decoro a la contratación de un empréstito que mucho me equivoco o ha de acarrear a la nación

tanta o más desgracia de la que podamos hasta el día de hoy poner a la cuenta de nuestros tironeos con los chapetones que nos pretenden heredar y perpetuar las cadenas del inicuo borbón y su recua de notarios, chambelanes, monseñores y contratadores. No he de hacer hincapie en la cuestión de la nacionalidad de los banqueros que en mala hora lograron finiquitar este negocio con el falsario que se hizo a sí mismo presidente con suma de poderes, porque vuelvo a recordar que Vuestra Merced no los mira con malos ojos aunque sabrá V.M. perdonar mi impertinencia si me permito recordarle lo poco que hace que este siniestro personaje ha intentado desembarcar de nuevo en nuestras tierras y de no mediar un recurso honorablemente interpuesto por personas de buen pensar ahí lo tendríamos de vuelta al muy ladino avanzando su negra panza y sus menguados cánones morales en perjuicio de nuestra ya demasiado maltrecha nacionalidad y no escapa a la fina percepción de Vuestra Merced que mis propios intentos de abordar el buque en que se encontraba preso en la rada misma de su antiguo centro de operaciones no llevaban por intención el rendirle pleitesía ni alguna clase de consideraciones desde ya indebidas sino el deseo incontenible de terminar sus trapisondas con un par de buenas puñaladas que no otro mérito es el que la posteridad ha de acreditarle cuando las aguas se aclaren y todo vuelva a sus necesarios niveles y realidades, lo de arriba puesto arriba y lo de abajo vuelto para siempre hacia abajo de donde nunca debió de haberse movido.

Permita pues Vuestra Merced que al margen de lo dicho insista vuestro humilde servidor en cursar las necesarias instrucciones al amigo Santos Pérez para que proceda según anteriores pliegos en el sentido de interceptar el paso de la diligencia que ha de bajar a mediados de la próxima semana de tierras de los

señores de Ibarra con rumbo a la ciudad de Córdoba y sin mediar explicaciones y sin importarle ni hacerle mella la identidad de los viajeros proceda a la ejecución en el sitio de la persona que encabeza el grupo junto con toda su comitiva, escolta y postillones. De cada cual se requiere en esta instancia su cuota de sacrificio y no ha de ser un servidor el primero en defeccionar y hacerse a un lado a la hora de las nobles determinaciones y los personales sacrificios, todo ello para que finalmente logre Vuestra Merced hacerse de la suma del poder público con anuencia y consentimiento de la mayoría de nuestras gentes y el total de las provincias de esta pavorosa patria desunida. No guarde reserva Vuestra Merced ni le quepan dudas de que la muerte del tigre es a la par de necesaria para la definitiva pacificación de estas tierras atormentadas, obligada en sí misma como un ejemplo de imposible refutación de que a la hora de la verdad el futuro de las instituciones está y estará siempre muy por encima del presente efímero de los hombres. Suyo afectísimo y con el más profundo respeto Juan Facundo Quiroga, brigadier general. ▮

Nubes a barlovento

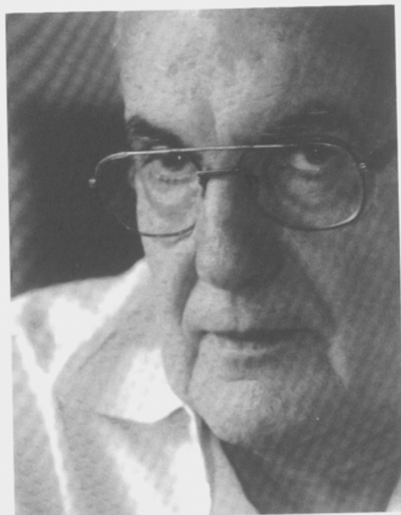
- Primer Accésit XIV Certamen Internacional "Santoña… la mar" / Cantabria 2009.
- Integra el volumen *Décima Cuarta Edición del Certamen Literario "Santoña… la mar"* / Ayuntamiento de Santoña (Cantabria) 2009; ISBN: 978-84-934934-4-8; 142 pág.
- Integra el volumen (inédito) *Eclipse de mar*, pag. 91.

Fue primero una voz en el teléfono, una mañana de agosto. Una voz de mujer cálida y amigable. Me complace muchísimo ponerme en contacto con usted, soy María Eugenia, Secretaria del Certamen Literario Santoña… la mar, del Ayuntamiento de Santoña. Era uno de los tres finalistas. A la semana se conocía el fallo.

Unos meses más tarde (esta misma mañana miércoles 21 de julio 2010) [12] me llega un paquete con los libros. Una edición exquisita, en el papel, la maquetación y la encuadernación. Con una pequeña sorpresa. En tapa, portadilla y trascripción del fallo, nombres y apellidos correctos. Al llegar al cuento, en página 39 y todos los cabezales siguientes, paso a ser ¡Gregorio Echeverría Méndez! No solo los traductores son a la postre traidores…

[12] Agrego esta nota a pie de página el lunes 11 de abril de 2016. Habiendo quedado por el camino un par de tratativas con la Secretaría de Cultura del municipio de Tigre y con la Universidad de Río Cuarto, me encuentro en la tarea de actualizar la información. Decidido a poner a resguardo este y otros archivos en varias nubes virtuales, donde estarán a entera disposición de quienesquiera. Familiares, amigos, lectores, críticos, estudiosos, investigadores… eventualmente algún exégeta despistado.

Accésit:



NUBES A BARLOVENTO

Gregorio Echeverría Méndez

Nubes a barlovento

“Una andanada en la oscuridad no era, después de todo,
algo tan malo. Tan solo un momento antes de haberla recibido,
allí, en aquella noche de mar calmado, llena de hermosura
y suaves susurros, yo había estado mirando la forma
encantadora de una cabeza bajo el tenue reflejo de sí misma.”

Joseph Conrad; *La flecha de oro*

— Me dan mala espina aquellos nubarrones.
— Nada, hombre, unas nubecillas acacarañadas, una cellisca pasando el promontorio.
— Esas tormentas son como el malhumor de nuestras mujeres. Amainan con los primeros mimos.
— Es que entonces tú no conoces a la Mistrala, anda.
— Pues decir lo que queráis, a mí me trae malos recuerdos.

Las zamarras y los zapatones remolonean un rato entre el pedregullo de la playa, sorteando las barcas recostadas al sol. Todos conocen los malos recuerdos del Congorocho. Y es sabido que la cosa empieza por un rumiar de presagios a la vista de la nubecilla más liviana, para terminar de mala manera sobre una mesa descoscojada, en el rincón más oscuro de la taberna de Marcial. Viejos síntomas del viejo dolor que aqueja por fuera y por dentro al viejo pescador de ballenas. O lo que queda de él. Para los jóvenes de la aldea un forastero, un pobre infeliz chalado por los años y acaso por una vida algo más dura de lo esperable por estos mundos de Dios. Para los más viejos, un ácido re-

cuerdo de la guerra de Cuba, atrapado al cabo de una larga convalecencia por las quijadas impiadosas de la guerra civil.

— Venga, Marcial, a ver si te despachas con alguna buena loncha de salmón ahumado para darle paño a este vinagre que me está escociendo las tragaderas.
— Lo que es a la vista de las circunstancias, el vino de la casa ya te lleva escocidas las tragaderas y buena parte de tu apestoso hígado, conque mal no te vendrían a esta hora de la madrugada unas buenas abluciones de agua bendita.
— Habrá dejado de ser bendita en cuanto pase por las manos del señor cura.
— Anda que no te castigue Dios, hombre.
— Como si no me llevara castigado ya bastante, coño.
— Hala, vete ya para casa, Congorocho, hace rato que la Ignacia anda rondando con sus trastos de limpieza y arrimando las sillas contra los muros.
— Es que habéis perdido hasta el santo don de la hospitalidad, me cago en mi puñetera alma.
— Vete con Dios, hombre, no te pongas cabrón que mañana has de echar de menos el aliento que ahora desperdicias.

El cierzo nocturno no parece hacer mella en el corpachón del hombre. La media milla escasa desde la taberna hasta su miserable reparo al pie del faro le da espacio para ir soltando los recuerdos. Esos recuerdos agarrados al fondo de su memoria como se agarran los mejillones y los berberechos a las peñas de la costa, que la cocción tosca del vino va desprendiendo a lo largo de la velada. Ojalá sus recuerdos tuvieran el buen sabor de unos mejillones regados con el caldo espeso de las barricas de

Marcial. Pero qué va, si son recuerdos tan amargos como un macerado de acederas. Los zapatones patean guijarros mientras la mirada se pierde en la negrura mar adentro, escudriñando horizontes tanto más negros cuanto más se zangolotean los recuerdos.

Sorteado a quintos con los dieciocho apenas cumplidos, le cupo una temporada de orden cerrado en la base naval de Marín, al frente de la ría de Pontevedra. Allí fueron las marchas interminables, los ejercicios de asalto por la madrugada y la rutina en los polígonos de tiro. Los ánimos estaban caldeados por la sedición de los cubanos, pero tanto más por los agoreros vaticinios liberales acerca del irrefutable derrumbe del imperio. Cuando llegó la orden de embarque hacia la base en Canarias, ya el mundo estaba al tanto de que las quijadas norteamericanas se aprestaban para atenazar las yugulares del ya debilitado andamiaje colonial y entre verdades y mentiras de los periódicos y el maremagnum en las Cortes se sucedieron como en erupción las denuncias del indisimulado apoyo de los americanos a la insurgencia insular, las protestas del Canciller, la decisión de intervenir —abiertamente refrendada por el envío del Maine a La Habana "para salvaguardar la vida de los ciudadanos norteamericanos en la isla"— y finalmente la voladura del crucero, que daría pie a la guerra sin mediar otra instancia que una ambigua protesta y los desestimados desmentidos. En el ínterin, la flota zarpa de Canarias rumbo a la rada de Santiago de Cuba, llevando a su bordo varios miles de infantes, algunos completada su instrucción militar y muchos de ellos a mitad de camino entre el marino experimentado y el grumete. Por entonces el Congorocho no era aún el Congorocho, pues el apodo se lo darían los camaradas de batería en el apostadero de Santiago, cuando ya

acorralados por los buques de guerra americanos, los apretujones del hambre los obligaron a aumentar las raciones con toda clase de animalejos, incluso aquellos enormes ciempies que pisados con unas bayas oscuras y una pizca de sal les entretuvieron en más de una ocasión los quejidos del gaznate y los retortijones de tripas.

La brisa que la noche arrastra desde la mar le mete por las narices aquellos olores antillanos, en otras noches menos apacibles en que la penuria de los cuajares se enredaba en un vacío que les quitaba el resuello, al cavilar en la suerte que cabía esperar de aquella encerrona, arrinconados en la profundidad de la rada como ratoncillos a la espera del momento en que la bulimia y la desesperación les obligaran a salir uno por uno a mar abierta, donde la pesada artillería americana repasaba con finura sus abastos de munición y los servidores de cada pieza mantenían las ánimas bruñidas a espejo a fuerza de rascadores y estopines; los anteojos de todos los puentes apuntando a una a la estrecha boca de la rada. La mesa estaba servida a satisfacción. Los habituales hedores de sentina y los tufos tropicales que se pegaban a los cascos mezclados con el musgo y las algas amén de la humedad de las maderas, todo eso amasado con el sudor acre de las bodegas y las cubiertas inferiores, le da en la cara con una elocuencia tan acabada y tan creíble, que sus ojos se achican procurando avizorar a la distancia las luces de posición de la flota enemiga.

La boca de los cañones exhala una leve nube formada por los gases comprimidos en la culata, en el preciso instante del disparo. Inocente nubecilla visible casi cualquiera sea la condición del tiempo; como la voluta de un puro con sol y cielo despejado, como una bocanada de humo y gases inflamados durante

la noche. Al momento de asomar su proa por la estrecha boca del puerto, el destructor Oquendo marcha a su irremediable destino, mientras el resto de la flota arde y se hunde en aguas cercanas, sin poder tomar contacto con las unidades americanas. Herido en un muslo, sangrando por un corte en la frente y aferrado a la cureña de su pieza, el Congorocho solo atina a contar, cuando el humo y las llamas se lo permiten, las nubecillas que a ritmo parsimonioso —a menos de dos millas mar afuera— continúan asomando por las bocas de fuego de los cruceros, emperrados en no dejar un madero a flote. Acaso el hecho de embarrancar cerca de la costa sea el incidente afortunado que permite el salvataje de un puñado de tripulantes, entre los que se cuenta ese grumete herido de metralla, rostro tiznado de hollines y cuero abrasado por las llamas. El resto de la historia trascurre en una nebulosa de sensaciones contrapuestas, dolor e insensibilidad, una sed mortal, oblicuas premoniciones y los olores mezclados de la sangre, el zotal y la muerte; el entorno es unánime. Repatriado a Tenerife para continuar una cura prolongada y deprimente en uno de los hospitales de campaña improvisados a las afueras de Santa Cruz, toma nota de los acres comentarios a su alrededor, acerca del malhumor con que los sobrevivientes son recibidos en el continente. A nadie le hace gracia contemplar la cara triste de la derrota. Con una clara decisión de evitar más amarguras, se engancha en un ballenero noruego de recalada en Palmas rumbo al Báltico.

El relente de la madrugada le moja la cara, dando pie para que alguna lágrima furtiva resbale por ese rostro lacerado por todos los padecimientos y curtido por todos los vientos y todos los soles del hemisferio boreal. Adivina bajo sus pies la playa pavimentada de granza, conchillas, carapachos de cangrejo y

espinazos de pescado, ese incesante detritus que la mar mastica, arremolina, remezcla y desparrama con cada respiración. Por momentos el traqueteo del tiempo y la mescolanza de vivencias no le dejan adivinar si se encuentra en cabo Quejo, en la costa de Terranova o en las cercanías de su faro. La fría garra de la desesperanza clava sus uñas en la chubasquera para calar muy hondo adentro del pecho; hay momentos en que hasta el corazón pareciera paralizado por ese pesar intenso arraigado como hiedra entre sus vísceras.

Navegar entre los hielos al azar o a la espera de vientos propicios para huir de la gran migración de témpanos que cada invierno se desplazan hacia el sur a la par de las ballenas, fue tal vez la cura adecuada para el joven que empezaba a ser hombre y para el grumete decidido a llegar a marino. La medicina no podía ser más dura: frío, tormentas, soledad y peligro constante, abrumando su cabeza con la lección de que la muerte no es otra cosa que la contracara de la vida. Preparando su espíritu para el momento en que a él mismo le llegara la hora de canturrear en voz baja: *… y me pregunto por qué nace la gente / si vivir o morir es indiferente*. Asimilando entre mocos y lágrimas la sublime lección de la naturaleza, ajena a sufrimiento, renuncios y deserciones: al cabo de cada invierno, el sol vuelve a entibiar las aguas y el hielo retrocede ante el empuje imbatible de la primavera. Una lección que llevaban hondamente grabada en la memoria de la especie el salmón y los castores, tanto como el petrel y los alcatraces, los osos y los grandes mamíferos marinos. Y también los pinares que volvían a llenar de perfume las costas de Noruega, de Islandia, de Groenlandia, hasta la magnificencia del Labrador. Pero en su fibras anidaba la presunción —que el destino habría de confirmarle sin menoscabo— de que aún queda-

ban vestigios de amargura en la copa que le estaba reservada. El destino… o la providencia o lo que demonio fuera que gobernaba el timón y otros vientos harto más indomables que los que empujaban los aparejos y los cascos. Algo que llevaba cada noche a sus ensueños el recuerdo de su mar cantábrica y el dulce calor del hogar en donde un padre y una madre, al amparo de un faro que a mandobles de luz desenredaba la cerrada urdimbre de sombras y neblinas que acechaban mar afuera.

El frío y el cansancio —amén del fogoso tinto de Marcial— dificultan la marcha por la negrura de la playa, tropezando con piedras y algún tronco acarreado por la marea. Solo el instinto le lleva, como a una vieja acémila, en dirección al faro a cuyo pie se alza el mísero cobijo, una covacha que acaso desdeñaran hasta las cabras salvajes que triscan en el faldeo para amenguar los mordiscos impiadosos del hambre, que también los animales de Dios la padecen junto al hombre en años de vacas flacas. Su mente ni registra la inclemencia que la brisa viene acarreando desde el noroeste, sus nervios nomás parecen apuntados a barlovento mucho más allá del faro, allá donde la negrura se hunde en la mar océano, donde una isla lo reclama con amoroso deleite, con promesas de amor y de fortuna. Aunque ya su maltrecha sesera no sepa qué cosa sean ese amor ni esa fortuna. Muchos años han pasado por cierto, pero a veces las heridas vuelven a abrir y de entre la fibra lastimada brota como un quejido el recuerdo de una mujer rubia —mucho más a septentrión que la isla— endulzando sus noches con un ardiente edredón de piel y besos. Imposible fijar el cuándo ni las circunstancias ni estimar cuánto tiempo le concediera la providencia aquel remanso. Todo una vida le hubiera apetecido, aunque la ínfima razón que aún habita los resquicios de su entendimiento

le haga sospechar que aquel idilio no hubo de durar sino unos cuantos veranos, una docena a lo sumo. Una docena en medio de los casi treinta aferrado a los arpones, con la mirada perdida en un horizonte al que tan solo demandaba la señal de las aletas caudales del cetáceo batiendo el agua. De la odisea le queda apenas una idea y el olor de aquella sangre fuerte corriendo por la cubierta hacia la borda para escurrir nuevamente a la mar. Un olor que aún le persigue, sin que valgan las zambullidas en las aguas heladas o la tina caliente que le ofrece muy de tarde en tarde algún alma caritativa.

Los años de la gran guerra europea reabren para el Congorocho una nueva etapa de hambrunas y zozobra. Las aguas están infectadas de submarinos, tiburones salvajes que no se privan de hincar el diente ni en una miserable ballenera, casi siempre como diversión para los artilleros aburridos de encierro y falta de hembras. Aunque también las unidades de superficie —de hecho hasta un barreminas— se sienten con derecho de hacer puntería sobre cualquier objeto que flote, no importa su bandera. Una enfermiza leyenda acerca de brulotes y jangadas incendiarias sirve como justificación para atropellos que en todo el mundo civilizado son juzgados como actos de piratería y castigados con rigor. Aunque está claro que hablar de justicia en medio de una guerra es tan de balde como predicar en un desierto. Se firmará la paz por dar fin a la guerra que habría de acabar con todas las guerras. Dos años más tarde, la picazón del terruño es tan hiriente, que en Reykjavik se despide con un abrazo y un largo trago de ron de su último patrón y embarca como fogonero de segunda en un carguero que viaja en lastre hacia la cuenca carbonífera asturiana. Soplan aires de rebeldía entre los mineros, que han de poner el hombro y el pecho a la segunda república.

Presumiendo que ya se acerca el alba, echa un vistazo hacia levante por encima de su hombro derecho. Pero nada más el telón de terciopelo, sin luna y sin estrellas, nada más un nublado rojizo que le hace pensar en un incendio gigantesco para el lado de Gatxo o de Gernika. Aunque presiente que las brasas las lleva dentro y ese es el fuego que consume sus días y sus noches sin darle paz ni sosiego. Un fuego que le seca los labios y despelleja su garganta. Un fuego corrosivo con todo el empuje de los penares insensatos y tanta esperanza disipada en el aire como un espejismo. Como un viento caliente que barriendo las arenas calcinadas se convirtiera de pronto en fuego líquido, capaz de acabar de un soplo con el pensamiento y a la vez con la idea y la percepción de ese mismo acto. Una punta de luz como de una lámpara de acetileno enfilando a su occipucio, para entablar allí mismo, a un par de pulgadas del encéfalo, una pelea denodada contra las agujas de hielo que se hincan inmisericordes en ganglios y neuronas. Dos fuerzas demoníacas —una de ellas al menos— un frío que incinera lo que toca y un fuego que congela lo que queda a su alcance. El hielo quema, bien lo recuerdan sus manos, agarrotadas sobre la rueda del timón o empuñando los arpones, nada más atento al reflejo fugaz de esos lomos abisales que nada más salen a superficie para henchirse de aire, desafiando la porfiada vigilia de los avistadores. Y también el fervor de la piel lacerada, pues al momento de sentir el coloso la mordedura del hierro en sus espaldas, no hay guante que proteja las palmas del insano tironeo de los cabos, que se deslizan mordiendo y arrancando en tanto dura la carrera del cetáceo o el arponero deja al fin en libertad la cuerda, cuidando de que una lazada desafortunada no se lo lleve junto con el aparejo.

Aquel lustro de construcción de la república codo a codo con los mineros del carbón fue acaso la única estación serena de su vida, no por falta de trabajo y privaciones, sino por el sabor generoso de la camaradería y la consciencia de estar peleando un hermoso sueño de todos. Su vida no volverá a conocer el amor, apenas unos besos furtivos aquí y allá. Turbiamente intuye que ese trabajo duro empieza a borrar viejas cicatrices, esa mezcla atroz de frustraciones y despojo que le han ido sedimentando la experiencia del bloqueo de Santiago, el varamiento y la evacuación del Oquendo, el restablecimiento en Santa Cruz, su primera pelea con los hielos, la primera ballena izada a bordo, los ojos de aquella mujer y las manos endurecidas y callosas a fuerza de sangrar y pelechar. No ha de durarle mucho el buen tiempo. La rebelión se inicia en África y en semanas el país entero se ve hundido en una guerra civil que habrá de mezclar como todas las guerras el más exaltado heroísmo con la más abyecta cobardía. Leal a sus amigos y esta vez en condiciones de elegir, se enrola en las milicias republicanas. No tanto por sus convicciones políticas, sino porque la lealtad lo empuja a ir donde vayan sus camaradas. Destinado con una brigada de combatientes a reforzar la defensa de Oviedo, revive la encerrona en la rada de Santiago de Cuba. Finalmente la brigada avanza hacia Gijón y los milicianos con alguna experiencia marinera se unen a la flota en el Cantábrico. Después… apenas habrá un después. Luego de casi dos años de atacar y defenderse de la flota rebelde y de la aviación alemana, llega la orden final de navegar hacia Bizerta. Decepcionado de todo, pide ser desembarcado a la altura de Finisterre y caerá en poder de los falangistas a poco de tocar tierra, en las afueras de Corcubión. En un campo de prisioneros le cabrá pasar los años de la guerra grande, un lustro largo de privaciones

y trabajos forzados, sujeto a la befa y a las humillaciones por parte de los guardias. Contento —a pesar de todo— de haberse separado de su unidad lejos de San Sebastián, donde casi todos los prisioneros fueron enviados a Francia como voluntarios obligados de las tropas colaboracionistas. Logrará su libertad al final de la guerra, con sesenta y tantos años encima. Nada más le resta marchar hacia aquel faro en las cercanías de Quejo, sobre su mar cantábrica, para esperar la muerte en paz.

La negrura se hace horas y las horas meses y los meses años a lo largo de ese andar desparejo entre los guijarros y el casquijo que va dejando la marejada como sobre un tamiz. Ni norte ni sur ni un arriba ni un abajo, en medio de la cerrada oscuridad de un cielo huérfano de luminarias. Un cielo de hollín cerrado como los antros infernales que un cura describía con deleite en aquella ermita de la infancia, donde un padre y una madre y un faro que señalaba el camino al paraíso. El vago recuerdo de Marcial y de la taberna le sugieren la conveniencia de volver sobre sus pasos, pero para entonces ya Ignacia habrá acabado con sus escobas y los estropajos y también allá habrán llegado la negrura y el silencio. Toma —fugazmente— consciencia de una infinita soledad que nada más se resuelve en piedra y vacío, sin voces, sin relumbres y sin tiempo. Una nada casi absoluta, tan nada y tan absoluta que cuando intenta preguntarse acerca de sí mismo acaba en un quejido absurdo, apenas babeando un quién soy yo. Recuerda estar caminando por la playa rumbo al faro, pero la playa más parece una caverna y él es ahora su centro y las paredes invisibles le devuelven el eco de sus propios pensamientos. Qué y quién soy. Por qué estoy aquí y desde cuándo. Y hasta cuándo.

El peso de los recuerdos y el cansancio de siete décadas le disparan visiones engañosas, caminando sobre un mapa que poco se parece al de aquellos años cuando el faro y unos padres y una lumbre a toda hora. Pero el instinto le marca coordenadas que enderezan sus pasos y corrigen palmo a palmo los parches y zurcidos de la memoria, esa memoria suya inflamada por las penas y debilitada por privaciones y castigos. La memoria podrá engañarle pero no le mienten los ojos y el olfato, según va dejando atrás promontorios y ensenadas, siempre la mar a su izquierda y mirando hacia el levante. Tenía su razón el patrón de la Vikinga, son pamplinas esas historias de los siete mares. La mar es una sola y la tierra es una sola y el hombre es prisionero de la mar encerrado en una isla enorme que sus pies han de recorrer sin detenerse ni preguntar por qué, con las alforjas ligeras y el amanecer en la mirada. Nada más andar por la playa conservando la vista de la mar a su izquierda, hasta regresar al punto de partida. Ahí están, cabo Quintres, la playa de Cuberris, cabo Ajo, la boca de la ría…

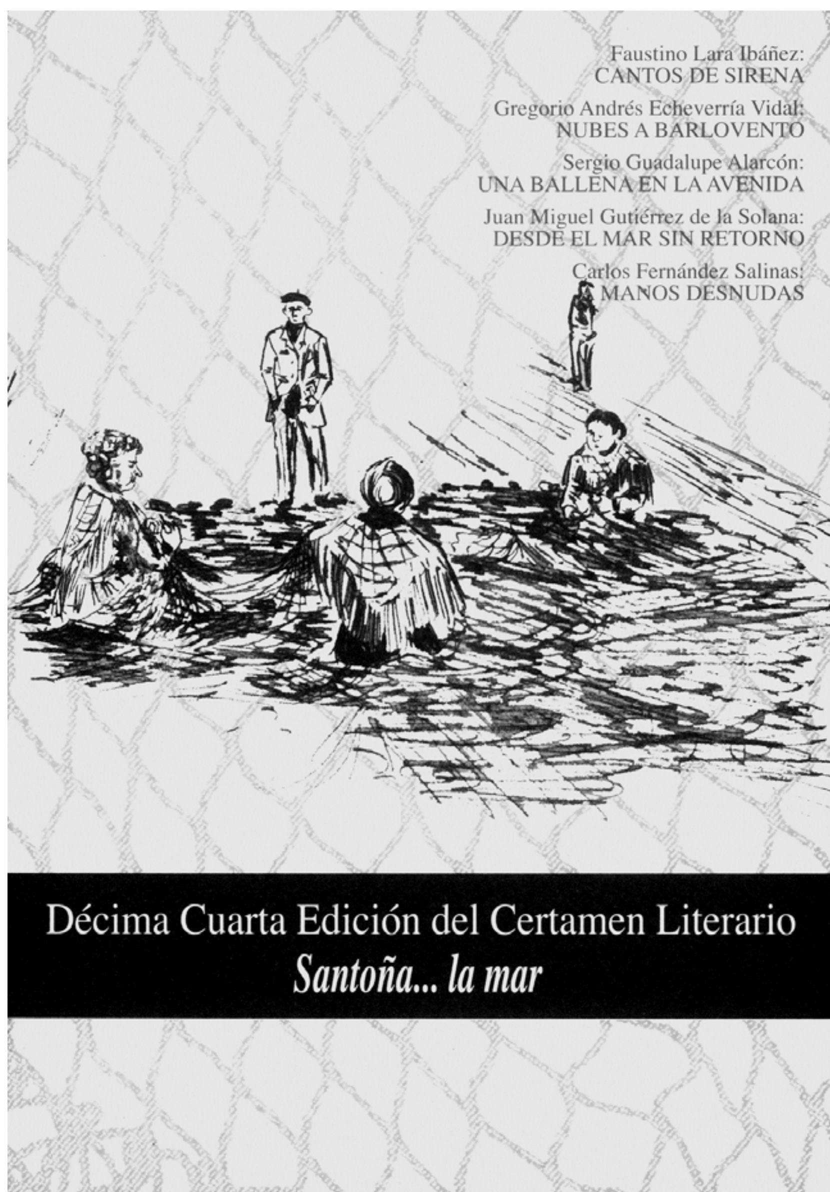
Al fin el ojo. El ojo y el mugido. El ojo del cíclope allí en lo alto, ordenando el caos. Y su mugido de animal antediluviano llamando a todas las criaturas que andan en el agua, perdidas en la negrura impenetrable. Sí que estaba bueno anoche el vino de Marcial. Resbalando por el garguero como una dulce caricia, como una cocción curativa de todos los recuerdos y todas las penurias. Resbalando dentro del cuerpo como resbalaba por cubierta la sangre de aquel primer cetáceo izado a bordo del Torlyn, derramándose por la borda para escurrir de vuelta a la mar. Los destellos del faro convocan destellos de escenas y detalles de otros momentos, como si el haz lumínico escarbara en la mente de ese pobre viejo, ese chiflado que aún no ha logrado

averiguar si camina por la rada de Santiago, por la escarpa ártica o por los alrededores de Quejo. Y es que en realidad no le importa. Ni siquiera le consta lo de Cuba y lo de Islandia y el verdor de los pinos de Terranova a la llegada de la primavera.

Lo único que late en su pecho es la alegría de regresar al pie del faro, donde alguna vez su hogar y un padre y una madre.

Saber que era verdad, que no hay tales cosas de siete mares ni mil tierras.

Que la mar es una y la tierra también una. Una gran isla en la que nacemos, vivimos y morimos prisioneros. A despecho de los vientos y las guerras y de las nubes a barlovento. ▮


Faustino Lara Ibáñez:
CANTOS DE SIRENA
Gregorio Andrés Echeverría Vidal:
NUBES A BARLOVENTO
Sergio Guadalupe Alarcón:
UNA BALLENA EN LA AVENIDA
Juan Miguel Gutiérrez de la Solana:
DESDE EL MAR SIN RETORNO
Carlos Fernández Salinas:
A MANOS DESNUDAS
Décima Cuarta Edición del Certamen Literario
Santoña... la mar

Al llegar la sombra

- I Certamen de Cuentos Cortos “Del Cordobazo” / Casa de los Trabajadores / Córdoba (Argentina) 2009.
- Integra el volumen *1º Certamen de Cuentos cortos “Del Cordobazo”* / Casa de los Trabajadores; Córdoba 2009, ISBN: 978-987-26175-0-9 / Facultad de Humanidades de la Universidad de Córdoba, agosto 2010, 92 pág.
- Integra el volumen (inédito) *Entre las zarpas*, pag. 45.

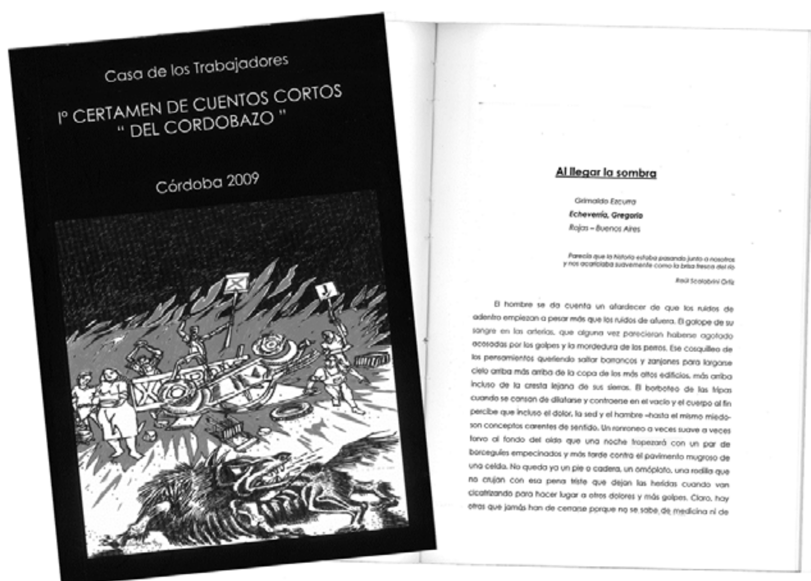
El 29 mayo de 1969, la ciudad de Córdoba fue escenario de la mayor resistencia popular a la dictadura militar llamada “Revolución Argentina”, que había usurpado el poder de un gobierno constitucional. El régimen impuso políticas económicas a favor de los monopolios extranjeros, congeló los salarios, intervino los sindicatos, las universidades y disolvió los partidos políticos.
Durante tres días el movimiento obrero y estudiantil junto a diferentes sectores del pueblo, protagonizó la gesta insurreccional que terminó dando por tierra con el gobierno de aquella dictadura. Esas jornadas de lucha han quedado grabadas a fuego en nuestra historia como “El Cordobazo”. Al cumplirse cuarenta años de esos sucesos, la Casa de los Trabajadores de la ciudad de Córdoba convoca al Iº Certamen de Cuentos Cortos “Del Cordobazo”. Este es el texto que encabezaba la convocatoria. El proyecto era editar un libro con los diez mejores relatos.

Elegí como referente una de las figuras paradigmáticas de la resistencia popular: Agustín Tosco, el legendario sindicalista cordobés de Luz y Fuerza.

Un correo del 11 de octubre me adelantaba la noticia. Nos es muy grato comunicarte que tu trabajo *Al llegar la sombra* ha sido seleccionado por el Jurado como uno de los diez mejores cuentos de los recibidos para nuestro concurso “Del Cordobazo”. Firmaban el acta los profesores Maria Teresa Andruetto, Francisco Ighina y Gustavo Bustillo. Pasado el obligado intercambio de cortesías con los organizadores, ofrecí mi colaboración *ad honorem* para el diseño y corrección del libro. Tema este que me pone los pelos de punta al llegar a la instancia de la edición. Para mi extrañeza, no hubo respuesta. Cursado un par de correos para retomar la cuestión, silencio de radio. Por lo cual —ya algo preocupado— rastreo el mail de Teresa Andruetto y la pongo al tanto de la cosa. Ella tuvo la deferencia de responder de inmediato, dándome las señas de Luis Díaz —secretario gremial— y pasándole un correo del cual me hizo llegar copia. Luis me dio seguridades acerca de la edición.

Se hizo cargo de la misma la Facultad de Humanidades de la Universidad de Córdoba.

Es un libro entrañable, por su intención y contenido. Aunque se incurre en deslices innecesarios, como el retipeo (con errata) de textos previamente digitalizados y corregidos por (algunos) autores. Igualmente un libro muy querible y de profunda carga emocional.



Al llegar la sombra

Grimaldo Ezcurra

Echeverría, Gregorio

Rojas – Buenos Aires

Parecía que la historia estaba pasando junto a nosotros y nos acariciaba suavemente como la brisa fresca del río

Raúl Scalabrini Ortiz

El hombre se da cuenta un atardecer de que los ruidos de adentro empiezan a pesar más que los ruidos de afuera. El galope de su sangre en las arterias, que alguna vez parecieran haberse agotado acosadas por los golpes y la mordedura de los perros. Ese cosquilleo de los pensamientos queriendo saltar barrancos y zanjones para largarse cielo arriba más arriba de la copa de los más altos edificios, más arriba incluso de la cresta lejana de sus sierras. El borboteo de las tripas cuando se cansan de dilatarse y contraerse en el vacío y el cuerpo al fin percibe que incluso el dolor, la sed y el hambre –hasta el mismo miedo– son conceptos carentes de sentido. Un ronroneo a veces suave a veces torvo al fondo del oído que una noche tropezará con un par de borceguíes empecinados y más tarde contra el pavimento mugroso de una celda. No queda ya un pie o cadera, un omóplato, una rodilla que no crujan con esa pena triste que dejan las heridas cuando van cicatrizando para hacer lugar a otros dolores y más golpes. Claro, hay otras que jamás han de cerrarse porque no se sabe de medicina ni de

Al llegar la sombra

Parecía que la historia estaba pasando junto a nosotros
y nos acariciaba suavemente como la brisa fresca del río.

Raúl Scalabrini Ortiz

El hombre se da cuenta un atardecer de que los ruidos de adentro empiezan a pesar más que los ruidos de afuera. El galope de su sangre en las arterias que alguna vez parecieran haberse agotado acosadas por los golpes y la mordedura de los perros. Ese cosquilleo de los pensamientos queriendo saltar barrancos y zanjones para largarse cielo arriba más arriba de la copa de los más altos edificios, más arriba incluso de la cresta lejana de sus sierras. El borboteo de las tripas cuando se cansan de dilatarse y contraerse en el vacío y el cuerpo al fin percibe que incluso el dolor, la sed y el hambre —hasta el mismo miedo— son conceptos carentes de sentido. Un ronroneo a veces suave a veces torvo al fondo del oído que una noche tropezara con un par de borceguíes empecinados y más tarde contra el pavimento mugroso de una celda. No queda ya un pie o cadera, un omóplato, una rodilla que no crujan con esa pena triste que dejan las heridas cuando van cicatrizando para hacer lugar a otros dolores y más golpes. Claro, hay otras que jamás han de cerrarse porque no se sabe de medicina ni de emplastos que curen las ausencias.

La ausencia es un tatuaje sin anestesia pegado a la piel como un augurio ácido que corroe la vigilia y exaspera los recovecos de la quietud y el sueño.

Santiago [13]… Hilda [14]… Juan José [15]… Ramón [16]… Máximo [17]… los primeros que se fueron, las primeras presas de los colmillos y los palos. Hace pocos meses el pibe de Raimundo [18].

Derecho y corajudo el tano, aunque no siempre estuvieran de acuerdo en los detalles. Los perros no perdonan, las dentaduras y los cascos siempre al acecho de esa sangre que se prodiga en grito y en abrazo a despecho de las tanquetas y las balas.

Los despedazaron antes de que del fondo de la tierra brotara el fuego y en cada bocacalle de la ciudad ocupada por los perros crecieran las barricadas y el sol de las fogatas. Antes de que la noche se encendiera en astillas de protesta por la presencia de los candados y las botas. No queremos alambradas, no queremos celadores, no queremos tenazas que nos desalienten ni alicates que nos muerdan ni verdugos que nos destrocen las ilusiones y los sueños. Entre el humo crecían las carcajadas de los perros y el escarnio de los bastones y las botas. Botas y bastones que ahora mismo acorralan a la viuda que ya ni siquiera cuenta

---

[13] Santiago Pampillón, obrero estudiante asesinado por la policía de Córdoba en 1966 durante la dictadura de Juan Carlos Onganía.

[14] El 12 de enero de 1967, la represión a los obreros de los ingenios azucareros tucumanos Santa Lucía y Bella Vista deja como saldo la muerte de Hilda Guerrero de Molina.

[15] El 15 de marzo de 1968 el estudiante de medicina Juan José Cabral es asesinado por balas policiales durante una manifestación contra la privatización del Comedor Estudiantil de la ciudad de Corrientes.

[16] El 17 de mayo de 1968 en la ciudad de Rosario se efectúan actos y una gran marcha. En la Galería Melipal es baleado en la cabeza Adolfo Ramón Bello, estudiante de 22 años.

[17] El 29 de mayo 1969, en la esquina de Blas y Boulevard San Juan, cae herido de muerte el obrero mecánico Máximo Mena de 27 años.

[18] Raimundo Ongaro.

con el prestigio del destierro ni con las manos del general para detener los golpes.

El hombre recupera retazos de su infancia en el pueblito al sur de la provincia, la voz acusadora de la Berta Singerman desparramándose junto con el humo de la cocina económíca desde una broadcasting de Buenos Aires. Botas… botas… botas… las circunstancias son otras pero los perros siempre son los mismos. Botas… botas… botas… En la cabeza del hombre atormentado por la fiebre y acosado por los recuerdos se mezclan lo vivido con lo imaginado y lo que ha visto con todo lo que le contaron los compañeros, hasta confunde ya las mentiras de los grandes diarios con las verdades garabateadas en las paredes y en volantes pegoteados por la tinta grasienta de los mimeógrafos. Palabras escritas con la sangre de los grasitas que amaba Evita eternamente odiada por las señoras gordas y los perros. Cosa de locos cómo todo se junta en la cabeza a la hora de la fiebre y uno empieza a sacar cuentas de todo lo hecho y de lo tanto por hacer. Saber sin ir más lejos que en la clandestinidad ni siquiera podés llegar a un hospital y te vas a morir así tan antes de tu hora, nada más porque los perros vigilan los dispensarios y las salas de guardia y los hijos de puta te la tienen jurada. Porque arenaron los frentes de Clínicas pero aunque arenaran toda la ciudad no podrían borrar las pintadas y las consignas que quedaron grabadas en cada vereda, en cada adoquín, en cada ochava. Al fin de cuentas tendrían que arenar el país para borrar todas las huellas. Y ni aun así.

Muchas memorias y desmemorias le trae la fiebre al hombre, algunas tal vez producto de la misma enfermedad que se lo está llevando al amparo de su desamparo, ya se sabe que la muerte no da ventajas a nadie ni desdeña lo que las circunstan-

cias o los perros le sirven en bandeja. Por la cabeza del hombre desfilan escenas raramente realistas, hasta el calor del fuego y la humareda de las quemazones le cosquillea en la garganta, mezclados con el olor de las matas de poleo y peperina de su pueblito allá en las sierras y los montoncitos de bosta de burro. Las madrugadas largas en el sindicato, las primeras manifestaciones por las calles, las agarradas con los gendarmes, los enfrentamientos con la cobardía y la traición dentro de las propias filas, las pintadas, las corridas, las noches de calabozo en comisarías de barrio, más tarde las alcaidías y varios establecimientos penitenciarios malos o peores, al final La Pampa y después Rawson, donde emparedados en celdas individuales debieran padecer la noticia de los fusilamientos de Trelew, gritando entre el dolor y la bronca el nombre de cada uno de los mártires.

Entre uno y otro episodio el hombre recupera sus rostros y voces más queridos, los que están y los que ya partieron, los que sueñan con el mañana venturoso y los que ya no han de verlo. De repente los siente a todos a su alrededor, familia y compañeros. Si a fin de cuentas la gente del sindicato han sido su gran familia, apretujados en cada movida, en cada decisión, en cada enfrentamiento. Sostenidos en el abrazo solidario en las buenas y en las malas. Muchas malas y pocas buenas por cierto. Uno por uno, cara a cara, reviviendo, desmenuzando y saboreando gestos y palabras como una despedida.

Y la consigna escueta, algunos a voz vibrante, otros apenas un murmullo… ¡Hasta la victoria siempre…! ▮

Inefable Mœbius

- Accésit Premio Internacional Julio Cortázar de Relato Breve 2009 / Universidad de La Laguna / Santa Cruz de Tenerife, España.
- Integra el libro *XII Premio Internacional Julio Cortázar de Relato breve* 2009 / Vicerrectorado de Relaciones Universidad y Sociedad, ISBN: 978-84-608-0996-8; 76 pág.
- Incluido en el volumen *Mala estrella*, Auditgraf Ediciones 2013 ISBN 978-987-33-4088-8 pág. 299.

Un premio prolijo, manejado con amabilidad por Beatriz Martin, desde el vicerrectorado de la Universidad de La Laguna. Que no se encuentra lejos de San Miguel de Abona, pero entre Beatriz y el señor Alcalde de marras, va un tranco como de acá a la luna. Y un libro impecable por todo concepto.

Como miscelánea, anoto un hecho que me da vueltas en la cabeza desde hace unos tres o cuatro años. En pleno debate público de la Ley de Servicios Audiovisuales, tuve oportunidad de exponer en diversos ámbitos algunos puntos de vista sobre la cuestión. Uno de los escenarios a los cuales fui invitado es la filial suburbana de un Banco de Crédito Cooperativo. Al cerrar el ciclo de charlas, le dejé al gerente un par de ejemplares de este libro de la Universidad de La Laguna y una docena de copias del texto de marras, para que los distribuyera entre el personal. Atendiendo a lo mucho que tenían en común ese espacio laboral y mi relato. Pensando en que era el lugar y el momento adecuado para poner en práctica esa dialéctica entre el autor y el lector de la que tanto me venían hablando algunos amigos. Pues bien, al tiempo el gerente fue asignado a otra sucursal. Pero ni antes ni después —docenas de visitas a esta filial de por medio— hubo una sola persona que me hablara del asunto.
Ignoro si se trata de un acto de censura gerencial o un episodio de mala consciencia colectiva. Lo juro.



ULL
Universidad de La Laguna

Accésit

XII PREMIO INTERNACIONAL
JULIO CORTAZAR DE RELATO BREVE

Otorgado a

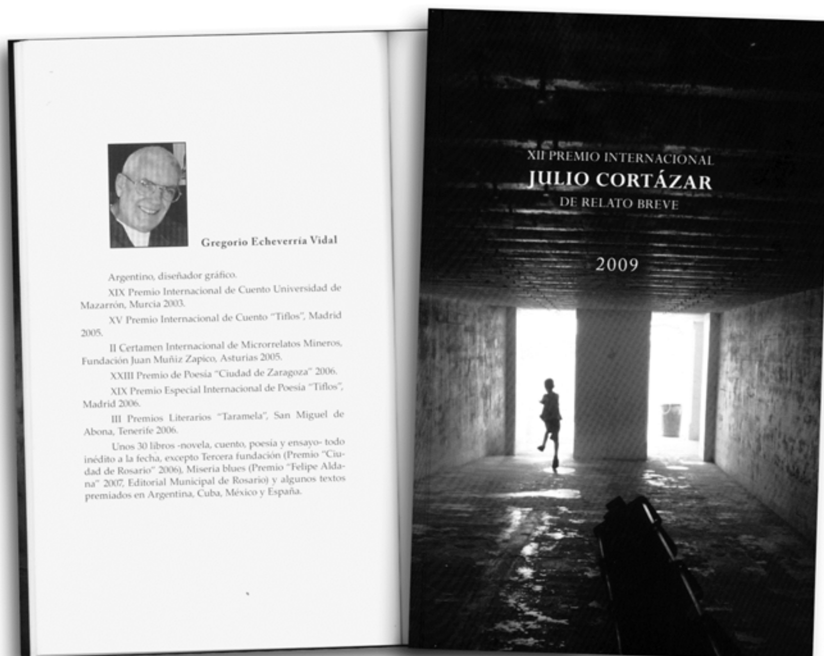
D. Gregorio Echeverría Vidal

por su obra titulada *INEFABLE MOEBIUS*

La Laguna, 12 de diciembre de 2009

Rector

Dña. María Gracia Rodríguez Brito
Vicerrectora de Relaciones Universidad y Sociedad



Gregorio Echeverría Vidal

Argentino, diseñador gráfico.

XIX Premio Internacional de Cuento Universidad de Mazarrón, Murcia 2003.

XV Premio Internacional de Cuento "Tiflos", Madrid 2005.

II Certamen Internacional de Microrrelatos Mineros, Fundación Juan Muñiz Zapico, Asturias 2005.

XXIII Premio de Poesía "Ciudad de Zaragoza" 2006.

XIX Premio Especial Internacional de Poesía "Tiflos", Madrid 2006.

III Premios Literarios "Taramela", San Miguel de Abona, Tenerife 2006.

Unos 30 libros -novela, cuento, poesía y ensayo- todo inédito a la fecha, excepto Tercera fundación (Premio "Ciudad de Rosario" 2006), Miseria blues (Premio "Felipe Aldana" 2007, Editorial Municipal de Rosario) y algunos textos premiados en Argentina, Cuba, México y España.

XII PREMIO INTERNACIONAL
JULIO CORTÁZAR
DE RELATO BREVE

2009

Inefable Mœbius

Otro día de puta madre apurado por el gerente de central que se quiere ganar galones a costa de la tropa y los cabrones que patean la puerta cuando el cajero automático les niega una extracción además un poli y dos operadores con parte de enfermos más la hinchapelotas de mi legítima llamándome por cualquier boludez al celular sabiendo que no debe hacerlo a menos que se le esté quemando el depto o mejor dicho ni así porque lo que tiene que hacer es llamar a los bomberos y al seguro. No me alcanza la mañana para digerir las disposiciones nuestras de cada día que inventan los inservibles del nación y el provincia ayudados por el infeliz de rentas que también se quiere ganar sus cocardas a nuestras expensas y hablando de expensas se me inflaman las yugulares al acordarme de la nota del presidente del consorcio recomendando aceptar la propuesta del administrador que pretende llevar a mil ochocientos las expensas de los departamentos que dan a la calle y a mil doscientos los contrafrentes. Tampoco puedo descuidar el frente interno con tres hijos de puta que se desviven por serrucharme el piso como si una gerencia de sucursal fuera una banca de senador nacional qué senador se matan entre ellos como si se tratara de la suprema corte. Me tengo que ocupar de mantenerlos equilibrados dando esperanzas a uno y a otro sin pisar el palito porque uno de los otros es una otra y la yegua sabe que además de todas las mañas de los guachos cuenta con su fama de buena cama y no desperdicia ocasión de encerrarse conmigo cuando le toca acompañarme a controlar las cajas del subsuelo. Me salvan los ansiolíticos y algún antidepresivo livianito pero este laburo es insalubre y me enfer-

ma pensar que me paso ocho horas encerrado en esta jaula soportando todas las quejas y todas las presiones de todos lados como si fuera una marmicoc aparte del peligro de los boqueteros o peor aún los herederos de Butch Cassidy que les da lo mismo volar una caja que meterle un misil al Corolla con vos adentro y todo para bancar una fortuna por mes en cuotas y expensas y personal de servicio y la gente de seguridad y la guardería del corcho y un tiempo compartido que lo usan nada más mi mujer y los amigos de mi cuñado. Los cartoneros viven más felices esto lo estoy pensando desde hace rato tanto que algunas noches vengo soñando que soy un cartonero y son las noches que mejor duermo y me levanto fresco como una lechuguita. Anoche por ejemplo me acosté temprano y me dormí en la mitad de una de espionaje aprovechando que ella está en el country de unos amigos y fue fantástico porque ahí nomás estaba yo saliendo de una casilla maltrecha en medio de la villa 31 antes del amanecer porque eso sí uno se trae a casa diez o quince pesos todos los días pero tenés que romperte el culo empujando el carrito cuidando que no te afanen los colegas o la cana se te quede con la diaria cuando volvés para tu casa y las cosas son así acá nadie te da pescado y ni siquiera te enseñan a pescar lo que es yo no sabía más que llenar planillas y un poco la compu cuando vino la malaria y me rajaron del laburo porque todo se achicaba decí que ella se rebuscaba con sus clases pero al final se amontonaron las cuotas y el banco terminó quedándose con el departamento y nosotros en la calle y nadie se imagina lo que es quedarte sin un techo de la noche a la mañana pero estás en la vía y se te acaban las reservas y vas viendo que lo único que aumenta son las colas de gente como vos que se quedó colgada y al centésimo intento entendiste que esto ya no es para vos porque el

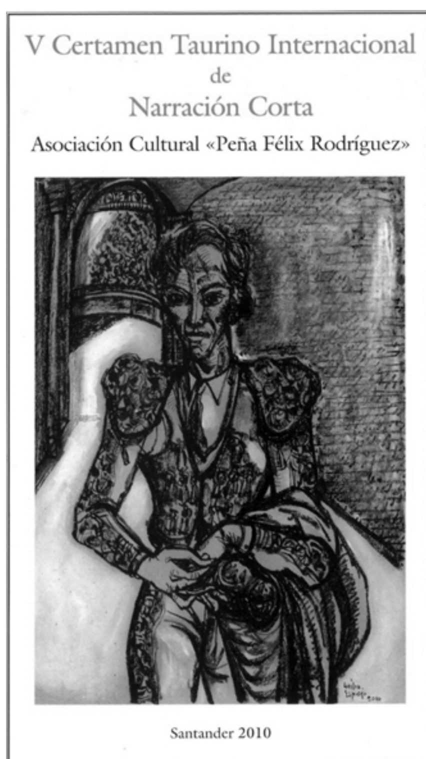
laburo de un tipo de cuarenta lo hace un chico de veinte y hasta en las agencias te empiezan a mirar con mala cara cuando te ven dos días seguidos más los chabones en la cola atrás tuyo que te hacen la sicológica que esto ya no es para vos para sacarte del medio por las dudas y qué querés alguien te empuja un cacho y te dice si tuvieras un carrito te animarías si no te puedo conseguir y después arreglamos y acá me ves cirujeando con las manos metidas en los tachos de basura y en el desparramo de las bolsas minga de guantes ni minga de condiciones de higiene que esos lujos ya no corren porque no hay alternativa o le das para adelante o espichás como un can o peor porque después que te comieron los piojos si crepás en la calle te despedazan en la morgue y tu jermu minga de pensión ni de seguro lo único seguro es agarrar al primero que le diga pobre mujer yo la voy a ayudar sáquese la ropa y sonría a ver si sirve aunque me parece que no sirve pero le tengo lástima y la quiero ayudar nada más porque tengo la desgracia de ser una persona de buen corazón señora y yo me pongo en su lugar pero sáquese la ropa y abra bien esa boca ya que hay muchas otras esperando. Y sí agarré viaje porque el quía puso el carro y se llevaba la mitad de la diaria no es para mí no vayas a creer es para los muchachos aunque nunca me dijo de dónde eran los muchachos creo que de acá mojan algunos concejales y la cana pero hay un cachito para el compañero secretario y claro entonces no llegaba ni con diez mangos al fin del día pero agarré a un pipiolo descuidado y le limpié el carrito. Ahora como cuentapropista la cosa cambia y te ponés las pilas para subir primero en el tren cartonero y bajar antes que los otros y salir a inventar los mejores recorridos listo para fajar al que te joda porque un lugar en el mundo no te lo regala nadie no te vayas a creer y cada uno se defiende con las

uñas que tiene y en una de esas armás una cooperativa y los otros terminan laburando para vos. Te juro que algunas noches no agarro el sueño pensando que uno es medio cretino y no escarmienta porque me parece que estas cosas ya me habían pasado alguna vez pero uno sueña tantas cosas que ni siquiera sabés lo que es verdad y dónde te estás haciendo la croqueta pero nada del otro mundo no vayas a creer casi siempre en cuanto empecé a roncar me veo en la oficina otra vez bien empilchado arrancando otro día de puta madre apurado por el gerente de central que se quiere ganar galones a costa de la tropa y los cabrones que patean la puerta cuando el cajero automático les niega una extracción además un poli y dos operadores con parte de enfermos más la hinchapelotas de mi legítima llamándome por cualquier boludez al celular y eso que sabe que no debe hacerlo a menos que se le esté quemando el depto o mejor dicho ni así porque lo que tiene que hacer es llamar a los bomberos y al seguro.

Herbolario está triste

- Accésit V Certamen Internacional de Cuento “Asociación Taurina Félix Rodríguez” 2010.
- Integra el volumen *V Certamen Taurino Internacional de Narración Corta* / Asociación Cultural “Peña Félix Rodríguez”, Santander 2010; ISBN: 978-84-012 34-5-67; pág. 67.

“El texto premiado este año es un juego de intertextualidad con un guión de Salvador Díaz Sánchez para su videodocumental *Carmelo, Silverio y Nacho* editado en México en 2009. Repasa las peripecias de los tres hermanos Pérez, desde el doble punto de vista de Ignacio (Nacho) y Herbolario, el toro con el que ha de lidiar. Todo a su vez proyectado en el trasfondo de los mitos del Laberinto de Creta y el Minotauro.” [gacetilla Biblioteca Popular López Camelo].





Ricardo Rojas, 16 de abril 2010

Gregorio Echeverría premiado en Santander

La Asociación Cultural "Peña Taurina Félix Rodríguez" de Santander otorga el accésit de su V Premio Internacional de Relato corto a la obra *Herbolario está triste*.

Acaba de darse a conocer en los medios literarios españoles que la obra *Herbolario está triste*, presentada por nuestro asociado bajo el seudónimo de Gualterio Expósito, ha sido galardonada con un accésit, siendo destacada por el Jurado como "un relato bien urdido de larga imaginación".

Cabe señalar que el autor no adhiere a la práctica taurina, si bien reconoce su profunda raigambre en la cultura hispánica y sus antiguas raices mitológicas.

La tauromaquia está presente a flor de piel en toda la obra de Miguel Hernández y Federico García Lorca, por citar solo dos autores cumbre.

Su práctica -bajo diversas regulaciones- sobrevive en buena parte de Hispanoamérica, siendo hoy Ecuador y México sus abanderados. También se practica, con un protocolo más rural, en casi toda la Alta California.

GE había sido ya distinguido con un accésit en la convocatoria del I Certamen 2006, por el relato *Como una penitencia*, enviado bajo el seudónimo Grimaldo Ezcurra. Historia que se desarrolla precisamente en la periferia nororiental de San Francisco.

El texto premiado este año es un juego de intertextualidad con un guión de Salvador Díaz Sánchez para su videodocumental *Carmelo, Silverio y Nacho* editado en 2009.

Repasa las peripecias de los tres hermanos Pérez, desde el doble punto de vista de Ignacio (Nacho) y Herbolario, el toro con el que ha de lidiar. Todo a su vez proyectado en el trasfondo de los mitos del Laberinto de Creta y el Minotauro.

Los textos premiados serán editados, como en oportunidades anteriores, por la misma institución convocante. ▮

Silvia Noemí Loyola
Presidenta

FAVOR DE DIFUNDIR

Herbolario está triste

> Una de esas tardes en "El Toreo", Ignacio toreó un novillo con la nobleza de un alazán: "Herbolario". El astado embestía con la aristócrata parsimonia de un hidalgo. Con este noble, Nacho exhibió, mandón, la plasticidad del aguante, la potencia de su temple, la elegancia en su quietud, que en nada desmerecían de la maestría de sus fraternos. Fue su consagración como novillero. No dejaba lugar a dudas sobre su oficio de juglar taurino. Era un torero de cartel.
>
> Salvador Díaz Sánchez; *Carmelo, Silverio y Nacho.*

En alguna página remota del gran libro estaría la anotación. Acaso sin mayores detalles, apenas una línea o dos, recordatoria de la fecha y el lugar. Y un par de nombres; el de él y el mío. Es decir ya éramos, antes de ver la luz. Y habremos de seguir siendo, después de atravesar el último umbral, yo y él.

Ambos así de sencillos, de origen humilde pero con sangre de ángeles los dos. Él de una familia de Pentecostés que la miseria forzara a abandonar sus lares texcocanos para tentar suerte por los arrabales de la capital. Yo habituado al abrigo de los corrales y a la vastedad de la dehesa que a mis ojos inocentes se me figuraba extenderse hasta el fin del mundo. Él habituado a su pesar al tufo y al hollín de factorías y basurales al desgaire. Y a los alrededores de la miseria y el desamparo que acampan su desespero cerca del rastro de Tacubaya. Yo embriagado por el perfume de los manzanillos y hasta un dejo de algas y de iodo que la brisa traía en su talego desde el golfo.

Algo correría de seguro de sangre noble en nuestras venas —las suyas y las mías— porque si no habría que explicar conductas inexplicables. En ambos, vaya.

Fuimos once hermanos, aunque nunca llegamos a tiempo para el gran retrato familiar, porque unos morían mientras otros estaban todavía por nacer. Alguien dijo que por nuestras venas corría sangre enferma. Y ha de ser, aunque padre murió en un accidente en la carretera —ahí cerquita del poblado— sin llegarlo a conocer al Alberto, el xocoyote de la tribu, que viviría con su corazoncito pendiente de un hilo que de todos modos habría de cortarse antes de cumplir los treinta. Subsistíamos —ya instalados en Colonia Doctores, cerca del rastro de Tacubaya— de lo que rendían las ventas en la barbacoa eternamente al rojo. Allí se echaban el espinazo y la panza del borrego y se concentraba el consomé. Armando, el mayorcito, era quien acudía a los corrales en busca de los animales y habría de ser el primero en enredarse con los trastos, con monigotes al principio y al tiempo con novillos y toretes de variada calaña.

De mi vida en cambio poco hay que contar. Henchir mis pulmones con el aire rumoroso de tréboles y pastizal, apenas despuntar los primeros resplandores del alba. Corretear por la dehesa con la sangre revuelta por el olor a hembra al abandonar la infancia. Sin celadores ni maestros, qué va. Nada más la pura fuerza del instinto y la alegría de retozar al sol en las siestas de invierno, con los ojos entrecerrados y soñando con espantar a las bandadas de cotorras que perturbaban mi descanso o con las ancas fabulosas en que llegado el momento habría de hincar mi badajo hasta el gemido que sobrevolara la dehesa esparciendo mis alaridos de contento y de triunfo. Sabiendo apenas (o sin quererlo saber) de aquellos romances pastoriles con los cuales jugaban mis ganas y mis sueños. *Como el toro, te sigo y te persigo… como el toro…*

Pues se cambió Armando el nombre para no alarmar a madre, mal repuesta la pobre de los golpes aunados de las orfandades y la viudez. Quedábamos cuatro de los once. Bajo el disfraz de aquel nombre que para nada lo disfrazaba, pasó del rastro de Tacubaya —de lidiar zebúes y toretes— a la plaza Merced Gómez en Mixcoac, donde su modo de arrimarse le ganaron las primeras cosechas de gloria y renombre y sus primeros amores a lo grande. En unos meses aquel tentadero no daba ya para albergar la muchedumbre de seguidores. El Torero que mete miedo, así lo apodaba la pandilla toreril. La siguiente etapa fueron los tendidos de El Toreo de La Condesa, donde la afición continúa rindiéndole honores. Jugaba a la vez con los astados, con los espectadores y con la muerte. Pero en una tarde de noviembre —con los veintiuno recién cumplidos— apenas iniciada la faena, remataba su tercer natural cuando Mechín le cogió por sorpresa y lo embistió con su más de media tonelada. Zarandejándolo como un pingajo, le infiere seis marfilazos de muerte. No inmediata, porque su espíritu (y los cirujanos) le sostuvieron como para seis corridas unos meses más tarde y luego a España, donde el frío del invierno toledano se ocuparía de quitar el postrer hálito de aquel cuerpo que apenas tenía ya pulmones ni costillas. Allá dio hermano su último paseíllo hacia la noche. Otra vez la dama del sayal oscuro segando una gavilla que bien magra se veía tras la desaparición de la cabeza y siete de sus ramas. Otra vez el llanto y los entierros y los lutos. Otra vez la procesión de beatas y en general todo el vecindario persignándose al pasar frente a nuestra puerta. Y otra vez madre contando y recontando con usura el diezmado rebaño, cuando al bajar las sombras íbamos cayendo cabizbajos al redil.

Aquellos hierros calientes marcaron el final de mi infancia y me apartaron para siempre de mi madre y del resto de la vacada. Luego alguien me metió en una corraleta y me empujó frente a un caballo, una y otra vez. El hombre que lo montaba me azuzaba con una pica herrada. No era un dolor intenso, pero aquel primer rejoneo me revolvió la sangre y supe que para mí ya no habría paz a menos que desmontara a ese hombre. Aprendí a empujar a los caballos, una y otra vez. Con todo el ímpetu de mis riñones. Una y otra vez sentí el picor del hierro hasta que otro jinete a quien todos obedecían indicó que me agregaran a la torada. En esa parte de la dehesa ya no tuve nunca olor a hembra a mi alrededor. Nada más en sueños. El mandón de a caballo había agregado que yo sería un buen novillo placero. No pude entender a qué se refería. Cuando lograra desatar ese nudo ya sería demasiado tarde.

Apenas regresados de España los restos de Carmelo, el demonio familiar reapareció en Silverio. Madre estaba ya resignada a su cruz. Y no cejó de darle su bendición al partir para las faenas, como se la diera siempre a Carmelo, comiéndose la angustia y sus presentimientos. Silverio era siete años menor, conque no pasaba los dieciseis cuando se plantó ante su primer novillo. Lidiaba con un estilo aplomado —modesto— bien distinto al de la escuelas de Ronda y de Sevilla. Pero seducía por su serena displicencia y su postura escultural, casi inmóvil, en la cita, el pase y la salida. Era evidente su voluntad de dar continuidad a la dinastía iniciada por el hermano ido. Él conoce como nadie el perfume del peligro y el sabor de la gloria. El mismísimo don Agustín Lara se rindió a su magia, escribiendo su nombre en un pasodoble para la posteridad.

Mirando torear a Silverio
Me ha salido de muy dentro
Lo gitano de un cantar.
Con la garganta sequita
Muy sequita la garganta
Seca de tanto gritar.
Silverio
Silverio Pérez
Diamante del redondel
Tormento de las mujeres
A ver quién puede con él.
Silverio
Torero estrella
El príncipe milagro
De la fiesta más bella.
Carmelo que está en el cielo
Se asoma a verte torear.
Monarca
Del trincherazo
Torero torerazo
Azteca y español.
Silverio
cuando toreas
No cambio por un trono
Mi barrera de sol.

Ahí habla también de Carmelo, no lo nombra Armando, no. Todo el mundo conocía la historia de los Pérez Gutiérrez, fueron muchos, muchos años en los bureles, uno u otro de nuestra familia. Para honra de Pentecostés. De nuestros vecinos de Chiautla y de Papalotla y de Texopa. Y de todita nuestra tierra texcocana, qué vainas.

Conque aquella tarde nos vimos las caras frente a frente, aunque ya nos conocíamos. La vida es un enredo, un dar vueltas en redondo a ciegas, sin percatarse uno de que anda y desanda a fuerza de sangre y de sudores, recorriéndolo porfiadamente, una vez y otra vez, un mismo redondel. *Tanto penar para morirse uno*. Bien lo sabía aquel andaluz galano desde mucho antes de toparse con la muerte, mucho antes de que las campanadas le marcaran el último minuto. Una memoria oscura se revuelve en el fondo de mi sangre, apurando mi andar a lo largo de un pedregal interminable encerrado por paredes de roca calcárea que me cierran el paso una y otra vez, hasta encontrarme al caer la tarde en el preciso centro de donde partiera con las primeras luces del día. El silencio y la fatalidad han de impulsarme a un sueño fatigoso, para retomar al alba un nuevo intento y otro y muchos otros, hasta que llegue el día en que un hombre de mi talla y mi coraje hunda sin que le tiemble la mano una espada afilada en medio de mi cruz, para romper el sortilegio que me tiene atado a esta cueva en una isla perdida en el pozo del tiempo. Algunas mañanas el aire me trae un olor a mar y algas y la brisa del golfo acaricia mi cabeza y cada pliegue de mi piel y me acomete una nostalgia áspera de mi madre y de la dehesa. Otros atardeceres me enloquece un tufo oscuro de sangres derramadas y de muerte.

Ha llegado al fin el día, hermano. Ha llegado el momento, padre. Aunque aquel carro te cortara de nuestra vida como ya la muerte cortara el aliento a varios de tus hijos. Y no estarás, Carmelo, para darme coraje con tus ojos que no sabían sino de pesadumbre y soledades, porque hasta en medio de los claveles y los olés tu mirada recorría los bureles con el presentimiento sombrío de que la muerte te acechaba. Ni tú, Silverio, amado y

vitoreado en las arenas españolas, a la espera resignada de la reina que ha de echar tu último trofeo en medio de la arena. Ay de ti, madre, porque aún te quedan lágrimas y tu llanto ha de correr una y otra noche por sobre los tejados texcocanos y más luto se cierne sobre el mismito corazón del rastro de Tacubaya. Tres tardes llevo visitando el chiquero y tres tardes contemplando ese torete de mirada húmeda se me puso delante de mi vista la sombra de Mechín, aquel bruto que a puro marfilazo hizo añicos las costillas, los pulmones y el futuro espléndido de hermano. Este en cambio nada promete, nada dice. Nomás me mira como lamentando la incomunicación que nos separa y el oscuro designio que nos une. Herbolario tiene una mirada profunda y calma, que parece que a uno le atravesara el alma. Sabrá Dios qué revueltos presagios relampaguean de tanto en tanto a través de esos ojazos tiernos, qué visiones que procura apartar sacudiendo el rabo con ese gesto al mismo tiempo voluntarioso y contrariado.

Hasta mi sueño llega un alarido de multitudes, crecido sobre las sombras de estas galerías de piedra. Tontamente pienso que ha llegado el mensajero de mi libertad y mi cuerpo se yergue con presteza, no muy seguro si las voces de mi sueño son estas mismas voces o aquellas han echado raíces entre los pedregales de la isla. Estos gritos huelen a sangre, es posible que al fin haya llegado mi redentor, con quien tantas noches tropecé dentro de mi sueño. No atino a darme cuenta si el barco de velas negras pertenece a mis días o a mis noches. Dos veces lo he visto acercarse al muelle de piedra frente a la explanada, de espaldas al agua. El olor de la brisa del golfo se mezcla con el tufo de la sangre, aunque ignoro si pienso en una sangre nueva o es la sangre de los que han dejado sus huesos en los recodos más oscuros de estas galerías.

Es él, reconozco la cabeza noble y el torso endurecido en mil combates, huelo el bronce bruñido de su espada y el sudor de sus sandalias. Viene hacia mí sin prisa, venteándome en cada recodo, adivinándome al fondo de cada galería. Ha llegado al fin el día de mi libertad o de mi muerte. Acaso sean ambas una misma cosa, dos sendas que se encuentran en el final.

Ya nada importa. Ni las historias ni los lutos. Esta isla extranjera devora cada nueve años nueve mozos y nueve doncellas que son hermanos y primos nuestros. Duro precio que habremos de seguir oblando en tanto un brazo fuerte no se ponga delante de ese toro. Una voz ha dicho en sueños que ha de ser mi brazo el que empuñe la espada y debo creer en esa voz porque es en el sueño que los dioses hablan a los hombres. La tripulación ha de permanecer a bordo, dispuesta a izar velas en cuanto acabe la faena, con el trofeo o con mi cadáver según sea la suerte que me espera dentro de esas tenebrosas galerías de piedra. Ya dejo el mar a mis espaldas y avanzo en medio de las sombras y un profundo olor a muerte. He de tropezar una y otra vez con los despojos de otras víctimas que acudieron desarmadas al encuentro de su destino. El mío no ha de ser entregarme sino dar batalla al cavicornio que ha sembrado llanto y luto sobre dos generaciones de atenienses que eran orgullo de nuestra polis. La misma Pallas ha forjado mi espada y ajustado a mi cuerpo los pectorales y las grebas. Eché al mar al embarcar veinte puñados de grano y una crátera del vino consagrado a nuestros dioses. He guardado la continencia y el ayuno, limpio y dispuesto me presento a ejecutar su designio, sé que cualquiera sea mi suerte, Atenas ha de guardar memoria imperecedera de mi hazaña. Sal a mi encuentro, toro, si te atreves.

Con su licencia, madre. Por tu memoria, hermano. Por tu fama bien ganada, Silverio. Los alguaciles ya regresan para encabezar el paseíllo. Llevo una cuadrilla que ya la envidiara Armillita y el tendido se desvive en estribillos y revuelo de pañuelos. Parece que esta ha de ser mi tarde, hermano. Que todos digan y cuenten por ahí que han visto al hermano de mi hermano enlazarse con el toro y con la muerte en un abrazo que ha de dejar a las gradas sin aliento. A mitad del primer tercio me ha clavado su mirada. No sé si era dolor por las puyas, pero me pareció una mirada más honda que la de un morro dolorido. Hubiera jurado que no fue mi cara la que vi reflejarse en los ojazos glaucos. Vi tu rostro en el fondo de esos ojos tristes, hermano. Y otra vez en mala hora acudió a mi memoria la estampa de aquel demonio de Mechín. Quedamos ahí el uno frente al otro, a menos de un brazo de distancia, sin movernos, como si el tiempo se hubiera detenido. Al fin le di salida por derechas y Herbolario marchó sin apuro arrimándose a las tablas. Nuestras miradas no habrían de volver a cruzarse. En el tercio de banderillas, acudió a todas las citas humillando con los ojos bajos. Y volvieron a mi memoria aquellos tres naturales de Carmelo, al cabo de los cuales Mechín lo había prendido con toda su furia. El resto de la faena se fue dando a ritmo lento, con esa pesadez que preludia la tormenta, cuando los nubarrones bajan lamiendo el horizonte y el cielo enrojece preludiando la luna de sangre. A una señal mía, el Curro Segura llevó al astado hacia los medios, para poder terminar nuestra historia en soledad. Desde allí Herbolario echó una mirada en redondo sobre todo el tendido y humillando se lanzó a la cita con toda la potencia de las decisiones irrevocables. En derechura a la espada, que le entró limpia a la altura de las agujas. Rozándome casi la pechera con el pitón izquierdo, de

tan ceñido que fuera el pase de la verdad, siguió su carrera hasta las tablas, donde se echó de manos sangrando a mares. Hice una seña al Breco para que abreviara la agonía de la bestia y en ese momento la plaza estallaba como un volcán de pasiones encontradas. Comprendí que muchos habían adivinado el silencioso duelo entre dos muertos.

Las fuerzas y la vida se me escapan a través de la garganta y por el sitio donde me entró la espada. Nada más percibo un nublado y el ulular de unas gentes que parecen celebrar un gran acontecimiento. Te tuve a mi alcance un par de veces, muchacho. Pero qué quieres, también a mí me pudieron los recuerdos, los tuyos, porque te vi en los ojos la mirada oscura de Mechín levantando a tu hermano entre sus cuernos. Mi carrera por la tuya, los atenienses ya llevan demasiadas vidas enterradas en las intrincadas galerías de esta isla extranjera. ■

La cara del tigre

[Volumen de cuentos]

- Primer Premio Municipal de Literatura “Luis José de Tejeda” 2010 / Municipalidad de Córdoba, Argentina. Volumen de cuarenta y seis relatos, editado con fecha de catalogación 13 de junio 2011 por Editorial de la Municipalidad de Córdoba. ISBN: 978-987-9129-50-0, 316 páginas 21x14 cm.

Debía formar parte del jurado Rodolfo Fogwill. Su fallecimiento el 21 de agosto de 2010 determinó la modificación de la terna, que quedó integrada por Daniel Link, Oscar Antonino Oviedo Funes y Elvio Eduardo Gandolfo. El acta del fallo lleva fecha lunes 29 de noviembre de 2010. Incluyo aquí el cuento que da su título al libro, que es mi tercer libro editado en papel. Quedan unos cuarenta en espera.



La cara del tigre

Hay mucho de mentira y de leyenda detrás de toda esta historia. Algunos echan a rodar la bola por el puro deleite de embobar a sus oyentes y tenerles un rato pendientes de dichos y descripciones que las más de las veces se pierden en una nebulosa de sandeces y aguardiente. Aunque es cierto que el aliento del maestro de ceremonias en cada ocasión puede apestar asimismo a tequila, pisco, cachaça o caña de la brava. Eso según de qué rincón de estos territorios se trate la cosa, que todito lo recorre y atormenta con sus tropelías el taimado bicho.

Tan dispar —disparatada casi le diría, hermano— es la cuestión, que en los campamentos petroleros y en los claros perdidos en medio de la yunga la peonada suele amanecerse con el pico calentito de discutir si es de veras un tigre o es el puro terror de los paisanos lo que los lleva a ver al animal que para ellos representa al mismo tiempo la astucia, la ferocidad y hasta cierto punto la belleza. Nadie debe asombrarse de esta incoherencia, porque yo mismo he visto en las procesiones del Santito o alrededor de una fogata para San Juan cholitas tufientas y chinas de crenchas aceitosas y renegridas suspirando por los modales brutales y la estampa bravía del desgraciado.

Otras tertulias, en cambio, se estiran al correr del amargo mientras mineros o arrieros entretienen la noche entre precisiones y supuestos. Cuando el alcohol afloja la lengua y las entendederas, se requiere paciencia y observación para desbrozar el fárrago de truculencias que saltan al ruedo. Porque es que nadie quiere quedarse atrás y pasar por opa en un asunto que todo el

mundo conoce y del cual hay testimonios que son un lujo de detalles. Pero repito que nada más difícil que ajustar tanta hojarasca a una versión más o menos aceptable. Se podrían llenar carillas y carillas e incluso gruesos volúmenes, sin hacer otra cosa sino revolver una olla que pareciera no tener fondo, en la que se cuece un guisado que ni siquiera tiene un color definido.

Y ni hablar de su contenido, hermano. Dislates y exageraciones como para volver loco a un doctor, mire lo que le digo. Porque ni los profesores ni los jueces han dado hasta hoy —que yo sepa— con la descripción del tigre. Y no digo de su filiación y demás datos de que necesita valerse la justicia para actuar, porque ahí sí que la cosa se pone peluda. Las contadas veces que un cristiano se dispone a dar un testimonio más o menos interesante, es como una maldición, vea. Hay quien se ha ahorcado solito en su celda en la soledad de la madrugada. Alguno ha ligado una bala perdida al entrar o salir de un juzgado o de la propia Corte. Y otritos mueren sencillamente echando espuma y sangre por la boca o se rompen la crisma al resbalar en los baños. Usted habrá escuchado como yo tantas historias al respecto.

Para colmo vio cómo son estas cosas. Basta que uno de estos tapes se decida a abrir la boca y de la noche a la mañana aparece en toditos los diarios y las revistas y en la televisión.

Y ahí amigo no hay ni secreto de sumario ni vainas que consigan mantener las cosas lejos de las orejas de la gente. Todo lo contrario. De repente se hacen famosos los parientes políticos y demás deudos del quía y hasta sus vecinos y los compañeros de la primaria. Todos saben algo. Todos vieron algo. Todos opinan. Todos quieren salir en una foto. Todos se pelean por que alguien les pida una declaración.

Siempre al final el broche de oro. ¿Querés saludar a alguien? Sí, claro. A mi compadre Graciano allá en Jachal. A la comadre Lorenza que vive en el Calamar. Yo le mando un abrazo a los estibadores de guano de Tumaco. Un saludo a los gallos del socavón oriental de Chuquicamata.

Y así que parece que no van terminar nunca con tanto saludo. Pero se sabe. En el pueblo o en el campamento la cosa corre como un reguero de pólvora. Que si no lo han visto al Casimiro en el Noticiero. Que si ahorita acabamos de verlo al caboclo en un canal de Bogotá. Que ese es el Bernardo que hombreaba con nosotros en puerto Piray. O miren al caballero Verijas dándose aires de testigo protegido el cabrón.

Son dos o tres días dele y dele con el tema. Después todos callan al mismo tiempo y a la semana nadie se acuerda ya del tigre. De tanto en tanto salta un paparazzo de esos que andan todo el santo día con la camarita al hombro y revienta la noticia de que al fin alguien consiguió sacarle una foto al tigre.

Pero es siempre al cuete hermano, cualquiera sabe que nadie puede sacarle una foto al tigre. Él mismo ha dicho tantas veces que sacarle una foto era lo mismo que darle una perdigonada en el medio mismo de la ca-beza, qué vaina. Y la verdad que ni el Púlizer ni el mismísimo Nobel le hubieran servido para algo al infeliz, porque el tigre esas sí que no las perdona.

Pero bueno todo el mundo conoce la historia y no quería hablarle de esa fotografía sino de que hasta ahorita nadie se ha puesto de acuerdo si el tigre es un tigre o no es un tigre.

Usted sabe cómo es la gente del campo de creer en estas cuestiones de aparecidos y fantasmas. Y los matones del tigre andan siempre de un lado para otro nada más hurgando y escarmentando a los bocones.

Porque al tigre lo ponen resfriado los curiosos, eso sí. Y los cabras se ocupan de sacarle a los campesinos tontos todas esas tonterías de la cabeza. Los pobres cumplen las órdenes del patrón y no tienen la culpa de que estos zopilotes sean tan ignorantes y metidos. Es claro que los matones no andan con un cartel a la espalda que diga que son los patovicas del patrón.

Pero la gente usted sabe tiene buen olfato y es nomás verlos aparecer por el pueblo o por un campamento y todos se persignan y no se escucha más que las quijadas masticando. Si es que haya algo para masticar. Si no habrá ronquidos y uno que otro estornudo pero del asunto ni se habla hasta que los compadres se desaparecen. No sin antes advertir de muy mal modo que cuidadito que alguien ande desparramando esas historias que todos saben de qué hablo, qué carajo. Que al tigre nadie se la hace y vive para disfrutarlo.

Aparte de no saber nadie a ciencia cierta si el tigre es de verdad un tigre, nadie tiene idea de sus años. Pero para mí que no ha de ser muy joven. Hay quien cuenta a media voz que ya andaba aprovisionando de aguardiente y rifles a los apaches y a los sioux en la época de la Confederación. Todo corre de boca en boca por cuenta de cada cual, porque lo que es ni diarios ni revistas confirmaron nunca su presencia en un lugar o en otro.

Bah, ni siquiera han hecho punta para confirmar su existencia. Pero también se habla de los negocios de las diligencias y los barcos y de la guerra del guano y de las guerras con el ferrocarril. Los negros haitianos temblaban solo de nombrarlo.

En realidad en todas las tierras de la compañía bananera alzar la voz y mirarle la cara al tigre eran una misma cosa. Acá en el sur su nombre era más temido que el boitatá en los sertones y en las picadas donde los siringueiros hacían sus paradas.

Yo nunca me puse a pensar en esta cosa del tigre, pero me parece que alguna enfermedad debe tener en la vista. No porque los que dicen que alguna vez lo vieron cuenten que anda siempre de anteojos negros. Sino porque donde más se aparece es en los túneles y en los socavones. Por donde haya galerías de mineral, ahí dicen que se aparece y deja el tendal a la hora que sea. En los pozos más hondos del estaño y en excavaciones a cielo abierto del cobre o el salitre o en los playones del guano se pega las corridas. Pero según parece le apetece siempre la oscuridad.

Los muertos aparecen a la semana o al mes o al año. O nunca. Despojos de huesos quebrados y harapos comidos a medias por los buitres y las ratas y los carroñeros. Casi siempre ya irreconocibles. A veces con un agujero inconfundible de remington. Pero generalmente es imposible saber si murieron de un bayonetazo, de un tiro o molidos a patadas. Y la verdad es que a quién le importa eso.

Hubo un momento en que una de las peores majadas de tigrillos corraleros se reunía alrededor de Mas Ferrer. La muchachada de La Habana le tenía más miedo que al mismo diablo. Pero no creo que él fuera el verdadero tigre, hermano. Manso no era para nada, no. Pero era me parece uno de los cabras importantes del tigre, nada más que eso. Apenitas un dado vuelta después de andar haciendo pata ancha con los republicanos.

Tampoco me parece que a aquel desgraciado de Walker le diera la talla, aunque no era de quedarse atrás a la hora de hacer achurías con los levantiscos y redomones. A ese sí que el tigre lo quería, según él solito se sabía alzar con las mejores tierras y las haciendas más arregladitas para regalo del patrón.

Los mejicanos suelen repetir medio a los tirones y escupiendo sangre, que el gringo filibustero se les alzó con todo California y una buena parte de Tejas antes de que le erraran por un pelo un buen par de carabinazos y se tuviera que mudar para las islas.

No se puede dar crédito a las bobadas de la gente, qué quiere que le diga. En todas partes se cuecen habas. Claro que en el momento llega uno de estos cabrones y arrasa con un pueblo entero o prende fuego a las plantaciones y a los cobertizos y entra a descuartizar cristianos a machetazo limpio y a dejarlos colgados en medio del monte y se corre la voz de que el tigre anda de recorrida. Pero para mí que el tigre ya no se mueve del cubil ni falta que le hace.

Esos son aprendices nada más. Les faltan dientes y muchas arrobas de músculo para ponerse a la altura. Y si los indios y los negros les temen y los respetan es de puro miedo nomás. Y porque tienen claro que el tigre se cobra siempre diez por cada una que le hagan.

Todos los inviernos hay algún abombado que entra a calentar el caldero en las plantaciones. Que si esto ya no es más negocio. Que si el jornal es una miseria y el tigre se lleva toda la tajada sin mover el culo. Y nunca falta por acá por Palkay o allá por la sabana abajo de Mérida quien le preste orejas y entren a dejar helar las plantitas en la peor época. Sabiendo como saben que la historia siempre acaba igual.

El tigre arregla al presidente. El presidente arregla a unos senadores. Y los senadores arreglan a los soldados. Cuando nos queremos acordar tenemos al ejército encima nuestro. Dos o tres semanas más tarde los soldados siguen camino y acá nos quedan los fusilados, las chacritas incendiadas y las mujeres preñadas.

Y estos ignorantes lloriquean y vuelven a las plantaciones calladitos, por miedo de que vuelva el tigre. Y el tigre ni ha pasado por aquí. Con el telégrafo o algunos mensajeros le basta sin moverse de la cueva. En los mismos correos viajan las órdenes y los sobres. Cada cual recibe su paga y todos quedan bien contentos meneando el rabo.

Además la quemazón aumenta los rindes porque la ceniza es buen abono para las plantitas y al año siguiente los mismos campesinos le hacen canciones al tigre. Y se preocupan por pasarle al comisario el santo de cualquier amago de alboroto.

Pero créame hermano. Ni el alguacil ni el sheriff ni el comisario ni el coronel son el tigre. Ni el senador ni el presidente. Qué van a ser. No le llegan al tobillo, fíjese lo que le digo. El tigre pega un rugido y se cagan encima, el gallinero enterito de arriba abajo. Y no me va a decir que el presidente le tiene miedo a los mordiscos y a los apretones. Nada más que el tigre les asegura la buena vida que llevan. Y a todos además los debe tener bien agarrados de los huevos con fotos y grabaciones y toda esa vaina. Sabiendo además que el brazo del tigre es así de largo y nadie hasta ahorita que haya tratado de primerearlo se ha sabido escapar con el cuero sano.

Y mire que el tigre tiene paciencia. Es capaz de pasarse los días echado en un pajonal o trepado a la copa de un chimingango nada más aguardando el paso de sus presas. Bueno, por ahí yo hablo del tigre y no es el tigre el que se ocupa de esas faenas. La gente cuenta que no se sabe hasta dónde llega la lista de enrolados a su servicio. De un repente aparece por el ingenio o por las plantaciones una columna de uniformados. Hasta con cañones y ametralladoras pesadas y camiones muchas veces. Uno se piensa que es el ejército pero no señor. Rodean el pueblo

y hacen una ronda con fusiles automáticos y nadie puede moverse. Y entran a desparramar gasolina entre medio de los bohíos y adentro de los graneros y los corrales. Y cuando está todito bien empapado tiran una granada o una barra de dinamita y cataplúm. Y meta bala con los que salen aullando con el pellejo prendido fuego.

Otras veces son cabalgatas de enmascarados que aparecen con antorchas en lo más callado de la madrugada antes que canten los gallos. La misma historia y los de a caballo con los winchester tirando de montados nomás al que se asoma a vichar. Saben revisar los ranchos puerta por puerta. En silencio se meten aquí y allá alumbrando las caras asustadas con sus antorchas. Por ahí alguno dice este o aquel y se lo llevan al negro o al indio con un Colt en la cabeza. Y de vuelta los montones de paja y el fuego y las humaredas. Y a la mañana es cosa de salir a descolgar ocho o diez ahorcados de entre las ramas más altas de los pinos ahicito nomás a la vista de la alcaidía o de la iglesia.

Cualquiera conoce estas historias, ni sé para qué le cuento. Pero es que a veces a uno se le aflojan las tripas que nunca se sabe si es el chucho o que uno al fin se encarajina y quisiera salir con el machete a buscarlo al bicho y cobrárselas todas juntas.

Una forma de decir, claro. Todos saben que con el tigre no se puede. Nadie ha podido verlo nunca de frente. Y si alguien pudo ya no ha de quedarle resto para contarlo. Yo creo hermano, fíjese con atención todito esto que le voy a decir, que soy el único que le conoce de verdad la cara al tigre. Se lo cuento porque me da cosa el interés y la paciencia con que me está escuchando esta lata que le vengo dando desde que tocaron a silencio. Yo acá acomodado en mi jergón y usted hermano ahí parado agarrado a las rejas mirándome con ese interés y esa paciencia que

de veras le agradezco, aunque no lo conozca. Cuando lo vi acercarse con la cara cubierta pensé que era el fraile que visita a los condenados. Pero después dije para qué va a verme el fraile si a mí me largan mañana y saben que no me meto con las cuestiones de la iglesia.

A ver hermano, cuénteme qué es lo que sabe del tigre, es todo lo que me dijo al acercarse. Y me clavó una mirada calma. Lo único que alcanzo a percibir en esta oscuridad es el brillo de sus ojos. Por ahí puede ser que me equivoque pero me pareció que a veces se le escapaba una risita.

Lo que sí que me está poniendo nervioso eso de verlo juguetear con ese trenzado de tientos de cuero, armando sin ningún apuro un lazo como los que se suelen echar al cogote de los bueyes cuando se ponen remolones. ▮

Relevo

- Tercera Mención Honorífica II Certamen de Relatos cortos "Conrada Muñoz" / Fundación Sociedad y Justicia, 2011 Granada, España.

Mi participación en esta convocatoria surge a partir de un episodio vivido por Marina Raña en un Taller Literario coordinado en 2011 para cadetes del Servicio Penitenciario Nacional en la CABA. Mediando el desarrollo del taller, le ofrecí a Marina este texto, que ella leyó y debatió con los futuros guardacárceles. Encontrando en algunos participantes -no en todos por cierto- sorpresa al reconocerse reflejados en el relato. Un como descubrir la mirada del otro en un espejo.

En la Bases del certamen se declara: "La Fundación Sociedad y Justicia es una institución privada de carácter permanente fundada por ACAIP (Agrupacion de los Cuerpos de Ayudantes de Instituciones Penitenciarias), con el fin de promover el diálogo, la comunicación y el conocimiento entre la sociedad y la institución penitenciaria."

Relevo

No comprendo a este infeliz. Ni él ni yo recordamos ya cuánto tiempo lleva aquí abajo. Cuando me lo entregaron su cabello no era gris y sus ojos me miraron desafiantes. Lo observé sin decir palabra porque estoy habituado a estas historias. Llegan con el alma encendida y el corazón inflamado de rebeldías. Por eso me los traen. No para castigarlos sino para educarlos en la comprensión de sus vacuas preocupaciones. Casi todos son pobres diablos con pretensiones de cambiar las reglas del juego que gobiernan el caos desde el principio de los tiempos. Nadie puede cambiarlas. El mundo fue creado en base a estas reglas. Gracias a ellas el caos pudo ser organizado. Yo soy el encargado de asegurar que lo que está organizado siga tal cual y desalentar a los aburridos y a los díscolos. Al principio patalean y me preguntan cuánto tiempo han de permanecer encerrados. Suelo responderles que depende de ellos, más que nada para evitar violencias innecesarias.

Esta cueva no tiene ventanas. Apenas esa puerta maciza con una mirilla que permite mirar desde afuera. Un catre, la mesa, un par de sillas y mínimos sanitarios. Imposible adivinar si es de día o de noche. Ni ruidos ni relojes ni olores. Nada más el gris del piso, el gris del cielorraso y el gris de las paredes. Gris la ropa y el mobiliario. Una pobre luz que brota desde algún rincón inaccesible y permanece encendida todo el tiempo. Aunque no tengo la menor idea acerca de cuánto es todo ese tiempo. Cada tanto —¿todos los días?— una vianda a través de una gatera en la parte baja de la puerta. El mismo potaje de legumbres. El mismo pan oscuro y seco. Agua me provee el grifo del lavabo.

Cada quince o veinte comidas entra mi carcelero con el tablero y la caja de madera. Sin mediar palabra coloca ambos encima de la mesa, se sienta de espaldas a la puerta y comienza a componer los trebejos. Al principio me cedía siempre las negras. Tras un medio centenar de partidas empezamos a rotar. Prolongadas sesiones sin cambiar palabra. Excepto llegado el momento en que tomando una cualquiera de sus piezas, la ubica en posición de jaque a mi rey anunciando con una voz profunda pero desapasionada. Mate. Nunca una sonrisa. Jamás un comentario relacionado con el juego. Nada que me haga descubrir las intenciones ni los plazos de mi encierro.

Con el correr del tiempo cada vez me cuesta más reconocer a mis prisioneros. No podría asegurar si es uno que permanece aquí encerrado desde siempre o se han ido renovando. Ni siquiera he notado cambios en sus técnicas de juego. Digamos que de repente alguno de ellos haya tomado cada partida como una posibilidad de liberación. Todos (el mismo) juegan sin pasión y casi con desinterés, menos por procurarse siquiera este insignificante placer que por acatar una orden que suponen les sería impuesta con imprevisibles medidas punitorias. Mi propia memoria falsea sus registros y me engaña cuando deseo recuperar detalles de mi vida antes de vestir este uniforme. A veces mi imaginación se cachondea y me susurra que ya he nacido con esta ropa puesta. Que he nacido con el destino ya expreso de guardián de gentes que han nacido a su vez con su destino de prisioneros. No me pregunto por qué soy guardián ni por qué ellos son los prisioneros. Las cosas siempre han sido así.

Hasta que comencé a preguntarme qué podría suceder si yo ganara una partida. Reconozco que muchas veces me he descubierto sudando para hallar una jugada ganadora. Aunque mis

intentos y combinaciones chocan siempre con su fría eficiencia y su dominio del tablero. Se limita a analizar mis intentos sin esbozar el menor gesto y al final encuentra siempre el golpe que desarma mi estrategia. Trascurrieron centenares de encuentros hasta aquella noche memorable (no sé de dónde esta seguridad de que era de noche) en que mi mente casi estalla al vislumbrar una posición de mate en tres jugadas. Haciendo un esfuerzo para controlar la tensión de cada uno de mis nervios y mis músculos, avancé un alfil amenazando su enroque. Sin dudarlo adelantó un peón debidamente apoyado, bloqueando la línea de ataque y amenazando mi pieza. Casi espantado al comprobar que había tragado el cebo, tomé mi dama con dedos claramente temblorosos y colocándola al alcance de uno de sus alfiles anuncié un nuevo jaque. Su alfil se lanzó goloso contra mi dama expuesta. Y en ese mismo instante se le nubló la mirada, al darse cuenta de la trampa. Su rey estaba encerrado entre sus propias piezas y el alfil acababa de descubrir el único escaque desde podía atacarlo con mi caballo. Al anunciarle el mate, se levantó sin la menor emoción y empezó a quitarse la ropa. Con un gesto breve me indicó que la vistiera, entregándome luego su tarjeta de identificación y el manojo de llaves. Ahora es mi prisionero y yo soy su guardián. ▮

Una voz oyó Manuel

- Segundo premio Certamen Nacional de Cuento Tres de Febrero 2012 / Caseros (BA).
- Integra el volumen *Premio Nacional de Literatura Tres de Febrero 2012*. ISBN: 978-987-1718-17-7, 224 pp.



Hace cuatro años, en ocasión de recibir el Primer Premio por el texto *El tigre tiene que morir*, viajé solo a recibirlo, una tarde fría y lluviosa. Al llegar a Caseros, invité al conductor del remise -Miguel Echalar- a que me acompañara, para paliar el garrón de la soledad.
Esta vez el marco fue mucho más cálido, acompañado por María Eugenia y por Diego Pérez; estamos saliendo de tomar un café después de estacionar a un par de cuadras del Auditorio donde se llevó a cabo la premiación.



Gacetilla 03 diciembre 2012

X Premio Nacional de Literatura Tres de Febrero

Gregorio Echeverría gana el Segundo Premio en Narrativa

Nuestro asociado y miembro del Taller de l(a)raña recibió esta distinción por su texto *Una voz oyó Manuel*. Este certamen de carácter nacional se viene desarrollando desde hace diez años en forma continuada, convocado en forma conjunta por SADE filial Tres de Febrero y la Oficina de Letras, área literaria de la Dirección de Cultura, desde hace tiempo a cargo de Marcela Minakowski y de Roberto Surra respectivamente, con amplio apoyo del Intendente de Tres de Febrero Hugo Curto.

La obra premiada aborda el entorno del fusilamiento del gobernador de la provincia de Buenos Aires, coronel Manuel Dorrego, con un enfoque muy crítico acerca de la responsabilidad de su ejecutor el general insurrecto Juan Lavalle (nombrado en el texto como "la espada sin cabeza") y de sus instigadores intelectuales.

El Jurado estuvo compuesto por María Teresa Dri y Jorge Paolantonio, ambos con sólida currícula académica y Mario Gelati, en representación de SADE local, todos con larga experiencia en la materia.

El material premiado y el seleccionado por el Jurado será editado en una Antología a entregarse durante la próxima Feria Nacional del Libro en la ciudad de Buenos Aires, en abril de 2013.

Cabe destacar que Gregorio Echeverría ha ganado también hace un par de meses el Primer premio en el II Certamen Internacional de Poesía de Nogarejas (León, España), agregando así un par de lauros a una extensa lista que pasa del centenar.

Daniel Osvaldo Macri
Presidente

FAVOR DE DIFUNDIR

Una voz oyó Manuel

Cada palpitación de rabia
es una víctima más inmolada en su furor.

José Hernández

La voz dice que es necesario. De la necesidad y de tiempos por venir habla la voz. Unos tiempos de leche y miel acaso.

Nadie se atreve a interrogarlo. Han de ser tiempos bien lejanos alguien piensa. No la voz. Alguien nomás entre la montonera de orejas que se arremolinan en silencio alrededor de la voz. No de padecimientos ni de sangre de seguro. Más sustanciosos y más dulces eso imaginan las orejas. Silencio nadie me contradiga ruge explota en síncopas disonantes y acordes tempestuosos el bajo encharretado.

Todo retumba bajo las nubes grises de la mañana o de la tarde. Hasta los cuises tiemblan. Nadie sabe decir con precisión dónde está el sol porque los truenos de la voz se han hecho nubarrones en el cielo tiñéndolo de sangre. El gris de la sangre y el rojo de las nubes flamean en el aire una bandera lúgubre entre las voces rojas y los truenos. Alguna nota vuela hacia el ocaso desplumado en siluetas de pato franciscano que arremeten en pelotón contra el rebaño de garzas moras arracimadas al poniente.

Los perdigones de la voz son truenos que azotan la bandada de garzas y la copa de los molles.

Al boleo siembra la muerte sus perdigones y las plumas en la frontera misma del ocaso. Al borde mismo de la muerte giran los franciscanos en su vuelo retomando el planeo rasante sobre hormigueros desparramados entre cuevas de vizcacha.

Áspero el trueno acelera la aflicción de las vizcachas y el temblequeo de las matas. Los cascos amasijan hormigas y espantan la bandada pero al sur y al norte gritos. El pampero tiznado revolea patos y manojos de cardos enloquecidos por el grito. Un alarido atornillado a las monturas y en la ciudad de las hormigas y en las tacuaras torvas y en ese brillo turbio de la sangre medio seca.

Todo el levante un grito y el poniente un grito y de norte a sur el desparramo de perdigones y la sangre. Y por encima y por debajo de la voz la nada. Nomás el lleno vacío de las arengas y la nada. Mala hora para monsergas y sermones.

Pero la voz tronando los trae acoquinados.

Que suene la espuela,
que silbe el zorzal,
que baile el farrapo
si sabe bailar.

Hay un rumor de garzas moribundas. Hay montones de patos desplumados. Hay un silencio triste y un sueño lúgubre y otro silencio largo. Hay una revuelta danza de papeles y partes que se reparten y de voces que esperan y gritos que no descansan. Hay el calor y el cuero sudoroso de unos fogones mustios.

Hay un olor a muerte entre los cardos. Hay un sabor a sangre bajo los párpados clavados. Hay un rencor atento entre quijadas insepultas. Hay ayes de bestias y relincho de cristianos. Hay un quejido manso de moribundos desahuciados. Hay un ay rencoroso de pechos despenados. Hay un clamor sobrevolando cruces y abrojales. Hay una quejumbre de amores y de ausen-

cias. Hay la brasa de un pucho en el silencio. Hay más papeles con santo y seña y órdenes secretas. Hay condecoraciones prendidas al espanto. Hay listas abrumadas de lagrimones y silencios. Hay algún dies iræ de apuro sobre unas achuras sin aliento.

Que suene, que suene,
si van a sonar,
cuchillo afilado
para degollar.

A pocas leguas del desierto el felpudo de pasto se hace alfombra persa. Arriba unas escenas estucadas de Versailles. En los muros acuarelas inglesas y un gobelino de los talleres reales sobre un cartón de Goya. Una mesa Luis XV mantelería de Brabante con vajilla de Sèvres y cubiertos de plata con el escudo de los condes de Essex. Barolo Rojo del Piamonte en botellones de Murano. Unas pelucas interrogan. La casaca de alamares discursea con calma. Un cigarro rubicundo toma notas. Dos levitas se semblantean en silencio. Una chistera trasnochada se desbarranca por la sandía calva. Sobre la mesa ruedan en patricio desorden varias acciones y unos bonos.

Del artesonado del techo cuelgan cifras. Un daguerrotipo de Jorge IV derrama su sonrisa mesurada desde la boisserie donde relumbran un par de sables del 60º Regimiento.

… y aunque no quiera creer
seguro que habrá tormenta
y habrá gente que la sienta
cuando se largue a llover.

Sobre el silencio sobrevuela la ceniza. El cielo sin estrellas desgrana misereres irredentos. Una legión de omóplatos quebrados y órbitas desalquiladas cura sus erupciones y relame las costras. El sol negro entenebrece los murmullos del desierto y sepulta sin prosopopeya charreteras y facones. Bajo el sol de ceniza se enfrían costillares. El rojo impenitente se encanija entre las órbitas vacías. Una legión de vértebras estranguladas sigue el compás de la ceniza. En procesión avanzan troncos truncos al trueno retumbante de una espada furiosa sin contrición y sin cabeza. La ceniza se amasa con la sangre en remolinos de lejía. La pampa es una pavura gris de bofe coagulado a lo ancho del picadero. Los huesos desharrapados duermen bajo esa manta. Duermen, no descansan en paz. La paz ya se ha volado entre las cenizas y la sangre. La paz es una fea herida amoratada. Un gaucho entramojado por desertor o por cobarde. O nada más por gaucho. De esos que yacen a cielo abierto sin cruces y sin lápidas para matar el hambre a los caranchos. Sangre gris de una tierra sin remisión y sin memoria. Desfilan los ninguneados y los muertos sin color y sin ojos bajo el mandato de la espada. Espada sin cabeza que regurgita los propios y los breves empapados en el veneno gris de los doctores. Con la ceniza gris de los daguerrotipos y su cigarro habano. El rumor de las levitas y los puros sopla sobre las brasas debajo de la espada. Buen acero que sin perder el temple se calienta.

Lentamente con parsimonia se calcina la espada sin cabeza. A fuerza de pelucas y apellidos bordados y alamares. Al rojo blanco hierve el buen damasco de esa espada. *God save the King*, por cierto sin su venia toda esta cháchara sería un cabildeo deleznable.

Enciende la noche su cielo y el sol
galopa tras la tarde.
La luna comienza la pampa a mirar
como una tierna madre.

Bajo los nubarrones grises zumban los cuervos trotaconventos. Entre los mantos de ceniza trotan de sambenito negro los heraldos. El festín estimula a los portaestandartes de desgracias. Los corvejones se alimentan de sangre amoratada y cenizas violentas. Vuelan delante del pampero las plumas afiladas.

De la ciudad de las hormigas brota la caravana de papeles a empapelar el fachinal y las cañadas. Dentro de la ciudad se aceleran las estampas con las prensas y los colmillos babeantes. Grises conventos tras sus muros aderezan las homilías y el responso. Un revuelo de lenguas y levitas airadas enrarece la luz de las campanas y el minué de los sables. Las galeras apuntan sus catalejos hacia el campo.

Un campo que aún no es santo pero a poco será santificado por la jedentina y lo morado de los coágulos. Bodas de sangre se preparan allá donde los crucifijos toscos y los cardos. Donde el llanto y los gritos enterrados. Donde los perdigones sepultaron el desplume de patos franciscanos y de garzas.

Donde la espada al rojo blanco aguarda. La espada presta orejas al humo y al silencio. El silencio y el humo son la cocarda de los muertos. Dos, cinco, llegan a la docena los cuervos mensajeros. Uno por uno se posan encima de la espada.

En éxtasis se estremece la espada sin cabeza. No es poca gloria la que los cuervos le secretean babeando. Un asistente le repasa las botas y plancha las pecheras. El general no debe dejar arrugas en la historia.

Nada más esos carbones que miran a lo lejos con su mirada perentoria. Bigote y barba para los mármoles y el bronce irrecusable. Y la voz terminante, esa voz que revuelca los nubarrones y los cardos. La que firma sin quiebres los despachos para explicar y volver a explicar que sí que era necesario. La voz tonante funeraria de esa espada. La voz desangelada que jala del gatillo de esos ocho estampidos unánimes.

Cerca de la hora nona allá en los campos de Navarro. ▮



El Director de Cultura, Roberto Surra, entrega a GE la distinción obtenida.

Aguas abajo

- Finalista del I Concurso Literario Delta Argentino “El río” / Agencia de Cultura 2013, Tigre (BA).
- Integra el volumen *Antología I Concurso Delta Argentino “El Río”*. ISBN: 978-987-3850-20-2, 76 pp.



Escritores premiados y finalistas al finalizar la lectura del fallo del Jurado.

El Jurado estuvo constituido por

Aguas abajo

¡Cómo te pareces al agua, alma del hombre!
¡Cómo te pareces al viento, destino del hombre!

Johann Wolfang von Goethe.

Abrir los ojos —intentar abrirlos— le clava astillas de fuego en la nuca. El sol de noviembre achicharra todo lo que asome el hocico afuera de la madriguera. Vizcacha, cuises o pichi. Igual cuando consiga entreabrir el único ojo sano, se dará cuenta de que ya está cayendo la tarde. El crepúsculo de sagitario es largo por estos pagos. ¿Estos pagos? Puta si ni idea tengo dónde estoy ni cómo carajo pude llegar hasta aquí. Aquí… aquí … ¿dónde? Un perfume de naranjales en flor lo seduce con escenas de infancia sobre la ribera del arroyo Las Conchas. De madrugadas recorriendo espineles en el Guazú o levantando un trasmallo en el Miní… o en el Durazno. El sabor de un pacú a la brasa ahí nomás al lado del agua. La nostalgia de unos besos furtivos entre los sauzales del Carapachay. Ahora se anima a levantar la cabeza para vichar el lugar. Apenas siente su cuerpo, lo único que lo envuelve y lo aprisiona es un dolor que recorre el pellejo desde los pies hasta la coronilla. Esa hinchazón a cosa de seis codos de ia barba deben ser sus pies. Aunque no los sienta. En el lugar de sus pies hay una flojedad y un latigazo entre de dolor y rabia. Cierra el ojo haciendo fuerza para recordar pero la rabia no tiene memoria. No más memoria que una llamarada y quién sabe cuánto después la explosión y más tarde los golpes. Dos golpes y un grito. *Son of a bitch!* Dos culatazos secos en las piernas por debajo de las rodillas y todo junto su alarido y el

crujido de los huesos. La memoria trae de vuelta en remolinos turbios el dolor y la bronca.

Aunque no lo sepa y acaso porque así lo dispone una providencia misericordiosa, aguas arriba la misma noche que lo cobija está cayendo sobre un escenario de quejidos y de espanto. Ni un fogón ni un rescoldo ni siquiera la brasa de un cigarro. Algún oficial arrastra como puede sus llagas recorriendo la posición, alentando con una palmada a los heridos y cerrando los ojos de los que ya no tienen nada para mirar. Ni siquiera taparlos para ponerlos a salvo de la perrada cimarrona, alguna rata y las aves carroñeras. La mayoría artilleros y servidores de los cañoncitos que mantuvieron todo el día a raya a los Peysar y los Paixhans. Ese mismo o cualquier otro oficial de los escasos sobrevivientes escupirá en la oscuridad un acullico de tabaco. Alzar la voz supone de inmediato un disparo de los infantes que fija han desembarcado al terminar su tarea los acorazados a vapor. En medio de las sombras, otras sombras arrastran sus despojos y sus úlceras, ayudando a cambiar de emplazamiento las piezas volantes. Las cuatro baterías han sido demolidas por los obuses enemigos. La voz de mando, pasada de hueco en hueco, de piedra en piedra, es rearmarse a doscientas yardas del borde de la barranca, fuera del alcance de la artillería naval. Se dice que el general ha sido derribado por un casco de metralla. Se dice que ha muerto. Se dice que lo han visto recorriendo los puestos y alentando a los heridos. Se dice que durante la noche llegan en galera unos doctores desde Santos Lugares, con instrumental y medicinas.

La correntada va acarreando hacia el sur todo lo que encuentra a su paso. Restos humanos, armas, maderas y jirones de mantas o uniformes. Remos, mástiles y velas desgarradas. La

oscuridad no diferencia entre el agua medio barrosa y la sangre que van dejando atrás unas venas vacías y unos cuerpos que ya no la requieren. Despojos que han venido del polvo y al polvo van regresando tan a su pesar. El agua disuelve, diluye, limpia y corre. Y reanima o ahoga. Agua grande en busca de unas aguas aún más grandes. *Nuestras vidas son los ríos / que van a dar a la mar que es el morir…*

El mulato Doroteo presiente que la negrura de la noche se acollara a la negrura de su piel y se anima a sacar las piernas del mazacote de camalotal que aprisiona los restos de la canoa. La caricia tibia le lava el dolor y las heridas. Las del cuerpo, claro. Las otras, la prepotencia de las cañoneras, la tos incesante de los obuses, la algarabía y el *Merde alors!* de los artilleros franceses que para nada se distingue de los otros que celebran cada andanada con un *God save the King!* La rabia y la humillación son humillación y rabia en cualquier lengua. Vienen de pasear sus estopines y su soberbia cruel bajo otros cielos sobre otras aguas. Pero son los mismos cachorros de león con las mismas melenas y un mismo rugido y unas mismas mañas. Las escenas de la última jornada se mezclan en su piojera con los sacudones de la fiebre.

Con la primera luz habían recorrido toda la línea de lanchones y cadenas. De la media docena de bruloteros, cada cual sabía nada más dónde estaba colocada su carga de metralla y pólvora con brea. Cada uno repasaba las instrucciones del sargento. Esperar callados a la sombra de su casco, en sus chalanitas disfrazadas con junco y camalotes. Nada más cuidando la respiración y su yesquero. Cuando empezaran a moverse aguas arriba dejarlos venir. Aguantar los estampidos. Aguantar el empujón de las nubes incendiadas. Aguantar el picor de los gases

en los ojos y el ardor en la garganta. Y esperar. Aguantar y esperar hasta tenerlos bien encima.

Cuando termina de destrabar el enredo de tallos que lo retiene anclado, Doroteo se deja ir río abajo recostado en el plan quebrado que es todo lo que queda de su canoa. Su ignorancia le alcanza para comprender que arranca el tramo final de un viaje muy largo. Sin pies y ya casi sin sangre, no le dan las tabas más que para una oración y algún recuerdo. La oración la despacha para sus adentros, con el ojo cerrado. Alguien lo va a escuchar igual.

Lo último que se le cruza por la piojera antes de sumergirse en las aguas finales, es la visión de todos los hombres de su batería, entonando abrazados las estrofas de un cántico, alentados por la charanga que ha ordenado el señor General*¡......ooo-juréemos-con-gloria-moriiiiiiiiiir!…* ■



Con mis compañeras del Taller de l(a)raña, en el bello jardín del Museo de la Reconquista, donde se dio a conocer el fallo. Marina Raña Llistosella, Cristina Soledad González y Jésica Frías.

Distinciones

2013

- Finalista I Certamen Literario Nacional “Delta Argentino” / Tigre (BA) 2013.
- Primer Premio en Poesía Certamen Literario “Barracas al Sud”, Avellaneda (BA).

2012

- Primer Premio II Certamen internacional de Poesía Ciudad de Nogarejas / León-España.
- Segundo Premio en Cuento Premio Nacional de Literatura Tres de Febrero 2012.

2011

- Mención honorífica II Certamen Internacional de Relato “Conrada Muñoz” / Fundación Sociedad y Justicia / Granada, España.

2010

- Accésit V Premio Internacional de Relato “Peña Taurina Félix Rodríguez” de Santander, España.
- Mención (2) Juegos Florales Nacionales UCU 2010 / Universidad de Concepción del Uruguay, Argentina.
- Primer Premio XXVI Certamen Municipal de Literatura “Luis José de Tejeda” / Municipalidad de Córdoba, Argentina.

2009

- Primer accésit XIV Certamen Internacional de Cuento “Santoña… la mar” / Cantabria, España.
- Seleccionado para edición I Certamen de Cuentos cortos “Del Cordobazo” / Casa de los Trabajadores, Córdoba, Argentina.
- Accésit XIII Premio Internacional de Cuento “Julio Cortázar” Universidad de La Laguna / Tenerife, España.

2008

- Primer Premio I Certamen nacional de Narrativa sobre cultura helénica / SADE-Asociación Cultural Helénica NOSTOS, ciudad de Buenos Aires.

- Finalista XXV Premio Internacional de Poesía "Ciudad de Zaragoza" / Ayuntamiento de Zaragoza, España.
- Mención "En la masmédula" II Concurso nacional de Poesía Oliverio Girondo / Martínez, BA.
- Tercer Premio en Cuento, V Bienal de Literatura Barracas al Sud / Avellaneda, BA.
- Jurado Premio Literario Ciudad de Martínez / Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia.
- Mención en Poesía Premio Nacional de Literatura Tres de Febrero 2008.
- Primer Premio en Cuento Premio Nacional de Literatura Tres de Febrero 2008.

2007

- Primer Premio Poesía XXI Certamen Internacional "Atilio S. Giraudo" / Biblioteca Pública Municipal Bartolomé Mitre de Arrecifes, BA.
- Cuarto Premio Poesía XIV Concurso "Leopoldo Marechal" / Dirección de Cultura de Morón, BA.
- Accésit I Certamen Internacional "Vivencias" / Ediciones Orola, Madrid-San Sebastián.
- Primer Premio Municipal de Poesía "Felipe Aldana" / Editorial Municipal de Rosario.

2006

- Primer Premio XXIII Certamen Internacional de Poesía "Ciudad de Zaragoza" / España.
- Mención 150º Aniversario de Esperanza / Movimiento Esperancino de Letras, prov. Santa Fe.
- Primer Premio Especial XIX Certamen Internacional de Poesía "Tiflos" 2006 / ONCE. Madrid, España.
- Mención XV Certamen Nacional de Narrativa "Los poetas del Encuentro de Villa Ballester", BA.
- Segundo Premio VIII Certamen Internacional de Poesía "Andrés García Madrid" / Ateneo 1º de Mayo, CCOO Comisiones Obreras de Madrid, España.
- Mención V Concurso Nacional de Cuento "Asociación de Arte y Cultura de Merlo", BA.
- Mención V Concurso Nacional de Poesía "Asociación de Arte y Cultura de Merlo", BA.
- Primer Premio IV Concurso Nacional de Cuento "Malvinas Argentinas" / Biblioteca Popular Héroes de Malvinas, Lobos, BA.

- Primer Premio V Certamen Internacional de Cuento “Dr. Néstor Hugo Brizuela” / APEA Asociación de Poetas y Escritores de Aimogasta, prov. de La Rioja, Argentina.
- Distinción al Mérito Literario “Dr. Néstor Hugo Brizuela” 2005 / APEA, Aimogasta.
- Primer Premio III Certamen Internacional de Relato Corto Taramela 2006 / San Miguel de Abona, Tenerife (España).
- Finalista I Certamen Internacional de Poesía Revista Axolotl 2005.
- Accésit I Concurso Internacional “Peña Taurina Félix Rodríguez” / Santander (España).
- Segundo Premio VII Certamen Internacional de Cuento “Rotary Club” / City Bell, prov. BA.
- Distinción al Mérito Literario / Municipalidad de Tigre (Delegación Ricardo Rojas), prov. BA.
- Mención I Certamen Nacional de Literatura Premio Publicación / San Nicolás, prov. BA.
- Distinción al Mérito Literario / Centro Cultural y Biblioteca Popular El Talar, prov. BA.
- Jurado Juegos Florales Juglarescos “San Isidro” 2006, prov. BA.
- Mención en Cuento Premio Nacional de Literatura Tres de Febrero 2006.
- Segundo Premio I Certamen Provincial de Narrativa Ficción “Ciudad de Rosario” 2006 / Editorial Municipal de Rosario.
- Segundo Premio Cuento Certamen “90º Aniversario Biblioteca Popular Sarmiento” / Tigre, prov. BA.
- Jurado I Certamen de Poesía “Alfonsina Storni” / Biblioteca Popular El Talar, prov. BA.
- Mención III Premio Nacional “Leonardo Castellani” / Reconquista, prov. Santa Fe.
- Primer Premio Poesía Biblioteca Madre Teresa 2006 / Virrey del Pino, La Matanza, prov. BA.
- Seleccionado Premio Nacional Literatura Tres de Febrero 2006 Poesía y Cuento, Caseros, prov. BA.
- Seleccionado I Certamen Nacional “Las Letras y el Dibujo” / Secretaría de Cultura de la Nación y Fundación Deloitte.

2005

- Primer Premio Especial en Cuento “XV Certamen Internacional Tiflos” / ONCE Organización Nacional de Ciegos de España.
- Semifinalista I Premio Internacional de Poesía “Paseo en Verso” / Querétaro, Méjico.

- Mención Especial en Castellano / Premios Literarios Ciudad de Sant Andreu de la Barca, Barcelona 2005, España.
- Finalista Premio Internacional de Poesía “Desiderio Macías Silva” / Guanajuato, Méjico.
- Primer Premio “II Certamen Internacional de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid” / Fundación Juan Muñiz Zapico, CCOO Asturias (España) - Bruselas (Bélgica).
- Segundo Premio Poesía “Oliverio Girondo” / SADE Delta Bonaerense, San Fernando, prov. BA.
- Primer Premio Cuento “Horacio Quiroga” / SADE Delta Bonaerense, San Fernando, prov. BA.

2004

- Segundo Premio “XII Certamen Internacional de Relato Corto Ateneo 1º de Mayo” / CCOO Comisiones Obreras de Madrid, España.
- Segundo Premio en Cuento “I Certamen Nacional Macedonio Fernández” / Círculo Médico Lomas de Zamora, BA.
- Finalista “I Certamen Internacional de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid” / Fundación Juan Muñiz Zapico, Asturias (España) - Bruselas (Bélgica).
- Finalista Premio “Vivir” / Escuela de Enfermería, Universidad de Alicante, Valencia (España).
- Mención Especial a la Mejor Participación Latinoamericana I Certamen Internacional “Todos somos diferentes” / Civilia Fundación de Derechos Civiles - Asamblea Juvenil por los Derechos Civiles, Madrid, España.

2003

- Primer Premio “XIX Concurso Internacional de Cuentos Universidad Popular de Mazarrón-Antonio Segado del Olmo” / Murcia, España.
- Mención Premio Internacional de Poesía “Videncia” / Ciego de Ávila (Cuba).

1990

- Tercer Accésit en Cuento “Querido Borges IV” / Liceo Internacional de Cultura, Hollywood, USA.
- Distinguido como Ciudadano Meritorio de la Ciudad de Los Ángeles, USA, por *Forever and Never* (Querido Borges IV).
- Único finalista (no premiado) Casa de las Américas / La Habana, Cuba.
- Primer Premio al Pionero del Taller / Taller Literario del Centro de Salud Mental Manuela Pedrazza, ciudad de Buenos Aires.

- Primer Premio a la Expresión Literaria / Taller Literario del Centro de Salud Mental Manuela Pedrazza, ciudad de Buenos Aires.

1987

- Primer Premio en Poesía “Círculo de Profesionales Argentino-Árabe” / Santa Fe.
- Primer Premio en Cuento “Círculo de Profesionales Argentino-Árabe” / Santa Fe.
- Premio “Cuentos del Litoral” / SADE Santa Fe.
- Primer Premio en Poesía “Certamen Hugo Mandón”, SADE Santa Fe.

1985

- Primer Premio “Poesía contra el fascismo” / SARCU (Sociedad Argentina de Relaciones Culturales con la Unión Soviética), ciudad de Buenos Aires.

1984

- Mención en Poesía “Certamen Hugo Mandón” / SADE Santa Fe.

1981

- Premio en Cuento Certamen Provincial “Manuel Gálvez” / SELP Sociedad de Escritores de La Plata.
- Segunda Mención en Cuento “Certamen Literario Internacional Benito Lynch” / Biblioteca Popular Cornelio Saavedra, ciudad de Buenos Aires.

1980

- Segunda Mención en Poesía “IV Certamen IDEA Integración Cultural, desde San Rafael al país”.
- Mención Especial en Cuento “IV Certamen IDEA Integración Cultural, desde San Rafael al País”.
- Mención en Poesía “Premio Provincial Roberto Themis Speroni” / SELP Sociedad de Escritores de La Plata.

1979

- Gran Premio de Honor de Poesía “III Certamen IDEA Integración Cultural, desde San Rafael al país” / prov. de Mendoza.
- Primer Premio de Poesía “Asociación de Residentes” / Mar del Plata, BA.

- Primer Premio en Ensayo “Carlos Casado del Alisal” / Secretaría de Estado de Cultura.
- Primer Premio en Poesía “Carlos Casado del Alisal” / Secretaría de Estado de Cultura.

1978

- Primer Premio I Certamen Literario “Esteban Echeverría” (cuento) / Esteban Echeverría, BA.
- Mención en Cuento Concurso “Manuel Gálvez” / SELP Sociedad de Escritores de La Plata.
- Primer Premio (poesía) / VIII Fiesta de las Letras / Almirante Brown, BA.
- Primer Premio de Poesía “Universidad de Belgrano” / Ciudad de Buenos Aires.
- Primer Premio “I Certamen de Poesía Rosalina F. de Peirotén” / ASDE Santa Fe.
- Primer Premio en Cuento “Ciudad de Santa Fe” / Asoc. Amigos Biblioteca Municipal.
- Primer Premio en Poesía “Ciudad de Santa Fe” / Asoc. Amigos Biblioteca Municipal.
- Primer Premio de Poesía “Alfonsina Storni” / Biblioteca Popular Cornelio Saavedra, ciudad de Buenos Aires.
- Premio Provincial de Literatura “Alcides Greca” (narrativa) / Santa Fe.
- Mención en Cuento Certamen “Roberto J. Payró” / Dirección de Cultura, prov. de Buenos Aires.
- Mención Especial Certamen Nacional de Cuento SARCU (Sociedad Argentina de Relaciones Culturales con la Unión Soviética), ciudad de Buenos Aires.
- Mención en Poesía “Premio Provincial Themis Speroni” / SELP, La Plata.

1975

- Primer Premio Provincial de Novela “Luis Cané” / Mercedes, prov. BA.
- Segundo Premio Cuento “V Fiesta de las Letras” / Almirante Brown, prov. BA.

1966

- Mención Premio Provincial de Cuento “Mateo Booz” / SADE Santa Fe.

Actualizado 13 de abril 2016

Gregorio Echeverría / Bibliografía

2015

- *Narcolepsia* / Auditgraf Ediciones, CABA diciembre 2015, 128 págs. ISBN: 978-987-33-6903-2.
- *El sexo de la serpiente* / Auditgraf Ediciones, CABA noviembre 2015, 248 págs. ISBN: 978-987-33-6518-8.

2014

- *Arboladura del otoño* / Poesía completa 1954-2014 / Auditgraf Ediciones, CABA diciembre 2014, 800 págs. ISBN: 978-987-33-5812-8.
- *Noche en el Sábalos* / Auditgraf Ediciones, CABA enero 2014, 320 págs. ISBN: 978-987-33-4275-2.

2013

- *Mala estrella* / Auditgraf Ediciones, CABA diciembre 2013, 320 págs. ISBN: 978-978-33-4088-8.

2012

- *Érase una vez una vaca en la noria / éranse unas ubres con historia* / Argenpress Cultural. 17 de marzo 2012. http://cultural.argenpress.info/2012/03/erase-una-vez-una-vaca-en-la-noria.html
- *Paradoja del tiempo* / El Talar Noticias, Nº 150, marzo 2012.
- *Peñaloza inmortal /* El Talar Noticias, Nº 150, marzo 2012.

2011

- *La cara del tigre* (fragmento) / El Talar Noticias, Nº 136, enero 2011.
- *50 años en Literatura /* El Talar Noticias, Nº 137, febrero 2011.
- *Obra completa* / CDRom 690Mb edición privada, febrero 2011.

- *Premios con historia* / CDRom 250Mb edición privada, febrero 2011.
- *La cara del tigre /* Editorial Municipal de Córdoba, 1ª edic. julio 2011, ISBN: 978-987-9129-50-0, 312 pág.

2010

- *Sangre en el palomar, Intriga de Amador, Asunción en el Huerto* / “Antología Poética Argentina I” / Editorial Gaceta Virtual / http://santafens.blogspot.com/
- *Inefable Mœbius* / El Talar Noticias Nº 124, enero 2010.
- *Este negro vacío de mi pecho* / “Antología Narrativa Argentina I” / Editorial Gaceta Virtual / http://anatomoi.blogspot.com/
- *Visión de un escritor contemporáneo* / Plaqueta editada por las Biblio-tecas Populares Mota Capdevila (La Carlota) y López Camelo (Tigre), abril 2010.
- *Una charla de Biblioteca a Biblioteca* / El Talar Noticias Nº 127, abril 2010.
- *Todas las voces… todas* / El Talar Noticias Nº 128, mayo 2010.
- *Doscientos años de soledad* / El Talar Noticias, Nº 130, julio 2010.
- *Herbolario está triste* / “V Premio Internacional Asociación Cultural Peña Taurina Féliz Rodríguez” (Santander, España) ISBN 978-84-87616-98-3 84-01234-5-67.
- *Color K* (editorial) */* El Talar Noticias Nº 133, octubre 2010.
- *Carpe diem; Diálogo a las puertas de la ciudad; Estreno a sala vacía; Historicidad de los Cristos y Testimonial /* Gaceta Literaria Virtual, http: //gacetaliterariavirtual.blogspot.com/

2009

- *Entre playa, vino y buena lectura* / El Talar Noticias Nº 112, enero 2009.
- *Mama África /* El Talar Noticias Nº 112, enero 2009.
- *El hilo se corta por lo más delgado* / El Talar Noticias Nº 112, enero 2009.

- *Tus cenizas ya empiezan a enfriarse* / “Antología Primer Certamen Literario de temas Helénicos” / Asociación Helénica Nostos, ISBN 978-987-21314-5-6. Ed. Trama, 70 pag. enero 2009.
- *Hedor de la miseria* / Argenpress Cultural. 28 de febrero 2009. http://cultural.argenpress.info/2009/02/hedor-de-la-miseria.html
- *De frutos y semillas* (editorial) / El Talar Noticias Nº 113, febrero 2009.
- *Sin cruces y sin lápidas* [et alt] / Contrapunto (El Salvador, Centroamérica), ed. 102 (2-8 marzo 2009). http://www.contrapunto.com.sv/index.php?option=com_content&view=article&id=153:miseriablues&catid=60:cultura-artes&Itemid=73
- *Miseria blues* / Razones de Ser (Coahuila, Méjico), ed. 20 de marzo 2009. http://www.razonesdeser.com/vernota.asp?d=20&m=3&a=2009&notaid=60054
- *Apenas ese resplandor* / El Talar Noticias Nº 114, marzo 2009.
- *Sin cruces y sin lápidas; Arreando sus búfalos; Cachacos turbulentos; Caída de las bolsas y Davos intemperata* / Contrapunto Prensa Digital, El Salvador, edic. 15-20 marzo 2009. http://www.contrapunto.com.sv/index.php?option=com_content&view=article&id=153:miseria-blues&catid=60:cultura-artes&Itemid=73
- *Los caminos de la memoria* (editorial) / El Talar Noticias Nº 114, marzo 2009.
- *El tigre tiene que morir /* “Premio Nacional de Literatura 2008-Poesía y Cuento” / Oficina Municipal de Letras-SADE 3 de Febrero, 220 pag. ISBN: 978-987-24558-4-2.
- *Sin cruces y sin lápidas; Hoy puede ser un gran día; Sin mapas y sin brújulas /* “Premio Nacional de Literatura 2008-Poesía y Cuento” / Oficina Municipal de Letras-SADE 3 de Febrero, 220 pag. ISBN: 978-987-24558-4-2. Dirección de Cultura 3 de Febrero, marzo 2009.
- *El arte de desinformar* (editorial) / El Talar Noticias Nº 115, abril 2009.
- CV y Bibliografía / http://www.redescritoresespa.com/E/echeverriagregorio.htm

- *Si el voto cambiara algo, sería ilegal* (nota de tapa) / El Talar Noticias N° 116, mayo 2009.
- *El pueblo quiere saber* (editorial) / El Talar Noticias N° 116, mayo 2009.
- *Casa Haroldo Conti, un triunfo de la memoria /* El Talar Noticias N° 117, junio 2009.
- *Ricardo San Esteban, el fuego inteligente /* El Talar Noticias N° 117, ju-lio 2009.
- *Sin Industria no hay Nación /* El Talar Noticias N° 119, agosto 2009.
- *Nubes a barlovento* (fragmento) / El Talar Noticias N° 119, agosto 2009.
- *Primero las mujeres, los ancianos y los niños* (editorial) */* El Talar Noticias N° 120, setiembre 2009.
- *Omnisciencia del gran ojo* / Gaceta virtual N° 33 Set 2009 Año III N° 9.
- *Un alto en el camino hacia Santiago* / Gaceta virtual N° 33 Set 2009 Año III N° 9.
- *Concavidad de la ceniza* /http://lospunosdelapaloma.ning.com/profile/ Gr egorioAndresEcheverriaVidal.
- *Luctuoso Chile* / http://lospunosdelapaloma.ning.com/profile/GregorioAn dresEcheverriaVidal.
- *Marionetas* / http://lospunosdelapaloma.ning.com/profile/GregorioAndre sEcheverriaVidal.
- *Muerte y descomposición del perro* / http://lospunosdelapaloma.ning.com /profile/GregorioAndresEcheverriaVidal.
- *Al llegar la sombra /* Gaceta virtual N° 35 Set 2009 Año III N° 11.
- *Coatlicue vuelve a parir* / http://lospunosdelapaloma.ning.com/profile/GregorioAndresEcheverriaVidal.
- *Hedor de la miseria* / http://lospunosdelapaloma.ning.com/profile/ Grego rioAndresEcheverriaVidal.

- *Quebrantamiento del Ande* / http://lospunosdelapaloma.ning.com/profile /GregorioAndresEcheverriaVidal.
- *Distorsión del hierro* / http://lospunosdelapaloma.ning.com/profile /Gre gorioAndresE-cheverriaVidal.
- *Dies iræ /* http://lospunosdelapaloma.ning.com/profile/GregorioAndresE cheverriaVidal.
- *Miseria blues /* http://lospunosdelapaloma.ning.com/profile/GregorioAnd resE-cheverriaVidal.
- *Inefable Mœbius* / "XII Premio Internacional Julio Cortázar de Relato breve 2009" / Universidad de La Laguna / Santa Cruz de Tenerife / 76 pp. ISBN 13: 978-84-608-0996-8.
- *Un 2009 complicado* (editorial) */* El Talar Noticias Nº 123, diciembre 2009.

2008

- *Semana de la memoria* / El Talar Noticias Nº 102, marzo 2008.
- *Sin cruces y sin lápidas* / El Talar Noticias Nº 102, marzo 2008.
- *Cuando los árboles no dejan ver el bosque* / 28 de marzo 2008.
- *Intriga de Amador* / "Poemas Ciudad de Zaragoza 1983-2008" / Servicio de Cultura Zaragoza, España, 1ª edición mayo 2008. 517 pp. ISBN 978-84-8069-471-1.
- *Composición: El 25 de Mayo* / El Talar Noticias Nº 104, mayo 2008.
- *Eva forever* / "Poemas 2008-XXV Concurso de Poesía Ciudad de Zaragoza" / Ayuntamiento de Zaragoza-Área de Cultura y Turismo - Servicio de Cultura / 1ª edición mayo 2008, 215 pp. ISBN 978-84-8069-469-8.
- *Lecciones de escatología* / 26 de mayo 2008 /
- *No confundir gordura con hinchazón* / 4 de junio 2008.
- *Agua grande y amarga* / El Talar Noticias Nº 105, junio 2008.
- *¡Vamos a morir!* / El Talar Noticias Nº 105, junio 2008.

- *¡Vamos a morir!* / http://www.eltalarnoticias.com.ar/img/editorial/23-06-08/El%20Ta_05.pdf.
- *Sin mapas y sin brújula /* "Antología de cuento y poesía 6 - XIV Concurso Leopoldo Marechal" / Dirección de Arte y Cultura, 128 pp. ISBN: 978-987-98796-8-9, Morón 2008.
- *Los charcos* / El Talar Noticias Nº 106, julio 2008.
- *La verdad y la mentira /* El Talar Noticias Nº 106, julio 2008.
- *Petite anáfora alejandrina con resabios de Discépolo* / El Talar Noticias Nº 107, agosto 2008.
- *Petite anáfora alejandrina con resabios de Discépolo* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, agosto 2008.
- *Petite anáfora alejandrina con resabios de Discépolo* / http://www.eltala rnoticias.com.ar/img/cultura/24-08 08/Flash%20cultural%2008.pdf.
- *Un país sustentable* / Industria y Nación, año I No 2, setiembre 2008.
- *Subsaharianos /* Argenpress Cultural, 27 de setiembre 2008. http://cultural.argenpress.info/2008/09/subsaharianos.html.
- *Ángel gris del útimo andén* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, octubre 2008.
- *Sin mapas y sin brújula* / "Certamen de Poesía Andrés García Madrid (1999-2008)" / Fundación Ateneo Cultural 1º de Mayo [Comisiones Obreras de Madrid] DL: M-42060-2008, 174 páginas.
- *El tigre tiene que morir* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, noviembre 2008.
- *Este negro vacío de mi pecho /* Certamen de Relatos Cortos Meliano Peraile (2000-2008) / Fundación Ateneo Cultural 1º de Mayo. DL: M-523 05-2998, 302 pag. Madrid, noviembre 2008.
- *Mama África /* Argenpress Cultural, 22 de noviembre 2008. http://cultural.argenpress.info/2008/11/mama-africa.html.

2007

- *¿Qué dicen los astros?* / El Talar Noticias Nº 88, enero 2007.

- *Hoy puede ser un gran día* / "Desde adentro" / SADE Delta Bonaerense, año V-Nº1, marzo 2007.
- *Un hoy que no se olvida de su ayer* / El Talar Noticias Nº 90, marzo 2007.
- *Marcado /* "Premio Nacional de Literatura 2006-Poesía y Cuento" / Oficina Municipal de Letras-SADE 3 de Febrero, marzo 2009.
- *Reflujo bajo el otoño* / "El Tiempo en las Letras y el Dibujo" / Secretaría de Cultura de la Nación-Fundación Deloitte / Tantalia, BA 1ª edic. abril 2007, ISBN 978-987-1339-02-0.
- *Coatlicue vuelve a parir* / Isla Negra http://isla_negra.zoomblog.com/ar chivo/2007/05/17/gregorio-Echeverria-Argentina.html.
- *Un alto en el camino hacia Santiago* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, mayo 2007.
- *Miseria blues* / Isla Negra 3/102 mayo 2007.
- *Insurrección de los tlálocs* / Isla Negra 3/103 mayo 2007.
- *Vigilia del coyote* / Isla negra 3/104 junio 2007. http://es.geocities.com /folygalan/islanegra.htm
- *Miseria blues* / "Desde adentro" / SADE Delta Bonaerense, año V-Nº 4, junio 2007.
- *nyepes_backup* / "Desde adentro" / SADE Delta Bonaerense, año V-Nº 5, julio 2007.
- *Miseria blues* / Plaqueta editada por Auditgraf, ciudad de Buenos Aires, julio 2007.
- *El guiño* / Señales [diario La Capital] Rosario, 1º de julio 2007.
- *Una sed insatisfecha* / "Desde adentro" / SADE Delta Bonaerense, año V-Nº 6, agosto 2007.
- *Inaborbable espuma* / "Desde adentro" / SADE Delta Bonaerense, año V-Nº 6, agosto 2007.
- *Sin industria no hay Nación* / El Talar Noticias Nº 95, agosto 2007.
- *Sin industria no hay Nación* / Industria y Nación, año I No 1, noviembre 2007.
- *Sangre en el palomar* / Isla Negra 3/110 agosto 2007.
- *Era un jueves de junio* / "Desde adentro" / SADE Delta Bonaerense, año V-Nº7, setiembre 2007.
- *Fábulas de nuestro tiempo* / "Desde adentro" / SADE Delta Bonaerense, año V-Nº7, setiembre 2007.

- *Miseria blues* / Editorial Municipal de Rosario, ISBN 978-987-8267-40-0. 1ª edición octubre 2007.
- *Sábado 22 de enero de 1994* / "Desde adentro" / SADE Delta Bonae-rense, año V-Nº 8, octubre 2007.
- *El último latido* / "Antología I Premio Vivencias" / Ediciones Orola-Madrid, octubre 2007, 224pp. ISBN: 978-84-923380-5-4.
- *Perfidia del profeta* / "Desde adentro" / SADE Delta Bonaerense, año V-Nº 9, noviembre 2007.
- *Sin cruces y sin lápidas* / El Talar Noticias Nº 98, noviembre 2007.
- *Agua grande y amarga* / "Desde adentro" / SADE Delta Bonaerense, año V-Nº 10, diciembre 2007.
- *Llamado de las islas* / "Antología 2007" / SADE Delta Bonaerense / Ediciones Ocruxaves, diciembre 2007.
- *Juan del valle* / "Antología 2007" / SADE Delta Bonaerense / Ediciones Ocruxaves, diciembre 2007.
- *Topografía de las islas* / "Antología 2007" / SADE Delta Bonaerense / Ediciones Ocruxaves, diciembre 2007.
- *Arboladura del otoño* / "Antología 2007" / SADE Delta Bonaerense / Ediciones Ocruxaves, diciembre 2007.

2006

- *Intriga de Amador* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, febrero 2006.
- *Asunción en el Huerto* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, febrero 2006.
- *Amargor de las despedidas* / El Talar Noticias, año VIII, Nº 77, febrero 2006.
- *Urge tejer* / El Talar Noticias, año VIII, Nº 78, marzo 2006.
- *La mirada distraída* / El Talar Noticias, año VIII, Nº 78, marzo 2006.
- *Sin mapas y sin brújula* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, abril 2006.
- *Instalaciones* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, abril 2006.
- *Hoy puede ser un gran día* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, abril 2006.

- *Marionetas* / “Microrrelatos Mineros-II Concurso Manuel Nevado Madrid” / MADU Ediciones (Asturias, España). 1ª edición marzo 2006 / ISBN: 84-85998-74-2.
- *El guiño* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, BA, abril 2006.
- *El guiño* / El Talar Noticias, año VIII, Nº 79, abril 2006.
- *Mala estrella* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, abril 2006.
- *Latitud 55º Sur* “Antología 5º Concurso Nacional Cuento y Poesía” / Arte y Cultura de Merlo, BA.
- *Nguenechen* / http://revistaaxolotl.com.ar/poe17-7.htm.
- *Los charcos* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, BA, mayo 2006.
- *Era un jueves de junio* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, BA, mayo 2006.
- *Poema para leer a solas* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, BA, abril 2006.
- *Ayes por una tierra herida* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, BA, abril 2006.
- *Sin mapas y sin brújula* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, BA, abril 2006.
- *Miseria blues* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, BA, abril 2006.
- *Como los marineros* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, abril 2006.
- *Frente a este ocaso* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, abril 2006.
- *Virtud de la zanahoria* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, BA, abril 2006.
- *Marionetas* / “Antología Internacional SADE Córdoba 2005” (Cuento Corto), mayo 2006. ISBN 13 978-987-05-0582-2.
- *Da capo* / “Antología Internacional SADE Córdoba 2005” (Poesía) mayo 2006. ISBN 13 978-987-05-0582-2.
- *Como una penitencia* / I Certamen Taurino de Narrativa Corta Asociación Cultural “Peña Félix Rodríguez” / Edición, Santander 2006. ISBN: 978-84-87616-98-3 / 84-01234-5-67.
- *Doble réquiem para Macrina* / III Premios Literarios Taramela, Ayuntamiento San Miguel de Abona 2006 (Edición pendiente).

- *Poemas libertarios* / Indymedia, Méjico / Galería de Poemas Ilustrados <http://www0.mexico.indymedia.org/tikibrowse_image.php?galleryId=111&sort_mode=created_asc&imageId=4899&scalesize=0>
- *En la orilla* / “Cuántos cuentan cuentos” / Antología Literaria SADE Delta Bonarense 2006.
- *Tercera fundación* / Editorial Municipal de Rosario 2006, 321 pp. ISBN 987-9267-31-1. 1ª edición diciembre 2006.
- *Muerte y descomposición del perro* / Isla Negra 2/91 diciembre 2006.

2005

- *Aquí no pasa el tiempo* / “Microrrelatos Mineros I” (antología), Fundación Juan Muñiz Zapico, Comisiones Obreras de Asturias / MADU Ediciones / 1ª edición abril 2005 / ISBN: 84-95998-52-1.
- *Estados de la materia* (cuento) / Revista Cultura de los Cuidados, 1er. Semestre 2005 - Año IX - Nº 17. ISSN: 1138-1728, Universidad Alicante, España.
- *Zahir* / http://www.pasosenlaazotea.com/cgi-bin/trabajos.cgi?001000767 +Titulo.
- *Zahir* / “Pasos en la Azotea” / Antología de poemas premiados en certamen “Paseo en Verso” / 1ª edición, Querétaro, Méjico 2005.
- *Bajo la noche indiana* (cuento) / “Universidad Popular de Mazarrón, Premios Antonio Segado del Olmo 1995-2004” (antología). ISBN: 84-609-6184-2.
- *Urge tejer* / “El verbo descerrajado” Antología de apoyo a los presos po-líticos en Chile / ASOLAPO Asociación Latinoamericana de Poetas, 1ª edic. Chile 2005.
- *Miseria Blues* / El Talar Noticias, año VII, Nº 72, setiembre 2005.
- *Hoy puede ser un gran día* / MACRO Museo de Arte Contemporáneo Rosario, nov-dic. 2005.
- *Sin mapas y sin brújula* / MACRO Museo de Arte Contemporáneo Ro-sario, nov-dic. 2005.
- *Instalaciones* / MACRO Museo de Arte Contemporáneo Rosario, nov-dic. 2005.
- *En la orilla* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, BA, noviembre 2005.

- *Marionetas* / http://www.fundacionjuanmunizzapico.org/ConcursoManu elNe-vadoMadrid/2005_2.htm#txt1.
- *Marionetas* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, noviembre 2005.
- *Nadie puede dar una respuesta* (reportaje) / El Talar Noticias, año VII, Nº 75, diciembre 2005.
- *Miseria Blues* / Al Watan Nº 656, Buenos Aires 29 de diciembre 2005.

2004

- *Este negro vacío de mi pecho* (cuento) / Madrid Sindical, Nº 83, setiembre 2004.
- *El guiño* (cuento) / Macedonio Fernández CMLZ (antología sin ISBN).
- *Estados de la materia* / http://dialnet.unirioja.es/servlet/autor?codigo=12 10249.
- *Aquí no pasa el tiempo* / http://www.fundacionjuanmunizzapico.org/Con cursoManuelNe-vadoMadrid/2004_2.htm#txt6.

2003

- *Bajo la noche indiana* (cuento) / Plaqueta editada por la Biblioteca Popu-lar López Camelo, Tigre, BA.
- *Tras una larga noche el sol* (poema) / Poets Against the War: http://www.poetsagainstthewar.org/displaypoem.asp?AuthorID=1 1542.
- *Tanta prudencia innecesaria* / Poets Against the War:
- http://www.poetsagainstthewar.org/displaypoem.asp?AuthorID=1 1542.
- *El inminente vuelo* / Poets Against the War:

http://www.poetsagainstthewar.org/displaypoem.asp?AuthorID=1153 3.

- *Nada del otro mundo* / Poets Against the War: http://www.poetsagainstthewar.org/displaypoem.asp?AuthorID=1 1533.

- *Réquiem por unos bárbaros* / Poets Against the War.
- *Idus de marzo in fine* (poema) / El Talar Noticias, año V, Nº 52, diciem-bre 2003.

2002

- *Carta de un hermano ausente* / Junio 2002 / http://www.2000x.com.ar/Cultura2000x/Archivo004.html

2001

- *No todo lo que reluce es oro* (editorial) / News, marzo 2001.
- *Argentinos, ¡a las cosas!* (editorial) / News, abril 2001.
- *Como entonces* (editorial) / News, mayo 2001.
- *La materia prima* (editorial) / News, junio 2001.
- *In hoc signo vinces* (editorial) / News, noviembre 2001.

1999

- *Juntemos las neuronas* / Tigre 2000x, año I, Nº 1, mayo 1999.
- *Elena Buchniev* / Tigre 2000x, año I, Nº 1, mayo 1999.
- *Gracias* / Tigre 2000x, año I, Nº 2, julio 1999.
- *Qué queremos* / Tigre 2000x, año I, Nº 3, agosto-setiembre 1999.
- *Topografía de las islas* / Tigre 2000x (BA), año I, Nº 3, agosto-setiembre 1999.
- *Urbano Raco Rivero* / Tigre 2000x (BA), año I, Nº 3, agosto-setiembre 1999.
- *Un año más /* Tigre 2000x (BA), año I, Nº 4, octubre-diciembre 1999.
- *El poeta del Caraguatá* (reportaje a Eduardo Ángel Battagliero) / Tigre 2000x (BA), año I, Nº 4, octubre-diciembre 1999.
- *Da capo* / Tigre 2000x (BA), año I, Nº 4, octubre-diciembre 1999.

1996

- *Los orígenes del fuego* / El Contestador Telefónico Nº 65 / (BA) Enero-febrero 1996.

- *La guerra y la paz* / El Contestador Telefónico Nº 66 / (BA) Marzo-abril 1996.
- *Día de las Américas* / El Contestador Telefónico Nº 66 / (BA) Marzo-abril 1996.
- *Diez años sin Borges* / El Contestador Telefónico Nº 67 / (BA) Mayo-junio 1996.
- *9 de Julio* / El Contestador Telefónico Nº 68 / (BA) Julio-agosto 1996.
- *Una flor para Tatita* / El Contestador Telefónico Nº 68 / (BA) Julio-a-gosto 1996.
- *Raco, in memoriam* / El Contestador Telefónico Nº 68 / (BA) Julio-agosto 1996.

1995

- *Disparen contra el futuro* / El Contestador Telefónico Nº 63 / (BA) Setiembre-octubre 1995.
- *La paz no tiene precio* / El Contestador Telefónico Nº 64 / (BA) Noviembre-diciembre 1995.
- *Día de la Tradición* / El Contestador Telefónico Nº 64 / (BA) Noviembre-diciembre 1995.

1994

- *Topografía de las islas* / Ya Press - Año 1 - Nº 1 setiembre 1994.
- *Suerte que uno la tiene clara* / Ya Press - Año 1 - Nº 1 setiembre 1994.

1990

- *Tercera Fundación* (fragmento) / Revista Casa de las Américas, Nº 180, La Habana, Cuba.

1988

- *Che* [et alt.] / "Ejercicios con Brato" / Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia, Martínez, prov. BA, 2ª edición.

1987

- *Como los marineros* / Plaqueta editada por el Círculo de Prof. Argentino-Árabe de Santa Fe.
- *Forever and never* / Plaqueta editada por el Círculo de Prof. Argentino-Árabe de Santa Fe.
- *Un día como tantos* / Plaqueta editada por Banco Club (Publicación del Club de Empleados Banco Provincial de Santa Fe).
- *Hugo de las islas* / Plaqueta editada por ASDE Asociación Santafesina de Escritores.
- *Cada mañana despertaba /* Plaqueta editada por ASDE Asociación Santafesina de Escritores.

1985

- *Tras una larga noche el sol* / "La Poesía contra el Fascismo" / Letras, Revista de Teatro y Literatura, SARCU Sociedad Argentina de Rela-ciones Culturales con las URSS, Buenos Aires, año I, noviembre 1985.

1983

- *Julio Cortázar, 20 años después* / Los desvariantes, Nº 1.

1982

- *1982 amanece* (editorial) / "Todos con sentido común" / Del Viso, BA, año I, Nº 7, enero-febrero 1982.
- *Paseo guiado por la literatura* / "Todos con sentido común" / Del Viso, BA, año I, Nº 7, enero-febrero 1982.
- *Civilización o barbarie* (editorial) / "Todos con sentido común" / Del Viso, BA, año I, Nº 8, marzo 1982.
- *Paseo guiado por la literatura* / "Todos con sentido común" / Del Viso, BA, año I, Nº 8, marzo 1982.
- *Cuando el remedio es peor que la enfermedad* (editorial) / "Todos con sentido común" / Del Viso, BA, año I, Nº 9, abril 1982.
- *Macedonio visto por Macedonio* / "Todos con sentido común" / Del Viso, BA, año I, Nº 9, abril 1982.

- *Fundación* (poema) / "Desde San Rafael al País" (antología sin ISBN) / Prov. Mendoza, agosto 1982.
- *De concordias, conciertos y otras imprecisiones* (nota periodística) / Diario Nuevo País, (BA) agosto 1982.

1981

- *Rescate* (cuento) / Diario Tribuna Cultural, Almirante Brown, BA, Nº 106, noviembre 1981.
- *Noches de Montiel* (cuento) / Diario Tribuna Cultural, Almirante Brown, BA, Nº 106, noviembre1981.
- *Fe de errata* (editorial) / "Todos con sentido común" / Del Viso, BA, año I, Nº 6, diciembre1981.
- *Paseo guiado por la literatura* / "Todos con sentido común" / Del Viso, BA, año I, Nº 6, diciembre1981.

1980

- *Lo anular* / (cuento) / Diario Los Principios, Córdoba, domingo 13 de enero 1980.

1979

- *Noches de Montiel* (cuento) / Diario El Litoral, Santa Fe, sábado 22 de setiembre.

1974

- *Che* / "Ejercicios con Brato" / Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia, Martínez, prov. BA (antología sin ISBN).
- *25 de Mayo de 1973* / "Ejercicios con Brato".
- *Bautismo* / "Ejercicios con Brato".
- *Luctuoso Chile* / "Ejercicios con Brato".
- *La presencia* / "Ejercicios con Brato".
- *Balada* / "Ejercicios con Brato".
- *La gordumia puede ser funebrante* / "Ejercicios con Brato".
- *Adolfo* / "Ejercicios con Brato".
- *Los gritos de mamá* / "Ejercicios con Brato".

1961

- *Marcado* (cuento) / Revista Octógono / Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, marzo 1961.

1956

- *El viejo payaso* (cuento) / Revista Vida Escolar, Santa Fe.
- *La danza* (ensayo) / Revista Vida Escolar, Santa Fe.
- *La flor eterna* (cuento) / Revista Vida Escolar, Santa Fe.

Actualizado 13 de abril 2016


AUDITGRAF EDICIONES